

RES

15

CIÓ

3

MEXICO

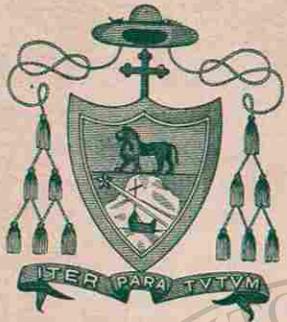
INTORE

05

F 1215

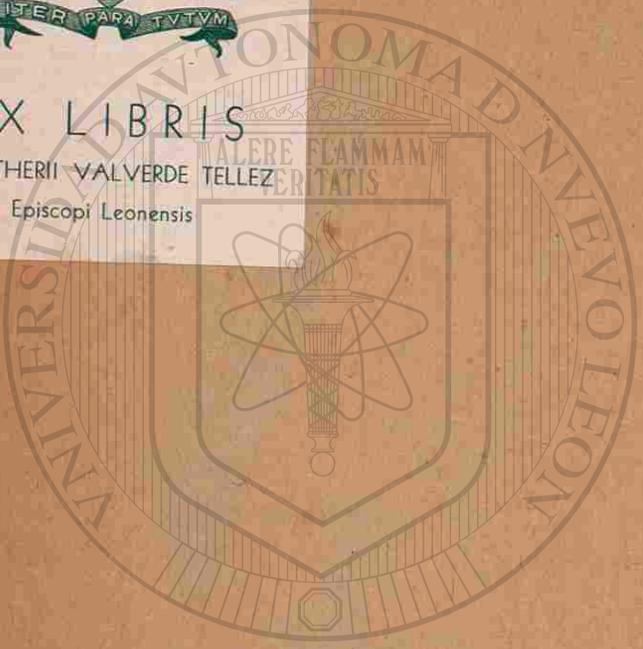
E 79

080783



1080017375

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



UANL

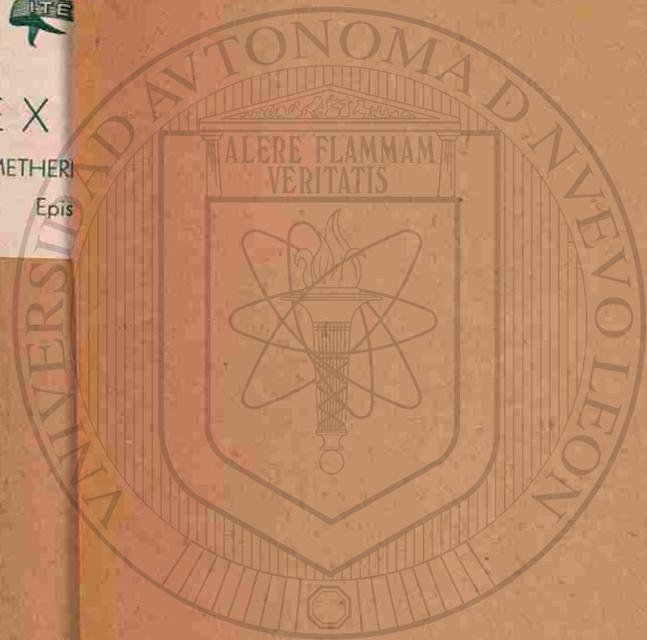
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EX

HEMETHERI

Epis



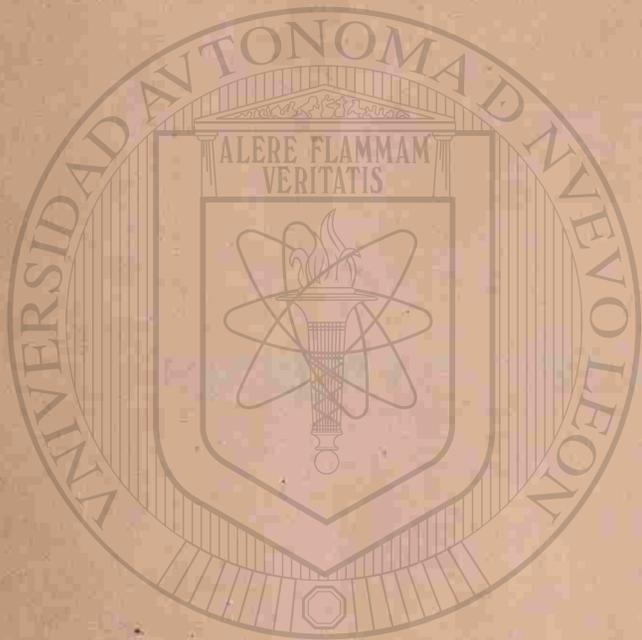
MÉXICO PINTORESCO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas	917.2
Núm. Autor	674 m
Núm. Adq.	283
Procedencia	6
Precio	
Fecha	
Clasific	
Catálogo	



# MÉXICO PINTORESCO

ANTOLOGIA

DE

## ARTICULOS DESCRIPTIVOS DEL PAIS

ARREGLADA POR

ADALBERTO A. ESTEVA.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U.A.N.L.



Universidad de Nuevo León  
BIBLIOTECA  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
MÉXICO

TIP. Y LIT. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y COMPAÑIA, S. EN C.  
Calle de Santa Clara núm. 15.

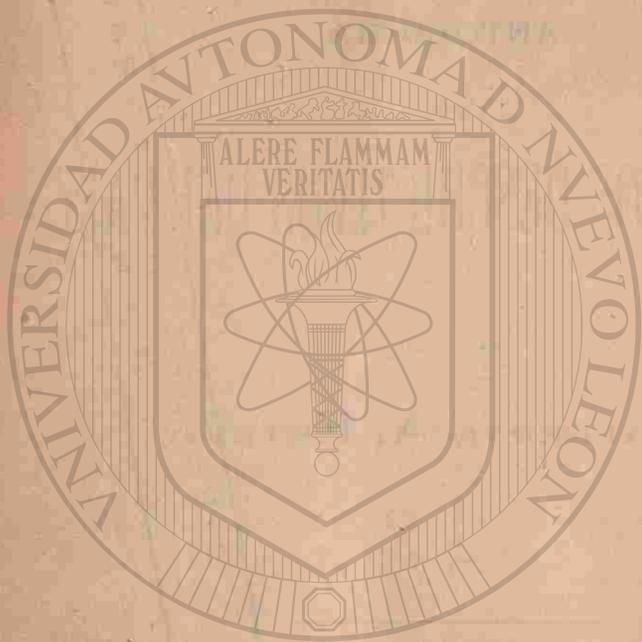
038501

1905

783

F1215

E79



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

032260

## PROLOGO

He reunido en este libro varios artículos descriptivos de los lugares, edificios, monumentos y ciudades más notables del país, formando una pequeña Antología á que he dado el nombre de «México Pintoresco,» la cual se compone de algunas descripciones inéditas que debo á la bondad de sus inteligentes autores, y de otras ya publicadas en antiguas Revistas literarias y científicas.

Creo que esta obra ofrece una lectura interesante é instructiva. No sólo son poco conocidos muchos de los escritos que contiene, sino que no lo son, como deberían, los sitios ó construcciones que describen. La Cascada de Regla, por ejemplo, á que se contrae uno de los artículos del libro, está rodeada de un anfiteatro de columnas de basalto, superiores en magnitud y aún en belleza—salvo la hermosa perspectiva del mar, inapreciable telón de fondo—á las que existen en la gruta de Fingal,

000783

de la Isla de Staffa, Escocia, adonde afluyen multitud de viajeros con el exclusivo fin de contemplar esa maravilla del mundo. Pues bien, se ignora generalmente en México que poseemos las preciosas columnas de Regla, y si es de creerse lo que afirma la honorable Comisión Científica de Pachuca en el año de 1864, los administradores de la Negociación Minera de Real del Monte, sacaban de ellas fragmentos para que sirvieran éstos de piedras voladoras en los arrastres ó tahonas.

He citado este ejemplo, porque demuestra la conveniencia de llamar la atención de mexicanos y extranjeros hacia los grandiosos paisajes de nuestra patria. En la indiferencia y el olvido en que yacen bellezas naturales como la de Regla, duermen el sueño de los siglos edificios y monumentos nacionales que debieran atraer la admiración universal por la suprema habilidad de sus constructores.

Espero que á todos parecerá acertada la publicación, en un libro manual, de las descripciones de la tierra mexicana que la engrandecen, hermocean y hacen interesante. Tampoco temo ser censurado por haber incluido artículos descriptivos de algunas obras arquitectónicas que muestran la cultura intelectual de los hijos de México por tratarse de obras maestras, ó sirven para el estudio de nuestra historia haciéndonos vivir entre los antiguos.

Para nadie es un secreto que los monumentos, al ins-

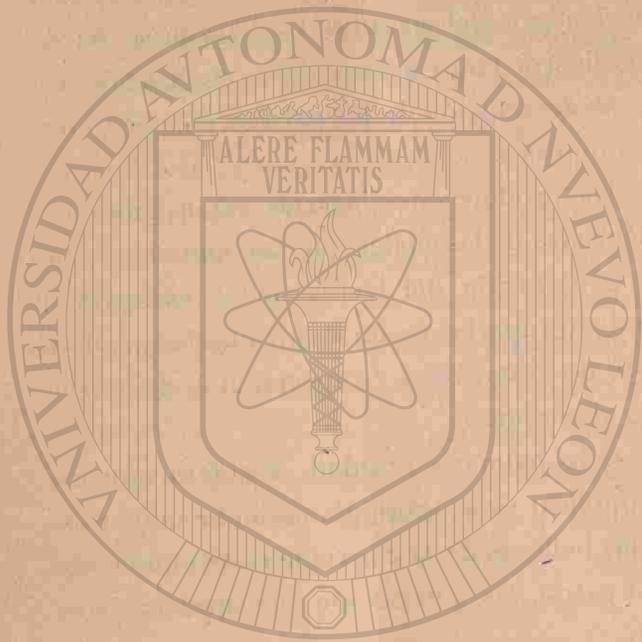
truirnos respecto á las teogonías, topografía, artes, costumbres y usos de la antigüedad, son eficaces auxiliares de la memoria, fieles guías en el sendero del historiador é intachables testigos del pasado. Con razón se ha dicho que nada ilustra tanto acerca de la civilización romana como una descripción de las excavaciones de Herculano ó de Pompeya.

Varias de las producciones insertas están ahora esparcidas en Revistas de las cuales quedan contados ejemplares. A la penetración del lector no se escapará la conveniencia de agruparlas en un cuadro uniforme, donde el contraste de situaciones y espectáculos dé animación é interés al conjunto.

Sin duda es de palmaria utilidad el objeto que me propongo al publicar esta Antología: infundir mayor estimación por las bellezas de la zona americana que constituye nuestra patria, las que no son aún apreciadas en todo su valor.

Concluyo expresando mi cordial gratitud al insigne Jefe del Estado, Señor General Don Porfirio Díaz, cuya intensa y noble vida se ha consagrado siempre al servicio de la Nación, por él regenerada y engrandecida, así como á su digno colaborador, el Señor Secretario de Fomento, General Don Manuel González Cosío, á quienes debo haber podido publicar esta obra.

ADALBERTO A. ESTEYRAGON  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



---

## LAS ESTACIONES EN EL VALLE DE MEXICO.

---

A JUSTO SIERRA.

Pocos habrán de ser los lugares de la tierra que desde el punto de vista poético y pintoresco puedan superar en belleza al Valle de México: contribuyen á esto muy poderosamente los variados fenómenos que en él ofrecen las estaciones del año.

Aseguran algunos sabios europeos, que en las regiones intertropicales aquellas se reducen á dos: tiempo de sequía y tiempo de lluvias; mas en nuestro país no se corrobora este aserto. Verdad es que en aquellas regiones la variación del tiempo determina menos marcadamente el cambio de las estaciones que en las zonas templadas; pero esa mudanza se efectúa en el Valle de México, según lo comprueban las hermosas y frescas mañanas de su primavera, pródiga en exquisitas y variadas flores; los calurosos días de su lluvioso estío, rico en sazonados frutos; las tibias tardes del otoño con sus bellísimos celajes, y las frías noches de invierno con su diáfano y estrellado cielo.

Al declinar las horas avanzadas de la noche en la bella estación de primavera, la densa obscuridad que envuelve la superficie de la tierra se disipa poco á poco, y vanse descubriendo los objetos, á medida que la tenue luz crepuscular invade progresivamente las regiones occidentales. Propagándose los rayos del sol con un constante movimiento ondulatorio, causan reflexiones y refracciones sucesivas en la atmósfera y en las nubes, es-

parciendo la luz en todas direcciones y permitiéndonos distinguir aun los objetos que no están directamente iluminados por aquel astro. Si esa luz, que se conoce con el nombre de luz difusa ó derramada, no existiese, la sombra proyectada por una nube ó por cualquier objeto, engendraría la obscuridad de la noche; y no existiendo el crepúsculo, el sol se presentaría en el horizonte repentinamente y en todo su esplendor.

Los dulcísimos trinos del jilguero, el gorjeo de las demás aves, el armonioso sonido de las campanas que en las poblaciones anuncian la hora del alba, y el labrador que acude al campo con sus yuntas para dar principio á sus faenas, marcan los instantes en que los espléndidos rayos de la aurora, que preceden á la salida del sol, se difunden por el transparente fluido de la atmósfera. Antes de traspasar el sol el horizonte, la región oriental se colora sucesivamente con los brillantes tintes, rojo, naranjado, amarillo, verde y purpurino; el límite de la blanquecina luz crepuscular que en forma de arco se extiende por el espacio, va rápidamente avanzando hacia el cenit, al mismo tiempo que la parte superior del cielo que rodea este punto, adquiere progresivamente el matiz azulado más intenso.

La cresta de la cordillera oriental se dibuja y destaca sobre un fondo brillante de rosa y oro; las majestuosas cumbres nevadas del Popocatepetl é Iztaccihuatl, que se levantan como dos colosos para descubrir los primeros el orto del sol, é iluminados débilmente en su parte occidental por la luz difusa, aparecen cual si fueran formados de cristal de Bohemia. De vez en cuando una densa columna de humo, que se hace perceptible á los albores de la aurora, sale del cráter del Popocatepetl, demostrando la constante actividad de este volcán que conserva vestigios de tremendas erupciones.

Cuando el sol, trasponiendo el horizonte, sigue su marcha ascensional, presenta un bello espectáculo, en verdad muy difícil de describir. Su disco, de un color rojizo y aumentado aparentemente á causa de la refracción atmosférica, se presenta circundado de una aureola luminosa, y disminuye paulatinamente su

diámetro á medida que va elevándose. Sumergida en el horizonte la curva anticrepuscular, el Occidente adquiere la misma sucesión de tintas, y la parte superior del cielo se colora con un azul brillante, vivísimo.

Deliciosos se presentan desde ese momento los alrededores de la capital. Chapultepec con sus abundantes y lípidos manantiales, su pintoresca colina, su poético palacio y su frondoso bosque de *sabinos* seculares, de cuyos ramajes cuelga en madejas el heno ceniciento, como cabellera digna de su ancianidad; Tacubaya con sus palacios, sus parques y jardines; Mixcoac con sus amenos contornos y sus *callejones*, formados de árboles frutales; San Angel, Coyoacán y Tlálpam con sus arroyos cristalinos, sus huertas, sus campiñas y sus bellas cañadas cubiertas de plantas, de árboles y de trepadoras enredaderas.

En todos esos lugares se goza con la embriagadora frescura de la mañana, con la amenidad de los campos, con el ambiente embalsamado y con el aroma de las flores. Allí muestran su belleza los enjambres de mariposas de relucientes y pintadas alas, y los colibríes, esas preciosas avecillas que dotadas de una volubilidad extraordinaria, hienden el aire como exhalaciones, ó bien chupando el néctar de alguna flor, suspendidas en el espacio baten incesantemente sus alas y ostentan á los reflejos del sol el verde y nacarado esmalte de su plumaje.

Hacia el Sur de la capital, el suelo del Valle presenta un aspecto diferente del de los lugares que se acaban de mencionar. No se encuentran allí la camelia, el lirio, la rosa de Bengala ni otras flores exquisitas debidas al esmerado cultivo; pero crecen en las *chinampas*, en esas islas artificiales que han convertido los pantanos en amenos pensiles, la frondosa amapola, el purpúreo clavel, la elegante dahalia, la perfumada violeta, y la fragante rosa de Castilla.

El canal que une los lagos de Xochimilco y Texcoco, se ve cubierto en los días de primavera de *canoas* cargadas de flores y verduras, que se dirigen á los mercados de México; y todo aquel que haya concurrido á los paseos cuaresmales de la *Viga*, recor-

dará siempre con agrado la animación que constantemente reina en ese lugar, en donde el pueblo encuentra uno de sus goces predilectos. Puede decirse que allí se verifica la fiesta de la Primavera y de las flores.

La duración del día artificial que llega á su maximum durante la época del solsticio de estío, y la acción directa de los rayos del sol en esta parte de la región intertropical, elevan la temperatura á 24 grados y aún más, convirtiendo en calurosos los días frescos y agradables de la estación florida.

La calina y las brumas, particularmente en las mañanas, empañan la atmósfera, y algunas veces su densidad llega á tal grado, que ofusca el hermoso conjunto y el relieve de las montañas que circundan el Valle, las cuales sólo aparecen como cubiertas con un diáfano velo.

El estío, en el Valle, así como las demás estaciones del año, tienen su atractivo particular.

Dilatadas desigualmente las capas atmosféricas por el fuerte calor de la superficie de la tierra, invierte el orden ó disposición de las que están en contacto con el suelo. Sabido es que gravitando las capas atmosféricas superiores sobre las inferiores, la densidad de éstas es mayor, y decrece progresivamente de la superficie hasta la última, la más ligera y sutil, que se llama *éter*. Contrariada esa ley general por la dilatación de las capas inferiores, la refracción de los rayos luminosos, ó sea la desviación que éstos sufren al atravesar de un medio á otro de desigual densidad, se efectúa de una manera contraria que en el caso en que las capas atmosféricas se hallan superpuestas en su orden normal, y entonces se produce el *espejismo*; ilusión óptica que nos hace percibir invertidos los objetos debajo del suelo ó en medio de la atmósfera.

En los terrenos llanos y resecos que se encuentran en la parte Norte del Valle, se ve con frecuencia extenderse la calina sobre

la superficie de la tierra, y retratarse inversamente, debajo de ella, las montañas con todos sus accidentes y detalles, cual si fuesen reproducidas por el límpido espejo de las aguas.

La ilusión del espejismo es aun más interesante, más admirable en el lago de Texcoco, aun cuando tal fenómeno sea menos frecuente en él. Desde las orillas del lago puede contemplarse su extensión y la tranquilidad de sus aguas en los días serenos. Las pequeñas y defectuosas embarcaciones, cuyas formas no han variado desde la época de la conquista, se ven cruzar el lago cargadas de granos y verduras, destinados á los mercados de México. Las frágiles y estrechas *chahupas* de los pescadores y floreras, hienden velozmente la superficie de las aguas, interrumpiendo el silencio de la soledad solamente el chasquido de los remos ó el acento de los cantos monótonos de aquellos que conducen tan débiles barquillas.

Cuando la temperatura de las aguas del lago es inferior á la del aire que con ellas está en contacto, de una manera súbita desaparecen aquellas barquillas de la superficie del agua, y se ven inversamente flotando en el aire, navegando al impulso de los remos, en un revuelto mar de nubes.

Los fuertes vientos que soplan en esta época del año, y muy particularmente en las tardes, despejan la atmósfera destruyendo la calina, y preparan los hermosos días de estío. Las montañas dibujan sus contornos y presentan los detalles de su relieve con mayor claridad. Las nubes (*cúmulus*) en forma de caprichosas montañas de nieve, asoman sobre la cresta de la cordillera oriental, y sucesivamente van creciendo hasta que adquieren proporciones colosales. Esas preciosas nubes, cuya forma redonda se atribuye al exceso de electricidad acumulada en ellas, hacen palidecer con su extremada blancura y brillo las nevadas cumbres del Popocatepetl é Iztaccihuatl, y flotando continuamente en la atmósfera, se unen con otras, extendiéndose sobre toda la superficie del Valle, y ocultando á éste por completo su cielo puro y hermoso. Conviértense entonces en *nimbus*, que son las nubes tempestuosas, sin forma determinada, cenicientas, y

cuyos bordes se tiñen débilmente de gris y de un indeciso color morado.

Con frecuencia las corrientes opuestas del aire forman esas columnas de vapor, que pendiendo de las nubes y animadas de un movimiento giratorio, se ven atravesar con rapidez por el Valle, amenazando destruir con su irresistible poder todo cuanto encuentran á su paso.

El pavor y el deseo de la observación lucha en el ánimo, cuando esas trombas se ven suspendidas sobre las majestuosas torres de la Catedral, desafiando á éstas en poder y fortaleza, y cuando se les ve recorrer toda la ciudad en actitud cada vez más amenazadora, tan pronto devolviendo al ánimo la confianza con su contracción, como acobardándolo más con su acrecimiento; circunstancias que tan distintamente se advierten cual si aquellas masas flotantes de vapor y agua estuviesen movidas por invisibles resortes. Si alguna vez ese terrible meteoro toca la superficie de la tierra, arranca los árboles de raíz, destruye los edificios y abre profundas grietas en las montañas.

Desde mediados hasta el fin del estío, las lluvias son abundantes y copiosas en el Valle, y generalmente las tardes tormentosas, formando contraste con las mañanas, en que se goza de los vivificantes rayos del sol y de una atmósfera tranquila.

Muchas veces, á pesar de hallarse despejado el cielo de las campiñas, los *nimbus* que se forman á lo lejos y el viento impetuoso, presagian una tempestad próxima y deshecha. El huracán forma en la superficie de la tierra nubes de polvo, que se arrastran y arremolinan velozmente; las aves, con sus alas extendidas, surcan espantadas el aire, tan pronto volando horizontalmente como inclinándose hacia la tierra, contra la cual parece van á estrellarse; dirígense apresuradamente los rebaños al aprisco; los trigales que cubren los campos adquieren ese movimiento ondulatorio por medio del cual producen alternativamente sus dorados reflejos, y los árboles y arbustos crujen, resistiendo el fuerte empuje de los vientos que hacen inclinar las ramas y follaje, cual si trataran de arrancarlas de sus troncos.

En el transcurso de algunos minutos, el cielo se cubre de nubes amarillentas en las cuales se proyectan las aves que circularmente revolotean. Los nubarrones que cruzan con velocidad vertiginosa la atmósfera, como si tratase cada una de ellas de adquirir mayor rapidez, se juntan y se separan alternativamente, produciendo con su choque y rozamiento las fuertes descargas eléctricas, cuyos retumbantes ecos repercuten en progresión decreciente las mismas nubes y las montañas. El espacio se ilumina por intervalos con esa luz deslumbradora que produce la chispa eléctrica. Un ruido, prolongado á veces, é intermitente otras, es la señal precursora de la lluvia de granizo, meteoro de los más interesantes y cuya teoría descansa aún en hipótesis. El agua cae á torrentes, inundándolo todo y haciendo desbordar los ríos con fuertes é impetuosas corrientes que van á aumentar el caudal de los lagos; y por último, el agua de éstos se agita, formando oleajes amenazadores para las frágiles embarcaciones que en ellos navegan, y remedando, en pequeño, las desastrosas tormentas del mar.

Cual nubes de verano pasan pronto, y cesa la tormenta. El cielo vuelve á su antigua serenidad y pureza, y los campos, con sus pastos, sus plantas y arboledas, ostentan ese verdor brillante y fresco que les comunica la humedad. A lo lejos algunas nubes se resuelven en menuda lluvia, la que, herida por los rayos del sol, ya próximo al ocaso, forma el bello meteoro luminoso del arcoiris, cuyas extremidades se apoyan algunas veces en las elevadas crestas de la Sierra Nevada.

Tales son los espectáculos que la época del estío nos ofrece en el Valle de México.

\*

El tiempo de aguas, volviendo á la atmósfera su diafanidad y frescura, y al cielo su transparencia, prepara las encantadoras tardes del otoño.

La lucidez de la atmósfera que refleja unas veces, los rayos

azules del espectro solar, imprime al cielo ese bello color que va disminuyendo de intensidad del cenit al horizonte, hasta terminar en un tono más tenue y apacible; y otras, reflejando los rayos amarillos y rojos, produce variadas y encendidas tintas sobre el horizonte.

Muy importante es el espectáculo que ofrecen las regiones orientales del Valle á la caída del sol. En esos momentos, como si el astro transmitiera á las cumbres de las elevadas montañas el intenso fuego que lo enciende, transforma la nítida blancura de la nieve en los vivos cambiantes del ópalo y de la concha nácar. Sobre el horizonte, el cielo adquiere el encendido color de las auroras boreales; y todo aquel brillante y deslumbrador colorido es tan bello, que sólo un hábil artista sería capaz de producirlo.

La sucesión de eminencias que gradualmente se elevan por el Sur hasta terminar en el majestuoso Ajuasco; las alturas de las Cruces y Monte Alto por el Occidente, y la sierra de Guadalupe especialmente, á causa de su menor distancia, surgen con todos sus detalles; y reflejándose en la tierra, en las rocas y en su vegetación la luz del sol, sus declives aparecen como regados de piedras preciosas, ofreciendo en su conjunto los variados colores y matices de un mosaico.

De los meteoros luminosos que son tan frecuentes en los días de otoño, ninguno es tan notable como el que ofrece la coloración de las nubes al declinar las tardes, y el aspecto general del cielo.

El azul de éste, de una transparencia extraordinaria, se ve surcado por unas ráfagas luminosas que convergen en un punto del horizonte, y que extendiéndose como radios de un círculo, se hacen más perceptibles por el hermoso azul que les sirve de fondo.

Las nubecillas que se conocen con el nombre de *cirrus*, y que á causa de su *menor* densidad, son las que flotan en la atmósfera á mayor altura, se presentan, unas veces, agrupadas como vellón cardado; otras extendidas en bandas paralelas ó en forma de pe-

nachos, dejando libres espacios que dan curso á los hacecillos luminosos del sol; y otras, en fin, ocupan una gran parte del cielo ó todo él, en cuyo caso se dice que éste se halla *aborregado*.

Heridas estas nubes por los rayos del sol, adquieren sucesivamente los más variados tintes. El color rosado desaparece para dar lugar á otro purpurino que, desvaneciéndose, termina presentando los matices del violado. Al brillante color del oro sucede el naranjado, y á éste, por último, el amarillo cromo: transformaciones todas que se efectúan á medida que el sol va acercándose al ocaso.

Estos efectos singulares, causados por las inflexiones de la luz, son aún más notables en las nubes de la especie *cúmulus*, que además de presentar las formas más caprichosas, ofrecen los mismos cambiantes de vivos colores, y una orla luminosa de extremada blancura en sus contornos.

\*

La diafanidad del cielo presagia la entrada de la rigurosa estación invernal, con sus frecuentes heladas, su luna refulgente y sus estrellas rutilantes.

El benigno clima que por lo general se disfruta en México, hace más sensible el cambio de estación, y muy particularmente la entrada del invierno. Hiela con demasiada frecuencia, y por las mañanas la escarcha, como un frágil cristal, cubre la superficie del agua.

¡Cuán bellas y embriagadoras son las noches de luna, durante el invierno, en el pintoresco Valle de México!

Bañadas por la refulgente luz de aquel astro las heladas cúspides del Popocatepetl é Iztaccihuatl, que se proyectan en un fondo azulado, causan un efecto mágico; pero nada es comparable con el que ofrece el encantador aspecto del cielo por la sucesiva aparición de las estrellas y su uniforme y oblicuo movimiento.

El soberano de los asterismos, el precioso Orión, precedido del

bello astro Aldebarán, de la constelación de Tauro, se presenta con sus numerosas y brillantes estrellas, entre las que lucen con mayor intensidad Betelguese, Rigel y los Tres Reyes Magos, ó sea el Cinturón.

Con los más vivos destellos aparece en seguida la gentil y más cintiladora estrella del firmamento, el refulgente *Sirio*, astro principal del Can mayor. Su luz clara y brillante, examinada con atención, presenta en su parte inferior la apariencia de un fuego abrasador, y en la superior, azulados destellos.

Apenas levantado *Sirio* sobre el horizonte, brota hacia el Sur de éste Canopus, lucero no menos bello, estrella principal de la nave Argos.

De la misma manera van apareciendo sucesivamente los demás astros que contemplamos en nuestras regiones. Cástor y Pólux, primeras estrellas de la constelación zodiacal Géminis; Régulus, el Corazón de León; la Osa mayor, que se ve recorrer majestuosamente su camino en torno del polo boreal; la Espiga de la Virgen; el bellissimo Arturo en el Boyero; Antares en el Escorpión, y en fin, tantos y tan bellos astros que van esparciéndose como diamantes en la azulada bóveda del firmamento.

Precedida de unas estrellas y seguida de otras aparece la luna, transmitiéndonos los rayos del sol. En su movimiento ascensional sobre el horizonte, nos presenta análogas circunstancias á las que el astro soberano del día ofrece, y las cuales se han descrito al principio de este artículo.

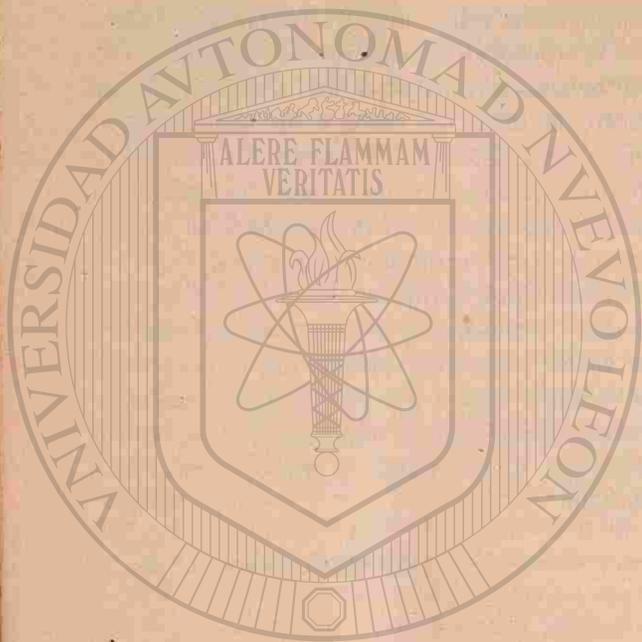
Bañada por los rayos apacibles de la luna la superficie de la tierra, la perspectiva que ofrece la ciudad de México, observada desde un punto cualquiera de la parte occidental del Valle, es extremadamente bella. Levántase en primer término la ciudad con su extensa línea de edificios, sus variadas y numerosas cúpulas y torres, entre las que descuellan erguidas las de su famosa Catedral. Proyectándose éstas en un claro horizonte, dejan entrever la luz de la luna por los espacios que resultan de sus detalles arquitectónicos, semejando primorosas labores de la más delicada filigrana.

Extendidos sobre la verde alfombra de los prados y con su linfa plateada, se presentan en segundo término los lagos de Texcoco y Chalco; y en el tercero y último se levantan dominantes el Telapón, el Tlaloc, el Iztaccihuatl y Popocatepetl, ostentando los dos últimos sus relucientes y nevadas diademas.

Cuando flotan en la atmósfera los vapores condensados en estado vesicular ó en heladas partículas, ó bien nubecillas ligeras interponiéndose entre la luna, los rayos luminosos reflejados por ésta se modifican, ofreciéndonos entonces el hermosísimo meteoro que se conoce con el nombre de *coronas*. Un gran círculo de colores, entre los que domina el rojo, se dibuja en el cielo, sirviéndole de centro el hermoso satélite de la tierra.

Los fenómenos meteorológicos que se suceden en el Valle de México, la topografía y extensión de éste, su rica naturaleza y la estructura de su suelo, sobre todo, proporcionan basta materia para escribir volúmenes enteros. En este artículo, unos cuantos rasgos descriptivos demuestran la importancia de esta bella localidad de la República, y cuán digna es de investigaciones y de un constante estudio.

ANTONIO GARCÍA CUBAS.



Universidad de Nuevo León  
BIBLIOTECA  
VALVERDE Y TELLEZ  
DISTRITO FEDERAL.<sup>1</sup>

#### SITUACION, LIMITES Y EXTENSION.

El Distrito Federal comprendía hace algunos años el terreno limitado por una línea circular de dos leguas de radio, cuyo centro era el de la plaza mayor de la Capital. Varias disposiciones gubernativas alteraron ese límite que hoy se extiende por el Sur, abrazando la Prefectura de Tlálpam del antiguo Estado de México, de suerte que, por el Norte, Este y Oeste, circunda al Distrito dicho Estado, limitándolo por el Sur el de Morelos. La extensión de su superficie es de 1,200 kilómetros cuadrados.

#### CONFIGURACION Y ASPECTO FISICO.

El Distrito Federal se extiende en la región austral del hermoso Valle de México al que circundan escabrosas y elevadas montañas, de las cuales corresponden á aquel las que lo limitan al Poniente y Sur de la Capital. En estas eminencias que constituyen extensas cordilleras dominan las rocas porfídicas y basálticas, hallándose muchas de las cumbres cubiertas de traquitas blancas y vidriosas, y existiendo en muchos lugares, así en la montaña como en la llanura, vestigios de antiguas erupciones

<sup>1</sup> La organización política y municipal del Distrito Federal ha sido modificada por la ley de 26 de Marzo de 1903.

volcánicas. Extensos depósitos de lavas y escorias ofrecen las cercanías de San Angel y Tlalpam, las vertientes del Ajusco y la Sierra de San Nicolás entre los lagos de Texcoco y Chalco, encontrándose en el extremo oriental de ésta, el cerro Caldera que tanto por su forma como por sus señales exteriores es de considerarse como uno de tantos volcanes extinguidos del Valle, cuyo fondo, así como las lomas que forman el pie de las cordilleras, están ocupadas por terrenos lacustres.

Las campiñas del Valle, generalmente elevadas á 2,270 m. sobre el nivel del mar, se hallan entrecortadas por grandes lagos, Zumpango, Xaltocan, San Cristóbal, Texcoco, Xochimilco y Chalco, los cuales formaban antes y poco después de la conquista, un solo depósito que se extendía hasta el pie de las lomas occidentales y que por efecto de la evaporación, muy activa en estas altitudes, de las filtraciones y de la desviación del torrencial río de Cuautitlán, redujo y subdividió su cauce. Para desviar dicho río, que antiguamente descargaba en el lago de Zumpango, haciendo rebozar las aguas sobre los de Xaltocan, San Cristóbal y Texcoco, exponiendo á la Capital á frecuentes inundaciones, fué necesaria la apertura del gran tajo de Nochistongo, entre los cerros del Sincoque y Jalpan, al Norte de la misma ciudad, obra colosal llevada á cabo por el célebre cosmógrafo Enrico Martínez, en honor de quien la presente generación ha elevado un hermoso monumento en uno de los ángulos de la gran Plaza de México.

El lago de Texcoco, cuyas aguas se encuentran á 1 m. 9 bajo el piso de la ciudad, ocupa la parte más deprimida del Valle estableciendo su superficie una gran diferencia de nivel, respecto de las de los otros lagos, sucesivamente escalonados: hacia el Sur, Chalco y Xochimilco á + 3 m. 08 y + 3 m. 139, y al Norte, San Cristóbal + 3 m. 597, Xaltocan + 3 m. 474 y Zumpango + 6 m. 062. De todos estos lagos, solamente el de Xochimilco y una parte de los de Texcoco y Chalco, pertenecen al Distrito Federal.

Entre las principales eminencias de las cordilleras que se encuentran al Sur y Poniente de la Capital, se levanta la volumi-

nosa y elevada masa del Ajusco á 4,135 m. sobre el nivel del mar, ofreciendo en sus rápidos descensos hacia el valle y llanos de Cuernavaca, las más pintorescas cañadas y frondosos bosques, interrumpidos, á veces, por grandes grupos de peñascos calcinados, cuyas ennegrecidas grietas no cubre ni una planta ni una yerba, dando á los lugares que ocupan, un aspecto de tristeza y desolación que, por su contraste, aumenta los encantos de los demás lugares amenos de la montaña.

No menos hermosos y pintorescos se presentan los declives de la cordillera occidental. Los montes de las Cruces, Huisquilucan, de Cuajimalpa y San Bartolo, presentan por todas partes una vegetación exuberante, como el más precioso adorno de sus valles, por cuyo fondo se deslizan con rapidez corrientes de agua cristalina.

Con muy diferente aspecto se presentan las eminencias de poca elevación que se destacan en las campiñas de los alrededores de la Capital, pues con excepción del pintoresco cerro de Chapultepec, con sus bellísimos bosques y sus jardines, los demás sólo ofrecen una vegetación pobre ó una aridez completa. Los cerros de los Gachupines, Guerrero y Santa Isabel, son los puntos más avanzados en el Distrito de la Sierra de Guadalupe, al Norte de México; el Peñón de los Baños, á 5 kilómetros al Este, posee vertientes de aguas termales; el Peñón Grande y Santa Marta, á 2 kilómetros al Sureste, se encuentran cerca de las vías férreas de Morelos é Irolo; el cerro de Ixtapalapa ó de la Estrella, se alza, al Sur, en medio de la llanura, y por último, interponiéndose entre los lagos de Texcoco y Chalco, se levanta una pequeña sierra, cuyas principales eminencias son los cerros de San Nicolás, Xaltepec y Caldera.

Los ríos que llevan su tributo á los lagos mencionados, son el de Guadalupe, formado por el de Tlalnepantla y los Remedios, y el del Consulado, los cuales desaguan en el lago de Texcoco; el río de San Buenaventura, que nace en la serranía de Ajusco, entra al de Xochimilco; los de Tlalpam ó San Juan de Dios y Churubusco, formado por los de Mixcoac y San Angel

y el de la Piedad por los de Tacubaya y Becerra, se unen al canal de la Viga, vía de comunicación entre los lagos de Xochimilco y Texcoco, pasando por el extremo Sureste de la Capital, á la cual sirve de imperfecto desagüe.

El suelo del Distrito es fértil y ameno particularmente en las comarcas del Poniente y Sur, en donde se extienden hermosas campiñas y ricas haciendas, se asientan risueños pueblos y se ven florestas amenas y cañadas pintorescas. Las eflorescencias salinas, que entre manchones de raquítrico y descolorido pasto, cubren el suelo que rodea el lago de Texcoco, imprimen al terreno un aspecto de aridez tal, que sólo sirve para hacer resaltar más la espléndida naturaleza de las otras regiones mencionadas, en las cuales se observan campos alfombrados de alfalfa siempre verde, sementeras de doradas mieses y las alineadas plantaciones de los maizales.

Entre estos campos y los que constituyen los primeros escalones de la Sierra, se interponen lomas cubiertas de una capa delgada de tierra vegetal, en donde los plantíos de magueyes y algunas siembras de frijol, interrumpen la amenidad del suelo antes descrito, la cual renace en las cañadas con sus numerosas fuentes y ojos de agua, sus cedrales, flores y árboles frutales, y adquiere todo su esplendor en las laderas y cumbres de la cordillera con sus hermosos bosques de pinos seculares.

Tal es, en general, el aspecto físico del Distrito Federal.

## CLIMA.

Algunas veces el calor y el frío, en sus respectivas estaciones, son intensos, pero en general el clima, por su propia naturaleza, es agradable, benigno y sano. La temperatura media al año es de 15 grados 8 C., la máxima 30 grados y la mínima—0 grados 1; la máxima al Sol, 42 grados 30, la mínima á la intemperie —3 grados 9. La temperatura del suelo á 0 m. 85, 15 grados 72; humedad del aire, 59. La evaporación al Sol, 7.2; á la sombra,

2.48. Los días de lluvia, 127. Cantidad media de ozona, 14.6. El mes de más alta temperatura es Abril y el de la más baja Diciembre. Tales són los promedios obtenidos del último resumen comparativo de seis años, publicado por el Observatorio Meteorológico Central.

La mudanza de las estaciones es poco sensible en el Distrito, marcándose determinadamente dos épocas, la de aguas, que da principio en Abril y termina en Septiembre, y la de sequía, que dura los demás meses del año. Muchas veces, durante el verano, se hace sentir el calor con mucha intensidad, al medio día, en tanto que, en las noches, el aire del Noreste abate notablemente la temperatura.

El frío, aún en el mayor rigor del invierno, es sumamente agradable, mientras no sopla el viento que lo convierte en crudo y molesto.

Si la mudanza de las estaciones es poco sensible, como se ha manifestado, experimentase, durante una misma estación, en los distintos períodos del día, cambios bruscos de temperatura, contribuyendo al desarrollo de algunas enfermedades.

El clima del Distrito es por naturaleza de los más sanos; lo hacen insalubre diversas circunstancias que son muy conocidas, pero cuyo remedio se retarda con grave perjuicio de la salubridad pública, consistiendo esencialmente ese remedio en el desagüe y saneamiento de la ciudad y en la plantación de arboledas en los terrenos en que dominan los aires reinantes.

## PRODUCCIONES NATURALES.

Son de importancia las del Distrito Federal. En las haciendas se levantan grandes cosechas de maíz, trigo, cebada, arve-jón y haba; en las huertas de las amenas poblaciones como Tacubaya, Mixcoac, Coyoacán, San Angel y Tlálpam, así como en las cañadas, al pie de las cordilleras, se producen excelentes frutas tanto más gustosas cuanto mayor es el esmero con que se

cultivan, siendo las principales: peras de diversas clases como de San Juan, lechera blanca, linda, rectora, parda, bergamota y gamboa; manzanas, chavacanos, nueces, capulines, guindas, duraznos, albérchigos, ciruela de España, membrillos, perones, castañas, ahuacates, higos, zapotes blancos, moras, tejocotes; en los pueblos situados al Sur del lago de Xochimilco y especialmente en Tulyahualco, el cultivo del olivo y la fabricación de aceite superior, constituyen el ramo principal de industria. En Actopan y Milpa Alta se produce la papa, y en las montañas muy buenas maderas de construcción como el cedro, ailes, abedules, madroños, oyameles y ocotes, cuyo corte para diversos usos constituye un importante ramo de industria, muchas plantas medicinales y aromáticas.

La cría de ganados, mayor y menor, así como la de aves domésticas, es de alguna importancia en las haciendas y ranchos del Distrito.

En los montes abundan liebres y conejos así como en las campiñas cenagosas y en los lagos, diversas aves de caza, como gallaretas, gangas, agachonas, trigueros, apipiscas, tildíos, ánsares, garzas, gallinetas de agua, patos de diversas especies y la esbelta avécilla que se conoce con el nombre de chichicuilot. De todas estas aves, en su mayor parte inmigrantes de otras regiones durante el invierno, las dos últimas ofrecen principalmente á los indígenas del Valle, la ocasión de obtener abundantísima caza, tanto que se aprecia en más de medio millón el número de patos que se introducen á los mercados y en otro tanto el de las demás aves acuáticas. En los lagos y en los ríos se cogen ranas, varios peces conocidos con los nombres indígenas de meztlapiques, juiles y charales, pescado blanco y el proteo mexicano ó axolotl (ajolote), de piel en general negra, y carne blanca y gustosa, recomendada como alimenticia y medicinal.

## DIVISION POLITICA Y POBLACION.

Forman el Distrito Federal:

	HABIT.
MUNICIPALIDAD DE MÉXICO. . . . .	325,000

### PREFECTURA DE TACUBAYA.

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
Tacubaya. . . . .	7,740
Tacuba. . . . .	2,023
Cuajimalpa. . . . .	4,028
Santa Fe . . . . .	2,700
Mixcoac. . . . .	2,024

18,515

### PREFECTURA DE TLÁLPAM.

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
Tlálpam. . . . .	6,467
San Angel. . . . .	10,721
Coyoacán. . . . .	7,629
Ixtapalapa. . . . .	5,525
Ixtacalco. . . . .	2,794

33,136

### PREFECTURA DE XOCHIMILCO.

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
Xochimilco. . . . .	12,652
Milpa Alta. . . . .	7,213
Tulyahualco. . . . .	3,194
San Pedro Actopan. . . . .	1,964
Oxtotepec. . . . .	1,749

A la vuelta. . . . . 26,772 376,651

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
De la vuelta. . . . .	26,772
Mixquic. . . . .	2,006
Tlahuac. . . . .	4,921
Hastahuacán. . . . .	5,965

---

39,664

PREFECTURA DE GUADALUPE HIDALGO.

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
Guadalupe. . . . .	4,517
Atzacapotzalco. . . . .	5,972

---

10,489

Número total de habitantes. . . . . 426,804

POBLACIONES PRINCIPALES.

MÉXICO.—Capital de los Estados Unidos Mexicanos, se halla situada á los 19 grados 26' 21" de latitud Septentrional y á los 99 grados 6' 45" 8 de latitud Occidental de Greenwich, en el hermoso Valle de su nombre, á 2,282 m. 7 de altura sobre el nivel del mar. La presión barométrica anual es de 586 mm. 7, la temperatura media 15 grados 7 C. y la declinación de la aguja de 8 grados 12'. Los vientos dominantes en el año son los del Norte, pero algunas veces soplan los del Sur, que son fríos, como procedentes de las elevadas montañas que circundan el Valle por ese rumbo.

*Origen y fundación.*—De una apartada región Septentrional llamada Aztlán, cuya posición aún no ha sido posible precisar, los Aztecas por el año de 820, emprendieron una larga peregrinación, en busca de otro país que pudiera ofrecerles un ventajoso asiento, dirigiéndose, al efecto, hacia el Sur, juntamente con otras seis tribus, xochimilca, chalca, tecpaneca, acolhua, tlahuica y tlaxcalteca, las cuales hablaban el mismo idioma, el ná-

huatl ó mexicano. Después de haber recorrido diversas regiones, tocando en Casas Grandes del Gila y de Chihuahua, la sierra de la Tarahumara y Huycolhuacán, hoy Culiacán, se establecieron en Chicomoztoc (Siete Cuevas, que aluden más bien á las siete tribus). De ese lugar inmigraron las tribus sucesivamente hacia el Valle de México, ocupando unas los alrededores del lago y traspasando otras las serranías de Oriente y Sur. La última tribu que abandonó Chicomoztoc fué la mexicana, la cual, después de mil rodeos, llegó al Anáhuac (junto ó cerca del agua), nombre dado, primero al Valle de México, y después á todo el país, sin duda por hallarse comprendido entre dos mares. Los Mexicanos que ya encontraron poblados los alrededores del lago resolvieron fijar su residencia en la misma región, pero siendo obstinadamente molestados por las demás tribus que les habían precedido, mudaron sin cesar de asiento, refugiándose por último en Chapultepec, de donde pasaron, por la misma causa, á Acocolco, grupo de islas entre espadañas, situado en la parte Suroeste del lago. Allí vieron posada, sobre un nopal que nacía entre la hendedura de una roca, una águila hermosa, con las alas extendidas y devorando una víbora. Esta circunstancia, conforme á sus tradiciones, les indicaba el lugar en donde debían fundar su ciudad, como lo efectuaron en 1325, llamándole primero Tenochtitlán, del nombre del sacerdote y caudillo Tenoch, y después MÉXICO, derivándolo de Mexitli, dios de la guerra, por otro nombre Huitzilopochtli.

Afirmado el terreno y ensanchado con céspedes, levantaron desde luego, junto al tunal, un *momoxtli*, templo humilde que había de convertirse más tarde en el gran Teocalli que alcanzaron á ver los españoles. Construyeron alrededor de él sus chozas, con carrizos y tules, únicos materiales de que podían entonces disponer. La ciudad fué dividida en cuatro barrios ó *calpulli*, repartiéndose en ellos los caudillos de la manera siguiente: Al Noroeste, en el barrio de Cuepopan, hoy Santa María la Redonda, el sacerdote Tenoch y el guerrero Mezitzin; al Noroeste, en el de Atzacualco, hoy San Sebastián, los llamados Oceloapan y

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
De la vuelta. . . . .	26,772
Mixquic. . . . .	2,006
Tlahuac. . . . .	4,921
Hastahuacán. . . . .	5,965

---

39,664

PREFECTURA DE GUADALUPE HIDALGO.

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
Guadalupe. . . . .	4,517
Atzacapotzalco. . . . .	5,972

---

10,489

Número total de habitantes. . . . . 426,804

POBLACIONES PRINCIPALES.

MÉXICO.—Capital de los Estados Unidos Mexicanos, se halla situada á los 19 grados 26' 21" de latitud Septentrional y á los 99 grados 6' 45" 8 de latitud Occidental de Greenwich, en el hermoso Valle de su nombre, á 2,282 m. 7 de altura sobre el nivel del mar. La presión barométrica anual es de 586 mm. 7, la temperatura media 15 grados 7 C. y la declinación de la aguja de 8 grados 12'. Los vientos dominantes en el año son los del Norte, pero algunas veces soplan los del Sur, que son fríos, como procedentes de las elevadas montañas que circundan el Valle por ese rumbo.

*Origen y fundación.*—De una apartada región Septentrional llamada Aztlán, cuya posición aún no ha sido posible precisar, los Aztecas por el año de 820, emprendieron una larga peregrinación, en busca de otro país que pudiera ofrecerles un ventajoso asiento, dirigiéndose, al efecto, hacia el Sur, juntamente con otras seis tribus, xochimilca, chalca, tecpaneca, acolhua, tlahuica y tlaxcalteca, las cuales hablaban el mismo idioma, el ná-

huatl ó mexicano. Después de haber recorrido diversas regiones, tocando en Casas Grandes del Gila y de Chihuahua, la sierra de la Tarahumara y Huycolhuacán, hoy Culiacán, se establecieron en Chicomoztoc (Siete Cuevas, que aluden más bien á las siete tribus). De ese lugar inmigraron las tribus sucesivamente hacia el Valle de México, ocupando unas los alrededores del lago y traspasando otras las serranías de Oriente y Sur. La última tribu que abandonó Chicomoztoc fué la mexicana, la cual, después de mil rodeos, llegó al Anáhuac (junto ó cerca del agua), nombre dado, primero al Valle de México, y después á todo el país, sin duda por hallarse comprendido entre dos mares. Los Mexicanos que ya encontraron poblados los alrededores del lago resolvieron fijar su residencia en la misma región, pero siendo obstinadamente molestados por las demás tribus que les habían precedido, mudaron sin cesar de asiento, refugiándose por último en Chapultepec, de donde pasaron, por la misma causa, á Acocolco, grupo de islas entre espadañas, situado en la parte Suroeste del lago. Allí vieron posada, sobre un nopal que nacía entre la hendedura de una roca, una águila hermosa, con las alas extendidas y devorando una víbora. Esta circunstancia, conforme á sus tradiciones, les indicaba el lugar en donde debían fundar su ciudad, como lo efectuaron en 1325, llamándole primero Tenochtitlán, del nombre del sacerdote y caudillo Tenoch, y después MÉXICO, derivándolo de Mexitli, dios de la guerra, por otro nombre Huitzilopochtli.

Afirmado el terreno y ensanchado con céspedes, levantaron desde luego, junto al tunal, un *momoxtli*, templo humilde que había de convertirse más tarde en el gran Teocalli que alcanzaron á ver los españoles. Construyeron alrededor de él sus chozas, con carrizos y tules, únicos materiales de que podían entonces disponer. La ciudad fué dividida en cuatro barrios ó *calpulli*, repartiéndose en ellos los caudillos de la manera siguiente: Al Noroeste, en el barrio de Cuepopan, hoy Santa María la Redonda, el sacerdote Tenoch y el guerrero Mezitzin; al Noroeste, en el de Atzacualco, hoy San Sebastián, los llamados Oceloapan y

Cuapan; al Sureste, en el de Teopan ó Xoquipan, actualmente San Pablo, los nombrados Ahuexotl y Xochimilco, y al Suroeste, en el de Moyotla, hoy San Juan, los conocidos con los nombres de Atotototl y Xiuhcac. Una parte de los Tenochca, por causas de sus antiguas rivalidades, se separó, yendo á poblar la isla de Xaltelolco, ó Tlaltelolco, del mismo lago.

Haciendo estacadas, ocupando los islotes, y terraplenando los lugares intermedios, lograron los Tenochca, dar sucesivo y mayor ensanche á la ciudad, constituyéndose primero en reino bajo los gobiernos de Acamapictli (1376-1396), de Huitzilihuitl (1396-1417) y de Chimalpopoca (1417-1427), y después en imperio, habiendo sido sus emperadores Itzcoatl (1427-1440), Motecuhzoma I, Ilhuicamina ó el viejo (1440-1469), Axayacatl (1469-1481), Tizoc (1481-1486), Ahuizotl (1486-1502), Motecuhzoma II, Xocoyotzín (1502-1520), Cuitláhuac (1520) y Cuauhtémoc (1520-1521).

La ciudad empezó á adquirir importantes mejoras en el reinado de Huitzilihuitl, llegando á su mayor grandeza y poderío, en los de Itzcoatl y Motecuhzoma Ilhuicamina, quien primero como general de su antecesor y después como soberano, redujo á los enemigos de su nación, extendió los dominios de ésta á remotas provincias, decretó la construcción del gran templo y dictó nuevas providencias, que mucho contribuyeron á mejorar el estado social de los Mexica.

El engrandecimiento de la ciudad no se detuvo en los siguientes reinados, así es que á la llegada de los españoles, ocupaba aquella una extensa superficie, siendo tan grande, según expresión de Cortés, como Córdoba y Sevilla (véase el detalle Núm. 1, Carta del Distrito), ascendiendo el número de habitantes á 300,000.

Las calles eran, unas de tierra y otras de agua con aceras firmes, constituyendo éstas otros tantos canales de comunicación, y de aquellas, cuátro que partían del centro de la ciudad donde se levantaba el gran Teocalli, eran las principales: la de Tepeyac, al Norte; la de Tlacopan, al Oeste; la de Ixtapalapan, que

en el fuerte de Xoloc se unía á la de Coyoacán, al Sur, y la que partía de la puerta del templo mayor y terminaba al Oriente en la orilla del lago, en el embarcadero.

Las casas fabricadas de *tezontli* y cal, de adobe, carrizo y paja, según la calidad de las personas, eran generalmente de un solo piso, algunas de dos y muchas de ellas espaciosas y con bellos jardines.

Al Oriente del templo mayor, de donde hoy se levanta la Catedral cristiana, se alzaba el extenso palacio imperial, con veinte puertas de salida, á calles y plazas, con sus fuentes y baños, sus paredes de pórfido y basalto, sus techos tallados, de cedro ó pino, y sus salones y adoratorio decorados, aquéllos con telas de algodón y plumas, y éste con láminas de plata y oro, en las que relucían piedras incrustadas.

Inmediatos al palacio, al Norte, se hallaban tres edificios importantes: el templo de Tezcatlipoca (hoy Arzobispado), la Casa de las aves, con sus estanques de agua, y el palacio de Axayacatl, en donde estuvo preso y murió Motecuhzoma II.

Al Oeste del gran Teocalli se hallaba el palacio de Motecuhzoma el viejo.

Todos estos edificios limitaban la gran plaza por el Norte, Este y Oeste, así como por el Sur, un canal y el palacio de Tlilancalqui, hoy Palacio Municipal.

Además de los templos mencionados, la gran Tenochtitlán poseía otros muchos, siendo los principales el grande de Tlaltelolco, barrio que hacía parte de la ciudad, desde su reducción por Axayacatl; el Teocalli de Tezontlamacayocán (Santa Catarina Mártir), el de Huitzanahuac (Plaza de San Pablo), el de Huitzilán (Jesús Nazareno), el de Atzacualco (San Sebastián) y el de Xacacualco (Santa Ana).

Además del palacio imperial, de los edificios ya mencionados, Motecuhzoma poseía otros palacios de recreo, entre los que sobresalía el situado al Sur de la ciudad, y está marcado en el plano con la letra A (detalle Núm. 1), y cuya posición ha sido deducida de otros dibujos análogos.

Todas las casas de los señores constituían vastos edificios, con grandes patios y jardines, extensos departamentos y cómodas habitaciones, distinguiéndose, además, de las otras por sus torres y más sólida construcción.

Completaban los edificios más notables de la ciudad los palacios de justicia y establecimientos públicos, entre los que se hallaban el templo de las Vestales, destinadas, desde la niñez, al culto de los dioses; la Casa de las fieras, que ocupaba el lugar en que más tarde se levantó la capilla de los Servitas, en San Francisco, y por último, los dos *Tianquixtlis* ó mercados, el de México, en el lugar que hoy ocupa la plaza de San Juan, y el de Tlatelolco, al Oriente del Teocalli del mismo nombre. Verdaderamente causaba admiración el orden que en ambos mercados se observaba: todos los efectos, según su clase, tenían su sitio determinado, así es que el gentío que diariamente á ellos concurría, prontamente se proveía de lo que buscaba, así de los objetos de primera necesidad, como de los artículos de lujo, contándose entre los primeros los granos y semillas, vestidos y pieles curtidas, y entre los segundos, collares de piedras, plumas para adornar vestidos de gala, penachos de diversos colores, piedras labradas de variadas figuras, muchas de ellas con incrustaciones de oro y, en fin, otros muchos objetos.

Un acueducto conducía á la ciudad el agua de los manantiales de Chapultepec y otro de las fuentes de Amilco, en Churubusco.

De los dibujos antiguos, algunos de ellos publicados, ninguno está más de acuerdo con la descripción que antecede, que el representado en la lámina 1, tomado de una fotografía que he podido adquirir. La situación y extensión relativa del gran Teocalli; las calzadas y canales, la disposición de los edificios, todo da una idea de la antigua capital azteca, aún cuando tal dibujo no llene las condiciones de un plano. Suponiéndolo bien orientado, puesto que esta circunstancia no constituía una regla en los planos figurados de los antiguos mexicanos, he creído reconocer en la calzada del Sur, que como las otras tres daba principio en la muralla del Coatepantli (cerca de culebras), los lugares indi-

cados por las cortaduras, en donde fué recibido Cortés; primero en la más austral, por cuatro mil cortesanos ricamente vestidos, y después en la interior, por el mismo soberano Motecuhzoma, rodeado de su espléndida corte. Es de llamar la atención en dicho plano la calzada Septentrional, porque en lugar de recorrer todo el lago hasta tocar en tierra firme, según la narración de los historiadores, termina en él dividiéndose en otras dos pequeñas calzadas, en el edificio que se alza en forma de un fuerte, señalado en algunos dibujos como lugar de oración limitando todo una extensa albarrada que servía para contener los oleajes del mismo lago. La calzada Oriental termina en el lago, en tanto que la occidental, subdividida, comunicaba con la ciudad á Popotla y Chapultepec. El dibujo representa una parte del lago salado en el cual, cerca de la orilla Oeste, se asentaba la ciudad, hallándose aquel comunicado al Sur, por medio de un amplio canal, con el lago dulce, en medio del cual se levantaban algunas poblaciones como Mexicalzingo, Mixquic, Xochimilco y Cuitlahuac, llamada por los españoles Venezuela.

Tal era la ciudad, tomada el día 13 de Agosto de 1521 por los españoles y arrasada por ellos desde el momento en que consumaron la conquista. El celo religioso y el orgullo, hicieron cometer á los conquistadores dos grandes errores: el primero consiste en la destrucción de importantes edificios y monumentos, cegando con ella, las fuentes preciosas de la historia; estriba el segundo en la decisión de levantar sobre las ruinas de la Tenochtitlán antigua, los edificios de la población de México moderna, cuando las llanuras que se extienden al pie de las lomas de Tacubaya les brindaba el más ventajoso asiento para una capital modelo, libre de los inconvenientes á que fueron condenados, por aquel lamentable orgullo, los futuros moradores.

De intento hemos dejado para el fin la descripción del gran Teocalli de Huitzilopochtli, pues ella se relaciona á los trabajos de investigación que últimamente practicamos en el atrio de la Catedral.

La construcción de tan celebrado edificio, iniciada por los sa-

cerdotes, dominadores del pueblo y de la nobleza, comenzada por Motecuhzoma I y proseguida por Axayacatl y Tizoc, fué terminada por Ahuizotl en 1487, celebrándose en la dedicación del templo una de las ceremonias más crueles y sangrientas que registran los anales de la historia. Cuatro días consecutivos fueron empleados en el sacrificio de innumerables prisioneros, inmolados al terrible dios de la guerra, dando principio á la matanza el mismo rey Ahuizotl y los señores, y continuándola, luego, los sacrificadores, hundiendo en el pecho de aquellos el cuchillo de pedernal y sacándoles el corazón, que presentaban primero al Sol y ofrecían luego á su feroz divinidad. Todo quedó teñido en sangre, así las vestiduras reales como las de los magnates y sacerdotes, tanto el *Techcatl* ó piedra de los sacrificios, como el pavimento, muros y escaleras, por cuyos peldaños corría aquella, según está representado en el dibujo Núm. 5.

Alzabase el templo en medio de un extenso patio cuadrado, de piso pulimentado y cercado por una muralla algo elevada, á la que daba cima una sucesión no interrumpida de cabezas de serpientes, labradas en grandes trozos de pórfido, unas de plumajes y otras de escamas, como se manifiesta en las figuras Núm. 4. Dábase á esa muralla el nombre de *Coatepantli* (cerca de culebras), la cual en cada uno de sus cuatro lados y hacia el centro, tenía una puerta que correspondía, respectivamente, á uno de los puntos cardinales y á una de las cuatro calles principales ya indicadas, existiendo, sobre cada puerta, un fuerte en que se depositaban las armas.

La forma del templo era de una pirámide truncada, en cuya faz austral, se hallaba la escalera principal de más de cien escalones, pues existían otras secundarias en las facés oriental y occidental: la construcción era sólida, los muros de revestimiento de mampostería y los escalones de piedra labrada, aprovechados, después de la demolición del Teocalli, en las obras de la iglesia de San Francisco.

Las excavaciones que practicamos últimamente en el atrio de la Catedral nos dieron á conocer que el sistema empleado en el

pavimento del patio, así como en el revestimiento de los taludes del gran templo, es el mismo que anteriormente estudiamos, tanto en las facés de las pirámides de Teotihuacán como en el suelo circunvecino que demuestra pertenecer á una antigua y extensa población, consistiendo dicho sistema en una capa, del grueso de un decímetro, de una mezcla de cal, arena y pequeños guijarros, cubierta aquella con otra de pura cal, muy delgada, bruñida y de extraordinaria consistencia, la que hacía ver á los conquistadores, tanto los templos como los edificios principales, blanqueados y relucientes. La figura 3 da idea de un trozo de la torta de esa mezcla, el cual extragimos de debajo de los escombros de la antigua catedral, segregándolo del suelo así construído y el cual, en nuestro concepto, constituía el piso general del gran patio, limitado por el Coatepantli y tal vez, más tarde, el de la catedral.

Dos adoratorios pintados de varios colores con sus cornisas y remates de incrustaciones ó mosaicos de piedrecillas negras, ó sean de obsidiana, se levantaban sobre la meseta, destacándose por su elevación y por su abigarrado color, del resto del encañado edificio. De ellos, uno estaba dedicado á Huitzilopochtli y el otro á Tlaloc, dioses de las aguas, hallándose á uno y otro lado, dos estatuas sentadas, con sus respectivos estandartes, y al frente los dos *texcatl* ó piedras redondas de los sacrificios.

En el patio, dentro de murallas, se encontraban distribuídas más de veinte torres, templos menores, salas adoratorios, habitaciones de los sacerdotes, de las sacerdotizas y sacrificadores y otras muchas construcciones destinadas al servicio del gran Teocalli.

Frente de la muralla occidental, estando de por medio una calle, existía el *Tzompantli*, sitio lúgubre en donde se depositaban los cráneos de los prisioneros sacrificados, cuyo número excedía de ciento treinta mil, según Herrera, sirviendo los de los nuevos inmolados para la reposición de los destruídos por la acción del tiempo. Todos los cráneos estaban ensartados, como cuentas de rosario, en barras de madera y éstas colocadas horizon-

talmente y á regulares distancias en gruesos maderos verticales, en número bastante para contener los despojos de tanta víctima. (Dibujo Núm. 5).

Tal era el templo mayor de la capital azteca, teatro, como se ha visto, de las sangrientas escenas que terminaron al brillar en esta tierra la civilizadora luz del cristianismo.

*Ciudad moderna.*—Efectuada la conquista y arrasada la ciudad durante y después del asedio, por los españoles, con el poderoso auxilio de los aliados, Cortés distribuyó solares entre los conquistadores, señaló otros para iglesias y ordenó la erección del templo mayor sobre las ruinas del gran Teocalli, sirviendo de basas á las columnas los grandes ídolos, para que "*fuesen hollados de la siempre firme é incontrastable columna de nuestra sagrada religión cristiana.*" (Sariñana: Noticia breve de la deseada, última dedicación del templo metropolitano de México.—Historia de las Indias de Nueva España, por Fray Diego Durán; tomo II, pág. 83).

Dióse desde luego principio á la construcción de la iglesia mayor, terminándose en 1524, en los momentos en que Cortés expedicionaba en las Hibueras. La erección como catedral tuvo efecto en 1530, y como metropolitana en 1547. La poca solidez de este primer templo, sus mezquinas proporciones y el mal gusto que prevaleció en su construcción, fueron la causa de las incesantes súplicas del cabildo eclesiástico, de algunos religiosos y particularmente de Fray Toribio de Benavente, á la Corte de España, para que accediese á la erección de otro templo que, como asienta el citado Sariñana, fuese digno de la magnificencia y piedad de los reyes católicos y de la religión y opulencia de este nuevo mundo.

El rey Felipe II, á la sazón regente de su padre el emperador Carlos V, hubo de acceder á esta petición, pues despachó en 1552 cédula á la audiencia y virrey D. Luis de Velasco, para que se procediese á la edificación del nuevo templo, cuyas obras, á causa de otras atenciones, no dieron principio sino hasta el año de 1573, en que se puso la primera piedra, en un lugar inmediato

á la iglesia antigua, con ánimo de que, "*demolida ésta quedase el lugar que ocupaba por atrio ó cementerio del nuevo templo.*" (Sariñana, obra citada). La antigua catedral amenazando ruina, siguió en servicio hasta el año 1626 en que, cerradas las bóvedas de la sacristía del nuevo edificio, se trasladó el Santísimo Sacramento, precedido de una pomposa procesión que recorrió las principales calles de la ciudad y en las cuales las comunidades religiosas compitieron en lujo y esplendor, colocando soberbios altares ó posas, con follajes y arroyos de agua, unos, y con profusión de plata labrada, otros.

A esta ceremonia siguióse la demolición del edificio antiguo, hasta sus cimientos, que desaparecieron bajo el terraplén del nuevo atrio, no quedando del asiento de aquel templo primitivo de la ciudad de México, sino uno que otro indicio como el que apuntó en su obra el tantas veces citado D. Isidro Sariñana.

Nuestras investigaciones sobre el terreno dieron por resultado el conocimiento del sitio y orientación de la primera iglesia católica, levantada en la Capital de la República sobre el pavimento del gran Teocalli, sirviendo no solamente de cimientos sino de basas á las columnas, las cabezas de culebra del Coatepantli, circunstancia por la cual podían ser vistas de todos como lo hace creer el Padre Durán, cuando en su obra citada, tomo II, pág. 83, dice: "*las cuales piedras el que las quisiere ver baya á la yglesia mayor de México y allí las verá servir de pedestales y asientos de los pilares de ella,*" y los comprueba el hecho que advertimos de que en tanto que unas de esas enormes piedras labradas se hallaban á cierta profundidad sirviendo de cimientos ó columnas toscanas, otras del mismo género, estaban convertidas por el cincel del conquistador en las propias basas de las columnas, conservando algunas su forma primitiva, aunque destruidas las caras, bien para regularizar las mismas piedras adaptándolas á las dimensiones y forma de los trozos de columnas, bien para hacer desaparecer la parte esencial de la figura, de mucha significación para los indígenas.

Dos hermosos ejemplares de estas últimas, una de plumaje y

otra de escamas, remitimos, por orden de la Secretaría de Fomento, al Museo Nacional, debiendo advertir que otro igual y enteramente completo existe empotrado en el muro y fuera de cimientos, en la esquina de las calles de Jesús y Parque del Conde.

La situación del templo y sus dimensiones, comparadas con las de la actual Catedral, se expresan en el dibujo Núm. 6, llamándonos la atención el acierto con que el Sr. García Icazbalceta indicó el sitio y dirección, en la nota 40 y croquis adjunto, de su interesante trabajo sobre los "Diálogos latinos que Francisco Cervantes Salazar, escribió é imprimió en México en 1544." lo que demuestra el buen juicio de nuestro ilustrado bibliógrafo.

Los números marcados en nuestro plano correspondiente á la catedral antigua que existió en el atrio de la moderna (detalle Núm. 6), expresan el orden con que fuimos descubriendo los diversos detalles de la planta. Los números 1, 2, 5, 7, 8 y 17 representan los lugares en que se encontraron las bases de columnas toscanas que hoy adornan uno de los camellones del jardín del mismo atrio, y para los cuales se aprovecharon las antiguas piedras del Coatepantli, según se advierte por el labrado que conservan en la parte inferior, representando el vientre de las culebras; el Núm. 3 era una pilastra empotrada en un muro; los 4 y 10, cabezas de serpiente que fueron enviadas al Museo; los 15, 16 y 18, señalan los lugares en que la sonda dió á conocer la existencia de tres objetos arqueológicos, pero que los trabajos para la formación del jardín, desgraciadamente emprendidos por el Ayuntamiento, simultáneamente con las investigaciones, nos impidió descubrir, así como hacer el estudio de la construcción marcada con el Núm. 9, que es tal vez el ábside del templo, la prolongación de los muros y demás detalles que alguno más feliz que nosotros y en mejor época, pueda estudiar en el mismo terreno, completando nuestros trabajos.

El templo, además de la puerta ó puertas principales de cuya existencia no pudimos cerciorarnos por las razones expuestas, tenía otra indicada por el Sr. García Icazbalceta, en su obra ci-

tada, y de la cual encontramos un trozo de pilastra labrada á la manera de las columnas salomónicas, daba por el Sur á la plaza mayor; la otra del Poniente, debería dar salida á la plaza del Marqués. Los muros, entre los pilares 1, 11, 14 y 12, serían, sin duda, los que cerraban en la nave central el coro, siguiendo la costumbre generalmente establecida por el clero español.

Para terminar esta descripción de la antigua catedral, manifestamos que ésta, á nuestro juicio, era de tres naves, más elevada la central que las procesionales, y cerradas por techos planos, puesto que entre los escombros nada encontramos que nos diera á conocer la antigua construcción de bóvedas, así es que en su totalidad nos representamos el edificio, como la capilla de los Servitas que existió en el atrio del convento de San Francisco. La poca solidez del templo y su mal aspecto nos lo indican los diálogos de Cervantes Salazar.

Con lo expuesto queda demostrado, que el asiento del antiguo Teocalli fué el mismo en que hoy se levanta nuestra hermosa Catedral, que en una gran extensión de la plaza, bajo del suelo actual, se encuentra gran parte del pavimento que limitaba el Coatepantli, el cual debería extenderse á gran distancia por el Norte, supuesto que la antigua calzada de Tlacopan, hoy calle de Tacuba, remataba por esta parte en el centro de la muralla. En diversos lugares de la plaza deben hallarse enterrados objetos arqueológicos, contándose entre ellos la interesante y verdadera piedra de los sacrificios.

La Catedral actual, cuya solemne dedicación tuvo efecto el día 22 de Diciembre de 1667, es de orden dórico y de severa y grandiosa construcción. Forman su interior cinco naves, cuya altura decrece gradualmente de la del centro á las laterales ocupadas por catorce capillas; columnas estriadas sostienen las elevadas bóvedas, de las cuales la del centro, se halla interrumpida por una bellísima cúpula con pinturas al temple ejecutadas por el célebre Jimeno, y las cuales representan la Asunción de la Virgen, y en diversos grupos los patriarcas y las mujeres más célebres de la Historia Sagrada. El tabernáculo, obra moderna

que desdice mucho de la severidad de tan grandioso edificio, se halla elevado sobre un zócalo de cuatro graderías y rodeado por una balaustrada que así como la hermosa reja del coro y balaustradas de las tribunas son de metal llamado tumbaga y fueron contruídos en Macao (China). En el frente principal que mira al Sur tiene tres portadas; formadas de dos cuerpos, de orden dórico el primero y jónico el segundo, con estatuas, bajos relieves, basas y capiteles de mármol blanco. Las torres, que se elevan á más de sesenta metros sobre el suelo, constan igualmente de dos cuerpos, dórico y jónico, descansando sobre el segundo las bóvedas que las terminan, en forma de campana. Las cornisas, tanto de las torres como de los diferentes cuerpos del edificio, sustentan hermosas balaustradas con jarrones en las pilas-tras y con estatuas colosales, que representan, las de las torres, los doctores de la Iglesia, y las del remate de la portada central, en el que se halla el reloj, las virtudes teologales. Anexo á la Catedral se encuentra el Sagrario, contrastando sus fachadas de estilo churrigueresco, con la severidad del templo principal; sin embargo, la elegancia de los complicados adornos, tallados en la piedra, hace mirar con agrado una obra modelo del arquitecto Churriguera.

Los templos más notables después de la Catedral son: la Profesa, Santo Domingo, Loreto, San Fernando, Jesús María, San Diego, Santa Teresa, La Encarnación, La Concepción, La Soledad y La Santísima, notable por su hermosa portada, muy semejante á la del Sagrario. Existen además algunos templos destinados al culto protestante.

La ciudad de México se distingue especialmente por sus grandes y bien montados establecimientos científicos y literarios. El Jardín Botánico, el Observatorio Meteorológico y el de la Escuela Práctica de Astronomía, en el Palacio Nacional; el Observatorio Astronómico Nacional establecido en Tacubaya; la Escuela de Medicina, en el edificio de la ex-Inquisición; la Escuela de Ingenieros, en el elegante palacio de Minería; la Escuela de Bellas Artes, en su clase la primera de América por sus hermo-

sas galerías en que se admiran algunas pinturas de célebres maestros, como Leonardo da Vinci, Zurbarán, Murillo, Gúido Reni, Alonso Cano, Velázquez, Correggio, Carreño, Carlos Vernet, Coghetti, Silvagni, Podesti, Ingres, Markó, algunos cuadros de mérito de la escuela florentina y otros de la flamenca y sevillana. Algunas de las galerías se hallan destinadas á los antiguos pintores mexicanos, muchas de cuyas obras sólo esperan la sanción del inteligente europeo para ser citadas y colocadas en el rango que merecen. La escuela mexicana, pues así debe llamarse por sus caracteres distintivos, está representada en esas galerías por los cuadros de Baltasar Echave, Arteaga, los Juárez, Vallejo, Zendejas, Ibarra, Villalpando y Cabrera, el más fecundo de todos. Otras galerías se hallan dispuestas para las obras de los pintores, profesores y discípulos de la Academia, tales como Pina, Rebull, Sagredo, Ramírez, Cordero, Flores, Parra, Monroy, Urruchi, Velasco, Jiménez, Coto, Ocaranza y otros muchos.

En las galerías de escultura se admiran igualmente algunas obras de mérito, de Tenerani, Pradier, Sola, así como la de los discípulos de la misma Academia, y la colección de yesos que regaló al establecimiento el rey Carlos III.

Los demás establecimientos de instrucción pública que tanto honran á México, son: la Escuela Preparatoria, en el extenso y hermoso edificio del ex-Colegio de San Ildefonso; la Escuela de Jurisprudencia en el no menos suntuoso convento de la Encarnación; la de Comercio y Administración en el ex-hospital de Terceros; la de Agricultura teórico-práctica, en la hacienda de San Jacinto, á orillas de la Capital; las de Artes y Oficios para hombres y mujeres; la Correccional de artes; las de Ciegos y Sordo-Mudos; el Seminario Conciliar; la Escuela Secundaria y de Perfeccionamiento de niñas; el Colegio de la Paz, para señoritas, en el colegio antiguo de las Vizcainas, uno de los más vastos edificios de la ciudad, y el Conservatorio de Música.

Deben citarse entre los establecimientos literarios y científicos, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, una de

las más antiguas, en su clase, y que se halla en relación con casi todas las asociaciones extranjeras de su género; la Sociedad de Historia Natural, la de la Lengua, correspondiente de la Española, y otras varias sociedades.

La biblioteca pública, además de las especiales que existen en los colegios y sociedades, es la Nacional, con más de 150,000 volúmenes, establecida en el suntuoso templo de San Agustín.

El Museo Nacional, en un departamento del Palacio del Gobierno, se divide en dos secciones, una de antigüedades y otra de ciencias naturales. En la primera se han reunido objetos que constituyen una rica colección de la arqueología mexicana, como piedras esculpidas y grabadas, joyas, bronce y cobres, tierras cocidas, urnas cinerarias de mucho mérito, objetos varios de ónix y serpentina, estatuas, basos, bajos relieves, armas, divisas é insignias militares. Entre los objetos más notables se cuentan la piedra del Sol y la conmemorativa, llamada impropiamente de los Sacrificios; la diosa Teoyaomiqui, ó de la muerte, tallada en una roca de 3 metros de altura, y representa una cabeza con dos brazos, alas de buitre, pies y garras de jaguar, con adornos de víboras ensortijadas en numerosos anillos; la estatua llamada de *Chacmol* traída de las ruinas de Yucatán; la interesante Cruz del Palenque; la serpiente de plumas, enroscada, símbolo de Quetzalcoatl, personaje misterioso de raza blanca que apareció en el imperio de Tula, legislador y profeta, y que desapareció de la misma manera misteriosa en las regiones del Coatzacoalco, y por último, dos cabezas de serpiente, ejemplares de las que coronaban la cerca del gran Teocalli de México, y los objetos de obsidiana y serpentina entre los cuales se cuenta una hermosa careta perforada circularmente. En el otro departamento, además de los objetos de historia natural se hallan expuestos otros tan curiosos como interesantes, pertenecientes á la historia de la Conquista y de la Independencia. El Museo posee también una colección de pinturas, que representan los retratos de los virreyes gobernadores de la Nueva España.

Existen además numerosas bibliotecas particulares, ricas y curiosas, sobre todo en manuscritos, colecciones de pinturas, mineralógicas y de antigüedades. Varios periódicos científicos y literarios ven la luz pública en la ciudad, así como muchos diarios políticos. Para terminar la parte correspondiente á la instrucción pública y al movimiento científico, y literario, conviene manifestar que cuenta la Capital con un número considerable de escuelas públicas y particulares.

Entre los edificios pertenecientes al Gobierno General, se cuentan: el Palacio Nacional, fundado por Cortés sobre las ruinas del de Motecuhzoma, vasto edificio, en el cual se hallan establecidas las seis Secretarías de Estado, el Senado, la Tesorería, la Oficina de Correos, el Museo Nacional, la Oficina de impresión del Timbre, el Archivo General, la Comandancia Militar, los Observatorios Meteorológico y Astronómico y una imprenta; la antigua Administración de Rentas en la plaza de Santo Domingo; la Ciudadela, hoy fábrica de armas, y algunos cuarteles.

Entre los edificios municipales son dignos de mencionarse: el Palacio del Ayuntamiento y Gobierno del Distrito y la Cárcel Nacional de Belén. Los hospitales atendidos con los fondos de la Beneficencia pública, son los que siguen: el de Jesús, fundado por Cortés; el Militar, en la antigua Casa de las Arrecogidas y templo de San Lucas; el de Juárez ó antiguo de San Pablo; el de San Andrés; el de Morelos, antes San Juan de Dios; el Francés, en la Ribera de San Cosme, y por último, los de San Hipólito y el Salvador, el primero para hombres y el segundo para mujeres dementes; la Casa de Niños Expósitos y la Casa de Corrección y Preventiva llamada "Tecpan de Santiago," y la Correccional de San Pedro y San Pablo.

El Municipio sostiene veinticinco escuelas para niños y adultos, y otras tantas para niñas.

*Plazas públicas.*—La mayor ó de la Constitución que es la más hermosa y extensa, está limitada al Norte por la Catedral, al Este por el Palacio Nacional, al Sur por el Palacio Municipal y

Portal de las Flores y al Oeste por el Portal de Mercaderes y Avenida del Empedradillo, á la cual desemboca la hermosa calle del "Cinco de Mayo." La plaza de Santo Domingo, á cuyo frente se levanta el hermoso templo de su nombre, y en su costado oriental la Escuela de Medicina y la Aduana ó sea Administración de Rentas, que ha de convertirse próximamente en Palacio Legislativo. La plaza de San Fernando, la de Buenavista y la de Loreto, son, entre otras muchas, las más notables de la ciudad, después de las citadas.

*Paseos.*—De los que existen en la Capital son notables: la Alameda, el más antiguo y hermoso, objeto de un lamentable descuido á pesar de sus excelentes condiciones favorables á la higiene pública, por su hermosa arboleda y su conveniente situación.

El hermoso jardín del Zócalo, en el centro de la plaza principal, se halla adornado con un quiosco de hierro, fuentes, estatuas y calzadas de mármol.

El extenso y grandioso paseo de la Reforma, al Occidente, que da principio en la glorieta en que se levanta la soberbia estatua ecuestre de Carlos IV, una de las más notables del mundo, y que termina frente á la portada del parque y bosque de Chapultepec, formando una ancha calzada de  $3\frac{1}{2}$  kilómetros de longitud, con elegantes gloriets, doble hilera de árboles, pedestales y asientos de piedra labrada: en dos gloriets intermedias se levantan otros dos bellos monumentos, el de Cristóbal Colón y el de Cuauhtemotzin, último Emperador azteca. El primero de dichos monumentos, regalado á la ciudad por el Sr. D. Antonio Escandón, consta de un hermoso pedestal cuya parte superior corona la estatua del Descubridor de América, hallándose en la inferior, en los ángulos, las estatuas de Fray Bartolomé de las Casas, Fray Diego de Désa, Fray Pedro de Gante y Fray Juan Pérez de Marchena. El monumento se halla circundado por un hermoso balaustrado de hierro con cuatro bellos candelabros. El otro monumento fué proyectado por el hábil ingeniero Fran-

cisco Jiménez, adaptando al arte moderno, el carácter de las construcciones aztecas.

El paseo de la Viga, antes muy concurrido en la Cuaresma, se encuentra al Sur de la ciudad, limitando el canal que conduce á varias amenas poblaciones de indígenas; en una de las gloriets del paseo, hay un modesto monumento con el busto de Cuauhtemoc.

El jardín de San Fernando posee la estatua de bronce del General Guerrero, héroe de la Independencia; así como el de la Santa Veracruz, la estatua de mármol, de Morelos, el más grande de nuestros héroes.

*Mercados.*—El Volador, que sólo es notable por su inconveniente situación; el de la Merced, San Juan y Santa Catarina.

*Hoteles.*—Cuéntanse diversos, sobresaliendo entre todos el de Iturbide, que ocupa el espacioso local llamado Palacio del Emperador Iturbide, notable por su hermosa y esbelta arquitectura, y que habiéndose extendido á otros edificios se comunica ya por cada una de las cuatro calles que forman la espaciosa manzana en que se encuentra.

El Hotel Humboldt, magnífica construcción moderna, á dos cuadras del Palacio Nacional, ocupa una manzana entera formada por las calles de Jesús.

Los demás hoteles son: el Universal, Colón, Europa, Espíritu Santo, Bazar, Comonfort, Vergara, Refugio, Gran Sociedad, Bella Unión, Nacional, Continental, Cantabro, Central, San Agustín, Jardín de San Francisco y algunos otros.

*Teatros.*—El Gran Teatro Nacional, aunque no exento de graves defectos, particularmente en el foro, es el más vasto y elegante, pudiendo contener más de 3,000 espectadores; fué construido por el arquitecto español D. Lorenzo Hidalga, por iniciativa de D. Francisco Arbu. Dicho teatro ha sido demolido recientemente, para edificar uno nuevo á todo costo en la manzana comprendida entre las calles de Santa Isabel, Puente de San Francisco, Mirador de la Alameda y Mariscalá.

El de Iturbide, reducido pero de un estilo hermoso, sirve pro-

visionalmente de Cámara de Diputados, y es obra del ingeniero mexicano Santiago Méndez.

El Principal, construido en la época de la dominación española, de hermoso aspecto en el exterior á causa de la reconstrucción de la fachada, se halla situado en la misma línea céntrica en que se levantan el Nacional é Iturbide.

El de Arbeu, de moderna construcción.

El de Hidalgo, últimamente reedificado.

El salón de Concierdos del Conservatorio de Música.

Y por último, existen otros teatros de un orden inferior, como los de Guerrero, Zaragoza y Democracia.

*Jardines de plantas y de recreo.*—El de San Francisco; el Tivoli de San Cosme, lugar muy grato y ameno, por sus frondosos fresnos: los del Ferrocarril y Eliseo, situados en la Avenida de los Hombres Ilustres; el de Petit Versailles, en el principio de la calzada de la Piedad; y algunos otros frecuentados por extranjeros y la escogida sociedad mexicana; y para el pueblo, la Retama, Jamaica, Quinta del Carmen y el Jordán.

*Panteones.*—Existen clausurados los de San Diego y San Fernando, siendo notables en este último algunos monumentos, como el del Presidente Juárez, el General Zaragoza, el General Miramón, Srta. Escalante y algunos otros. Se hallan abiertos los del Tepeyac, en Guadalupe Hidalgo; Dolores, en las lomas de Santa Fe; el Inglés, en el término de la calzada de San Cosme, y el Cementerio Francés, á uno y otro lado de la calzada de la Piedad, llamando la atención el último por su aseó y la amenidad del lugar.

Las calles de la ciudad son anchas y rectas con buenas aceras; las casas generalmente de buena apariencia y muchas de magnífico aspecto: están construídas con solidez, siendo todas de mampostería y no pocas de piedra labrada.

México es el centro del comercio y de la industria de la República: sus calles se ven recorridas por varias líneas de ferrocarriles urbanos, partiendo de la ciudad las siguientes vías férreas:

La del Ferrocarril Mexicano para Puebla y Veracruz, cuya hermosa y amplia estación se halla al Poniente de la Capital, en el lugar llamado Buenavista.

El Ferrocarril Central, atravesando el interior del país hasta los confines Septentrionales, termina en Paso del Norte, verificando allí su enlace con las vías férreas de los Estados Unidos: su estación se halla en un lugar próximo al de la anterior.

El Ferrocarril de la Compañía Constructora Nacional Mexicana, parte en construcción, sale de la Colonia, al Poniente de la población, para terminar en Nuevo Laredo, en cuyo punto se une con los ferrocarriles de Tejas.

El Ferrocarril de Morelos y el de Irolo, al Oriente: los de Cuautitlán y el Salto, al Norte; y sin salir de los términos del Distrito Federal, los de Guadalupe, San Angel, Coyoacán y Tlálpam, y el directo á esta última ciudad.

La población de la Capital se estima en más de 330,000 almas.

En los alrededores de México, al Suroeste, se encuentra TACUBAYA, ciudad de 12,000 habitantes, casi enteramente compuesta de casas de campo, muchas de ellas en extremo bellas, con un palacio, antiguo arzobispado, después Colegio Militar y hoy Observatorio Astronómico. Al Norte de dicha ciudad y muy cerca de ella se encuentra CHAPULTEPEC, uno de los sitios más amenos y grandiosos por su abundancia de agua, su bosque de ahuehetes seculares (*taxodium disticha*) y su pintoresca colina coronada por un edificio mitad palacio, mitad castillo, desde cuya cima se goza de un admirable panorama del Valle. El edificio, de construcción lujosa y elegante, sirve hoy de Colegio Militar. Tacubaya, Chapultepec, así como Mixcoac, San Angel, Coyoacán y Tlálpam y sus contornos, sirven de sitios de recreo á la población de México, que se traslada á esos lugares por medio de los ferrocarriles ya mencionados. MIXCOAC es un pueblo de 1,800 habitantes, ocupados la mayor parte en la jardinería y horticultura: en él existen hermosas casas de campo. COYOACÁN, SAN ANGEL y TLÁLPAM, son de renombre por sus hermosas quintas, sus amenos campos y sus arboledas.

SANTA ANITA, IXTACALCO, MEXICALCINGO é IXTAPALAPA, al Sur de la Capital, son pueblos que constituyen, particularmente los dos primeros, los paseos favoritos del pueblo. Sus habitantes, en su totalidad indígenas, cultivan flores y hortaliza, con las que hacen un gran comercio.

Cerca de TACUBA, pueblo al Poniente, de 4,000 habitantes, se ve aún la calzada de piedra por la cual Hernán Cortés huyó de Tenochtitlán; y entre la Capital y Tacuba, unidos por un ferrocarril, se encuentra el pueblito de POPOTLA, en el cual se ve el famoso ahuehuete llamado "Arbol de la Noche Triste," testigo de la desastrosa retirada de Cortés.

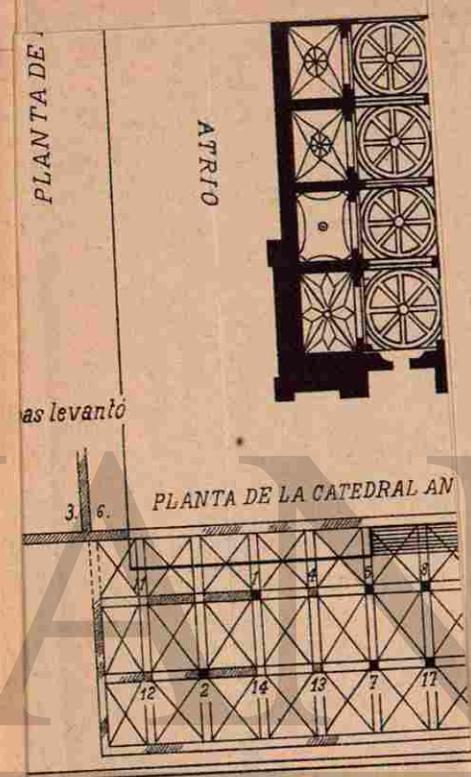
GUADALUPE, ciudad á 5 kilómetros al Norte de México, contiene cinco templos: uno de aspecto morisco en el exterior, llamado del Pocito; otro construído en la cima del cerro del Tepayac, y los otros tres al pie de dicha eminencia, siendo uno de ellos la Colegiata de Guadalupe, templo suntuoso y santuario el más venerado en el Nuevo Mundo y en el cual existe un sacerdote con la dignidad de Abad mitrado.

**VALOR DE LA PROPIEDAD.**

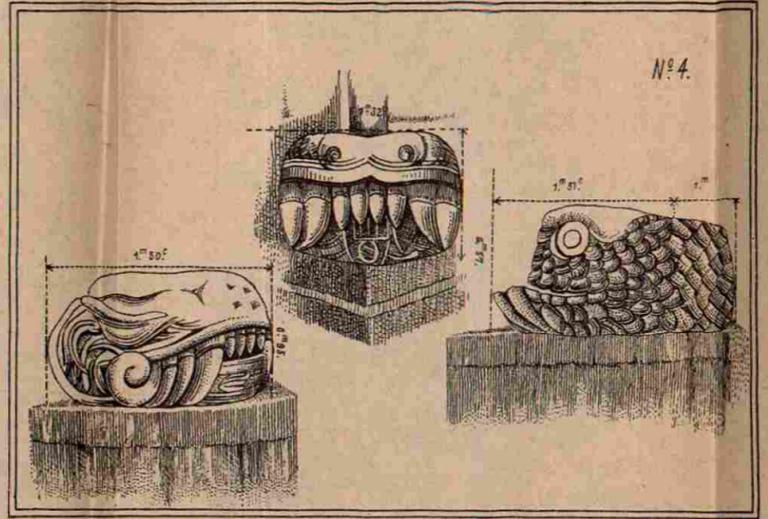
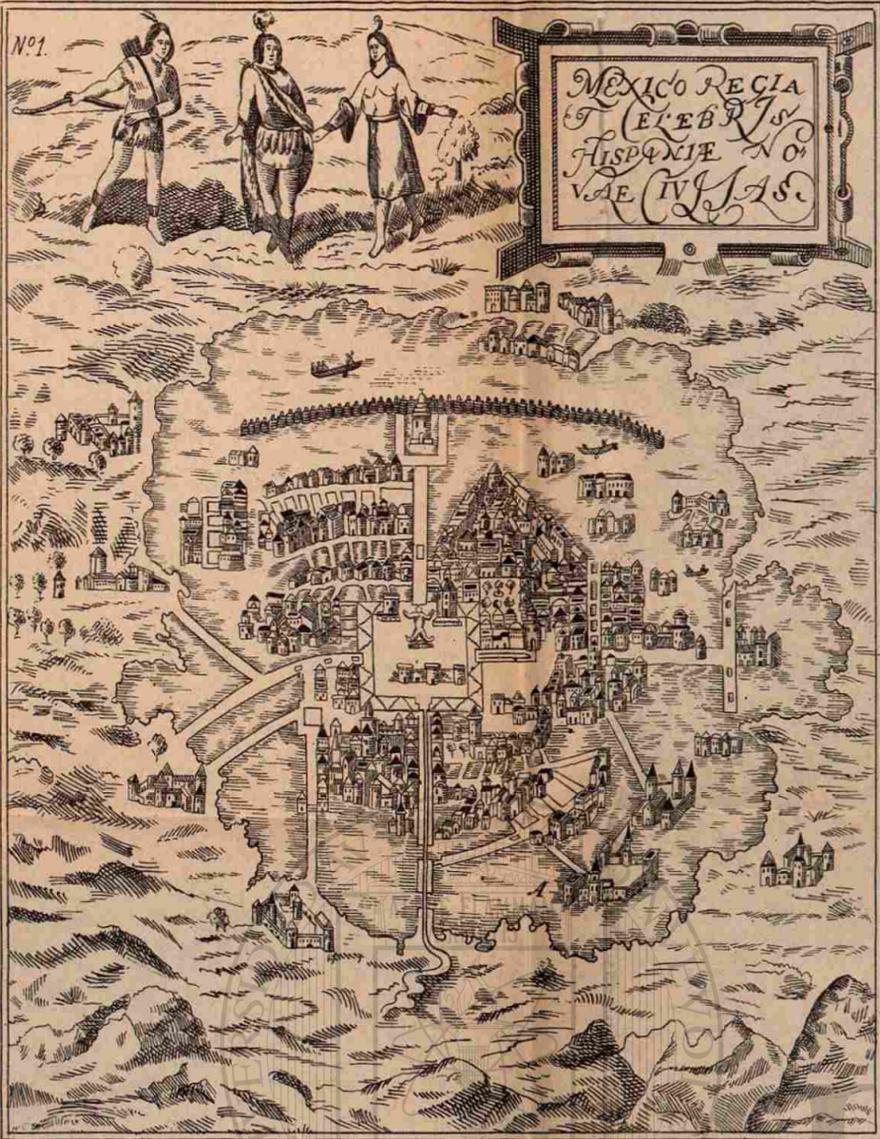
Propiedad urbana . . . . .	\$ 49,194,724
" rústica . . . . .	5,689,698
	<hr/>
	\$ 54,884,422

**FINCAS EXCEPTUADAS DEL PAGO DE CONTRIBUCIONES.**

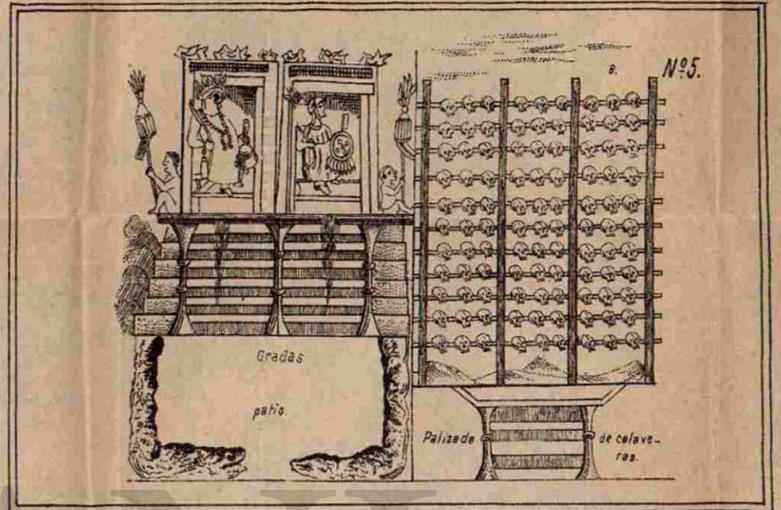
Municipalidades . . . . .	\$ 2,338,756
Beneficencia pública . . . . .	404,521
" particular . . . . .	718,086
Nacionales . . . . .	9,188,846
Templos y capillas . . . . .	15,000,000
	<hr/>
	\$ 27,650,209
	<hr/>
	\$ 82,534,631



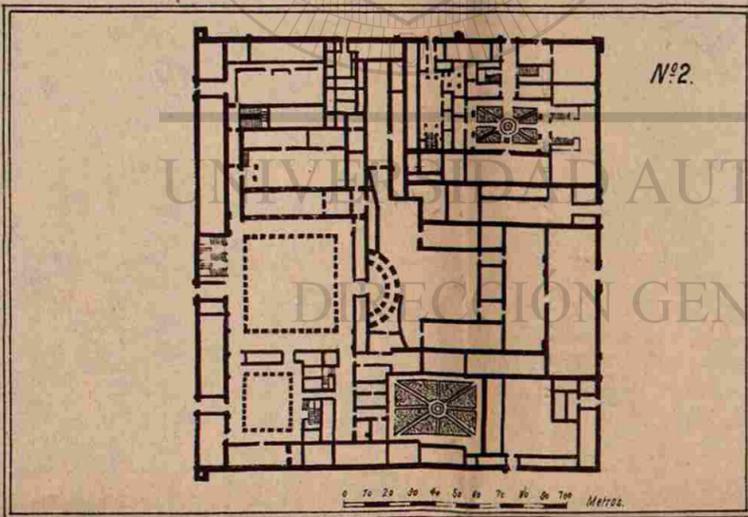
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apr. 1625 MONTERREY, MEXICO



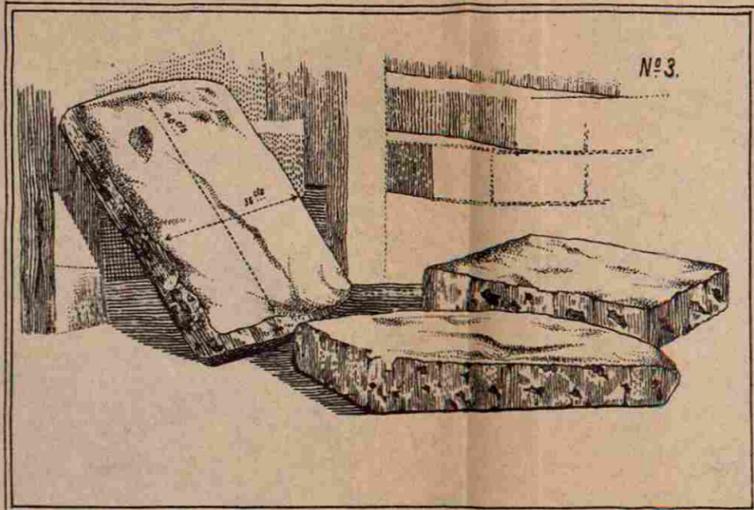
CABEZAS DEL COATEPANTLI.



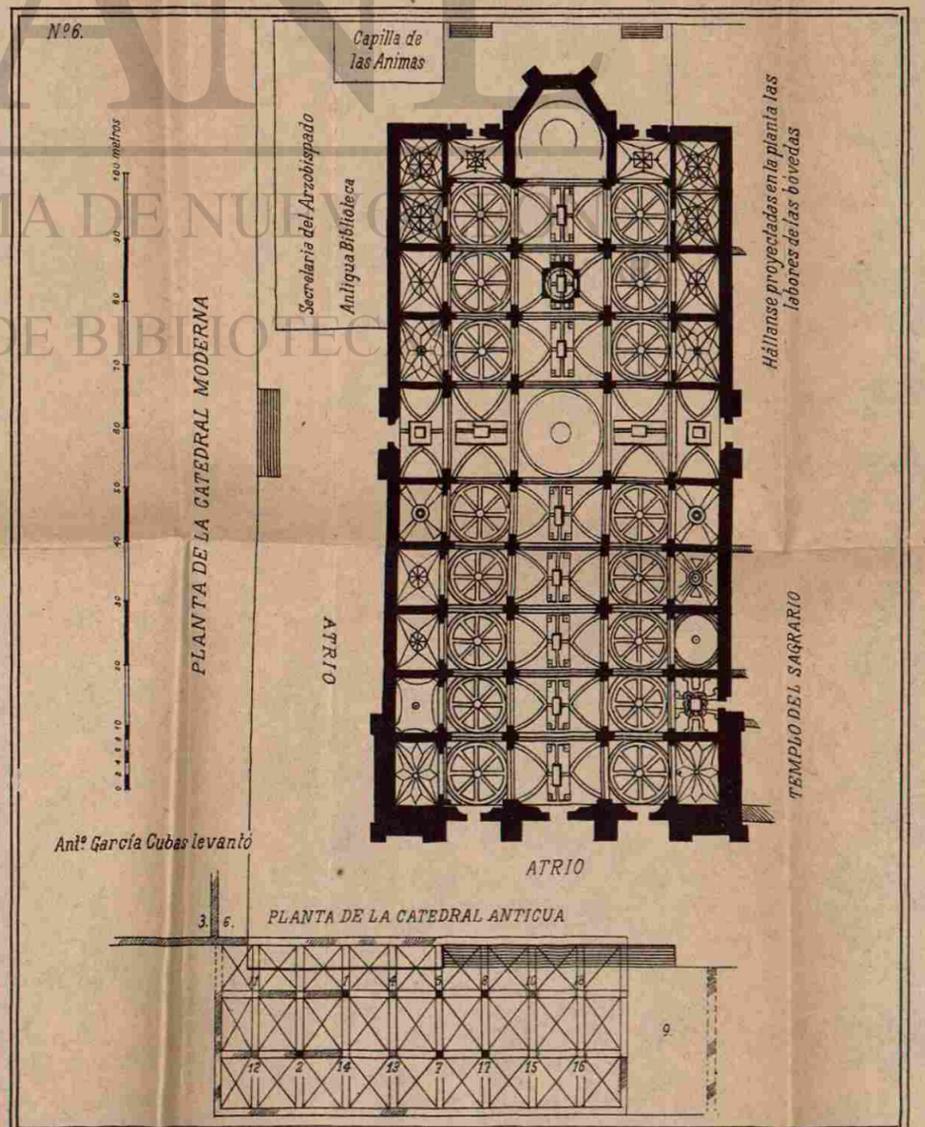
TEOCALLI DE LA GRAN PLAZA DE MÉXICO.



PLANTA DEL PALACIO NACIONAL.



PIEDRAS ARTIFICIALES. (Fracciones del pavimento de la antigua Catedral.)



INSTRUCCION PUBLICA.

INSTRUCCIÓN PRIMARIA.

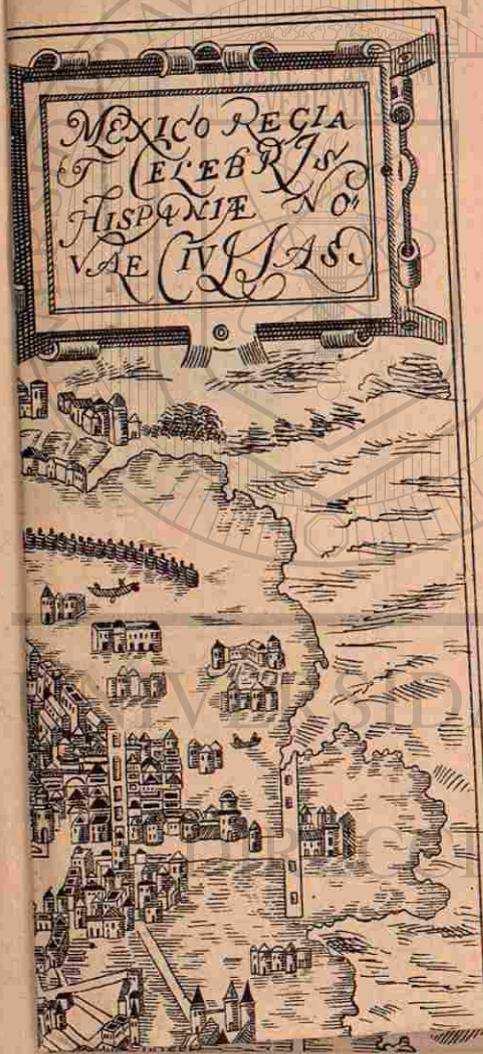
213	Escuelas para hombres. . . . .	16,447 alumnos.
228	„ „ mujeres. . . . .	10,822 alumnas.

SECUNDARIA Y PROFESIONAL.

14	Establecimientos para hombres. . . . .	3,109 alumnos.
6	„ „ niñas y señoritas. . . . .	1,045 alumnas.
461	Establecimientos. . . . .	31,423 alumnos.

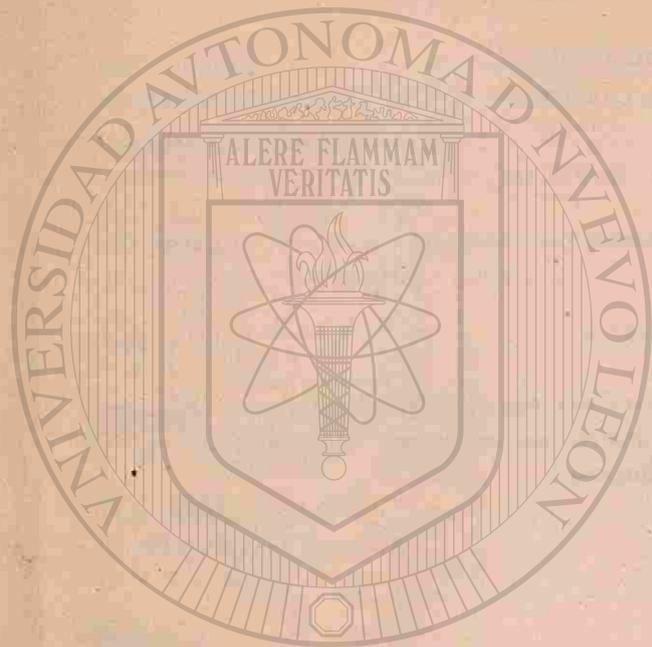
(No figuran en estos datos los de algunos establecimientos particulares de instrucción secundaria y preparatoria para las carreras profesionales).

ANTONIO GARCÍA CUBAS.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

783



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

---

## CONVENTO DE LA MERCED.

---

### I

Al borde de la antigua acequia real se eleva, formando un cuadrilongo, un edificio que pertenece al Orden real, sagrado, celeste y militar de Nuestra Señora de la Merced. Por su parte exterior este edificio no ofrece en su construcción nada de notable; paredes desigualmente clareadas por ventanas de dimensiones diferentes, y el costado desnudo de una iglesia embutida en uno de los lados del cuadrilongo, he aquí todo lo que se puede percibir. Pero si en vez de desalentarse por estas desagradables apariencias, el visitador franquea la cerca, el aspecto interior del convento le recompensa ampliamente de la impresión primera.

Dos puertas se abren hacia un patio que fué en otro tiempo un cementerio, y que sirve de atrio á la iglesia principal y de vestíbulo á la capilla del Tercer Orden y al claustro propiamente dicho. La fachada de la iglesia principal es demasiado insignificante bajo el punto de vista arquitectónico. Tiene una puerta flanqueada de un par de columnas de orden dórico, que sostienen un bajorelieve bastante confuso, el cual representa á Nuestra Señora de la Merced: la cornisa que está al pie tiene la siguiente inscripción: REDEMPTIONEM MISIT D. M. S. POPULO SUO. Una capa de pintura color de coleta cubre toda la fachada, cuyo tinte uniforme no se ve interrumpido más que por la blancura del yeso con que está cubierto el bajorelieve.

Hacia la derecha se levanta solitaria la torre, de dos pisos, adornada de columnillas y coronada por una bóveda esférica.

Penetrando al interior de la iglesia por la puerta que se abre hacia el Norte, se pasa bajo dos bóvedas rebajadas que se asemejan bastante á las criptas del panteón de París. Su extensión transversal es enorme, y á la vista parecen tener unos veinte metros. Estas bóvedas sostienen los órganos y el coro reservado á los religiosos. Mas hacia adelante, el techo se levanta repentinamente, y entonces es cuando la vista, teniendo una perspectiva libre en todos sentidos, puede abrazar el monumento en su conjunto. La iglesia está compuesta de tres naves, de las cuales la principal es mucho más elevada que las de los costados. Columnas reunidas por medio de arcos paralelos al eje longitudinal separan la gran nave de las otras dos, en donde se encuentra un gran número de altares de todas formas y estilos, que colocados lado á lado, sin separación ni barandillas, como muebles arrimados á la pared, producen por su diversidad un efecto chillante que perjudica al conjunto. La bóveda que precede inmediatamente á la que se levanta sobre el altar mayor, comunica libremente con las dos naves colaterales que en este punto llegan hasta la altura del techo de la primera, de manera que semejan una especie de crucero. En el punto de intersección del techo forma una bóveda poligona de un admirable trabajo de carpintería y de tallado. Este trabajo es, en nuestro concepto, lo que debe llamar la atención á pesar del estado de ruina en que se encuentra, porque es la última muestra de un arte casi perdido en México. El techo todo de la nave principal está construido de madera, y es notable por su atrevimiento. Su forma triangular y sus adornos, son análogos á los de la bóveda principal. Anchas cintas de madera que se cruzan formando rombos lo cubren y sostienen en sus intersticios medallones que representan el escudo de la Orden alternando con cabezas de serafines. Cada bóveda está separada por una viga calada y adornada de oro y de carmín. Dichas vigas reposan sobre las columnas. Los colores que adornan aquellas, bastante vivos en algunos puntos, tienen

un brillo que hace lamentar el estado de abandono en que tan hermosas piezas se encuentran. El deterioro proviene del filtramiento de las aguas llovedizas al través de la cubierta exterior de plomo del techo. El remedio, como se ve, no es sino muy fácil.

A la izquierda de la fachada se encuentra el vestíbulo cubierto que conduce al claustro reproducido por la estampa. La reproducción es tan neta, tan bella, tan fiel, que no intentaremos describir lo que cada uno puede ver muy bien. Nos limitaremos sólo á indicar que es acaso el más hermoso resto en México de ese estilo granadino que se ostenta con tanto esplendor en el celebrado palacio de la Alhambra.

Nada puede compararse á la soledad de este claustro, situado en el centro de uno de los barrios más populosos de la ciudad. Columnas blancas de arcos dentellados formando una galería, rodean un patio enlosado, en donde crecen aquí y allá algunas yerbas enfermizas. En el centro una fuente recibe un delgado chorro de agua tomado del acueducto vecino: dos ó tres aguadores vienen aquí á llenar sin ceremonia sus cántaros y sus *chochocoles*, y sus palabras son lo único que interrumpen el silencio que reina en esta especie de tebaida. En un ángulo, una rueda de canalejas, que recuerda los *tread-mills* de Inglaterra por el modo como se la pone en movimiento, sirve para hacer bajar el agua estancada que suele subir y acumularse sobre el pavimento de la iglesia. De tiempo en tiempo se ve el traje flotante de lana blanca de algún religioso pasar y repasar detrás de las columnas para irse á perder entre los sombríos corredores que conducen á las celdas. En las paredes del fondo están colgados varios cuadros representando escenas religiosas, los mártires de la Orden, los santos que en ella se han producido y los doctores que por su ciencia la han servido de ornamento. Todas esas fisonomías mudas, unas en el éxtasis del dolor y otras en el de una beatitud celeste, ostentan sus llagas, levantan sus cabezas cortadas, enseñan sus muñones sangrientos ó sus miembros calcinados, y cau-

san una impresión de malestar y de inquietud que apenas puede dominarse.

La época de la fundación en México del primer convento de la Merced no se remonta más que á 1593, mucho tiempo después de que los franciscanos, los dominicos y los agustinos estaban ya establecidos. Sin embargo, el primer religioso que acompañó á Hernán Cortés, el primero que hizo oír á los indios la palabra de Dios, pertenecía al Orden de la Merced. Fr. Bartolomé Olmedo tuvo también la gloria de celebrar la primera misa luego que los aventureros españoles pusieron el pie sobre el continente americano. Su palabra dulce é insinuante y su inagotable caridad le conquistaron rápidamente un gran número de prosélitos, á pesar de las atrocidades cometidas por los soldados conquistadores. El fué quien bautizó al famoso Mexicatzín, uno de los principales miembros del senado de Tlaxcala, que encanecido en los combates, no pudo resistir á las viruelas importadas por los castellanos. Auxiliado poco después por hermanos venidos de Cuba y de España en 1524 y en 1529, Fr. Bartolomé abandonó México, en donde los franciscanos podían continuar la obra comenzada, para pasar á Guatemala y llevar allá la luz de la fe.

Enteramente consagrados al desempeño de su santa misión, estos celosos religiosos no pensaron en formar un establecimiento sino hasta 1589. Algunas casas reparadas á costa de la caridad pública y situadas en el barrio de San Lázaro, les sirvieron de convento y de seminario. Allí se dedicaban obscuramente á sus trabajos, cuando llegaron á ser el objeto de un insigne favor en recompensa de su modestia y de la abnegación de su vida. El obispo de Perpiñán, D. Fr. Francisco de Vera, en esa época vicario general de las provincias en las grandes Indias, hallándose en Guatemala tuvo ocasión de ver allí dos imágenes perfectamente sacadas de Nuestra Señora de la Merced. Fué tanto lo que le cautivaron, que resolvió tomarse una para dotar al convento recientemente fundado en México. A pesar de toda la habilidad desplegada en esta empresa delicada, se extendió en la

ciudad el rumor de que una de las veneradas imágenes había desaparecido. La población se insurreccionó y el obispo estuvo á punto de ser apedreado. Empero la Providencia velaba, y la imagen, cuidadosamente empacada, y no teniendo por otra dirección más que estas palabras: *Quien te encaminare á México, Dios lo encamine*, escapó durante seis meses á los accidentes de un transporte confiado á los indígenas, atravesó trescientas leguas por regiones desiertas y salvajes, y entró de una manera triunfal á México en 1596. De manera que,—añade el R. P. Juan Antonio de Oviedo, jesuita, que refiere el hecho—podemos afirmar que la Santísima Virgen ha venido milagrosamente hacia nosotros. Ella recibía por todas partes—dice—sin pagar nada; su viaje no nos costó ni dinero ni trabajo; entró al fin por la puerta en donde fué acogida con el respeto y la pompa que le eran debidos. Desde entonces ha continuado haciendo sentir su influencia milagrosa, porque provoca las limosnas que sostienen al convento, y no era poco decir, pues según el P. Fr. Luis de Cisneros, sus gastos ordinarios solamente se elevaban á más de 20,000 pesos anuales.—Hoy la preciosa imagen puede verse en un nicho encima del altar mayor del templo.

Bien pronto, estrechos en su primera casa, los religiosos provistos de una cédula real fechada el 20 de Enero de 1594, pensaron en escoger un local más conveniente. No tardó en presentarse la ocasión y el Pr. Fr. Francisco Jiménez, vicario general en 1601, compró en 18,000 pesos varias propiedades que pertenecían á un sacerdote de la ciudad llamado Guillermo Berondate. A esta adquisición sucedió la de algunos inmuebles contiguos, separados por desgracia del primer lote por un callejón muy concurrido. Esta circunstancia produjo un conflicto que estuvo á punto de tomar un carácter muy grave: queriendo reunir los dos terrenos de su dominio, los religiosos se resolvieron á interceptar el paso del callejón. Sin curarse de la prohibición del virrey, conde de Monterrey, que les había prevenido que se abstuvieran de llevar adelante su intento, trabajaron con toda prisa durante toda una noche, que á la mañana siguiente la po-

blación llena de asombro se preguntaba en vano qué había sido de su callejón acostumbrado, y concluyó por descubrir que había sido tapiado por ambas extremidades. Al extenderse esta noticia todo el vecindario se reúne; el asombro cede el lugar á la cólera, y la multitud se lanza á destruir los andamios valientemente defendidos por los reverendos padres. Su valerosa resistencia sirvió para que ganaran su causa ante el virrey, quien desistió de su oposición; y así fué como quedó fundado el convento actual de la Merced.

Dueños del terreno, los religiosos comenzaron inmediatamente la construcción de su iglesia, cuya primera piedra fué puesta el 8 de Septiembre de 1602 por el conde de Monterrey en persona. Es la que sirve hoy de Capilla al Tercer Orden. Los gastos de la construcción fueron cubiertos con los productos de dos minas que los frailes se pusieron á explotar; la una, que estaba abandonada, era conocida con el nombre de Zacualpan; la otra era una cantera de tezontle llamada de la Piedra y situada en las montañas de Santa Marta, grupo volcánico aislado que se encuentra al Sudeste de la ciudad entre los lagos de Chalco y de Texcoco.

Hasta entonces los establecimientos, ya bien numerosos, del Orden de la Merced, habían dependido de la provincia de Guatemala; pero un breve del Papa Pablo V, fecha el 7 de Diciembre de 1615, apoyado en una real cédula de 15 de Junio de 1616, concedió al general del Orden la facultad de separarlos y constituirlos en provincia independiente. Esta separación tuvo lugar en su esencia por medio de la patente de 11 de Junio de 1617, nombrando provincial al P. Fr. Benito Martínez, y de hecho, en 16 de Mayo de 1620, día en que se verificó la primera ceremonia capitular. En 1626 se fundó el convento de Belén, destinado para los novicios, en un lugar encantador al Oeste de la ciudad, conocido con el nombre de Merced de las Huertas.

La iglesia primitiva del convento de México, convertida en el establecimiento principal de la Nueva España, antes de mucho no estuvo ya en relación con el esplendor exigido por el culto.

Resolvióse, pues, la edificación de una nueva iglesia, y los maestros arquitectos consultados acerca de los gastos probables de la construcción, después de haber convenido en su plan, pidieron 100,000 pesos, que el P. Fr. Juan de Herrera tuvo la idea de procurarse ofreciendo el patronato de la obra á 100 personas, quienes debían dar cada una 1,000 pesos, pagaderos en misas numerosas, ejercicios espirituales y otros varios privilegios. La lista de la subscripción á cuya cabeza se hallaba el nombre del virrey marqués de Cerralvo, se cubrió prontamente, y en consecuencia los cimientos fueron puestos en 1630. El 21 de Marzo de 1634 se puso la primera piedra de la portada, según lo indica la fecha grabada entre las dos columnas de la izquierda. Por desgracia, los trabajos comenzados con vigor se aflojaron prontamente, ya sea á causa de la inexactitud del cálculo que había fijado los gastos en 100,000 pesos, cuando llegaron á 150,000 pesos, ó ya por la indolencia con que los patronos inscritos verificaban el entero de su subscripción. Aumentóse la lista de subscriptores y se recurrió á la petición de limosnas, y gracias á estos auxilios, la iglesia estaba en estado de abrirse el 30 de Agosto de 1654, en presencia del arzobispo metropolitano D. Francisco Manso y Zúñiga y del virrey duque de Albuquerque. Pero no fué sino hasta el 18 de Enero de 1682 cuando tuvo lugar la consagración definitiva, como lo prueba la siguiente inscripción que se lee en el tercer pilar á la derecha de la gran nave: "Consagró esta santa iglesia el Illmo. y reverendísimo maestro D. Fr. Juan Durán, del real Orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos. Dom. 18 de Enero de 1682 años, habiéndose dedicado el 30 de Agosto de 1654." Por este tiempo el campanario, comenzado por Fr. Francisco Jara, estaba muy poco avanzado. No se llegó á acabar, ni sus campanas á sonar sino hasta el 16 de Abril de 1695, con motivo de la elevación del mencionado religioso á la dignidad de provincial.

Es probable que en esta fecha los patios y viviendas de un antiguo *mesón* que formaban parte de las adquisiciones primitivas, hubiesen servido de claustro provisional, porque no se encuen-

tra mención alguna del magnífico claustro actual sino hasta 1702. En su crónica, y con fecha 20 de Septiembre del año indicado, dice Robles: "Otorgaron escritura de patronato de la iglesia de la Merced al provincial Fr. Baltasar de Alcocer, y el definitivo al conde de Miravalles D. Alonso de Avalos, con algunas capitulaciones, y el dicho conde les entregó este día 12,000 pesos en reales para la obra del claustro de dicho convento, y después ha de dar otras cantidades."

El 12 de Diciembre de 1703 se celebró la dedicación; pero la falta de recursos retardó sin duda su conclusión, porque el barrido de fierro, de un trabajo en verdad muy mediano, no fué puesto sino hasta 1713, como ha tenido cuidado de recordarlo el buen herrero, quien grabó la fecha del modo siguiente: "Acabóse esta rejería á 5 de Setiembre, año de 1713, siendo provincial el M. R. P. M. Fr. Baltasar de Alcocer y Lariñana: Bartolomé fecit." Por último, una inscripción colocada al ras del pavimento nos dice que el claustro no quedó terminado sino hasta 1785: "En 12 de Septiembre de 1785 años se finalizó la reedificación de este claustro á expensas (la mayor parte) de los señores de la ilustre archicofradía."

Instituída en 1218, bajo D. Jaime de Aragón, por San Pedro Nolasco, nacido en San Papout, en el Languedoc, la Orden de la Merced, fué en un principio compuesta de religiosos que tenían un carácter militar, como lo demuestran sus títulos y su piadoso traje. Usaban calzón con ataderos y hebillas, el perpunt y la ropa á la española, y sobre el pecho un escudo con una cruz blanca en su parte superior y tres barras de oro sobre fondo rojo en la parte inferior. La cruz blanca representa que el Orden fué fundado en la diócesis de Barcelona, las barras de oro perpetúan el recuerdo de la milagrosa salvación de un rey de Aragón que, perseguido por los moros, apoyó su mano ensangrentada contra las murallas en el momento de salvar un foso peligroso, y dejó allí la impresión de tres dedos. Hoy los religiosos continúan usando el escudo, pero el traje ha tomado un ca-

rácter enteramente monástico desde la reforma verificada por San Ramón Nonato.

La Merced era un convento rico en libros y en pinturas de varios maestros célebres; pero convertido repetidas veces en cuartel, estas riquezas han sido maltratadas y en gran parte destruídas por la soldadesca desenfrenada. Hacer el mal por el mal, es una distracción estúpida y bárbara que se creía perdida con la desaparición de los vándalos y de los godos; pero parece que esas razas han encontrado en el siglo XIX descendientes dignos de ellas. Casi todas las obras de la biblioteca están truncas. Cuatro grandes telas de Juan Correa, colocadas en el gran vestíbulo del primer piso, están acribilladas á bayonetazos; los ojos de los personajes son los que, sobre todo, han servido de blanco á esos valientes guerreros. La mayor parte de los demás cuadros ha sido desgarrada é innoblemente manchada.

A pesar de esta lamentable destrucción, se encuentran aún restos interesantes por más de un título. El cuadro más curioso y el más maltratado también, es el que se puede ver hacia la derecha de la puerta de la capilla del Tercer Orden. Representa el bautismo de ese mismo Maxicatzin, de quien ya hemos hablado más arriba, aunque otros dicen que es de un rey de Texcoco, por Fr. Bartolomé de Olmedo. La firma del cuadro es esta: *Nicolans Rodríguez Xuárez clericus presbyter fecit*. Es una obra que se recomienda por grandes cualidades de composición y por un colorido muy sólido y perfectamente en armonía con el asunto. En el centro, arrodillado sobre las gradas del bautisterio, el noble indio recibe las aguas santas. Su fisonomía, arrobada y expresiva, tiene impresa la humildad cristiana unida á una dignidad severa; revela una fe robusta. El tipo es de una gran nobleza y se comprende que caracteriza á la raza indígena. Esta figura forma un contraste interesante con la cabeza europea de Olmedo, sobre la cual el pintor ha concentrado la luz, los contornos un poco afeminados, el tinte blanco del sacerdote, que aunque un poco falsos bajo el punto de vista de la realidad, le idealizan comunicándole un no sé qué de místico. Un lego teniendo

los Santos Oleos, colocado detrás del bautisterio y visto de frente, completa el grupo principal. A la derecha, Cortés, cubierto de su armadura, parece servir de padrino al neófito, sobre cuya espalda apoya su mano. Sea casualidad, sea por cualquier otro motivo, el pintor descuidó al conquistador, á quien da un ademán y una figura bastante tristes. En el fondo están agrupados varios castellanos é indígenas, de los cuales uno tiene el quitasol de plumas de los antiguos aztecas; hacia la izquierda, dos soldados subidos sobre unos postes, suenan el clarín y el tambor, como para anunciar *urbi et orbi*, la buena nueva.

Un poco al centro, un escribano sentado frente á una mesa escribe el protocolo de la ceremonia; por último, en la parte delantera del tapete que cubre la mesa, el pintor ha trazado estos versos:

Apláudate este orbe entero,  
Grande Fray Bartolomé,  
Porque para el sol de fe  
Le serviste de lucero.  
De haber sido tú el primero  
De este orbe conquistador,  
Nadie borra el esplendor,  
Y aunque otros después vinieron,  
Ellos apóstoles fueron,  
Pero tú el precursor.

Es de sentirse que esta tela, que cae á girones y á la cual nada protege contra las injurias del tiempo y de los hombres, no sea confiada á los cuidados de un pintor inteligente encargado de restaurarla, porque es, no tan sólo importante en nuestro concepto como obra de arte, sino de sumo interés como página histórica.

En el claustro abundan las telas. Las de D. Ignacio Rodríguez de Ayala (1807) son medianas á pesar de sus dimensiones, y las que están formadas por D. Joaquín Esquivel (1797) no están á la altura de la reputación de este maestro. Citaremos, sin embargo,

como dignos de atención, el éxtasis de San Pedro Pascual, por Manuel de Arellano (1720); el curso de Teología de Fray Gerónimo Pérez, por Tomás Benítez (1730), y la muerte de San Pedro Nolasco, por Diego Vázquez.

Además de las telas lastimadas de Juan Correa, que se hallan en el gran vestíbulo del primer piso, deberemos mencionar un descendimiento de la cruz y una última cena, de Cabrera, en donde se encuentran todas las cualidades del colorido de este fecundo artista. La frescura de los tonos y la delicadeza de las medias tintas están tan bien conservadas, que se podía decir que esos cuadros salían apenas del taller del artista.

En los corredores y galerías se encuentran una multitud de pinturas representando los mártires y los santos de la Orden. Casi todos parecen producto del mismo pincel. El arte no parece haber sido la preocupación dominante del artista, quien, con un adorable candor, ha completado, por medio de leyendas é inscripciones, lo que el arte podía dejar que desear. Sin embargo, ha sabido bosquejar sencillamente escenas en que el drama se mezcla con lo grotesco. Cada vez que encuentra la ocasión, prodiga la sangre sobre sus tintas grises, casi borradas; abre heridas sobre los cuerpos de las víctimas, de las cuales unas muestran melancólicamente sus lenguas cortadas, otras indican con sus brazos mutilados, sus manos ó sus pies, que yacen por tierra: coloca de nuevo las cabezas cortadas sobre los cadáveres aterradores, á los que galvaniza con un postrer aliento de vida, para dar al mártir el tiempo de lanzar un suspiro supremo hacia Dios que le llama. Al lado de estos asuntos fúnebres se ven otros que hacen sonreír por la manera con que el artista expresa su idea; así, pues, se ve á Miguel de Orenenes, acompañado de un gran diablo que le hace un gesto horrible por detrás y le grita en los oídos: "Este es el que tanto nos atormenta," de lo cual el pobre religioso parece exasperado, pues su aire expresa un malestar del más gracioso efecto. El milagro de Antonio de San Pedro, quien se arranca una enorme muela para hacer brotar del alveolo un chorro que va á apagar la sed de un compañe-

ro del religioso, quien recibe la sangre sobre sus labios desecados, puede colocarse en la misma categoría. Empero la producción más original en este género es ciertamente la que se encuentra encima de la entrada del coro. Es un bosquejo grosero, obra de algún devoto pintor de paredes. Figúrese el lector un paisaje con una capilla hacia la derecha; en el centro va un carro cargado de libros tirado por un chivo, sobre cuyos lomos se encabrita el señor Satanás, quien azota á su cabalgadura con toda la fuerza de su brazo, con una serpiente á guisa de látigo; por detrás se percibe un diablillo que hace mover una de las ruedas y lleva también en la mano su correspondiente serpiente. El convoy parece dirigirse hacia la capilla, sin que pueda uno explicarse el por qué, puesto que, si fueran libros santos, hubiera sido más natural que el diablo se apoderase de ellos para destruirlos, y por consiguiente, que él y su paje se alejasen á toda prisa del lugar en donde debieron haber cometido el robo. La leyenda del cuadro no ilustra mucho á los que buscan la explicación de esta escena singular. La primera estrofa, y son seis, por todas, dice así:

Esa que ves biblioteca,  
Del coro el diablo la saca  
Cargado de desperdicios  
Y de mal dichas palabras....

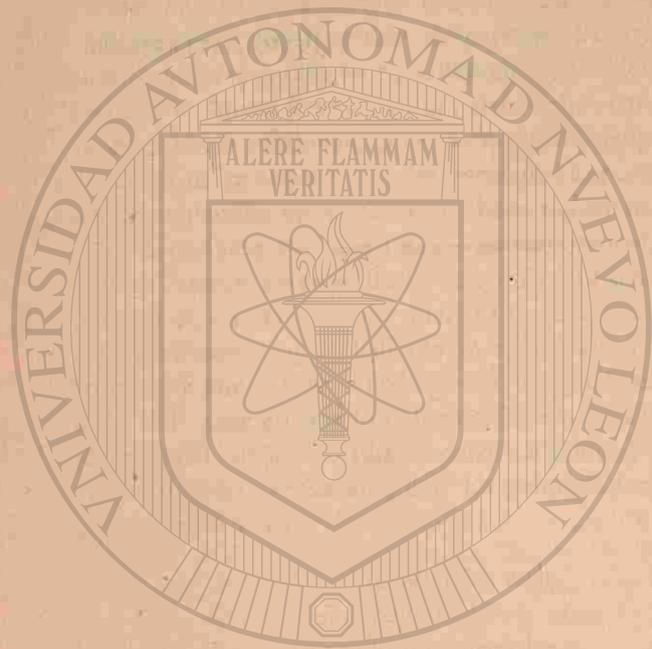
Luego sin transición alguna el poeta interpela al lector y le dice hasta brutalmente, que es muy triste ser condenado por no haber orado lo bastante, pero que es más triste aún ir al fuego eterno á pesar de las oraciones, de lo cual concluye sesudamente que es preciso dirigirse á Dios pesando bien las palabras, y que no es permitido tratar á tan alta majestad como se trataría á un cualquiera. Nosotros lo creemos así sin trabajo, pero nos parece que estas sencilleces pueden compararse á las que están esculpidas sobre la puerta de San Marcos, en Venecia.

No terminaremos estas líneas sin tributar nuestro sincero y

respetuoso agradecimiento al R. P. Provincial, Fr. Severo Cruz Manjarrez, cuya bondad para ayudarnos en nuestras investigaciones, será para nosotros un recuerdo que jamás se borrará del pecho.

JULIO LAVERRIERE.

000783



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

585000

---

## PUERTA LATERAL DE SAN FRANCISCO.

---

Para que no se engañen los lectores que no son mexicanos, debemos decirles que en San Francisco, además de la iglesia principal había otras varias capillas, fabricadas en el patio del templo. Se entraba al patio por dos puertas; la una al N. en la calle de San Francisco, la otra al O. en la de San Juan de León. La iglesia principal no estaba aislada; su entrada miraba al O., y por la banda del N. tenía añadidas dos capillas, una de las cuales se llamaba de Nuestra Señora de Balvanera. La puerta representada por la estampa es la de esta capilla, mira al N.; no es exterior, sino que se descubre de dentro del patio; se tiene frente á frente al tomar el atrio por la entrada de la calle de San Francisco.

La pared de la capilla está construída de tezontli, piedra porosa, ligera y fuerte, producto de los volcanes del Valle; los adornos de la puerta, de cantería, especie de arenisca, dócil para trabajarse. ®

No hay que buscar en la construcción de la obra que nos ocupa las reglas arquitectónicas, ni querer juzgar de ella aplicándole rigurosamente las reglas de Vitruvio ó de Vignolas; esto sería engañarse, perder el verdadero punto de vista: el juicio ha de hacerse por la impresión que se recibe, por el gusto que resulta de contemplar el conjunto: se ha de sentir, no se ha de ra-

ciocinar; el corazón y no la cabeza debe ser el juez en este caso. Llamadle como queráis, ignorancia ó imaginación, lo cierto es que nuestros artistas en todos géneros, tan separados del resto de la humanidad como lo estaba la colonia, carecían de enseñanza práctica, les faltaban los modelos, y entregados á sus propias fuerzas, tenían que gastar los recursos de su propio caudal. No eran del todo originales, supuesto que seguían, aunque de muy lejos, el impulso de los conocimientos españoles, y consultaban los pocos libros que podían haber á las manos; pero como carecían de un gusto depurado, y estaban dotados del instinto de lo bello, se echaban de buena gana por el camino de lo ideal, produciendo á veces obras extravagantes, y á veces sublimes y hermosas. Posible es que nuestros arquitectos de entonces hubieran reconocido en el Partenón el tipo de la perfección para un edificio; lo que dudo es, que siendo el rumbo que habían adoptado, sus formas severas y desnudas les hubieran complacido, y no aspiraran á cubrirlas con los dibujos caprichosos que cautivaban su atención. Por eso creo que el estilo churrigüesco tuvo tanta boga en la colonia.

Con pocas excepciones, puede asegurarse que en los dos siglos pasados no se hicieron obras arquitectónicas de importancia, si no fueron las iglesias: aquí fué donde lucieron su ingenio nuestros arquitectos; principalmente por ellas debe juzgárseles. En la generalidad buscaban más la solidez que la elegancia. El interior, sencillo y casi destituido de adorno, lo dejaban para que el entallador lo cubriera de inmensos altares de madera dorada, en que sobre una andamiada de columnas y tímpanos (permítaseme la frase), campeaban profusamente cornisas y frisos, volutas, hojas y ramas, frutos, ángeles, serafines, figuras fantásticas, y en los nichos las imágenes de los santos. El exterior pertenecía al arquitecto, quien sobre la fachada hacía su obra de decoración, á semejanza de la del interior, usando para ello de la piedra. Los decoradores de hoy recurrirían al estuco; la labor sería más fina, pero menos duradera y de menor mérito. Relieves de cantería, que deben llamar tanto más la atención, cuanto

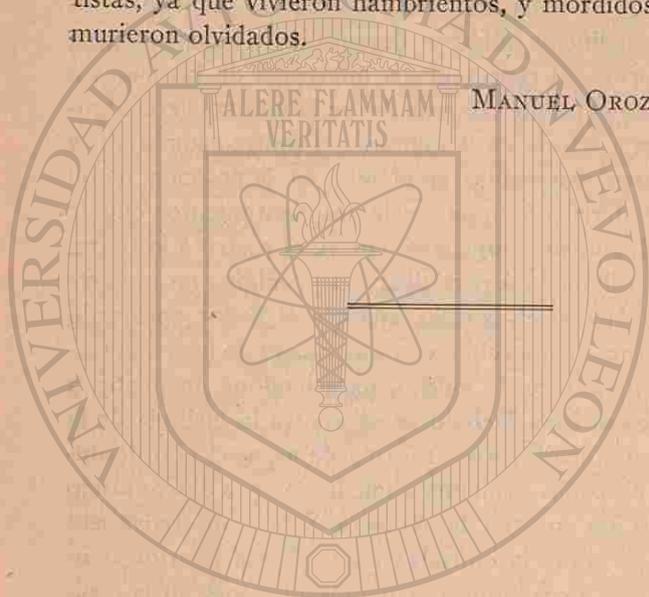
que no los produjo el cincel del estatuario, sino el humilde pico del cantero. La puerta de San Francisco es de esta clase.

Una obra semejante no puede ser descrita, es preciso mirarla, y la estampa es una perfecta semejanza del original. Sin embargo, diremos algunas palabras. Comenzando por la parte superior, el escudo contenía las armas españolas, mandadas borrar de todos los edificios públicos, después de la independencia. El bajorelieve principal representa la impresión de las llagas á San Francisco, en el monte Alberne. Se ve la montaña con algunos árboles, y una iglesia en la cumbre: el santo, asombrado y atónito, está como suspendido en el aire, en la posición de un hombre que se derriba á impulso de los sentimientos que le agobian; Fray León, su compañero, vuelve el rostro á la tierra, como que no era llamado á participar del prodigio: en la parte de arriba, sostenido en el espacio, aparece el Señor enclavado en la cruz, en forma de querubín, con una ráfaga de luz en derredor: el cuadro no carece de mérito, pareciéndome lo mejor la figura del San Francisco. Debajo se encuentra la insignia de la Orden franciscana, dos brazos en forma de aspa, el uno desnudo, el otro con el hábito, teniendo en medio la cruz descansando sobre el mundo. La imagen de Nuestra Señora de Balvanera ocupa el nicho de sobre la entrada; y en la tarja inferior estuvieron las armas de los riojanos que mandaron construir la capilla. Siguiendo por el compartimiento á la izquierda del espectador, en el nicho de arriba, está la estatua de San Diego de Alcalá: en el medallón inferior, en relieve de medio cuerpo, Santa Clara; en los medallones pequeños de las pilastras, los seis primeros Apóstoles, comenzando por San Pedro, pues es de notar que estas pilastras tienen tres faces, y en cada una de ellas hay un apóstol: finalmente, San Buenaventura ocupa el último nicho de este lado. El derecho comienza en el nicho superior con la estatua de San Pascual Bailón: Santa Rosa de Viterbo ocupa el medallón; los otros seis apóstoles las caras de las pilastras, y el último nicho San Antonio de Padua, á cuya estatua falta la cabeza del niño, que el santo tiene en la mano. Los intervalos,

como ya hemos dicho, los llenan variados y caprichosos adornos, en general de buen gusto: el conjunto hace buena impresión, y si la obra no puede ser mirada como tipo de las de su clase, es al menos una de las bellezas con que México se enriquece.

La Santa Providencia tenga en su seno á nuestros pobres artistas, ya que vivieron hambrientos, y mordidos por la envidia murieron olvidados.

MANUEL OROZCO Y BERRA.



## LA ESTATUA DE CARLOS IV.

Bien merece el único monumento en bronce que se levantó durante la época virreinal, que le consagremos un capítulo en el que consignemos su historia ya escrita, pero olvidada de muchos.

Y lo merece, además, por ser una obra de arte que en su género, según el Barón de Humboldt, sólo es inferior á la estatua ecuestre de Marco Aurelio en Roma.

La idea de levantarla fué hija de la adulación de Branciforte para con el Rey Carlos IV; mas la forma y la ejecución, obra del genio y del talento artístico de D. Manuel Tolsa.

Para erigir el monumento en la plaza mayor, solicitó licencia de su soberano el virrey D. Miguel de la Grúa, con fecha 30 de Noviembre de 1795. Concedido el permiso, se puso manos á la obra bajo la dirección de D. Miguel Velázquez, encargándose del pedestal y de la estatua el mencionado D. Manuel Tolsa.

La mañana del 18 de Julio de 1796 se puso la primera piedra del monumento, entre las puertas principal y de la derecha del entonces Real Palacio, piedra que colocó el mismo virrey con gran ceremonia y acompañamiento de todos los tribunales, colocando en los cimientos un pequeño baúl de cristal, dentro de otro de plomo, que contenía también "las guías de forasteros de Madrid y México, una serie de monedas de todos metales de aquel año, y una certificación de este acto grabada en una lámina de cobre."

Continuóse trabajando en el monumento. Se levantó "el te-

rreno 1 m. 156 (4 y medio pies) formando una elipse con 113 m. 96 (136 varas) de eje mayor, y 95 m. 53 (114 varas) de eje menor, cercado de un muro de piedra con su balaustrado interrumpido por dados coronados con jarrones, el interior estaba empedrado y con cintas de losas. Dos banquetas, la una interior y la otra exterior, corrían por la circunferencia, rematando en los ejes de la elipse en que se encontraban cuatro grandes puertas de hierro; junto á ellas había garitones para los centinelas. Cuatro fuentes contrapuestas decoraban los espacios intermedios y en el centro se alzaba el pedestal con la estatua, formando un conjunto sorprendente." El pedestal medía 7 varas y media de altura, y la estatua cinco varas y media. Pero para el estreno se colocó provisionalmente una de madera y estuco dorado, que representaba á Carlos IV vestido á la heroica, con la diestra empuñando el cetro y ceñida la frente con una corona de laurel. (Antes de esta estatua provisional que se erigió por Branciforte, hubo otra también ecuestre y de madera, representando al mismo Carlos IV, la cual existió frente á la calle de la Moneda desde 1789, año en que fué proclamado en México aquel soberano, hasta 1792 en que se quitó. La hizo D. Santiago Sandoval, cacique indígena del barrio de Tlaltelolco).

Todo esto se concluyó el 8 de Diciembre de 1796, y se fijó para inaugurar el monumento el día siguiente, aniversario del santo de la reina María Luisa.

Fué aquel día memorable y lleno de regocijo para la noble ciudad de México, que en medio de las fiestas olvidaba su esclavitud.

Anuncióse la aurora del 9 con una salva de artillería, y pocos momentos después las calles de la ciudad se hallaban henchidas de gente, que se dirigía hacia la plaza y que había venido en gran parte de lejanas tierras, atraída por la curiosidad de contemplar la estatua, para aquellos tiempos una maravilla, y que desde entonces se designó con el nombre de *Caballito de Troya*.

La plaza apenas podía contener tantos curiosos, con ser grande y espaciosa. Allí se codeaban el inquisidor y el alguacil, el

abogado y el doctor de la Universidad, que hacían poderosos esfuerzos para entrar al Palacio, donde tenían balcón apartado. En medio de la multitud se estrujaban el criollo, el peninsular, el mestizo, el indio y el mulato; la dama de mantilla y la criada de rebozo; el fraile de sombrero acanalado y el estudiante con su beca, alegre y decididor; el lépero ensabanado y el lujoso alabardero de la guardia con su uniforme bordado, tieso y erguido.

A las ocho y cuarto de la mañana un rumor inmenso se oyó entre aquella multitud, que apenas podían mantener en orden las muchas tropas de la guarnición y las que vinieron de Puebla y Toluca. El Virrey apareció en el balcón principal de Palacio, y á una señal suya, que hizo agitando su pañuelo, el velo que cubría la estatua se descorrió en medio de los gritos del pueblo, de las salvas de la infantería, de los cañonazos y del sonoro y alegre repique de las campanas.

En seguida el gozo del pueblo llegó al delirio, cuando el Virrey y su esposa arrojaron desde el balcón en que se hallaban, tres mil medallas de plata y de bronce, grabadas por D. Gerónimo Gil. En el anverso de estas medallas conmemorativas, junto con los bustos de los reyes, se leía:

CAROLO. IV. ET. ALOYSIAE. HISPAN. ET. IND. RR. AA.  
MARCH. DE BRANCIFORTE. NOV. HISPAN. PRO-REX  
C. F. ET. D. MEX. AN. 1796.

Y en el reverso con la estatua ecuestre:

CAROLO IV.  
P. I. O. B. E. N. E. F.  
HISPAN. ET. IND. REGI  
MICH. LA. GRUA.  
MARCH. DE. BRANCIFORTE.  
NOV. HISP. PRO REY.  
SVÆ. MEXICANÆ. QVE FIDELI.  
H. M. P.

Dichas medallas están muy bien acuñadas y se buscan hoy con empeño por los curiosos y los viajeros que visitan á nuestro país.

Por último, en el pedestal de la estatua y con letras de bronce dorado, se colocó la siguiente inscripción en castellano, "que se dijo haber compuesto el mismo Virrey," según refiere D. Carlos María de Bustamante en el *Suplemento* á la obra del P. Cabo, decía así:

A. CARLOS. IV.  
EL. BENEFICO. EL. RELIGIOSO.  
REY.  
DE. ESPAÑA. Y. DE. LAS. INDIAS.  
ERIGIO. Y. DEDICO.  
ESTA. ESTATUA.  
PERENNE. MONUMENTO. DE. SV. FIDELIDAD.  
Y. DE. LA. QVE. ANIMA.  
A. TODOS. ESTOS. SUS. AMANTES. VASALLOS.  
MIGUEL. LA. GRUA.  
MARQUES. DE. BRANCIFORTE.  
VIREY. DE. ESTA. N. ESPAÑA.  
AÑO. DE. 1796.

Acto continuo, pasó toda la comitiva á la Catedral, donde el Arzobispo cantó misa de Pontifical y predicó el Canónigo Beristáin un sermón que fué conocido popularmente por el SERMÓN DEL CABALLITO.

Las fiestas duraron tres días, y solamente en la plaza y los edificios cercanos se encendieron 21,660 luces, sin contar las que había en la Catedral. He aquí la curiosa noticia que á este respecto nos proporciona D. Francisco Sedano:

Luces para la iluminación de los tres días de las funciones de la noche. La estatua en el pedestal. . . . .	1,080
Letrero que la rodeaba. . . . .	1,300
Arcos que rodeaban el cerco de la plaza. . . . .	9,280
Real Palacio. . . . .	1,800
Portal de las Flores. . . . .	1,000
Casas del Ayuntamiento de la ciudad. . . . .	2,400
Parián, por los cuatro lados. . . . .	4,800
	<hr/>
	21,660

"En la plaza que se formó detrás del Hospicio de Pobres— prosigue Sedano—á la entrada del Paseo Nuevo (donde ahora se está haciendo el Hospicio para acrecentarlo) se jugaron toros los días 13, 14, 15, 16, 19, 20, 22 y 23 de dicho Diciembre de 1796, habiendo precedido los ensayos en otra plaza que se puso cercana, en los días 27, 28, 29 y 30 de Noviembre, sólo por la tarde. La descripción impresa (¿de las fiestas?) se envió á Su Majestad el 30 del mismo Diciembre y se dió al público el día 31. . . ."

(También se publicó entonces una "Vista de la Plaza de México nuevamente adornada para la estatua ecuestre de nuestro augusto monarca reinante Carlos IV, que se colocó en ella el 9 de Diciembre de 1796, cumpleaños de la reina nuestra señora María Luisa de Borbón, su amada esposa, por Miguel la Grúa, marqués de Branciforte, virrey de Nueva España, quien solicitó y logró de la Real Clemencia, erigir este monumento *para desahogo* de su gratitud y consuelo general de todo este reino, é hizo grabar esta estampa, en nuevo testimonio de su fidelidad, amor y respeto." Puede verse una reproducción en el tomo II, pág. 889 de la obra *México á través de los siglos*.—Citamos esta curiosa estampa, que apareció en 1797, por haber sido dibujada por D. Rafael Jimeno, director de pintura en la Academia de San Carlos, y grabada por D. Joaquín Fabregat, profesor de grabado en el mismo plantel).

No tuvo, empero, el gusto de ver terminado del todo aquel monumento su iniciador, D. Miguel de la Grúa, pues no se concluyó la estatua de bronce sino hasta algunos años después, en tiempo del gobierno de D. José de Iturrigaray.

El molde de la estatua lo hizo D. Manuel Tolsa, y los hornos para fundirla se pusieron en la huerta del Colegio de San Gregorio, bajo la dirección de D. Santos de la Vega. Los hornos se cargaron con 600 quintales de bronce (una de las inscripciones que actualmente se lee en el pedestal, dice que 450), el 2 de Agosto de 1802 se les puso fuego; fueron abiertos los conductos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

á las seis de la mañana del día 4, "y el fluido corrió cinco minutos para cubrir el molde."

"Dos caballos mexicanos—dice Bustamante—sirvieron de modelo para la construcción de la estatua; para la provisional uno de la raza (sic) del marqués del Xaral, en San Luis Potosí, y para la de bronce uno de Puebla."

En pulir y limpiar la estatua se emplearon catorce meses, y el 19 de Noviembre de 1803, colocada "en un carro de madera, con ruedas de bronce," salió "por la puerta del puente del Cuervo, caminó por la calle de Chiconautla á la esquina de la calle del Reloj, y por toda ésta hasta la plaza, donde llegó el día 23. Rodada por encima de planchas de cedro puestas al nivel, tirada de dos tornos ó aparejos reales, con mucho cuidado y lentitud. Caminó del Puente del Cuervo á la plaza 1,250 varas medidas por un agrimensor curioso. El día 28 se elevó y quedó colgada (esta operación se hizo en el corto espacio de siete minutos), el 29 se colocó y afianzó en su lugar quedando cubierta."

La nueva estatua se inauguró siete años exactos después de colocada la de madera, el 9 de Diciembre de 1803, con semejantes fiestas á las de 1796: iluminaciones, corridas de toros, comedias, banquetes, repiques y salvas de artillería. Lo que hubo de notable fué que el Arzobispo vistió á doscientos niños pobres, dándoles además un peso á cada uno.

En la tarde del mismo día 9, el Oidor Mier, les dió un banquete, "los llevó al paseo en compañía de su esposa Doña Ana María Iraeta (señora de notorias virtudes), y ésta les regaló un tejo de oro del peso de quince marcos. El Canónigo D. José Mariano Beristáin, convidó á un certamen literario, en el que se presentaron varias poesías é inscripciones en loor de Carlos IV, y del artífice D. Manuel Tolsa: sus autores fueron premiados con cincuenta pesos...."

En esta célebre inauguración se encontró el famoso Barón de Humboldt, que como es sabido, se encontraba entonces en México.

La estatua permaneció así hasta el año de 1822, en el que con-

siderándose que era impropio conservar ese monumento, se resolvió quitarle los adornos y el balaustrado. Las cuatro grandes puertas de fierro fueron trasladadas á la Alameda, y después á Chapultepec, donde hoy existen. La estatua se cubrió con un globo pintado de azul, y de esta manera estuvo oculta hasta 1824 en que se llevó al patio de la Universidad, y de este sitio se quitó en Septiembre de 1852 para ser colocada en el lugar que ahora ocupa.

La primera translación fué hecha por un arquitecto llamado Brey, á quien pagó el Ayuntamiento la cantidad de 851 pesos 4 reales por los gastos de bajada, transporte y colocación, y la última translación fué dirigida por D. Lorenzo Hidalga; duró más de 15 días y costó cerca de 15,000 pesos.

"En el pedestal donde hoy se levanta la famosa estatua—dice el Sr. Galindo y Villa—están incrustadas dos placas de mármol de Carrara, ligeramente veteadas de azul, y de 2 m. 6 de largo, por 0 m. 84 cada una. En ellas, respectivamente, con letras de alto relieve, se leen estas inscripciones:

Al Oriente:

EL VIRREY D. MIGUEL DE LA GRÚA TALAMANCA  
MARQUÉS DE BRANCIFORTE  
QUE GOBERNÓ LA NUEVA ESPAÑA DESDE 1794 HASTA 1798  
MANDÓ HACER ESTA ESTATUA  
DE CARLOS IV DE BORBÓN, REY DE ESPAÑA É INDIAS  
LA CUAL FUÉ COLOCADA EN LA PLAZA MAYOR DE MÉXICO  
EL DÍA 9 DE DICIEMBRE DE 1803, CUMPLEAÑOS  
DE LA REINA MARÍA LUISA  
SIENDO VIRREY D. JOSÉ DE ITURRIGARAY.

MÉXICO LA CONSERVA COMO UN MONUMENTO DE ARTE.

Al Poniente:

EL DÍA 4 DE AGOSTO DE 1802  
 FUÉ FUNDIDA Y VACIADA ESTA ESTATUA EN MÉXICO  
 EN UNA SOLA OPERACIÓN CON EL PESO DE 450 QUINTALES  
 POR EL DIRECTOR DE ESCULTURA DE LA ACADEMIA D. MANUEL TOLSA  
 QUIEN LA PULIÓ Y CINCELÓ EN CATORCE MESES Y EN 1852  
 SIENDO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA D. MARIANO ARISTA,  
 Y PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE MÉXICO  
 D. MIGUEL LERDO DE TEJADA.  
 SE CONCLUYÓ Y COLOCÓ EN ESTE SITIO.

Estas dos lápidas se pusieron en el lugar en que se encuentran, el año de 1863."

México conserva este monumento, como dice la primera de las inscripciones copiadas, por recuerdo artístico, no como tributo al personaje que representa, pues Carlos IV fué entre los monarcas españoles, el que menos se hizo acreedor á una estatua.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

## LA CALLE DEL PUENTE DE ALVARADO.

El origen del nombre de la calle que ocupa hoy nuestra atención, data de los primeros años de la Conquista. La tradición se refería por los mismos conquistadores, y después fué arraigándose de tal modo, que unánimemente, poetas y cronistas, la repitieron por más de tres centurias, teniendo por una verdad incontrovertible lo que no fué sino falsa leyenda. El caso no es único ni excepcional. La historia abunda en muchos sucesos fabulosos; pero principalmente la Historia de la Conquista de México está llena de cuentos y consejas. Falso es, entre otras cosas, que Cortés quemara sus naves; falso también que llorara bajo el famoso ahuehuete de Popotla, y falsísimo que Motecuhzoma sucumbiera víctima de una pedrada. Cortés barrenó las naves, no tuvo tiempo de derramar lágrimas en su fuga de la ciudad, y antes de abandonarla ordenó la muerte de Motecuhzoma.

Dice la leyenda que en la célebre retirada de los españoles, Pedro de Alvarado, al llegar á la tercera cortadura de la calzada de Tlacopan "clavó su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible y de un salto salvó el foso."

Hecho tan inexacto como admirable impuso el nombre á una de nuestras principales avenidas, que todavía se llama "del

Al Poniente:

EL DÍA 4 DE AGOSTO DE 1802  
 FUÉ FUNDIDA Y VACIADA ESTA ESTATUA EN MÉXICO  
 EN UNA SOLA OPERACIÓN CON EL PESO DE 450 QUINTALES  
 POR EL DIRECTOR DE ESCULTURA DE LA ACADEMIA D. MANUEL TOLSA  
 QUIEN LA PULIÓ Y CINCELÓ EN CATORCE MESES Y EN 1852  
 SIENDO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA D. MARIANO ARISTA,  
 Y PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE MÉXICO  
 D. MIGUEL LERDO DE TEJADA.  
 SE CONCLUYÓ Y COLOCÓ EN ESTE SITIO.

Estas dos lápidas se pusieron en el lugar en que se encuentran, el año de 1863."

México conserva este monumento, como dice la primera de las inscripciones copiadas, por recuerdo artístico, no como tributo al personaje que representa, pues Carlos IV fué entre los monarcas españoles, el que menos se hizo acreedor á una estatua.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

## LA CALLE DEL PUENTE DE ALVARADO.

El origen del nombre de la calle que ocupa hoy nuestra atención, data de los primeros años de la Conquista. La tradición se refería por los mismos conquistadores, y después fué arraigándose de tal modo, que unánimemente, poetas y cronistas, la repitieron por más de tres centurias, teniendo por una verdad incontrovertible lo que no fué sino falsa leyenda. El caso no es único ni excepcional. La historia abunda en muchos sucesos fabulosos; pero principalmente la Historia de la Conquista de México está llena de cuentos y consejas. Falso es, entre otras cosas, que Cortés quemara sus naves; falso también que llorara bajo el famoso ahuehuete de Popotla, y falsísimo que Motecuhzoma sucumbiera víctima de una pedrada. Cortés barrenó las naves, no tuvo tiempo de derramar lágrimas en su fuga de la ciudad, y antes de abandonarla ordenó la muerte de Motecuhzoma.

Dice la leyenda que en la célebre retirada de los españoles, Pedro de Alvarado, al llegar á la tercera cortadura de la calzada de Tlacopan "clavó su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible y de un salto salvó el foso."

Hecho tan inexacto como admirable impuso el nombre á una de nuestras principales avenidas, que todavía se llama "del

Puente de Alvarado," y en la que se conservó por muchos años un puente y una zanja que corría de Sur á Norte. El Sr. Orozco y Berra, que la vió en 1834, dice que estaba descubierta "á uno y otro lado de la calle," y que por el lado Sur presentaba hacia 1847 un jardín y casa de Baños, que después fué Tivoli del Elíseo, donde se descubre parte de la acequia, y que hacia el Norte existía un portillo que se tapó en seguida por una pared y reja que corresponde ahora á la casa marcada con el número 5. Agrega que el antiguo acueducto pasaba por la calle y que el puente estaba cerca del que fué Tivoli. Ahora no hay restos de puente ni acueducto; pero subsiste el título que se dió á la calle y con él, la tradición que venimos desmintiendo. Y para que pueda apreciarse la verdad del suceso, vamos á recordar el interesante episodio conocido en la Historia por la "Noche Triste."

Hernán Cortés, de común acuerdo con sus capitanes, resolvió dejar la ciudad, en la cual no podía sostenerse por más tiempo, por los continuos y repetidos ataques de los mexicanos. Asegurado el quinto del rey, lo que á él le tocaba, y abandonados cerca de setecientos mil pesos que no era posible llevar—todo provenía de los tesoros indígenas—dió la orden de marcha.

Fué en la noche del 30 de Junio de 1520. La obscuridad era profunda y fuerte el aguacero que caía. La columna de retirada comenzó á salir del cuartel de los españoles, que había sido palacio del Rey Axacacatl, y que estuvo situado en la esquina de las calles de Santa Teresa y segunda del Indio Triste. Marchaban á la vanguardia Gonzalo de Sandoval con los capitanes Antonio de Quiñones, Francisco de Acevedo, Francisco de Lugo, Diego de Ordaz, Andrés de Tapia y otros que habían llegado con Narváez, acompañados de doscientos infantes y veinte caballos. En esta vanguardia, cuatrocientos tlaxcaltecas conducían un puente portátil de madera, que emplearían para atravesar las cortaduras, y cincuenta soldados bajo las órdenes del capitán Magarino, le servían de custodia. En medio, rigiendo la batalla, iban Cortés, Alonso de Avila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia; los cañones arrastrados por 250 tlaxcal-

tecas y cincuenta rodeleros que los escoltaban; el fardaje en hombros de indios; los caballos conduciendo el quinto del oro, que pertenecía al Rey, y la yegua que llevaba la parte correspondiente á D. Hernando; los macehuales que cargaban en sus espaldas el oro de los capitanes y soldados, las mujeres del ejército, las sirvientas y mancebas, Doña Marina y dos hijas de Motecuhzoma, todas defendidas por treinta españoles y trescientos aliados; los prisioneros que no habían sucumbido, de los que eran principales Chimalpopoca y Tlaltecatzín, hijos del citado Motecuhzoma, el Sr. de Acolhuacán y otros muchos. Atrás y á la retaguardia, que venía á las órdenes de Pedro de Alvarado y de Juan Velázquez de León, caminaba un competente número de peones y un pelotón de caballería. Siete mil aliados, por último, se habían repartido en las tres secciones.

Tan extraña comitiva, semejante á una negra serpiente, atravesó en silencio pavoroso las calles de Tacuba, Santa Clara y San Andrés.

Llovía á torrentes, y el piso estaba lleno de lodo y encharcado. A las dificultades del terreno se unía el peso de las armas y de los tesoros con que la codicia había cargado á los conquistadores. Se llegó á la primera cortadura, situada en la esquina de Santa Isabel, y colocado el puente, se hundió bajo el peso formidable de aquella multitud.

De repente una mujer que iba á sacar agua, á la luz de un tizón encendido contempla á los fugitivos, arroja la tea con que se alumbraba sobre las aguas del canal, y anuncia á gritos la fuga de los castellanos. Ya no era necesario: los centinelas mexicanos habían corrido la voz de alerta.

En un instante los que huían se encontraron acometidos por todas partes. La lucha comenzó en medio de negrísimas tinieblas, y á la luz de los relámpagos, se podían ver millares de cañas, cuajadas de guerreros, á la vez que se escuchaba el lúgubre sonido del caracol sagrado, que allá en el Teocalli mayor convocaba para la guerra.

Parte del ejército fugitivo de castellanos y tlaxcaltecas acele-

ró el paso y logró atravesar el puente; pero la otra quedó incomunicada.

Entonces cundió el pánico, reinó el desorden; todos gritaban, todos combatían y cada cual trataba de ponerse en salvo.

Frente á San Hipólito, en la segunda cortadura, muchos pasaron por encima de infinidad de cadáveres, que habían obstruído el foso.

Mas allí fué la mayor confusión y lo más recio de la pelea. Los guerreros aztecas atacaban á los castellanos con furia, sin tregua y cuerpo á cuerpo. Silbaban las flechas disparadas por los arcos, caían piedras de las azoteas y resbalaban los caballos en el lodo ó bajo el golpe mortal de las macanas. Las espadas chocaban contra los escudos, las lanzas habrían hondas heridas, la artillería no funcionaba y la pólvora de los mosquetes no daba fuego, humedecida por la lluvia torrencial.

Espantables eran las voces de las víctimas. Aquí pedía alguien socorro, allá se ahogaba un castellano, y acullá un tercero imploraba á gritos piedád y perdón por sus pecados. Los ayes de los moribundos se mezclaban al ronco son producido por los huehuetls y caracoles aztecas.

En la tercera cortadura, junto al Tivoli del Elíseo, la derrota de los castellanos fué completa. El relámpago con su luz fosforescente, alumbró á la muchedumbre que huía, á los montones de cadáveres—entre los que no podían distinguirse cabezas ensangrentadas, brazos que aún empuñaban la lanza ó el escudo—y á las aguas tintas de sangre, por las que surcaban victoriosas las canoas de los valientes defensores de la patria, quienes á grandes voces vitoreaban á Cuitlahuac y á Cuauhtémoc, héroes gloriosos de aquella tremenda lucha.

En aquel momento, Pedro de Alvarado aparece en la tercera cortadura. Su yegua alazana ha caído muerta. Viene á pie, solo, cubierto de barro; chorreando sangre y defendiéndose hasta la desesperación de sus perseguidores. Encuentra una viga atravesada en la acequia, la pasa, y una vez en el otro lado, monta

en las ancas del caballo de un tal Gamboa, que lo pone fuera de peligro.

Como se ve, el famoso Capitán no saltó ningún foso, ni se apoyó en lanza alguna, sino que pasó por una viga.

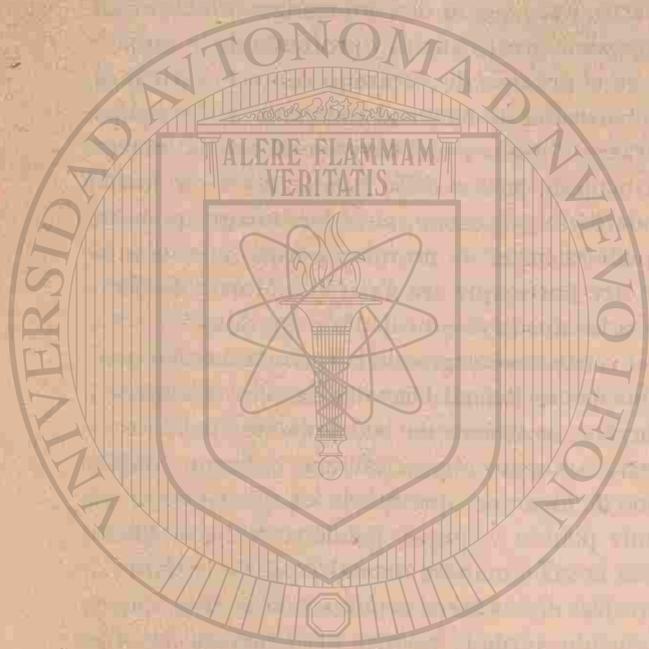
Y así fué, en efecto, pues según dice un testigo ocular, el salto hubiera sido imposible por lo ancho y profundo de la zanja.

Por otra parte, en el proceso de Alvarado contestó esto al capítulo en que se le acusaba de haber abandonado á sus compañeros, con estas frases: “Solo e mal herido e el caballo muerto e viéndome desta manera, *pasé el dicho paso*; e no me lo havian detener á mal, ni dárme lo por cargo, pues fué milagro poderme escapar, e no lo pudiera hacer sy no fuera porque uno de á caballo estaba en la otra parte, que era Cristóbal Martín de Gamboa, que me tomó á las ancas de su caballo e me salvó.”

¿Pero cuál fué el verdadero origen de la leyenda que dió nombre á la calle? El fidelísimo Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular de aquellos sucesos, lo refiere en las siguientes palabras:—“Y porque los lectores sepan que en México hubo un soldado que se decía Fulano de Ocampo, que fué de los que vinieron con Garay, hombre muy plático y que se preciaba de hacer libelos infamatorios y otras cosas á manera de *masepasquines*, y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros capitanes cosas feas, que no son de decir, no siendo verdad; y entre ellos, demás de otras cosas que dijo de Pedro de Alvarado, dijo—que habían dejado morir á su compañero Juan Velázquez de León con más de 200 soldados y los de á caballo que les dejamos en la retaguardia, y se escapó él y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refrán: “Saltó y escapó la vida.”

No fué, pues, más que un sangriento epigrama, como ha dicho un entendido escritor, lo que dió motivo á que se atribuyera á Pedro de Alvarado un salto prodigioso, que, por lo demás, á ser cierto, hubiera dejado más encarecida su ligereza, que acreditado su valor.”

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## LA CASCADA DE TIZAPÁN.

---

Una montaña se endereza al borde del abismo; caprichosas rocas de granito se agarran á la montaña con sus enormes antenas de piedra, como temerosas de caer: por la cumbre de la serranía, soberbia, espantando con sus mugidos á las aves que huyen despavoridas al acercarse á ella, viene amplia y magnífica una corriente de agua.

De improviso el álveo se pierde, el río aborda el precipicio; encréspace como si tuviera el vértigo de la altura, oscila un minuto y desbaratando al fin su cauce en el vacío, brinca, se precipita, azota con furia gigantesca las peñas de la pendiente, y rueda por fin en lo hondo de la quebradura, jadeante, bañando sus nuevas riberas con una blanquísima sábana de espuma en tanto que su hálito de brumas sube al cielo entre las alas multicolores del arco-iris.

Enmudeced á toda la naturaleza en torno de la maravilla, escuchad el grito del trueno que abriga en su líquida falda, y si algún otro que no sea Dios, debe hablar allí, dad una voz á Chateaubriand ó una lira á Heredia.

He ahí una de las grandes fases de la naturaleza, he ahí lo sublime, he ahí lo que hace temblar.

En cambio, venid orillas de la corriente plácida, venid y sentáos cabe la ribera amiga, en cuyas doradas arenas brotan las

flores y juegan las aves; venid junto al arroyo en cuyas guijas la paloma bebe agua mirando al cielo.

Allí la cascada es un fuego de cristal, cuya caída quiebra dulcemente la tersa superficie del riachuelo, arrojando en todas direcciones lluvia de rocío que alfojara los débiles estambres de las flores.

Allí duermes tú entre los nevados borbotones de espuma, arrullada por el balido de la cascata, por el susurro de los álamos y el suave piar de las alondras; allí ¡oh musa de Teócrito y de Gessner! allí moras, exponiendo al alisio de la mañana tu arpa eólica, y mezclando á las misteriosas voces de la naturaleza la tuya argentina y melodiosa. ¡Oh dulcísima hada de los campos, blonda y tierna poesía del idilio, hija de la calma del corazón y de las horas tranquilas!

Junto de soberbias construcciones llenas de esa severa poesía de la industria moderna rodeada de un paisaje encantador, se halla la pintoresca cascada de Tizapán. De lo alto de la fábrica, que ha ido á buscar orillas de la corriente el alimento de sus enormes máquinas, se disfruta de un panorama bellissimo. Mirando hacia la Capital, sobre las policromas colinas que la rodean, vemos tenderse todos esos deliciosos pueblecillos del S. O. del Valle, los de blancos caseríos y perfumadas flores; á lo lejos, siguiendo la dirección de la cinta de hierro que parte de San Angel, levántase sobre sus gigantescos sabinos, Chapultepec, ese bardo de piedra que cuenta tan poéticas leyendas á los ecos convecinos, mientras vela armado de punta en blanco, sobre el tesoro de los aztecas; aún más allá, tras una planicie entre cuyas múltiples ondulaciones se esconde Tacubaya, se mira, perdida un tanto en la bruma, á la Tenoxtitlán de nuestros abuelos.

Del otro lado las montañas cubiertas de largas procesiones de pinos, el Ajusco azul con su fugaz diadema de nubes, y al Oriente los dos volcánes con sus eternas coronas de nieve.

Empero, todo aquel paisaje tan rico en colorido, soberbio de variedad y de esplendor en sus líneas, en sus accidentes, en su

cielo incomparable, parece formado como para servir de relicario á la primorosa caída de agua, que embarrancándose entre las flores, lamiendo los guijarros de su cauce, sombría y silenciosa, allá en donde se proyecta la sombra de la fábrica, fresca y verde y traviesa bajo los árboles que se miran en sus linfas, por donde quiera que se la contemple, habla de poesía, invita á la paz de la vida, mientras empuja muellemente sus olas por el estrecho cauce.

¡Cuántas dulcísimas horas he pasado junto á ti queriendo comunicar á mi sangre el frescor de tus aguas! ¡Cuántos pensamientos míos han ido tras cada uno de tus prismas líquidos, hánse ahogado entre la rica pedrería de tu espuma, en esa mágica hora del crepúsculo en que el sol deja vacío á la contemplación del mundo su inmenso lecho de púrpura! En ti admiré otra de las infinitas fases de la naturaleza, no la que estremece, sino la que hace soñar.

JUSTO SIERRA.

con la importante Historia de la Predicación del Cristianismo en México.

La leyenda popular cuenta, que el Señor del Sacro-Monte se apareció en ese lugar, que algunos arrieros, conduciendo imágenes que llevaban á los pueblos del Sur, perdieron una mula que cargaba precisamente la caja que contenía el Cristo, y que esta mula con su caja se encontró en la gruta que convirtieron en santuario los habitantes, bien convencidos de que el cielo les daba una señalada muestra de su voluntad de que el Señor permaneciera allí.

Estas y otras versiones corren de boca en boca, y han sido transmitidas de padres á hijos por espacio de trescientos cincuenta años en aquellos lugares, y entre aquellos pueblos religiosos y sencillos.

La leyenda es respetable, aunque sea infundada; ella forma la historia primitiva de los sucesos y sirve de vínculo moral á los hombres de los tiempos que preceden á la civilización.

Pero no existen fundamentos escritos de semejante tradición, ni en los archivos antiguos del pueblo, ni entre los vecinos; y así lo asegura mi excelente amigo y antiguo colega el Padre Vera, Cura actual de Amecameca y hombre entendido y erudito en materia de antigüedades, así como amante de la instrucción popular que él protege en su feligresía.

La historia del Señor del Sacro-Monte es más humana y fundada, y puede reconstruirse con los datos que nos presentan los escritores del siglo XVI.

Ella se roza enteramente con la vida de aquel misionero apostólico y santo que vino á la Nueva España como jefe de los doce franciscanos, no los primeros que habían venido que fueron los PP. Juan de Tecto, Juan de Aora y Pedro de Gante; pero sí de los que fundaron la provincia del Santo Evangelio, tan fructuosa en buenos resultados para el cristianismo en estas regiones. Quiero hablar del P. Fray Martín de Valencia, gran amigo y protector de los indios, como todos sus compañeros, y modelo de virtudes.

El Padre Fray Gerónimo de Mendieta, uno de los historiadores más autorizados del siglo XVI, al iniciarnos en los misterios de la vida de los misioneros franciscanos, nos suministra los datos bastantes para averiguar el origen de aquella antigua y venerada imagen de Cristo.

Prefiero trasladar aquí las palabras del historiador. Ganarán en ello los lectores, porque el estilo suave, pintoresco y dulce del P. Mendieta, encanta verdaderamente. Describe el cerro que se llama hoy el Sacro-Monte.

“Tiene Amecameca, dice, al cabo de su población, entre el Poniente y el Mediodía, un cerro casi de la forma piramidal del volcán, bien prolongado en altura, gracioso y acompañado de alguna arboleda, de cuya cumbre se señorea y goza toda aquella comarca, que es un valle muy fresco, situado (como dicho es) al pie del volcán, y entre sus montañas y en lo alto, á un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta ó cincuenta estados, poco más ó menos, está una cueva formada de naturaleza en la viva peña de hasta quince pies de ancho y algo más en largo, y menos de alto, á manera de ermita, aparejado todo lo del mundo para convidar á su morada á los que tienen espíritu de vida solitaria. Y así este lugar era singular recreación al espiritual siervo de Dios, Fr. Martín de Valencia, y todo cuanto pudo lo frecuentó; tanto que por gozar de él, holgaba de morar en Tlalmanalco más que en otro convento, y muy á menudo se iba allí, así por visitar y doctrinar á los indios de aquel pueblo que estaban á su cargo, como por recogerse y darse todo á Dios en aquella cueva, sin ruido de gentes y sin bullicio de negocios. Allí pasaba él con mucho rigor sus ayunos y cuarentenas; allí ejercitaba de veras sus acostumbradas penitencias; allí se le pasaban días y noches en continua oración y meditación de la Pasión de Cristo crucificado, mortificando su carne con diversos géneros de aflicción y castigo. Allí se cuenta que salía de la cueva á orar por las mañanas á una arboleda, y se ponía debajo de un árbol grande que allí estaba, y en poniéndose allí se henchía el árbol de aves que le hacían graciosa armonía, y que parecía le venían á ayudar

á loar á su Criador. Y como él se partía de allí, las aves también se iban, y después de su muerte nunca más fueron allí vistas. También se cuenta en su historia, que en aquel ermitorio le aparecieron al varón de Dios el Padre San Francisco y San Antonio, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios que era hijo de salvación. Los indios, que bien sabían en lo que el santo se ocupaba, estaban admirados de su austeridad y recibían grandísima edificación, y confirmaban en sus corazones la opinión que de su santidad tenían concebida por las demás virtudes que en él conocían y doctrina que les enseñaba, viendo que sus obras conformaban con las palabras de su predicación evangélica muy á la letra, y no dudando ser santo y escogido de Dios.”

¡Qué bella descripción y qué dulce cuadro! ¡qué gracia infantil é inocente tienen subiendo de fondo al retrato de un hombre tan bueno, tan manso y tan benéfico como Martín de Valencia, esos galanos árboles del monte, esos coros de aves del cielo y esos grupos de indios dejándose subyugar dócilmente por la influencia de la virtud y de la palabra evangélica! ¡Cómo no querer á esos frailes de los primeros tiempos de la conquista que se interponían entre la saña del conquistador y la actitud inerme del vencido! ¡Cómo no amar á esos hombres animados verdaderamente del espíritu cristiano de los primeros tiempos, que venían resueltos á hacer del indio su amigo y á atraerlo al sendero de la civilización con los tiernos lazos de la fraternidad y de la virtud!

Estos frailes, si no son santos para nosotros, si son los primeros amigos de los indios, los mensajeros de la ilustración, los héroes verdaderos de la civilización latino-americana. Hay que honrarlos y venerarlos; ellos forman el primer grupo de nuestros hombres grandes de América. Ellos aprendían en primer lugar la lengua que era una teología que de todo punto ignoró San Agustín, como decía con gracia el Padre Juan de Tecto, y ya con el vehículo poderoso del verbo que tanto habían utilizado los conquistadores, se iniciaban en la vida de los indios y

completaban la obra de la conquista, pero sin sangre, sin fiereza, sin crímenes.

Probablemente el Señor de Ameca fué traído á ese lugar por el P. Martín de Valencia, aunque la relación del P. Mendieta no lo dice y sólo menciona las apariciones de San Francisco y San Antonio en la gruta que hoy está convertida en santuario. También es probable que los frailes dominicos que fundaron un convento en aquel pueblo, hayan sido los únicos que colocaron allí la imagen. Pero lo que se desprende del texto de nuestro sincero historiador, es: que no se acudió al recurso de forjar una aparición, porque Mendieta lo hubiera mencionado expresamente y no lo hace, sino que se limita á decir á propósito de unas reliquias del virtuoso fraile que los indios de Ameca guardaban con veneración, y que les recogió el P. Fr. Juan Páez, primer prior del convento de dominicos de allí, pocos años después del fallecimiento de aquel, que las guardó adornando para ello la cueva del cerro.

“Puso, añade, en un lado de ella un altar donde se dijese misa, y á otro lado, una gran caja tumbada que se cierra y sirve de sepulcro de un Cristo de bulto devotísimo, que yace en ella tendido y á los pies del Cristo se guardan en una cajuela con una redcilla de hierro la túnica y cilicio (del P. Valencia), de suerte que se pueden ver y no sacar afuera.”

Por esto se ve que á pocos años de muerto el gran misionero franciscano, ya el Señor era venerado en la cueva. No es posible asignar una fecha precisa á su aparición en aquel lugar, y por eso es preciso limitarse á presentar probabilidades que tal vez se relacionen con la leyenda popular.

Lo cierto es: que desde aquel tiempo se mezclaba en el respeto con que los fieles concurrían al Santuario del Sacro-Monte, la veneración al Cristo del sepulcro y la tierna memoria del que había evangelizado en aquella comarca.

El P. Mendieta sigue diciendo:

“Aunque la cueva tiene sus puertas y buena llave con que se

cierra, hay de continuo indios por guardas en otra covezuela cerca de ella.

“Estos tañen á sus horas una campana que tienen en lo alto del cerro, cuando abajo tañen en el monasterio. Todos los viernes sube un sacerdote á celebrar en la ermita en memoria de la Pasión del Señor, venerada por el santo Fr. Martín, en aquel devoto lugar con sus oraciones y lágrimas y ásperas penitencias. Es muy frecuente el concurso de indios en todo tiempo, especial en aquel día, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real y muy cursado de los que van de la ciudad de México á la de los Angeles y de la de los Angeles á México. Cuando se muestran las reliquias, es con mucha solemnidad. Sube el vicario con la compañía que se ofrece, tocan la campana y júntese gente; encienden algunos cirios, además de una lámpara de plata que cuelga de la peña en medio de la ermita, aunque de día hay harta luz del cielo que entra por la puerta, y van cantando los cantores en canto de órgano algún motete lamentable del tiempo de Pasión.

Llega el vicario vestido con sobrepelliz y estola, abre la caja y hecha oración ante el Sepulcro del Señor, inciensa al Cristo y después á las reliquias y muéstralas á los circunstantes. Hace esto con tanta devoción, que juntamente con la oportunidad del lugar y la aspereza de aquellos vestidos, y la memoria del santo y de la penitencia que allí hizo, ablanda los duros corazones; de suerte que apenas entra hombre en aquella cueva que no salga compungido y lleno de lágrimas.

Después de ese tiempo, el arte de la arquitectura embelleció la hermosa gruta natural que un capricho de la convulsión dejó como la cresta de un oleaje de piedra en la cumbre del cerro. La vieja ermita del buen fraile se convirtió en un templo cuya belleza original es indisputable. En la roca misma se ensanchó el santuario, se nivelaron sus paredes laterales, se colocó el altar en medio de las dos puertas de la gruta, cerrándola así como con una pared medianera, pero decorándola con gusto, púsese la urna de cristal dentro de la cual se contiene el sepulcro de

Cristo de modo que se transparente la luz de la otra puerta y de que pueda ser venerada también por ese lado; se cubrió la parte principal de la ermita con una hermosa cúpula sexagonal y se entapizó el suelo con madera del bosque. Levantáronse algunos edificios que sirven de sacristía y habitación para los eclesiásticos y guardas de la ermita, y todo este conjunto de construcciones de carácter antiguo y especial, corona completamente al Sacro-Monte.

Pero han transcurrido los años, han pasado los siglos, la imaginación piadosa de los habitantes de aquella comarca ha creado nuevas leyendas, tradiciones más recientes; los milagros del Señor han formado como una nueva capa en los recuerdos populares, las bellezas de la feria y los cuidados del comercio, las irrupciones de la revolución y las inquietudes de la política, han venido á turbar el dulce silencio á cuyo amparo vivía la santa memoria del apostólico y humanitario Martín de Valencia, y hoy..... nadie lo recuerda allí, si no es mi erudito colega el Cura, en cuyo espíritu se conservan puros todos los recuerdos de los primeros tiempos cristianos de la Nueva España.

A veces, suelen pasar por allí hombres como yo, que profesan el culto de las buenas cosas de México, y al contemplar aquel monumento que trae á la memoria el drama de la conquista y el cataclismo en que se hundió un vasto imperio, y los días en que la fe cristiana, animando á aquellos espíritus singulares de los españoles del siglo XVI, hizo revivir el entusiasmo de los discípulos de Jesús, no pueden menos que inclinarse y meditar en las grandes empresas humanas y en los prodigios de la fe!

La imagen del grande y anciano jefe de los apóstoles franciscanos, evocada por la fantasía, se levanta allí, en aquel cerro como en un pedestal augusto, pasea su mirada dulce é inteligente en torno suyo para admirar la sorprendente y maravillosa perspectiva que fué el encanto de sus horas de contemplación; al Norte y al Oriente las majestuosas montañas del Ixtacihuatl y del Popocatepetl coronadas de nieves eternas y cubiertas con las vestiduras de una vegetación que desafía á los siglos; al Sur,

una oleada de colinas y de cordilleras, de las que se alza una especie de vapor vago y amarillento; arriba, el silencio solemne de la Naturaleza y el cielo azul y diáfano de México como un pabellón infinito, y abajo, junto á él, los cedros del Líbano, aquellos cedros magníficos, frescos, rumorosos, á cuya sombra se sentaba á escuchar el canto de las aves y á solazar su corazón, satisfecho, aunque fatigado, de sus nobles trabajos sobre la tierra!

Tras de la devoción y los recuerdos piadosos vino el interés comercial y estableció la feria. Yo no lo censuro, al contrario, lo alabo. Los pueblos necesitan un motivo para reunirse, para celebrar transacciones, para cultivar relaciones sociales, para hacer progresar su industria; un mercado, en fin, donde cambiar sus productos agrícolas ó manufactureros. La devoción era un buen motivo, y ésta y el comercio se auxiliaban recíprocamente con ventaja de los pueblos. ¿Qué importa que el sacerdote saque de ello su pequeño provecho? Es muy justo, y es preciso dejárselo porque él también contribuye al movimiento. Desde la antigüedad más remota, el templo y el pontífice han hecho levantar junto al altar del Numen la tienda del mercader y han reunido debajo de ella á los pueblos congregados por la piedad. La Grecia del Archipiélago, la Grecia del Asia y la Grecia Itálica, se reunieron en Delfos para oír el oráculo y para dar nuevos bríos á su vida comercial y culta. Nunca se vió la Siria más floreciente que cuando el templo de Biblos se cargaba con las ofrendas de las flotas fenicias, con los tapices de Persia ó con el oro de Ofir.

La humilde ermita de Ameca no es un templo de Biblos ni de Delfos, pero ve á sus puertas arrodillados á los mercaderes y devotos de Puebla, de México, de Querétaro, de Guanajuato, de Toluca, de Veracruz y del Sur.

Poco antes del Miércoles de Ceniza comienzan á entrar por las callecitas de la modesta población los carros cargados de mercancías del cerro, las mulas del Sur de Puebla, de Guerrero y de Morelos, y los indígenas del Valle de Toluca y de las cer-

cañas del Valle de México, para concurrir á la feria. Esta comienza el Miércoles susodicho. Entonces se hace la gran procesión que sube por la rampa empinada que conduce del pueblo al santuario. El Cura con sus vicarios y acólitos, con su cruz alta y ciriales, va á traer á la iglesia parroquial al Señor del Sacro-Monte, que no debe volver á su gruta sino el Viernes Santo. La procesión suele descender del cerro ya entrada la noche, y entonces se encienden los cirios, y aquella muchedumbre, como una serpiente luminosa, baja en zig-zag, presentando un aspecto de los más pintorescos.

El Señor baja cargado en los hombros de los devotos, acompañado por los sacerdotes que entonan los himnos de la Iglesia y envuelto en una nube que forman en derredor suyo los más exquisitos perfumes del Sur, que es la Arabia de México para ese producto.

Y comienza la fiesta: el templo se enciende día y noche, suena el órgano en los maitines y las misas, se adornan los altares con las primeras flores de la primavera y con los ramos frescos de la montaña, y la muchedumbre piadosa murmura sus oraciones ó entona sus cánticos á todas horas. Entretanto, en la plaza se levantan las tiendas y puestos de los comerciantes, de los jugadores, de los fondistas y neveros, de los vendedores de reliquias y de flores, y la algazara y el bullicio de la fiesta no tienen tregua ni medida. La gente se engalana, reza, compra, vende, juega, se divierte y recibe entre aquella barahunda un rayo más de progreso cada año; la industria y la agricultura ganan con ello y los pueblos mantienen así sus relaciones de familia, quebrantadas á veces por la revolución.

Si dejando ese ruido que dura siempre hasta el primer viernes de Cuaresma y aún más allá, algún curioso se propusiese visitar el Sacro-Monte, observaría con extrañeza que la bella vegetación que lo reviste tiene un doble carácter. El cerro en su parte oriental está cubierta de soberbios cedros del Líbano y en su parte occidental de encinas majestuosas, sin que se dé el caso de que se mezclen. ¿Por qué este fenómeno? Se cree ge-

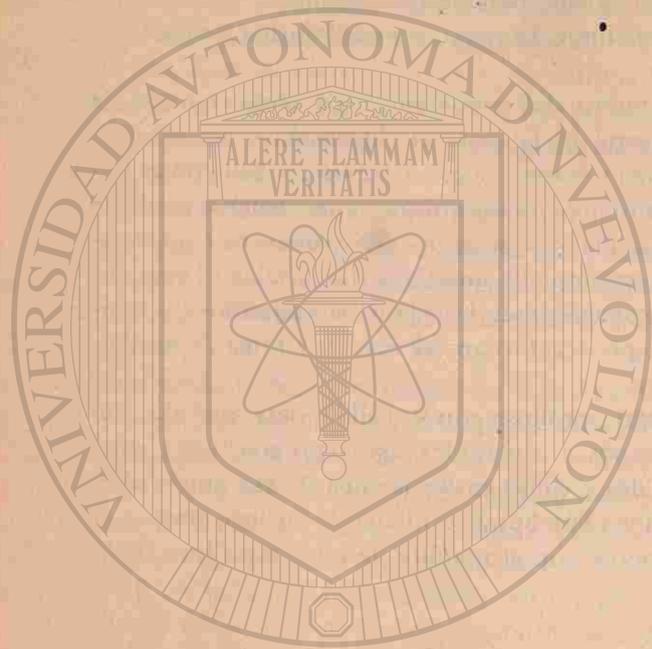
neralmente que los aires de la cordillera en que se alzan el Popocatepetl y el Ixtacihuatl favorecen el desarrollo de los cedros que pertenecen á una zona vegetal más fría, y que los tibios vientos del Sur preparan por esa parte y por el occidente, la tierra para hacer fácil la conservación de la encina.

Sea de ello lo que fuere, la vegetación es biforme y toda bellísima y admirable.

A pesar de la altura y del temperamento á veces riguroso de Ameca, especialmente en la estación invernal, en las casas se cultivan hermosísimas flores, como en México, y las últimas ondulaciones de la cordillera de los volcanes que vienen á perderse á orillas de la población, se esmaltan en la primavera y en el estío, con todos los encantos de una flora rica y salvaje. Hay entonces como una coquetería en la orla de la majestuosa y sombría vestidura con que se adornan ese rey y esa reina de los Andes Mexicanos.

Ameca puede estar orgullosa con su bello monte sagrado, con sus recuerdos antiguos y venerables, así como con haber abrigado en sus humildes y viejas casas, la cuna de esa mujer célebre y singular á quien la admiración llamó la décima Musa, y á quien el mundo conoce con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## EL VALLE DE ORIZABA.

---

### CASCADA DE RINCON-GRANDE.

Orizaba es nebulosa en la mayor parte del año. Le falta un Ossian que la cante y celebre, ataviada en sus sombras y nieblas; pero tiene también sus días espléndidos y de fiesta.

Como algunas caprichosas beldades, tan pronto se envuelve en las gasas misteriosas que se desprenden de los picos de las montañas que rodean su magnífico valle, como se muestra risueña y tentadora, haciendo gala, á la luz de un sol tropical, de sus gracias ocultas y seductoras.

Así la veo en esta deliciosa mañana de primavera, en que me he encaminado, por la centésima vez, en dirección á la Cascada de Rincón-Grande.

El cielo está puro y diáfano como el que cubre á las poblaciones de la Mesa Central, situadas á mayor elevación del suelo en que están Jalapa y Orizaba, llamado la *región de las nieblas*.

Rincón-Grande es una pequeña posesión de ganadería comprendida en el Municipio de Orizaba, hacia la parte Sureste de la ciudad.

El nombre que lleva cuadra perfectamente con su situación y los demás accidentes topográficos que le caracterizan. Es, en efecto, un *rincón* formado por los ramales de la sierra de Zongolica, que vienen á terminar al valle, y limitado por el curso de los

ríos que se desprenden impetuosamente de los montes vecinos, para correr hasta el mar cruzando inmensas distancias.

En Rincón-Grande el terreno baja considerablemente. De esto proviene que la ciudad se vea colocada en el intermedio de una pintoresca elevación que, á la simple vista, parece que comienza desde las azuladas aguas del Pico de Orizaba, para venir á terminar en Rincón-Grande.

Apenas se interna uno en este paraje, cuando oye á lo lejos el estruendo que causan las aguas de los ríos de Orizaba, Blanco y Tlilapan, ó San Juan del Río, al reunir sus corrientes.

A un lado está la confluencia de los dos primeros ríos, y al frente la caída del tercero, que se precipita en las aguas del Orizaba y Río Blanco, y, ya reunidos, forman la Cascada de Rincón-Grande.

En los llanos de esta finca rural aún hay vestigios de las antiguas poblaciones que existieron en el valle. Consisten en algunos montecillos artificiales, en que abundan antigüedades arqueológicas de un escaso mérito.

Desde la cima de uno de ellos, que tiene la forma perfecta de un cerro truncado, contemplo el valle.

*Si j'étais roi!.....*

Si fuese yo pintor, ¡qué asunto tan magnífico! como diría Hugo-Fóscolo; ¡tendría para lucirse mi pincel!

Como quien ve las magnificencias de una fiesta soberbiamente sibarítica, y tiene la resignación bastante para gustar de ella á una respetable distancia, por no serle dado hacer otra cosa, así gozo, con felicidad y sin envidia, al contemplar el panorama grandioso que presenta la ciudad oculta entre sus naranjos y platanares, siempre verdes y siempre sonantes.

El Citlaltepétl, ó la *Montaña de la luz*, resplandece con todo el brillo fantástico que le ha dado la leyenda nacional, el día que se celebraron en su cima las exequias del gran profeta *Quetzalcoatl*.

A la derecha está el hermoso llano de *Escamela*, con su pirámide eterna, que lleva el mismo nombre, y sus pintorescos ho-

rizontes. En este lugar acamparon los ejércitos de Moctezuma I, en su paso á la conquista de la República de *Cotaxtla*.

En ese mismo sitio hacen otro tanto los franceses ahora.  
¿Conseguirán lo que desea el que los envía?.....

El cerro del Borrego, que parece un montón de tierra roja, parece salir del centro de la ciudad.

El célebre Morelos supo aprovechar su posición, cuando intentó debilitar al gobierno virreynal, arrebatándole uno de sus recursos en el producto de los tabacos de estos distritos cosecheros, con sólo hacerse dueño de Orizaba.

El no sé si infortunado ó bienaventurado Zaragoza, quiso hacer otro tanto. Una fatalidad hizo abortar su plan de campaña.

Napoleón el Grande, sin Dessaix en Marengo, habría tenido por fin único la degollación, como tuvo el martirio en Santa Elena, por la ausencia de Grouchy en Waterloo.

El *Borrego* guarda el recuerdo de una lección, en la derrota casual, que engendró casualmente también la acción impremeditada de un oscuro oficial francés.

Si el General Ortega conserva el Borrego, el problema político que en América ha planteado Francia, no habría pasado de una mera intentona especulativa.....

El que se interna en los terrenos de Rincón-Grande, encuentra, á poco andar, precipicios inmensos, formados por las corrientes de los ríos, y semiocultos por arboledas seculares. ®

El agua corre aquí en el fondo de abismos.

El camino que guía á la cascada está formado naturalmente, y sólo los muy prácticos en el terreno dan con él sin mucho trabajo.

Está construído en el lomo de un crestón, que se desprende

del último planío de Rincón-Grande y baja ágricamente hasta las playas de Río Blanco, sombreado por gigantescos álamos y adornado de una variedad inmensa de parásitos.

La vegetación es frondosa y exuberante, como lo es la de los terrenos húmedos y pantanosos, bañados continuamente por las evaporaciones de las corrientes de agua.

A poco andar el caminante, alentado por la umbría solitaria del bosque, menudea sus pasos, y aspirando fatigado el saludable ambiente, recibe luego la cariciá restauradora de una lluvia ténue, vaporosa, que se levanta de las aguas, reflejando los matizados colores del iris.

La pendiente que del llano conduce á la cascada termina en una playa cómoda, adornada descuidadamente de plantas y flores silvestres.

La imaginación puede colocar aquí la mansión de las Náyades.

Al acabar de descender, está uno al frente de la cascada.

Parece la caída de un río de leche que arrastra diamantes (pues así brillan las gotas de agua que se desprenden del cauce), á una altura de cinco ó seis metros, entre el elegante follaje de colosales álamos, sonoros cañaverales y lirios perfumados, que se mecen blandamente, espejeándose en el cristal de las aguas, antes de que éstas se precipiten al abismo.

Más de treinta metros de extensión mide la cascada.

No hay aquí más ruido que el que produce la naturaleza, pura y salvaje. Nada ha hecho la mano del hombre: todo se diferencia esencialmente del bullicio mundanal que anda allá por la ciudad.

Me agrada este lugar, mientras más le frecuento.

Pasar un día en sitios á éste semejante, como que restaura el ánimo abatido, desesperanzado, para volver al siguiente con al-

guna decisión á las vulgaridades que, á decir verdad, forman el todo de la *vida social*.

Si descansar es gozar, en Rincón-Grande se goza.

Dígolo por mí.

Me extasio mirando y contemplando las bellezas nativas que guarda este rinconcito en que estoy.

Nada me perturba; la majestad de la naturaleza vela las miserias, las oculta en su regazo. En medio del aislamiento me creo nacer á nueva vida.

Si aquí hay tristeza, es la que se encuentra en la *Soledad*, dulce y apacible, cuyos encantos no ponderó bastantemente el blando Zimmermann en su obra para mí inmortal.

Como decía yo antes: la mano del hombre nada ha hecho aquí, y esto está bueno ó debe estarlo por lo menos.

Si hubiera sucedido lo contrario, acaso estaría pésimo. A menudo, el hombre mata lo que toca.

Yo creo, juzgando por mí, que el hombre, sea el que fuere, tiene el don de errar.—¡Y no lo cree así!

\*

Hablemos de la cascada.

Una bóveda de eterna verdura—el invierno más riguroso, en Orizaba, nada perjudica á la vegetación—preserva al que en ella se cobija, así de los rayos solares como de la lluvia.

Hay aquí voces indefinibles y seductoras que hablan solamente á ciertos corazones.

Como el temeroso apóstol en el Tabor, quisiera levantar aquí mi tienda: *bonum est nos hic esse; si vis faciamus hic tria tabernacula, etc.*

Pero no es posible.—Volvamos á la ciudad, pues se acerca el fin del día. . . . .

Comienza á caer la tarde, y en el bosque zumban ya los insectos.

A lo lejos se deja oír el mugido de los ganados de las vaquerías vecinas, que repite el eco de las montañas.

Al encontrarse uno en la plataforma de los llanos de Rincón-Grande, después de subir el camino andado para llegar á la cascada, el valle de Orizaba presenta un aspecto muy distinto del que ví en la mañana; pero no por eso es menos encantador.

El sol va ocultándose tras de las serranías del Ingenio, Tenango y el Carrizal, y sus rayos postrimeros iluminan enérgicamente todos los perfiles de la ciudad, que dan al Suroeste: el resto anda envuelto en sombras.

La brillante punta del Orizaba, parece reflejar las llamas de un incendio; en el espacio corren nubes rojizas, precursoras del *Sur*, que

“Blando el cabello, armada la cintura,  
Sus ojos como llamas de topacio,  
Volando deja ver en el espacio  
Los pliegues de su roja vestidura.”<sup>1</sup>

Estas líneas guardarán para mí un nuevo recuerdo grato, de los muchos que conservo de la *Cascada de Rincón-Grande*.

JOAQUÍN ARRONIZ (HIJO).

(Apuntes de algunas excursiones en el valle de Orizaba).

<sup>1</sup> Pesado.—*Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba*. Soneto XXI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edic. 1825 MONTERREY, MEXICO

## ESTALAGMITA

EN LA

### CAVERNA DE SAN CAYETANO-GUADALCAZAR.

A poca distancia de la ciudad de Guadalcázar y sobre las sinuosidades de la Sierra, se observa el hundimiento de una cima. El viajero que investiga el origen de este cataclismo, se asoma al borde de la gran abertura y divisa, como sobre la linternilla de un cimborrio, una vasta profundidad abovedada.

Los escombros del hundimiento forman una rampa de una inclinación rápida, pero que permite el acceso al fondo de la caverna. Ni la naturaleza ni los hombres de Guadalcázar han franqueado la puerta de aquel augusto palacio, construyendo una entrada fácil: el curioso tiene que descender atado á una cuerda. Nosotros así descendimos desde el borde hasta tocar la rampa.

Lo primero que se presenta á la vista del viajero sorprendido, es la magnífica estalagmita. Es como el ciprés de aquel templo majestuoso, construído en muchos siglos por muchos millones de gotas de agua.

He aquí la maravilla: aquellos obreros incesantes, las gotas de agua, fueron al principio esas burbujas de que se componen las nubes: cayeron sobre la montaña, y las que sobrevivieron á la evaporación se sumergieron en la tierra, penetraron al través de las partículas aglomeradas, y pasando por los intersticios, las que no morían absorbidas y aprovechadas por la vegetación, se-

guían caminando hasta una región calcárea; después encontraban una grieta por donde se deslizaban, tocando una superficie dura é impermeable. La gota, así rodando, llegaba al extremo de un precipicio; á sus pies estaba el abismo negro lleno de aire insalubre; la gota se detenía espantada, vacilante, medrosa, y á la vista del abismo palidecía, tomando las tintas del ópalo; iba perdiendo su diafanidad, pasaba á blanquecina, después era turbia, después blanca, inmóvil, dura, estaba petrificada, era ya parte integrante de una estalactita; la gota de agua se perpetúa así por todos los siglos.

Estos obreros-gotas, perforaban como ejércitos la bóveda misteriosa de la caverna ignorada, sabe Dios cuántos siglos, por los hombres; y cavando, llegando, deslizándose y sobreponiéndose, se petrificaban unas después de otras y edificaban cada cien años una nueva formación, una nueva aguja, un nuevo chorrón de piedra, un girón blanco más, colgado de la bóveda.

Pero las gotas desprendidas, las gotas que se derrumbaban, las que no habían podido congelarse atravesaban el espacio negro y caían sobre el pavimento de aquel templo sombrío, perforando en su caída y señalando mil años después el lugar de la primera gota, con la primera piedra del monumento que descubrimos, de esa estalagmita colosal que fué en su origen una gota de agua.

Nosotros hemos presenciado en la caverna de Cacahuamilpa, en el distrito de Tasco, la formación de las estalactitas, que juzgamos ser más rápida que la de las estalagmitas, porque las gotas de agua vienen saturadas de carbonatos, al grado de palparse en pocos instantes su solidificación.

Las gotas menos saturadas se desprenden por su propio peso antes de adherirse, y caen y se estrellan á una gran distancia, de manera que, mientras las estalactitas se forman por volúmenes superpuestos de la capacidad de una gota, las estalagmitas se forman por capas delgadas ó por los residuos de un lavado continuo, y en consecuencia necesitan multiplicar el tiempo de su formación.

Tal es el monumento grandioso que nos ocupamos de describir, con sus altas agujas, á manera de torres, y con esa forma caprichosa que el trabajo microscópico é incesante, de miles de años, ha formado en las entrañas de la tierra.

Las gotas, en su calidad de arquitectos, tal vez edificaron durante muchos siglos bajo la bóveda, para que nadie viera su obra concluída, porque superponiéndose siempre llegaron á faltar á las leyes del equilibrio, y su monumento se les vino abajo. Tan infalibles son así las leyes de gravedad y de equilibrio.

Tal vez esas formaciones, aglomeradas por tantos millones de obreros, determinaron un día el hundimiento de la bóveda; y la luz, precipitándose ansiosa detrás del derrumbe y en busca de lo desconocido, invadió aquel recinto solitario y descubrió en su fondo el monumento de las tinieblas, aquel tabernáculo de la naturaleza, en donde no se encierra el arca del Testamento, pero que guarda, perdurables como su mole inmensa, estas palabras: *Dios está en todas partes.*

JOSÉ T. DE CUÉLLAR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## SANTA MARIA DEL RIO, OJO CALIENTE Y GUANAJUATITO.

En una vasta extensión de terrenos áridos y tostados por el sol reverberante, en los que se enseñoorea la triste familia de los cactus, como otros tantos seres expatriados de la metrópoli de la vegetación lozana y exuberante; después de vastas llanuras salpicadas como una inmensa venturina de nopales, mezquites, abrojos y sangre de drago, comienza el terreno á hacerse tortuoso á la presencia de mayores accidentes: altas montañas, más áridas aún que las llanuras, elevan sus lomos encrespados, como si esos monstruos de piedra hubiesen querido escaparse del fuego subterráneo, y favorecidos por un cataclismo inmemorial, hubiesen llegado á la superficie; la naturaleza, espantada de la conmoción, respetó aquellas masas gigantescas que ostentaban desnudassus crestones y sus grietas perpendiculares; los vientos fueron los primeros en acariciar á los monstruos y en llevarles en sus alas las emanaciones húmedas y las partículas de tierra vegetal, y como una muestra de confraternidad, aceptaron las rocas los vientos frescos de las praderas y se cubrieron en partes de manchas verdosas, y los líquenes ensayaban su tardío desarrollo sobre el granito; algunas grietas hicieron acopio de tierra vegetal, porque las corrientes de las lluvias la repartían en proporción, las aves y los vientos llevaron las primeras semillas y cada grieta fué el tiesto de un nopal ó un garambullo, de un

abrojo ó de una biznaga, y desde entonces pobremente engalanados los monstruos del abismo, son eternamente los muros protectores de Santa María del Río.

Caracoleando entre las faldas tortuosas de esas montañas se descende, y como si la naturaleza, á guisa de hembra, no quisiera descubrir de golpe los encantos de Santa María, trae al viajero á las vueltas y como en el noviazgo de la hospitalidad.

Poco antes de entrar al pueblo, se eleva á la izquierda del camino una capilla, á cuyos pies duermen los muertos.

La primera señal de vida de aquel pueblo es la muerte; dentro de aquel pueblo se vive, y cuando allí se cansa el hombre, sale á descansar afuera.

En Santa María del Río, primero está el río y después Santa María, topografía que en toda tierra querría decir: aquí hay un puente. Santa María se ha conformado con decir: aquí está el río; y como jamás ha tenido esta dulce población la pretensión de ser la tierra prometida, no se puede llegar á ella á pie enjuto.

El pedestre está de pie limpio, ó se queda fuera, y si viene mucha agua se sienta á cantar en la otra banda hasta que baja la corriente. Por fortuna el río es manso, el agua generalmente poca y los transeuntes sufridos, lo cual no quita algunos ahogados por año; pero por algo ha de haber sido inventado el refrán de que "el que no se arriesga no pasa el mar."

La prueba es que en 1540 Fray Diego de la Magdalena, fraile español que bien pudo haber conocido el refrán, conquistó á Santa María, como doctrinero, en unión de los caciques Juan de Santa María, Pedro de Granada y Alonso de Guzmán.

Los originarios de esta tierra son los huachichiles, de la misma raza de los chichimecas. Después de la conquista inmigraron en número considerable los othomíes, y desde entonces se formaron las dos parcialidades en que aún está dividida la población, distinguiéndose hoy en pueblo de Arriba y pueblo de Abajo. Los huachichiles, esclavos como toda la raza indígena, de sus tradiciones, sostienen todavía sus derechos con imperturbable constancia, al grado de que estándoles concedido desde 1728 el

uso del agua por semanas alternadas, para cederla á los othomíes concurren dos embajadas cada domingo al ponerse el sol, y los huachichiles entregan la agua á los othomíes y los othomíes reciben la agua de los huachichiles.

En 1811 aconteció que entre algunos entendidos huachichiles andaba el rum-rum de que los españoles necesitaban tener juntos á todos los indios para marcarlos con hierro ardiente, y al efecto debían ser convocados á oír la misa del señor Cura al día siguiente, por considerar la iglesia el mejor cepo. La tarde de la víspera se convocó al pueblo, según refiere la tradición, que nos ha sido revelada por un huachichil puro; pero al ponerse el sol, un tropel de jinetes puso en alarma á la población; eran los españoles que venían á hacerse fuertes á esta plaza; colocaron su artillería, y en breve se convirtió la pacífica población en un sitio de guerra: huachichiles y othomíes, según el cronista, permanecían impassibles ante el apresto extraño, cuando fuerzas enemigas aparecieron simultáneamente por ambos lados de la cañada, rodearon la población, advirtiendo á los indios que se pusieran en salvo; en efecto, éstos salieron en grandes masas á refugiarse fuera del pueblo y á poco se trabó el más sangriento de los combates: las fuerzas independientes venían al mando del lego Villerías, y con intrépido valor acometieron á los españoles, siendo fama que de aquí no salió ninguno.

Othomíes y huachichiles regresaron después del combate para sepultar á los muertos.

Perohasta sin puente se llega y se penetra en un extenso búcaro de árboles frutales. Santa María vive en una huerta; las casas y los árboles se mezclan en variada confusión, y casi no háy pared donde no se esté reclinando una higuera perezosa, que reparte por miles cada año sus dulces frutos. Los limeros asoman sus profusos follajes, coronado de azahares, sobre las tapias, y los árboles de ahucates se levantan majestuosos sobre los demás con la arrogancia de su fuerza y su corpulencia; el granado se entrelaza con los duraznos amarillos; y las parras y los plan-

tíos de camotes, de maíz y de legumbres, aprovechan los espacios que les dejan los árboles.

La iglesia, de forma antigua y pobre, se esconde detrás de un atrio bordado de fresnos, de naranjos y de cipreses, todos lozanos y frondosos, todos haciendo el papel que hace el rebozo de una mujer, medio encubriendo las facciones de la propietaria, tapando siempre la boca, algunas veces la nariz y un ojo, pero dejando siempre el otro descubierto: los árboles del atrio son el tapujo de la iglesia; le tapan á veces la puerta y la fachada, pero le dejan asomar el campanario.

El curioso tiene que irsele á las barbas á la fachada para conocerla.

Así vive Santa María, poco á poco, como sus vegetales. Con su poco de comercio, su poco de autoridades, su poco de rentas, su poco de agua, sus pocas de uvas, con las que se hace un poco de vino, que sería un poco más bueno si se le dejase embodegado un poco más de tiempo; y finalmente, con sus pocos habitantes, que no se dan prisa, porque poco les importa vivir aprisa, sino poco á poco.

El 15 de Agosto se da una poca de prisa, se espereza el 14, y se pone de fiesta; entonces baila un poco, come mucho y descansa otro año entre sus montañas. Parece que durante este año no piensa en nada, y los vivos de adentro no se diferencian de los muertos de afuera más que en que se mueven.

Una vez vino á despertar á este pueblo la civilización, trayendo en una mano el porvenir y el progreso y en otra una máquina de hilados; la industria traía desde muy lejos el producto de la ciencia, los desvelos de la mecánica, las combinaciones del arte y los descubrimientos del genio; al lado de la industria venía el bienestar, trayendo pan para los pobres, trabajo para los desvalidos; se pararon á la orilla del pueblo, y todos aquellos genios benéficos descubiertos ante la miseria y el hambre, pidieron no obstante con reverencia el permiso de impartirles todos sus bienes, colocándose cerca de la corriente del río.

Santa María bostezó y miró de reojo á los recién venidos, los oyó mudo, y no comprendiendo lo que decían los genios, buscó su intérprete para que les explicara la embajada extraña.

Saltó de entre todos un avisado, el leguleyo, el díscolo del pueblo, el oráculo, uno de tantos patriarcas que han quedado rezagados en el fango de los pueblos, como los sapos del retroceso y del fanatismo; reptiles sociales que forman la retaguardia del oscurantismo que va huyendo, y á los que la civilización en su carrera gloriosa tiene que aplastar con su locomotiva.

¡Atrás! dijo el leguleyo armado con la tradición y fomentando el espíritu conservador, legado á los indígenas por los virreyes de Nueva España; ¡atrás el usurpador de nuestros derechos! Esta agua es del pueblo, y sólo el pueblo puede beber agua. Es cierto que no nos la quitan, porque no se la pueden beber toda; pero que vayan á otra parte á beber agua. ¡Usurpación! grita el apóstol, y cada indígena despierta para empuñar un garrote; se forman oleadas de la multitud que acude, y las palabras *civilización*, *progreso*, *porvenir*, suenan en las masas como palabras cabalísticas y funestas, y ¡fuera! gritan frenéticos, ¡fuera los usurpadores! La civilización les vuelve el rostro, los genios huyen, la fruta sigue madurándose, el río sigue corriendo, y el pueblo vuelve á acostarse á la sombra de sus ahuacates, muy contento por no haberse dejado hacer un beneficio.

No hay lógica posible contra la barbarie.

Si pudiera hacerse especial el derecho colectivo de la humanidad contra los que se oponen al engrandecimiento humano, morirían en una horca afeitosa los díscolos de pueblo; la humanidad tendría derecho para inmolar como carneros á los leguleyos en el ara del progreso.

Santa María ha seguido durmiendo de año en año, no despertando más que para dar corridas de toros en Agosto.

Y Santa María podría ser una gran fábrica de vino, aguardientes y vinagres, podría ser repartidora de pasas y otras frutas secas, podría tener molinos y fábricas de hilados, podría ser feliz; pero no quiere.

Hace rebozos, pero esta industria la ejerce con la calma de la araña: se esconde un hombre en una pocilga, llevando consigo hilo y seda, é hilo por hilo hace un rebozo; al cabo de algunos meses lo vende más caro que cualquiera otra tela, y empieza otro; y hasta aquí la industria especial manufacturera de Santa María.

Se dan camotes, pero no se explota la fécula, sino que se venden nada más como golosina.

Se pasa la fruta, pero no se hace vinagre sino para el consumo de la población.

Se venden cien higos en tres centavos, pero no se conservan.

Santa María frugívora espera cada año, al pie de sus árboles, á que se caiga el fruto, y lo que come á reventar lo digiere en el año siguiente, y así vendrá á encontrarla nuestra quinta generación.

En abono de algunas personas activas y amantes del progreso, que han pretendido hacer adelantar esta población, diremos que existen los cimientos del puente comenzados hace veinte años, y que también hay un principio de presa, proyectada para surtir de agua abundante al vecindario.

No obstante, los esfuerzos de las autoridades y de los hombres emprendedores encuentran constantemente una rémora insuperable en la índole de los chichimecas y othomíes.

La naturaleza le ha dado gratis lugares tan hermosos como Guanajuatito y tan ricos como Ojo-Caliente, lugares ambos que no hemos podido menos de bosquejar en nuestro álbum de viaje.

Guanajuatito es la prolongación de la cañada en cuyo fondo está Santa María. Se sale del pueblo por callecitas formadas de huertas pintorescas y siempre verdes, y se asciende por las mismas faldas de las montañas seculares, que conservan por todos lados su aspecto sombrío y árido, contrastando con los remansos, las praderas, los cármenes y las vegas de sus faldas; este es el camino de Guanajuatito: se llega al pueblecito sin sentirlo, y cuando ya se ha elevado el terreno de las cuestas, se ve á lo lejos á Santa María, dormida entre sus árboles.

Más de cien personas formaban una risueña caravana, cabalgando en asnos y caracoleando por los vericuetos, los zarzales y las casitas que estrechan el camino, hasta que llegaron á una puerta desde la cual se descendía por una rampa hasta un vergel, en cuyo fondo se elevan árboles colosales tejiendo una bóveda de follaje por donde apenas penetra el sol; algunos viñedos y milpas se extienden al frente hasta tocar el río, bordado con una doble hilera de sauces; y después, otra vez la montaña aterida y triste, pero majestuosa.

Una orquesta nos esperaba, las jóvenes dejaron sus cabalgaduras y descendieron al vergel enlazadas con los galanes al compás de la danza.

Los dulces acentos de la orquesta y la presencia de aquellas jóvenes alegres y bulliciosas, completaban el cuadro en que la naturaleza se había encargado de preparar el salón de baile, decorado con esos frescos que en vano se afana el hombre por imitar.

A esta animación pasajera, parecía que los árboles se sonreían; y los habitantes de aquellas comarcas olvidadas del mundo, se creían sin duda bajo la impresión de un sueño extraño.

Antes de ponerse el sol, la cabalgata abandonó otra vez á su silencio las selvas, y la noche lo envolvió todo con su manto de terciopelo, al que el Ayuntamiento suele regalar en el centro de la población una que otra chispa con el pomposo título de alumbrado público.

Ojo-Caliente es otra cosa: es un verdadero lugarejo donde plugo á la madre naturaleza colocar, á la orilla de un río de agua fría, como todos, un ojo de agua caliente como pocos; agua que sin ser uno químico ni recurrir á más análisis que el del paladar, conoce que es potable y no tiene azufre; tan potable, que después de nivelada con la temperatura ordinaria, es la de uso común y de las más gustosas.

A principios de este siglo se edificaron dos bóvedas formando dos baños, que si bien podían ser mejores, son, sin embargo, agradabilísimos: la agua es completamente diáfana, y á un gra-

do de calor tan soportable como un baño tibio, templado al gusto. Hay una pequeña pieza anterior al cuarto del baño, el cual consiste en un cuadrilongo de ocho por cuatro varas y en el que se puede nadar; el piso es de arena un poco grosera, pero allí mismo hay otro manantial; la agua corre abundantemente á mezclarse con la del río, que aprovechan constantemente muchas personas para lavar y para bañarse.

A este baño se le atribuyen prodigios medicinales sin cuento; los indios lo consideran una panacea, y es probado que cura todas las enfermedades, menos la de piedra en la cabeza.

Este baño es muy de los huachichiles, y en él se bañan gratis los nativos de Santa María. Los de otras partes pagamos medio.

Las reflexiones que vienen naturalmente á las mientes, al admirar por un lado el beneficio de la naturaleza y por el otro la incuria y el abandono de los huachichiles, hacen desear que el gusto y la civilización moderna se apoderasen de aquel pintoresco lugar, para edificar unos baños que cubrieran todas las exigencias del *confort*, y que serían, á no dudar, el punto de reunión de las familias y un pretexto para una hermosa temporada de baños como las de otros países cultos.

JOSÉ T. DE CUÉLLAR.

## LA ALHÓNDIGA DE GRANADITAS. GUANAJUATO.

El año de 1783 fué un año aciago para la Nueva España. A consecuencia de recias heladas caídas fuera de sazón y cuando los sembrados no pudieron resistirlas, quedaron perdidas las cosechas; escasearon los mantenimientos en una gran región, la gente infeliz tuvo que sustentarse hasta con objetos malsanos, y sobreviniendo la peste causó grave estrago en la multitud. El año 1783 es conocido en nuestra historia con el nombre funesto de *el año del hambre*.

El recuerdo de estos amargos padecimientos y la necesidad de poner coto á la codicia de los comerciantes que señalaban un precio excesivo á los granos, hizo concebir algunos años después, al intendente de la provincia de Guanajuato, D. José Antonio Riaño, el proyecto de formar una alhóndiga que pudiera contener maíz y harina suficientes para el consumo de la ciudad en un año, ya para la gente infeliz, ya para las innumerables caballerías empleadas en las labores de las minas. La idea encontró buena acogida en el Ayuntamiento de Guanajuato; se formaron el plano y presupuesto de la obra; se pidieron al superior las licencias necesarias, y lograda la autorización para gastar la cantidad de 218,306 pesos, se arbitró un fondo que principalmente se compuso del producto de dos reales por carga, que debía pagar cada una de maíz que fuera introducida en la ciudad.

do de calor tan soportable como un baño tibio, templado al gusto. Hay una pequeña pieza anterior al cuarto del baño, el cual consiste en un cuadrilongo de ocho por cuatro varas y en el que se puede nadar; el piso es de arena un poco grosera, pero allí mismo hay otro manantial; la agua corre abundantemente á mezclarse con la del río, que aprovechan constantemente muchas personas para lavar y para bañarse.

A este baño se le atribuyen prodigios medicinales sin cuento; los indios lo consideran una panacea, y es probado que cura todas las enfermedades, menos la de piedra en la cabeza.

Este baño es muy de los huachichiles, y en él se bañan gratis los nativos de Santa María. Los de otras partes pagamos medio.

Las reflexiones que vienen naturalmente á las mientes, al admirar por un lado el beneficio de la naturaleza y por el otro la incuria y el abandono de los huachichiles, hacen desear que el gusto y la civilización moderna se apoderasen de aquel pintoresco lugar, para edificar unos baños que cubrieran todas las exigencias del *confort*, y que serían, á no dudar, el punto de reunión de las familias y un pretexto para una hermosa temporada de baños como las de otros países cultos.

JOSÉ T. DE CUÉLLAR.

## LA ALHÓNDIGA DE GRANADITAS. GUANAJUATO.

El año de 1783 fué un año aciago para la Nueva España. A consecuencia de recias heladas caídas fuera de sazón y cuando los sembrados no pudieron resistirlas, quedaron perdidas las cosechas; escasearon los mantenimientos en una gran región, la gente infeliz tuvo que sustentarse hasta con objetos malsanos, y sobreviniendo la peste causó grave estrago en la multitud. El año 1783 es conocido en nuestra historia con el nombre funesto de *el año del hambre*.

El recuerdo de estos amargos padecimientos y la necesidad de poner coto á la codicia de los comerciantes que señalaban un precio excesivo á los granos, hizo concebir algunos años después, al intendente de la provincia de Guanajuato, D. José Antonio Riaño, el proyecto de formar una alhóndiga que pudiera contener maíz y harina suficientes para el consumo de la ciudad en un año, ya para la gente infeliz, ya para las innumerables caballerías empleadas en las labores de las minas. La idea encontró buena acogida en el Ayuntamiento de Guanajuato; se formaron el plano y presupuesto de la obra; se pidieron al superior las licencias necesarias, y lograda la autorización para gastar la cantidad de 218,306 pesos, se arbitró un fondo que principalmente se compuso del producto de dos reales por carga, que debía pagar cada una de maíz que fuera introducida en la ciudad.

Escogido el terreno para la construcción, que fué en la cuesta llamada entonces de Valdés, en cabildo de 10 de Agosto de 1797 se nombraron por comisionados para entender en aquella á D. Julián de Larín, y D. Salvador Rétigui: en los años siguientes Larín continuó hasta finalizada la obra, acompañado por un regidor escogido por el Ayuntamiento. Según consta en una cuenta manuscrita que tengo á la vista, los primeros gastos se hicieron en Diciembre de 1797, para la compra de algunas casas que se demolieron á fin de dejar limpio el terreno: á medida que fué necesario se adquirieron otras nuevas fincas durante los años de 1798 y 1799, importando todas, conforme al avalúo del maestro de ciudad José Alejandro Villaseñor, la suma de 25,843 pesos, tres reales, dos octavos. Los trabajos materiales tuvieron principio el 2 de Enero de 1798, continuando con pequeñas interrupciones hasta el 20 de Febrero de 1801; se prosiguieron de 13 de Marzo á 3 de Septiembre de 1803, y por último, se le puso de nuevo mano el 11 de Marzo de 1805 hasta quedar concluído el edificio el 23 de Septiembre de 1809. El importe total de las rayas semanarias subió á 192,428 pesos, 5 reales, 1 octavo; añadiéndole el valor de las casas compradas, dará como costo final de la Alhóndiga de Granaditas, la cifra de 218,263 pesos, 0 reales, 3 octavos, que no llegó á la cantidad que el Gobierno permitió invertir en la obra.

D. Lucas Alamán, en su *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, tomo I, presenta una vista y el plano de la Alhóndiga de que vamos tratando, con las siguientes noticias á la página 411: "Escogió para levantar este edificio un sitio á la entrada de la ciudad, en la loma en que termina hacia el Poniente el cerro del Cuarto, que es el punto donde se juntan el río que atraviesa la población y el que baja de las minas, que por el nombre de una de ellas se llama de Cata. Riaño en esta construcción quiso manifestar no sólo su pródigo cuidado para el abastecimiento de la capital de la provincia que gobernaba, sino también sus conocimientos y buen gusto en la arquitectura. Es la Alhón-

diga un cuadrilongo cuyo costado mayor tiene 80 varas de longitud: en el exterior no tiene más adorno que las ventanas practicadas en lo alto de cada troje, lo que le da un aire de castillo ó casa fuerte, y lo corona un cornisamento dórico, en que se hallan mezclados con buen efecto los dos colores verdoso y rojizo de las dos clases de piedra de las hermosas canteras de Guanajuato. En el interior hay un pórtico de dos altos en el espacioso patio: el inferior con columnas y ornato toscano, y el superior dórico, con balaustres de piedra en los intercolumnios. Dos magníficas escaleras comunican el piso alto con el bajo, y en uno y en otro hay dispuestas trojes independientes unas de otras, techadas con buenas y sólidas bóvedas de piedra labrada. Tiene este edificio al Oriente una puerta adornada con dos columnas y entablamento toscano, que le da entrada por la cuesta de Mendizábal, que forma el declive de la loma y se extiende hasta la calle de Belén, teniendo á la derecha, al subir, el convento de este nombre, y á la izquierda la hacienda de Dolores, situada en el confluente de los dos ríos. Al Sur y al Poniente de la Alhóndiga corre una calle estrecha que la separa de la misma hacienda de Dolores, y en el ángulo del Nordeste viene á terminar la cuesta que conduce al río de Cata, en la plazuela que se forma en el frente del Norte, donde está la entrada principal adornada como la del Oriente, en la que también desemboca frente al ángulo Nordeste la calle que se llama de los Pocitos y la subida de los Mandamientos, que es el camino para las minas. El edificio tiene en el exterior dos altos por el lado del Norte y parte de los de Oriente y Poniente, y en el resto de éstos y en el lienzo del Sur tres, requiriéndolo así el descenso del terreno: este piso más bajo no tiene comunicación con el interior, y en el exterior no hay más que las puertas de las trojes que lo forman.

Terminada la Alhóndiga de Granaditas, que así se llamó desde un principio, y no fué nombre que se le impusiera después, fué uno de los edificios principales de Guanajuato, así por el objeto á que estaba destinado, como por lo fuerte y bello de la

construcción. Sin embargo, esta casa no saca de semejantes prendas el ser muy conocida en nuestra historia; su conocimiento se hizo popular desde el primer año de la guerra de independencia, porque en ella tuvieron lugar horribles acontecimientos que lastiman el alma, y allí se logró la primera victoria por el ejército de los insurgentes. No entra en mi plan narrar detenidamente aquellos hechos; pretendo sólo decir lo que al edificio corresponde, y aún así necesito dar algunos breves apuntes.

D. Miguel Hidalgo y Costilla, ayudado de Allende y Aldama, había comenzado la gloriosa revolución el 16 de Septiembre de 1810 en el pueblo de Dolores. Al anochecer del mismo día entraban en San Miguel el Grande, donde se les reunía el regimiento de la Reina; en Atotonilco encontraron la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que sirvió de bandera á los insurrectos, y pasando por Chamacuero, entraron en Celaya el 21 del mismo Septiembre. El siguiente día 22 los cincuenta mil hombres de que se componía el ejército nombraron á Hidalgo capitán general, y teniente general á Allende, tomándose allí mismo la resolución de marchar sobre Guanajuato que estaba con poca defensa, dejando para más tarde acometer á Querétaro, que ya contaba con buena guarnición.

El intendente Riaño tuvo noticia de lo ocurrido en Dolores desde el día 18, y adivinando que sería atacado reunió los elementos que pudo para resistir. Consistían éstos en el batallón principal de Guanajuato, con unas trescientas plazas; en una compañía de paisanos armados, de poco más ó menos de cien hombres, casi en la totalidad españoles; y en las dos compañías del regimiento del Príncipe, correspondiente á Irapuato y á Silao, con unos setenta dragones mal armados y peor montados. Riaño pensó primero en disputar la ciudad entera, para lo cual construyó en las calles algunas fortificaciones pasajeras; pero mudando en seguida de intento, le pareció preferible abandonar la población y hacerse fuerte en la Alhóndiga. En efecto, en la noche del 24, siempre de Septiembre, se encerró allí con la pe-

queña guarnición, llevando los archivos y los fondos públicos, que consistían en 309 barras de plata de las cajas reales, ciento sesenta mil pesos del mismo metal y treinta y dos mil en onzas de oro; treinta y tres mil pesos de los propios de la ciudad, y treinta y ocho mil de las arcas de provincia; veinte mil de minería y de depósitos; catorce mil de tabacos y poco más de mil del fondo de correos, formando en todo un total de más de 620,000 pesos; además, existían en la Alhóndiga cinco mil fanegas de maíz, no obstante lo cual fueron todavía acopiados gran cantidad de harinas y de otros mantenimientos, teniendo cuidado de encerrar veinte y cuatro mujeres que debían ocuparse en preparar tortillas. En los días siguientes vinieron á aumentar el número de los habitantes del edificio algunos españoles y criollos pacíficos con sus familias, trayendo sus caudales y alhajas; de manera, que, se calcula que la Alhóndiga contenía de quinientas á seiscientas personas, hombres y mujeres, y unos tres millones de valores, así moneda como objetos preciosos.

El viernes 28 se presentaron en la trinchera de Belén D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo, intimando la rendición de la plaza de parte de Hidalgo; eran poco antes de las nueve de la mañana; la proposición fué rechazada. Cerca de las doce, la poca fuerza reglada y la muchedumbre confusa y desarmada que componían el ejército de Hidalgo, vinieron á embestir el edificio. Los soldados de Celaya ocuparon las alturas y las casas cercanas á Granaditas, de donde rompieron un fuego nutrido y certero; la chusma trepó á los cerros del Cuarto y de San Miguel que dominan completamente el edificio, y “comenzó una descarga de piedras á mano y con hondas tan continua, que excedía al más espeso granizo, y para tener provistos á los combatientes, enjambres de indios y de la gente de Guanajuato unida con ellos, subían sin cesar del río de Cata las piedras rodadas que cubren el fondo de aquel torrente: tal fué el número de piedras lanzadas en el corto rato que duró el ataque, que el piso de la azotea de la Alhóndiga estaba levantado cosa de una cuarta sobre su ordinario nivel.” Muerto el intendente de un

balazo, arrollada la caballería que estaba fuera, desalojados los defensores de la azotea, la guarnición comenzó á flaquear, y se introdujo en ella el desaliento y el desorden. En tanto, la muchedumbre formando una masa compacta se presentó por todas las avenidas; apiñados los hombres, encajonados entre los muros de las calles, empujados los de adelante por los que atrás venían, una vez dado el primer impulso era imposible parar ni retroceder, no quedando otro arbitrio que avanzar: las balas de los contrarios derribaban á muchos, los claros que se causaban quedaban llenos inmediatamente, y los que caían eran estrujados y machucados por los pies de sus propios amigos. Esa avalancha de gente rodó, por decirlo así, de alto á bajo de las cuevas hasta chocar contra las paredes de la Alhóndiga; allí recibió una lluvia de los proyectiles improvisados por los defensores, y consistían en los frascos de fierro que sirven para conducir el azogue, transformados en granadas de mano, que causaron notables pérdidas en los asaltantes; los heridos y los muertos desaparecieron cubiertos por los vivos, como traga y encubre el agua lo cuerpos graves que en ella se arrojan. Los más cercanos á la puerta de entrada le arrimaron una porción de rajás de ocote y les pusieron fuego; ardieron pronto, y consumida la puerta, los combatientes se encontraron cara á cara. Impelida siempre la multitud por el impulso de los que atrás venían, atravesó por entre las llamas espirantes y por sobre las ardientes brasas; recibida por una descarga de fusilería á quema-ropa, pasó también sobre los cadáveres de los suyos, y se precipitó como un torrente desbordado en el patio de la Alhóndiga.

Eran las cinco de la tarde; la batalla había terminado, y sólo se prolongó algunos instantes por medio de resistencias personales. Entonces comenzaron la matanza y el saqueo. Perseguidos los soldados del patio á las escaleras, de las escaleras á los corredores y á los pisos altos, quedaban muertos donde quiera que eran alcanzados, sin poder atajar su desgracia con pedir cuartel; rotas las puertas de las diferentes cuadras en que los fugitivos y los inermes creyeron encontrar asilo, la multitud

frenética penetraba dando la muerte á cuantos encontraba, sin ser parte á contenerla ni lágrimas, ni ayes, ni súplicas, ni ruegos; de rodillas pedían la vida, y en la humilde postura recibían el golpe mortal: así quedaron tendidos por el suelo doscientos soldados y ciento cinco españoles. Para pocos no sonó la hora fatal, y éstos, magullados, heridos, sangrientos, desnudos y atados con cuerdas fueron conducidos á la cárcel pública. Saciada la sed de sangre, se presentó la rapacidad con sus malos instintos; cada quien arremetió contra lo que tenía delante, apoderándose de lo más valioso; quedaron rotos los muebles, destrozados los cofres, abiertas las sacas que contenían los comestibles para buscarles si dentro tenían escondido algún tesoro, y todo quedó arrasado, presentando en abandono aquello que la codicia no encontraba bueno en aquellos momentos, las semillas que se arrancan con sudor á la tierra y sirven de sustento al hombre. El robo no se consumió sin nuevos crímenes; los merodeadores se combatieron para arrancarse el botín, mezclando su sangre y sus cadáveres con los de sus víctimas, pagando muchos bien cara la tan fácil y malamente adquirida riqueza. Cerró la noche, y de improviso cundió la voz de que el fuego consumía las trojes y estando próximo á comunicarse con el repuesto de pólvora, iba á saltar el castillo; los medrosos indios huyeron despavoridos, sin inquirir si lo que se decía era verdad; la voz no tenía fundamento alguno; nació de una estratagema inventada por quienes no habían tomado su parte del despojo y que se precipitaron al interior como buitres hambrientos al ver salir huyendo á los incautos merodeadores.

Quando se acudió á poner término á semejante escándalo, el aspecto de la Alhóndiga partía de pena el corazón. Los trastos rotos y esparcidos, las semillas desparramadas bajo las cuales desaparecían á medias algunos desnudos cadáveres, en pisos y paredes manchas y charcos de sangre, varones y mujeres y aun niños caídos aquí y acullá en diversas posturas y sin ningún vestido, y por todas partes y cruzándose en todas direcciones la huella del pie humano, marcada con lodo y con sangre para de-

nunciar la presencia del hombre. Tamaños crímenes, sin embargo, no fueron exclusivamente obra de los indios del ejército de Hidalgo, pues éstos en aquellos tiempos eran pusilánimes y aun buenos, arrojándose á cometer las malas acciones que proceden de ignorancia y de grosería; la mayor parte debe ponerse á cuenta de la plebe perversa de Guanajuato, en la que estaban reunidas las malas cualidades de una educación descuidada é imperfecta, y que tenía formado el carácter con las malas prendas con que se marcan las diversas que le dieron origen: la plebe de Guanajuato consumió la matanza, y en gran parte aprovechó el saqueo, llegando á convencer á los indios de que las onzas de oro eran medallas de metal, que les compraban á dos y á tres reales como inútiles.

Tal fué, en compendio, el primer choque habido entre las tropas insurgentes y las realistas, la primera sangre vertida en la lucha de diez años, que no fué la única en aquel edificio, como vamos á decir.

Hidalgo salió con su ejército de Guanajuato en los días 8 al ro de Octubre, tomó á Valladolid, ocupó sin resistencia á Toluca, ganó la batalla de las Cruces el 29 del mismo Octubre, se retiró de las goteras de México para quedar derrotado en Aculco el 7 de Noviembre, y fué á encerrarse en Valladolid (Morelia): Allende entró en Guanajuato el 13 del mismo Noviembre, dedicándose á poner la ciudad en estado de defensa, seguro como estaba de que próximamente sería atacado por Calleja. Este, después de recoger los despojos de Aculco, se dirigió á Querétaro; salió de allí el 15 de Noviembre, rindió jornadas en Apaseo, Celaya, la hacienda del Molino, Salamanca, Irapuato, Burras, y en la tarde del 23 acampó en el rancho de Molineros, á cuatro leguas de Guanajuato.

El 24 de Noviembre de 1810, tomando para sí Calleja una parte de su ejército y dando el resto al Coronel conde de la Cadena, emprendió el ataque de la ciudad; ambas fuerzas allanaron sucesivamente las dificultades que se les opusieron, hasta colocarse la primera en la mina de Valenciana y la segunda en la

altura de las Carreras y cerro de San Miguel, donde pasaron la noche al vivac. A la sazón se encontraban encerradas en la Alhóndiga 247 personas, españoles ó mexicanos, reputados enemigos de la revolución, recogidos por los insurgentes en diversas partes y puestos allí presos bajo la custodia de una guardia de patriotas al mando de D. Mariano Licéaga: aquellos infelices tenían los pequeños haberes que se les habían dejado, fuera de lo cual contenía el edificio un depósito de víveres y algunos efectos del ejército. A las tres y media de la tarde, la plebe de Guanajuato, con el recuerdo de lo acontecido dos meses antes, incitada por algunos malvados, creyendo en la impunidad, supuesto que la plaza iba á caer en poder de los realistas, siguiendo sus depravados instintos de robo y de asesinato, determinó marchar á Granaditas para exterminar á los prisioneros. Reunido en poco tiempo un número considerable, se dirigió en tropel al edificio; en balde la guardia se opuso al criminal intento, pues fué dispersada con heridas y muertes: ocurrieron al tumulto el cura y varios eclesiásticos, mas sus exhortaciones y sus ruegos fueron desatendidos, teniendo ellos que huir para evitar una desgracia cierta. La multitud penetró semejante á canes rabiosos, dió una muerte cruel á cuantos cayeron en sus manos, é insultando y dejando sin ropas los cadáveres, puso á sacomano cuanto se le presentó, huyendo en seguida á ocultar su tremenda maldad. Por milagro pudieron escapar unas treinta personas, que fueron á refugiarse en el inmediato convento de Belén.

Este crimen imperdonable no quedó sin castigo y sin venganza, aunque el castigo traspasó los límites de la justicia, y la venganza fué llevada hasta rayar en ferocidad. En la madrugada del 25 que Calleja pasó junto á la Alhóndiga, hizo penetrar algunos dragones, que volvieron con seis ó siete hombres que allí encontraron y la noticia de estar todo consumado: sin otra averiguación, el jefe realista hizo matar en el acto á aquellos infelices, y penetró al degüello en la ciudad. No es mi ánimo relatar lo que Calleja mandó ejecutar en Guanajuato, y para decir lo que á Granaditas atañe, copiaré en parte la relación de un

testigo presencial:—"Me encontraba yo en Marfil, dice, la mañana del 26, cuando recibí orden de presentarme con mi compañía al Mayor General. Este jefe puso bajo de mi custodia y responsabilidad sesenta ó más prisioneros (no hago memoria del número), personas escogidas y notables, previniéndome que los condujese á Granaditas y los entregase al Coronel D. Manuel Flón, conde de la Cadena, y segundo por su representación en el ejército.

"Granaditas tiene dos puertas de entrada: la principal cae á una plazuela, y la otra está en un costado del edificio: aquélla se hallaba abierta, la otra tapiada con adobes: yo formé mi tropa en la plazuela y entré al funesto edificio, limpio ya de los cadáveres de los asesinados, pero no de la sangre y de los horrores, vestigios de la reciente matanza: el patio es cuadrado ó cuadrilongo, y está circuído de arcos que forman cuatro corredores; en el fondo de éstos hay piezas aisladas; cuando entré al pavoroso patio se paseaba por uno de sus costados el conde de la Cadena, única persona que había en todo aquel recinto. Este jefe tendría sesenta años; su estatura era la ordinaria, su traje sencillo y descuidado; una vasta casaca cubría sus anchas y abovedadas espaldas y en sus bolsas ocultaba ambas manos; su cara sañuda y esquiva, una piel hosca y rugosa; sus ojos hundidos, penetrantes y fieros; un mirar altivo y desdeñoso; sus cejas canosas, largas y pobladas, daban á su fisonomía un aspecto imponente y grave, y tal era el hombre á quien dí cuenta de mi comisión. Su respuesta, á poco más ó menos, fué la siguiente: "Haga usted desmontar seis dragones y un cabo para que custodien la puerta. Distribúyanse los presos en esos cuartos. Conserve el resto de la tropa montada, y usted aguarde mis órdenes."

Así se hizo, y á pocos momentos entró el Capitán D. Manuel Díaz Solórzano, ayudante mayor del Cuerpo de Frontera de Río Verde, con uno ó dos eclesiásticos; poco después ocupó el patio una compañía de infantería, y comenzó la escena que consigno en la historia.

El oficial Solórzano sacaba uno ó dos presos á la vez de los cuartos en que estaban reclusos; les hacía en la puerta ó en el corredor algunas ligeras preguntas, y sin más formalidades los enviaba á una pieza desocupada. Allí, uno de los sacerdotes los confesaba, y en el acto eran conducidos, vendados los ojos con sus mismos pañuelos, al pasadizo que remataba en la puerta tapiada. Cuatro soldados se destacaban de la fila y fusilaban al sentenciado, volviendo inmediatamente á incorporarse á la tropa, que á pie firme permanecía en el centro del patio, y á cargar sus armas.

A poco tiempo de esta carnicería quedó el patio inundado de sangre, regado de sesos y sembrado de pedazos de cráneos de las víctimas, hasta el extremo de ser preciso desembarazar el sitio de los crüentos escombros, sin cuya diligencia no podía ya pisarse el pavimento. Para ejecutar esta operación se trajeron de la calle algunos hombres, y con sus mismas manos echaron la sangre y las entrañas despedazadas de los fusilados en grandes bateas, hasta desembarazar el lugar de aquellos estorbos para seguir la horrible matanza. Se hacía tan sin escrúpulo, que uno de los presos, habiendo dicho dónde se encontraba alguna plata labrada, fué enviado con custodia á traerla; dos jóvenes de la casa vinieron con los soldados para dar alguna explicación ó hacer valer algún derecho, y sin más averiguación fueron en el momento fusilados. Ese día sufrieron el mismo género de muerte D. José Antonio Gómez, nombrado intendente por Hidalgo; D. Rafael Dávalos, catedrático de matemáticas y director de la fundición de cañones; D. José Ordóñez, teniente veterano del Príncipe; D. Mariano Ricocochea, administrador de tabacos de Zamora, y D. Rafael Venegas, quienes habían obtenido algunos títulos en el ejército patriota.

El día 27, habiendo sido sorteados 18 individuos del pueblo, se les ahorcó en la plaza á la entrada de la noche. Era ésta muy oscura y la ciudad toda se hallaba en el más pavoroso silencio, y como la plaza está en lo más profundo del estrecho valle en que se halla situada, rodeada como en anfiteatro por toda la po-

blación, desde toda ella se descubría el fúnebre resplandor de las teas de ocote que alumbraban la terrible escena, y se oían las exhortaciones de los eclesiásticos que auxiliaban á las víctimas y los lamentos de éstas implorando misericordia. Muchos años han transcurrido desde entonces y nunca se ha podido debilitar en mi espíritu la profunda impresión que en él hizo aquella noche de horror. En la tarde del día 28 fueron ejecutados en la horca colocada frente á la puerta principal de la Alhóndiga, D. Casimiro Chovel, administrador de la mina de Valenciana y Coronel del regimiento de infantería levantado en ella; D. Ramón Favie, Teniente Coronel, y el Mayor del mismo cuerpo D. Ignacio Ayala, cuñado de Chovell, con otros cinco individuos. El Ayuntamiento, en su vindicación dirigida al virrey Venegas, hace notar que ninguna de las tres personas notables ejecutadas en este día, ni de las cinco que lo fueron el día 26, era nacida en Guanajuato, para prueba de que ninguno de los vecinos distinguidos de aquella ciudad tomó parte en la revolución. El 29 por la tarde, cuando habían sido ya ahorcados dos de los cuatro individuos que estaban condenados á sufrir aquella pena en el mismo lugar, un repique general de campanas anunció la publicación del indulto, con lo que no fueron ejecutados los otros dos. El pueblo, angustiado con tan continuas ejecuciones, salió entonces lleno de regocijo de los puntos en que se había ocultado, y se dirigió en tropel á la plaza, presentándose enfrente de las casas reales, en donde estaba alojado Calleja, el cual se presentó en le balcón é hizo un discurso, encareciendo la indulgencia con que había hecho extensivas á aquella población las gracias concedidas por el virrey, sin embargo de haberse perpetrado en ella tan atroces crímenes, que la habían hecho merecedora de los más severos castigos; el pueblo prorrumpió en aclamaciones al rey y al mismo General. No obstante, después de la publicación del indulto fueron todavía ahorcados el 5 de Diciembre en Granaditas cinco individuos más, presos de antemano, culpables de otros crímenes, y que se creyó lo eran también de los asesinatos de los presos españoles, siendo en todo cincuenta y seis

los que fueron ahorcados ó fusilados en estas diversas ejecuciones.”

Hasta aquí la cita. De los hechos que acabo de indicar, el primero se consumó por los insurgentes en el ardor de un combate, el segundo por el populacho, el tercero por el ejército realista después de obtenida la victoria; aquel fué obra de la barbarie, ese de instintos feroces y estúpidos, éste de crueldad y de sed de sangre; el primero y el último tienen explicación, pues nacieron, el uno del encono largo tiempo reprimido, manifestándose en toda su ceguedad en el momento de estallar, y el otro de la ira de verse provocado y ofendido; el hecho intermedio no admite disculpa; sus autores no pueden ni aun pedir que se les atenúe el cargo, porque es uno de esos borrones que manchan la historia y dan la medida de la degradación á que algunas veces llegan los individuos de la especie humana; pero los tres acontecimientos fueron el prelude de lo que iba á ser la emprendida guerra por algún tiempo, y resumieron lo que debía esperarse de una lucha sin cuartel, en que por ambas partes se desconocían los principios más sagrados del derecho de gentes.

La Alhóndiga de Granaditas presenta aún en los muros del Este y del Norte la huella de los proyectiles lanzados contra ella en 1810, que se han conservado como un recuerdo vivo del asalto y se mantienen todavía en memoria de los que entonces combatieron.

Al año siguiente, 1811, los cuatro ángulos superiores del edificio sustentaban una escarpia cada uno, con las cabezas de los mártires de la patria: Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez; la intemperie las injuriaba y consumía, y su vista ponía en el corazón miedo y tristeza al considerar el trágico fin de aquellos caudillos que pasearon la tierra como triunfadores, dejando á poco la existencia en un patíbulo. Consumada la independencia aquellos restos fueron trasladados á México, si bien quedaron las escarpias en el mismo lugar, donde permanecen conservadas, si no he sido mal informado.

En los tiempos siguientes el edificio sirvió en diversas ocasio-

nes, ya de alhóndiga, ya de cuartel, ya de fábrica de tabacos, ya, en fin, como de punto fuerte en nuestras revueltas, pues no en balde el pueblo lo conoce bajo el título sonoro *del castillo*. Cuando Maximiliano visitó á Guanajuato el 19 de Septiembre de 1864, dispuso que la Alhóndiga fuera destinada para cárcel pública, teniendo en cuenta para ello lo muy mal alojados que los presos estaban en el antiguo local colocado en la parte baja del palacio del gobierno. Púsose, en efecto, mano á la obra, y conforme á las noticias que voy á copiar, el año 1866 guardaba la prisión la forma siguiente:

“En los bajos de las piezas que miran al E. se encuentran departamentos decentes para la Corte Marcial, juzgados 10 y 20 de letras, juzgados de paz y una pieza separada para las oficinas de cada uno. En el interior de la puerta principal del frente hay un enrejado nuevo de fierro, que sirve de locutorio á los presos. Los juzgados se comunican con el patio por medio de ventanas con gruesas rejas, á fin de que se examinen los reos por los jueces sin necesidad de salir fuera de las prisiones.”

“La parte que da al N., y en la puerta principal, está la guardia que custodia la prisión: á la izquierda hay una pieza destinada al alcaide, el que sin necesidad de entrar con frecuencia al interior de la cárcel, vigila á los presos por una ventana; siguiendo después otra pieza para el padre capellán.

“En el interior de las cuatro partes del edificio hay departamentos destinados á

Detenidos.

Procesados por delitos leves.

Id., id. graves.

Sentenciados por id. leves.

Id., id. graves.

Jóvenes que no llegan á 15 años.

Incomunicados.

“Una pieza sirve de capilla, la que cuenta con paramentos y vasos sagrados costeados por el municipio.”

“Se encuentra en la portería del interior bancas y mesas que

tienen para la enseñanza primaria que se da á los presos, por la tarde, con lo cual se logra moralizarlos.

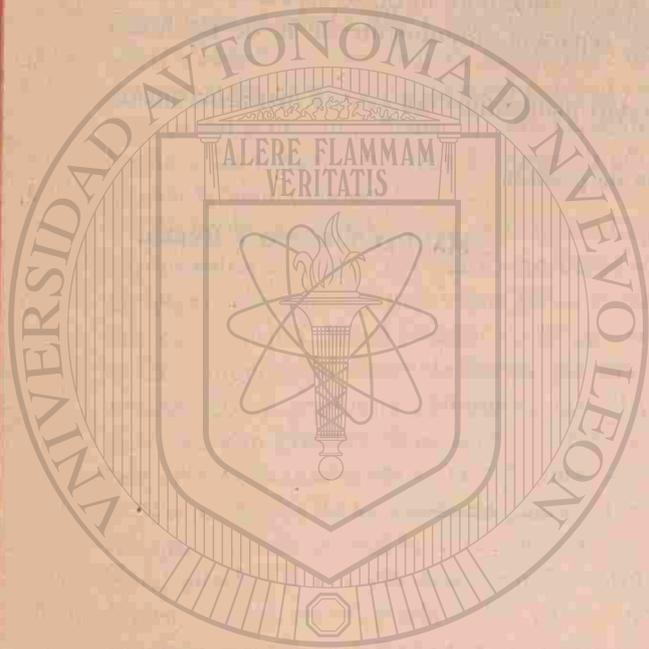
“Hay en el patio un aljibe cómodo, una gran pila para baño y lavaderos.

“En los bajos de la parte que mira al S., se está construyendo la cárcel de mujeres, separada enteramente de la de los hombres.

“Por último, se están planteando talleres de distintos oficios para los presos.”

Hoy sirve todavía de prisión.

MANUEL OROZCO Y BERRA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

---

## RUINAS DE TLALMANALCO.

---

Tlalmanalco, pueblo cabecera de Municipalidad, del partido de Chalco, en el Estado de México, está situado á la falda de la Sierra Nevada, á dos leguas al E. de Chalco; antiguamente era cabecera de alcaldía mayor, y contaba un buen convento de religiosos franciscanos y un hospital de bethlemitas, fundado por el Lic. D. Miguel del Moral. El temperamento es frío, el terreno feraz, el aspecto hermoso; los habitantes se ocupan en la agricultura.

De las ruinas que dan motivo á este artículo, no he encontrado noticia alguna, no obstante haberme dirigido á personas inteligentes. Importantes como lo son, su memoria se ha perdido; eran tal vez conocidas de algunos curiosos, pero en manera alguna del público. Quien primero llamó la atención acerca de ellas, fué el distinguido joven Mr. Julio Laverriere, miembro de una de las comisiones encargadas de explorar el Valle de México: en su muy importante trabajo acerca del Popocatepetl, se encuentran los párrafos siguientes:

“A legua y media de Chalco se presenta una costa que pasa cerca de la hermosa fábrica de Miraflores, establecimiento de hilados de algodón, perteneciente á los Sres. Martínez del Río, en cuya consolidación se han empleado grandes caudales, inteligencia y perseverancia, y que ocupa varios centenares de operarios indígenas, entre quienes hay muchos que han adquirido mucha habilidad. A mayor elevación, y semejante á una ciudad fortificada, se ve Tlalmanalco con su iglesia moderna muy insignificante y flanqueada por ruinas muy notables. Estas son los

restos de un convento de franciscanos, cuya construcción principió poco después de la conquista. Por razones que no he podido averiguar, este monumento no se elevó más que al alto de los primeros arcos, y así se quedó, lo cual es de deplorarse por el arte arquitectónico, pues puede juzgarse de lo que hubiera sido el monumento, por lo poco que de él se ve."

"Figúrese unos tres arcos de bóveda de cosa de ocho metros de altura, separados uno de otro por macizos cubiertos de multitud de arabescos, de figurines y de follaje en relieve. La cante-  
ría, de un hermoso color obscuro, parece haber sido amoldada en moldes hechos á voluntad, y retocada después con cincel, según la mucha limpieza que se advierte en los contornos, sin que se note ningún recargo del mal gusto. Los adornos están distribuidos con aquella ciencia particular propia del renacimiento, que no sacrificaba las líneas mayores á favor de los pormenores, y que no obstante daba, por decirlo así, un valor especial á cada piedra. Los arcos no tienen esa forma aplastada, ni esas proporciones desgraciadas que á menudo se notan en los pórticos de los conventos en México. Hállanse de una figura larga, y rodeados de los colores salientes de una elegante cinceladura."

"Lamento el no poder dar una descripción más exacta de esta muestra preciosa de arquitectura americana. Mi deseo hubiera sido poder sacar un dibujo de ella; pero entre nosotros ninguno se halló capaz de reproducir correctamente unas bellezas tan grandes, representando la fantasía morisca, grabada en las majestuosas proporciones del arte del renacimiento. Si lo poco que digó de esto, invitare á los artistas á visitarlo, mi objeto se habrá llenado. Por lo que hace al templo, no es más que un montón de piedras embadurnado de amarillo, que al lado de aquellas ruinas tan brillantes, no obstante las injurias de los siglos, hacia una figura muy lastimosa con el color rechimante del blanqueado de cal, que nos deslumbraba con su reflejo, de tal manera, que nos quitó el deseo de visitarla."

Antes de pasar adelante se hace preciso advertir que el original de la relación del Sr. Laverriere está escrito en francés, una

traducción de la cual, que no me parece muy cuidada, se publicó en el Boletín de Geografía y Estadística, de donde he copiado los párrafos antecedentes. Continuemos.

Por desgracia, lo que acaba de leerse es lo único que encuentro acerca de las ruinas, habiendo registrado en balde los libros que pudieran contener algunas noticias relativas; por otra parte, yo no he tenido oportunidad de visitar á Tlalmanalco, no conozco de vista inmediata el monumento, y lo que diga está únicamente fundado en los informes que el Sr. Laverriere tuvo la bondad de proporcionarme.

Lo que existe de las ruinas no suministra suficiente luz para juzgar del objeto que iba á tener el edificio; podría apropiarse á un templo; pudiera también pertenecer á un patio, como el que se encuentra siempre en los claustros de los religiosos: esto segundo parece lo más verosímil, atendida la portada que al frente se presenta. Si se considera con atención, se descubre de luego á luego que el edificio no pasó de la altura que ahora presenta; lo prueba, que en toda su extensión el muro sigue en una misma línea horizontal; que hay colocadas el mismo número de hiladas de sillares, y que las caras superiores de las piedras no llevan señal alguna de la argamasa, ni rastro de haber perdido su labor: si el tiempo ú otra causa hubiera derribado la construcción, indicios quedarían, y la línea superior no guardaría su regularidad.

Lo verdaderamente exquisito de esta muestra arquitectónica, es el estilo. Los haces de columnillas, la disposición de las labores, traen una reminiscencia del arte morisco, y no sé qué del gótico; el pensamiento de necesidad era español, y venía acompañado de los recuerdos de la Alhambra de Granada y de la catedral de Burgos. La parte ornamental lleva el carácter del gusto mexicano, rico, complicado, caprichoso, fantástico, medio simbólico. El arquitecto, pues, venía del antiguo mundo; del nuevo eran los obreros que ejecutaban, y la obra sacaba el sello de la mezcla de ambas civilizaciones. Unica muestra de su

especie, pues nada se le parece de lo que aún subsiste del siglo XVI entre nosotros.

Los templos construídos en esa época tienen el doble aspecto de casas de oración y de fortalezas. Paredes fuertes reforzadas por gruesos estribos, sobre la bóveda un parapeto con almenas para servir á los ballesteros y garitones con tronera para los arcabuceros; la torre completamente separada como en Tlaxcala, ó en un ángulo como en Tepeaca, en Tula y otros, con la entrada interior haciendo oficio de caballero alto; el atrio delante con parapeto, almenas y aun fortines encubiertos, bajo el título de capillas; en el interior, los muros desnudos, severo el aspecto de la construcción. En los claustros que junto á los templos se ponían, los arcos son pequeños, los tránsitos angostos y sombríos, las piezas chicas; pero todo fuerte y macizo, sin adornos de ninguna clase: parecían parte de un castillo habitado, como era verdad, por ascéticos castellanos. Nada de esto se mira en los restos de Tlalmanalco; en ellos hay gusto, elegancia, valentía; el arquitecto no tenía las aprehensiones de un levantamiento de los naturales, y en amor del arte dejaba libre su ingenio para producir una obra primorosa.

Si el cariño por las cosas de mi país no me ciega, creo que nuestros artistas deberían estudiar estas ruinas. Es un error, es un grave error decir que la antigua civilización azteca no ha dejado para nuestros días cosa notable, digna de la atención de la ciencia. Consúltense los dibujos que poseemos de las ruinas esparcidas en Yucatán, de las de Palenque, de Mitla, de los otros monumentos mexicanos, y dígase con imparcialidad si no son obras sorprendentes: chocan al ignorante las fantásticas figuras simbólicas, y desdeña lo demás, sin tener en cuenta la novedad y la hermosura que en el resto de la ornamentación se encuentra. A nuestra Academia Nacional de San Carlos toca la tarea de hacer este estudio. Así tal vez obtendremos, en arquitectura, un estilo nuevo, hermoso, que podamos decir pertenece á México.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LAS RUINAS DE LA QUEMADA.

Comisión científica de México.—San Luis Potosí, Junio 22 de 1866.—Señor y querido coronel: El particular interés que vd. manifiesta porque sean reconocidas las ruinas llamadas de la *Quemada*, cercanas á Zacatecas, me ha hecho emprender á ellas una corta excursión á fines del mes anterior, como dije á vd. en mi última carta.

En esta voy á dar á vd. cuenta de las impresiones, tal vez algo superficiales, que en aquel sitio recibí durante una visita de pocos días.

El día 24 de Mayo salí de Zacatecas, siguiendo un camino que separándose á poco de las alturas y de las ondulaciones que forman la masa metalífera de aquel rico mineral, atraviesa un valle extenso situado al Oeste, y que corre en dirección N. al S. Este valle se comunica por el Norte con las llanuras salinas de las inmediaciones del Fresnillo, con el valle de Río Grande, y con aquel valle prolongado, límite de las mesas, que sigue los contrafuertes de la Sierra en su dirección N. O., y en la que se encuentran huellas diversas de las antiguas inmigraciones, como en Chalchihuites y Chapoltepec.

Así, pues, seguía yo el mismo itinerario recorrido por las antiguas tribus al dirigirse hacia el Sur; el valle no tenía ningún atractivo para fundar en él un establecimiento fijo, porque es en

especie, pues nada se le parece de lo que aún subsiste del siglo XVI entre nosotros.

Los templos construídos en esa época tienen el doble aspecto de casas de oración y de fortalezas. Paredes fuertes reforzadas por gruesos estribos, sobre la bóveda un parapeto con almenas para servir á los ballesteros y garitones con tronera para los arcabuceros; la torre completamente separada como en Tlaxcala, ó en un ángulo como en Tepeaca, en Tula y otros, con la entrada interior haciendo oficio de caballero alto; el atrio delante con parapeto, almenas y aun fortines encubiertos, bajo el título de capillas; en el interior, los muros desnudos, severo el aspecto de la construcción. En los claustros que junto á los templos se ponían, los arcos son pequeños, los tránsitos angostos y sombríos, las piezas chicas; pero todo fuerte y macizo, sin adornos de ninguna clase: parecían parte de un castillo habitado, como era verdad, por ascéticos castellanos. Nada de esto se mira en los restos de Tlalmanalco; en ellos hay gusto, elegancia, valentía; el arquitecto no tenía las aprehensiones de un levantamiento de los naturales, y en amor del arte dejaba libre su ingenio para producir una obra primorosa.

Si el cariño por las cosas de mi país no me ciega, creo que nuestros artistas deberían estudiar estas ruinas. Es un error, es un grave error decir que la antigua civilización azteca no ha dejado para nuestros días cosa notable, digna de la atención de la ciencia. Consúltense los dibujos que poseemos de las ruinas esparcidas en Yucatán, de las de Palenque, de Mitla, de los otros monumentos mexicanos, y dígase con imparcialidad si no son obras sorprendentes: chocan al ignorante las fantásticas figuras simbólicas, y desdeña lo demás, sin tener en cuenta la novedad y la hermosura que en el resto de la ornamentación se encuentra. A nuestra Academia Nacional de San Carlos toca la tarea de hacer este estudio. Así tal vez obtendremos, en arquitectura, un estilo nuevo, hermoso, que podamos decir pertenece á México.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LAS RUINAS DE LA QUEMADA.

Comisión científica de México.—San Luis Potosí, Junio 22 de 1866.—Señor y querido coronel: El particular interés que vd. manifiesta porque sean reconocidas las ruinas llamadas de la *Quemada*, cercanas á Zacatecas, me ha hecho emprender á ellas una corta excursión á fines del mes anterior, como dije á vd. en mi última carta.

En esta voy á dar á vd. cuenta de las impresiones, tal vez algo superficiales, que en aquel sitio recibí durante una visita de pocos días.

El día 24 de Mayo salí de Zacatecas, siguiendo un camino que separándose á poco de las alturas y de las ondulaciones que forman la masa metalífera de aquel rico mineral, atraviesa un valle extenso situado al Oeste, y que corre en dirección N. al S. Este valle se comunica por el Norte con las llanuras salinas de las inmediaciones del Fresnillo, con el valle de Río Grande, y con aquel valle prolongado, límite de las mesas, que sigue los contrafuertes de la Sierra en su dirección N. O., y en la que se encuentran huellas diversas de las antiguas inmigraciones, como en Chalchihuites y Chapoltepec.

Así, pues, seguía yo el mismo itinerario recorrido por las antiguas tribus al dirigirse hacia el Sur; el valle no tenía ningún atractivo para fundar en él un establecimiento fijo, porque es en

extremo árido, carece de agua y no ofrece suficiente seguridad: al Oeste está dominado por las montañas de Jerez, habitadas entonces por los salvajes cascanos, y al E. se encuentra la serranía de Zacatecas con las rudas tribus del mismo nombre, que quedaban por vecinos inmediatos.

Si se ha de creer á los historiadores de la conquista, los españoles tuvieron mucha dificultad para domeñar á aquellas tribus, y todavía hoy, según dicen los comandantes franceses, no es fácil tener á raya á sus descendientes. Las tribus inmigrantes avanzaron al Sur, hacia un sitio en que el valle se estrecha dejando un paso de algunos centenares de metros de ancho, llamado el Puerto, en donde andando el tiempo fué construída una presa, cuyas aguas permiten ahora hacer en grande el cultivo de la hacienda de Malpaso. Después de aquella garganta se ensancha el valle, con un descenso hacia el Sur, que se hace más sensible más allá de una línea de colinas que lo atraviesan en toda su longitud; de lo alto de estas colinas se domina una llanura ligeramente inclinada, de 10 kilómetros de largo por uno de ancho, limitada por todas partes por un cinturón de montañas, de las cuales las más altas, que son las que se encuentran al E., forman la sierra de las Palomas: un río que sigue las sinuosidades de los contrafuertes le trae en todas las estaciones un abundante tributo, y formado el suelo de esa tierra profunda, ligera, silisosa y calcárea de las mesas mexicanas, ofrece para el cultivo superficies considerables.

Esta comarca privilegiada defendida al N. por algunas colinas, de las cuales la más alta, el cerro de los Edificios, presenta las ruinas de que me ocupo; este fértil valle, repito, fué escogido por las antiguas tribus para hacer un descanso en sus dilatadas peregrinaciones. A vuelo de pájaro la distancia de Zacatecas al cerro de los Edificios es de 44 kilómetros, siguiendo la dirección 55 grados M. ó con más exactitud S. 28 grados 30' M. sobre el meridiano verdadero. La mayor parte de aquel valle pertenece hoy á la hacienda de la Quemada, fundada hacia el fin del siglo XVI en favor de una comunidad de Querétaro, con cargo de

enviar misioneros á los indios zacatecas, y que en efecto estableció más tarde un convento en la ciudad de Zacatecas: después de la expulsión de los religiosos españoles, la hacienda pasó á poder del clero mexicano, quien hace unos treinta años la vendió al General Franco, comandante general de la repetida Zacatecas, estando actualmente administrada con grande esmero por su hijo D. Juan Franco, quien, junto con los comunes cultivos del maíz y del maguey, ha introducido los del trigo y de la viña.

El plano de C. de Berghes, cuya copia tuvo vd. la bondad de remitirme y que ya está grabado, es reducción del plano original levantado en 1833 por orden del General Franco, y que ahora existen en poder del propietario de la hacienda: hubiera sido muy conveniente copiar ese precioso documento, mas me faltaron á la vez tiempo y medios; siempre habrá modo de reparar esta falta, supuesta la suma bondad del Sr. Franco. El plano es tanto más importante, cuanto que contiene la indicación de multitud de construcciones secundarias derramadas por el valle, y que ya están casi borradas por los surcos del arado.

En cuanto á las ruinas que coronan el cerro de los Edificios, se mantienen casi en el mismo estado en que el tiempo las dejó, gracias al cuidado que tiene el Sr. Franco en no permitir que se hagan excavaciones y conservando en ellas un guarda constante. Ellas forman la parte capital de los vestigios que aun se advierten en el valle; su estado permite estudiarlas fácilmente, reconocer su aplicación, y por medio de un examen general reconstruir la antigua ciudad, que con sus edificios y sus sembrados cubría el fondo del valle.

#### DIARIO DEL RECONOCIMIENTO DE LAS RUINAS.

25 de Mayo.—A 2 kilómetros al S. O., se distinguen hacia el Sur los terrados que por gradas ocupan el declive, cubiertas por construcciones regulares.

Voy á detenerme un momento en el relieve y en la naturaleza

geológica del terreno. El cerro de los Edificios, lo mismo que las otras colinas que lo rodean, y como las alturas que dominan el valle al E. y al O., pertenecen á la formación geológica que coronan á la gran mesa de México desde el lago de Chapala hasta el río del Norte; este piso está formado de tobas feldespáticas sedimentosas, que por vía de metamorfismos pasan frecuentemente á porfidos de contextura variada. La roca que forma el cerro se encuentra en capas delgadas, es granulosa y está muy poco cristalizada; ha sido levantada siguiendo la orientación N. O., de donde resulta que en el lado occidental presenta un corte vertical de 1 á 20 metros de altura, y hacia el E. pendientes irregulares que siguen el plano de inclinación.

La roca está dispuesta por pisos irregulares poco adherentes; se pueden tomar fácilmente losas de 4 á 6 metros de espesor y de las dimensiones que se quiera, de una sola pieza, sonoras y que se dejan labrar con toda comodidad por medio de golpes sobre las caras exteriores, de manera que se les puede dar la forma que se apetezca. Estos materiales sirvieron en la construcción de monumentos que se alzan sobre la misma montaña; los antiguos se guardaron muy bien de emplear la roca que se encuentra en la parte superior, pasada al estado de amigdaloida á consecuencia del levantamiento, y muchos de los trozos de esta clase se encuentran sobre la pendiente oriental entre los muros de revestimiento.

El cerro de los Edificios está colocado á un kilómetro al N. NE. de la hacienda de la Quemada. Me dirigí á él, siguiendo una calzada antigua que comienza en una pequeña colina tubular, *la Mesita*, y termina al pie de las ruinas en una construcción destruída, que fué un tronco de pirámide cuadrangular; desde este punto, otra calzada más ancha, y levantada algunos decímetros sobre el resto del terreno, del mismo modo que la anterior, se eleva dulcemente por la falda austral de la montaña, hasta llegar á una pequeña altura flanqueada por dos trozos piramidales arruinados.

De allí es preciso trepar por un plano inclinado algo movedi-

zo, de 4 á 5 metros de altura, por enmedio de las piedras y de los nopales, sin que sea fácil darse cuenta de que se huella una escalera antigua, y se llega á una plataforma bastante extensa, aunque desfigurada por algunos muros de construcción reciente, que sirven para dividir los *potreros*, y que es indispensable suprimir inmediatamente con el pensamiento. A la derecha, sobre la parte austral de la plataforma, un monumento notable atrae de luego á luego la atención; es un patio rectangular de 60 metros de ancho por 74 de largo, limitado al S. y al O. por muros rectilíneos de piedra seca levantándose en talud; por el N. se baja por medio de tres escalones que se extienden á lo largo de aquel lado. En cuanto al cuarto lado, el del E., parece que sirvió de peristilo á un monumento macizo. Una columna todavía en pie, la base en la que se encontraba en la extremidad boreal, y otra ú otras dos derribadas sobre el suelo, permiten completar la serie de ocho columnas, tal vez nueve, que formaban la columnata exterior del templo; digo templo, porque cualquiera que fuera el destino de aquel monumento, esta palabra es la más acomodada para expresar la impresión que produce, supuesto que mide en el exterior 30 metros sobre 39; once columnas todavía en pie, están dispuestas en forma rectangular, midiendo la figura en los ejes 15 metros por 26; el diámetro de las columnas es de 1.80 metros, son cilíndricas, sin base ni capitel, y se alzan de una sola pieza á 1.30 metros.

La fila de columnas opuesta á la entrada, cuenta una columna más, es decir, cinco en lugar de cuatro, y esto, que pudiera hacer mal efecto en el plano, no choca en manera alguna al espectador que entrando á aquel recinto se coloca en el eje de entrada, en el lugar en que falta la simetría de la décimaprima columna, porque descubré desde allí las columnas de la segunda fila, esparcidas sobre el mismo ángulo visual. Los muros, de la misma altura que las columnas, tienen un espesor de 2 m. 70, y no presentan más de una sola entrada de diez metros de extensión.

La construcción de aquel monumento da una idea cumplida

de las obras que tienen cercanas; se compone de piedras planas, de espesor medio de cinco centímetros, con el rostro labrado en línea recta por medio del golpeo, colocadas en hiladas regulares, unidas por capas de lodo mezclado con zacate ó heno de 0 m. 03 de grueso; este mortero natural ha tomado una consistencia muy dura por medio de la desecación. Los muros debieron ser cubiertos por un revocado de la misma especie, según lo prueba otra de las construcciones, aunque en el templo no queda vestigio alguno; la lluvia ha dado por resultado quitar no sólo la parte exterior, sino aun corroer el mortero hasta tres y cuatro centímetros de profundidad, dejando descubiertos los cantos de las piedras. En la construcción de las columnas se guardó la misma disposición, aunque teniendo cuidado de dar á las losas que forman el rostro exterior, un corte concéntrico al eje. Es indudable que debían tener alguna especie de revocado, y muy probablemente pintadas con los colores vivos con que las poblaciones mexicanas de todas las épocas han acostumbrado revestir sus monumentos. Al N. del templo se extiende una gran vía horizontal de 180 metros de largo, en cuyo eje se levanta un tronco de pirámide cuadrada, de 16 metros por lado en la base y una altura de 14 metros, altura que debía ser mayor, porque si se calculan los materiales caídos de arriba al pie de las cuatro caras, se llegan á completar 16 metros, tamaño que primitivamente debía tener aquel trozo. Es macizo, conforme se deja ver en una excavación reciente que un desconocido practicó en busca de un tesoro, y se compone de un núcleo central en forma de pilar, más grande en la parte inferior que en la superior, sobre el cual descansan las cuatro facetas de la pirámide, igualmente mayores en lo bajo que en lo alto. Este modo de construcción se halla repetido en las masas piramidales de Teotihuacán. Por lo que se sabe de las costumbres religiosas de los antiguos mexicanos, es muy probable, atendiendo á la forma del monumento, á que no presenta resto alguno de escalera, y más aún por su posición, que estaba destinado á sustentar la imagen de alguna divinidad, la estatua de madera de un dios.

Los terrenos colocados al O. de la vía, dispuestos en explanadas y con muchas divisiones que es imposible precisar por los nopales y los mezquites que allí crecen, con el templo y con la misma vía debían formar parte de un conjunto destinado para las fiestas religiosas; la área total mide una superficie de 30,000 metros cuadrados, capaz de contener á lo menos 60,000 espectadores.

Los edificios que ocupan el declive más sensible de la montaña hacia el N. de la explanada, parece que tuvieron destino diverso, pues no parece que estaban dispuestos para recibir una gran concurrencia, á juzgar por la estrechez de los pasos que con ellas comunican.

Se compone la primera habitación de un patio cuadrado ó plataforma horizontal, hecho de terrado, sostenido por muros construídos en talud; su parte media es 0 m. 80 más alto que la parte exterior, y forma un cuadrado de 22 metros por lado, especie de patio exterior en cuyo centro se alza una pequeña construcción piramidal de tres metros de largo en la base. El costado N. lo ocupa una pirámide truncada, de 12 metros de cara y 6 de altura, que termina en una plataforma de 6 metros, á la cual conduce una escalera empinada de 4 metros de ancho, y ocupa la medianía de la faz austral. Los otros tres lados del tránsito por aquel patio interior tienen 7 m. 75 de ancho, dividido en dos partes, la una de 2 m. 75 formando un pasadizo interior, la otra de 5 metros que compone el tránsito exterior, levantado 0 m. 20 sobre el primero; en el suelo de esta galería se encuentran restos de muros de 4 m. 50 de espesor, y á lo largo del parapeto las bases de pequeños pilares cuadrados, á distancia la una de la otra de 1 m. 50. El conjunto debía ser una galería cubierta dividida en diversos compartimientos y cuyo aspecto debía de ser muy gracioso.

Al O. se ve una serie de pequeños cuartos, con comunicaciones entre sí, que servían de habitación; mientras al E., y en comunicación menos inmediata con el exterior, se distinguen otras piezas de construcción más rústica aún, que parecen haber sido

destinadas á las gentes de servicio. Se completa la habitación con otros dos terrados sin construcciones; el uno se extiende al Sur, más bajo, y el otro, que es mucho más pequeño, hacia lo alto, con cuatro metros de diferencia sobre el terrado principal.

Existe una comunicación directa con la parte inferior de la montaña, entre las rocas y detrás de las piezas del O.; es un plano inclinado que fué tal vez una escalera: una pequeña mesa piramidal domina aquella salida, como con el intento de defenderla. Debe notarse que todas las salidas, todos los pasos están provistos de un pequeño monumento de esta clase, especie de atalaya que pudiera contener un vigía. Su construcción es de la misma clase que la del templo, según expliqué más arriba; piedras labradas y mortero de lodo para las piezas mayores, piedra seca para los taludes de los terrados y para los muros de simple división.

La segunda habitación se halla en un terrado horizontal, establecido sobre taludes de 10 á 12 metros de alto sobre la primera, y da una idea más perfecta aún de lo que debía ser una morada aristocrática en aquella época remota. Consta también de un patio interior, rodeado por una galería de 0 m. 80 de altura, comunicada por medio de escaleras colocadas por tres de los lados: ocupa el centro un pequeño monumento cuadrado muy destruído ya á causa de una excavación antigua, no obstante lo cual puede medirse todavía el tamaño de una de las caras que quedó intacta. Un trozo piramidal, terminado en plataforma, ocupa el lado boreal del patio; es muy semejante al que indiqué existía en el piso inferior, y como guarda mejor estado de conservación, puede, por consecuencia, ser mejor estudiado. Mide de altura 5 m. 20, 14 metros en la base y seis por lado en la plataforma; se sube por una escalera de 13 escalones, cada uno de los cuales tiene de alto 0 m. 40, siguiendo el talud del trozo con una inclinación de 56 grados sobre el horizonte; la mampostería es maciza, presentando, con la gran pirámide sagrada, un núcleo central contra el cual se apoyan las caras exteriores.

En la pirámide de la primera habitación desapareció el núcleo interior, á causa de una antigua excavación que la desfiguró mu-

cho, pues cubrió con los escombros las faces exteriores. Los taludes de la pirámide están formados por gradas rebajadas siguiendo la inclinación general. La litografía que vd. me envió, que creo es la publicada en el periódico intitulado el *Museo mexicano*, representa el patio de esta segunda habitación tomada por el lado del Sur.

Al O. del repetido patio las construcciones parecen ser habitaciones particulares, mientras que las del E., compuestas de un cercado de 26 metros de largo y 24 de ancho, y otros dos muy pequeños, pertenecían á las gentes de la servidumbre; los terrados de mediana extensión, apoyados hacia el N. sobre el declive de la montaña, ocupan hacia el Sur todo el frente de la habitación. Sobre un nivel mayor se descubren algunas construcciones anexas; la primera es un tronco piramidal de taludes muy fuertes, al que se trepa por una grande escalera labrada sobre el declive de la montaña; la pendiente de la escalera del trozo permite á duras penas llegar á la plataforma, de 7 metros de ancho, y que se une, hacia el N. y al mismo nivel, con un terraplén de la montaña. En este lado se ve un cuarto cuadrado casi lleno de tierra. Sobre estas últimas construcciones no existe más de la cresta rocallosa del cerro, sin huella alguna del trabajo del hombre.

Se extienden al O. tres grandes terrados, paralelamente, aunque á diversos pisos; el del nivel inferior contiene dos trozos piramidales y algunas divisiones de diversas piezas; el segundo servía para algunos usos industriales, pues se encuentran hornos para alfarería, ocres y tierras cocidas; en fin, el tercero parece no ser otra cosa que una vía de comunicación entre las partes austral y boreal de la montaña.

Antes de describir las obras que aquí se encuentran, voy á insistir sobre algunas de las particularidades presentadas por la segunda habitación. Al principio me resistí á creer en la existencia de la escalera figurada en el plano sobre el medio del talud Sur; pero un examen atento me ha convencido de que aún existen allí algunos escalones. ¡Mas qué escalones! ¡miden 0 m. 40

de altura, y forman una rampa inclinada de 60 grados, lo mismo que el talud, produciendo vértigo pasar por ahí. Esta escalera hacía indispensable pasar por la primera habitación, á menos de no seguir el plano inclinado de que antes hablé, que era una vía de comunicación igualmente peligrosa; por mi parte, no encontrando cómodo el paso, busqué otro.

Al dejar la explanada sagrada, se trepa por un pasadizo estrechado entre la primera habitación y las piezas destinadas á los sirvientes, después se sigue un sendero construido al pie del talud austral de la segunda habitación, y luego una rampa conduce á lo alto de un terrado, con dos entradas, la una por el corral y la otra por una escalera interior.

Ya dije que los muros, en un principio, habían sido cubiertos con algún revocado; examinando la base de las paredes que separan el patio interior del corral, noté algunas piedras fijadas verticalmente á lo largo del muro, con la superficie paralela á la de éste, y separadas por pequeñas distancias, que con el espesor de las losas representan el grueso que debía tener el material que estaban destinadas á recibir; esto se usa todavía. En otro lugar de la misma habitación tuve la dicha de hallar un fragmento del revocado que figura entre los objetos que conservo.

¿Pero de qué manera estaban techadas las habitaciones? Me inclino á creer que más bien estaban cubiertas con tejados que con techos. La última cámara al Norte, de las que he designado bajo el nombre de construcciones para la servidumbre de la primera habitación, deja ver sus paredes rematando en ángulo, lo que indica que llevaba un tejado de dos aguas, establecido sobre la armadura más sencilla.

Examinando atentamente el trozo de pirámide que se encuentra en la parte más levantada de la segunda habitación, descubrí que debía estar cubierta. Se notan distintamente, á lo largo del lado Oriental, piedras planas, fijas oblicuamente, siguiendo un plano inclinado de 45 grados, destinadas á sostener la base de un talud, que debía ser el techo, cualquiera que fuera el material de que se componía. Con esto quedó abierto el campo de

las suposiciones, y por la semejanza del empleo que allí tenían las losas, con las que sostenían el revestimiento mural de que hablé, me hicieron sospechar que las cubiertas debían estar formadas de una manera particular. En efecto, mis indagaciones fueron coronadas por un éxito feliz, pues me encontré algunos restos de maderas carbonizadas, que provenían probablemente de las armaduras, y numerosos fragmentos del revocado, que á primera vista me parecieron de madera endurecida y mineralizada, según el aspecto presentado por aquella materia.

He aquí la manera con que debían proceder en la construcción; sobre un armazón muy ligero, se colocaban varas de madera en la forma que se quería dar al techo; sobre ella se extendían los tallos del zacate; disponiendo las fibras paralelas entre sí, é inclinadas en dirección de la mayor pendiente, quedando fijas y unidas por medio de lodo diluido, probablemente escogido de una manera particular, semejante al que constituye el mortero de los muros, y que tiene la propiedad de endurecerse mucho al secar; formada esta primera capa se aumentaba el espesor del techo con otras capas sucesivas de fibras vegetales, fijas sobre un cimiento, llegando á formar una cubierta de una sola pieza, resistente y ligera, sin que hubiera inconveniente en que se puliera la parte exterior, á fin de hacerla más fuerte contra el agua y pintarla con los colores propios para dar realce al monumento.

Las plataformas, pues, que coronan los trozos principales, están cubiertas, y quien dice cubiertas dice habitadas; en efecto, estudiando las ruinas de Teotihuacán no puede menos de reconocerse, que los troncos piramidales de la Quemada eran la habitación del señor, del jefe de la familia. La forma escogida para esa habitación privilegiada, no sólo tenía un significado simbólico, una idea moral para honrar la personalidad del jefe y ponerle al abrigo de las sorpresas y de la insubordinación de sus gentes, sino que también tenía un objeto práctico. Para indicar este objeto, sin que parezca un supuesto ridículo, recordaré á aquel comisionado que mandado por orden del gobernador de

Zacatecas en 1830 para reconocer las ruinas, se contentó con contemplarlas desde una legua de distancia, *por miedo de las víboras que abundan en este pueblo*. Pues bien; el temor á la serpiente lo llevaban todavía más lejos los antiguos mexicanos. La serpiente era el símbolo de la muerte, y era un símbolo sagrado; no se podía destruirla, y era por lo mismo necesario guardarse de su contacto.

Y se ponían todos los medios para lograrlo. He visto en Teotihuacán que la mayor parte de los trozos de pirámide están rodeados de un cordón labrado, símbolo de aquel terrible enemigo. Hasta el día se conserva en el sombrero moderno la imagen de aquel reptil, enrollada sobre la copa.

Ya se comprenderá ahora la utilidad de la escalera de 56 grados con escalones de 0 m. 40 de alto. En medio de habitaciones defendidas de este modo, el tronco piramidal era el lugar seguro por excelencia. Así se explican también todos aquellos puestos piramidales colocados en todas las salidas; de este modo quedaban exentos de preocupación los guardianes, los vigías, los vigilantes.

Sin embargo, hay otra especie de monumentos piramidales que no quedan bien explicados con esta teoría, y son los que ocupan el centro de los patios, que en lugar de ser macizos como los otros, cubren, por el contrario, una cavidad formada en el suelo, de mucho mayor volumen que el exterior del monumento. Indicaré más tarde el destino de las obras, en el estudio comparativo que pienso formar hasta la época actual, y sólo me contentaré con anunciar que en la que se halla en el patio de la segunda habitación, encontré la prueba material de que aquellas construcciones, arruinadas después de un gran número de siglos, sólo fueron habitadas ocho años.

La parte N. de la montaña presenta un aspecto diverso; era la ciudadela. En la cumbre, ceñida por una muralla, se encuentran los restos de una habitación con las pirámides acostumbradas; los muros se juntan hacia el S., de manera que abarcan la cresta de la montaña hasta una entrada defendida por bastiones de pie-

dra seca; al O. tres de estos bastiones se levantan por pisos el uno sobre el otro. Bajando hacia el S. por la misma cresta se llega á una habitación menor que las que ya he descrito, y sin dependencias ningunas; está cerrado el paso, siendo por lo mismo la llave de la ciudadela. La parte más curiosa, como sistema de defensa, es el segundo recinto colocado al E. del primero. Calculando por la robustez del muro que da frente al N., por aquí era por donde se temía más un ataque; está perfectamente construido de piedra seca, con 4 m. 50 de espesor, y 4 á 8 metros de altura, según las irregularidades del terreno. Un plano que arranca del suelo permitía cubrirlo de defensores en un instante: corresponde á la subida una sección rectangular de la muralla, que debía encubrir una escalera de salida. La parte del muro que se encuentra en lo más bajo del terreno, está defendida por un pequeño edificio precedido de una galería, á la que se subía por escaleras hoy casi invisibles: aquello no podía ser más de un puesto militar.

Para terminar la descripción sumaria de esta curiosa montaña, indicaré los terrados superpuestos por pisos y los vestigios de construcciones que se hallan al pie por el lado Oeste. El terreno que por este lado se extiende hacia el S. O. está encerrado por un atrincheramiento de tierra, que aseguraba la defensa de aquella parte más vulnerable de la montaña en que se encuentran el templo y las explanadas.

Abajo de los terrados que antes mencioné, y al pie de la llave de la ciudadela, se encuentran grabadas sobre la roca cinco serpientes, en hueco y con bastante buen dibujo, distinguiéndose, aunque débilmente, otras dos que me parecen ser una mala imitación posterior. Es la única escultura, si se le puede dar este nombre, que se vea en las ruinas.

Se hallan muy pocos tiestos de barro, uno que otro metate de los destinados á moler el maíz, y algunas hachas; de éstas es muy curiosa una que me regaló el Sr. Franco, así como un sello: en suma, hay menos objetos antiguos en la Quemada que en ninguna otra de las ruinas de su especie. Busqué en vano la ob-

sidiana labrada; pero recordando que en cierto lugar de Teotihuacán las hormigas tienen predilección por los fragmentos de aquel producto, registré los hormigueros y ví algunos pequeños trozos.

Si de lo alto de la montaña se echa una mirada sobre la llanura, se distinguen en todas direcciones, y principalmente hacia el S., muchas calzadas rectas partiendo de este punto. Estas calzadas están bien expresadas en el plano de Berghes, y si son exactas las indicaciones que pone de las ruinas diseminadas en los contornos y en la intersección de los caminos, debemos convenir en la existencia de una gran ciudad, formada por grupos dispersos de habitaciones en medio de cementeras de maíz, de maguey y de nopales. La montaña era el acrópolis y la sede administrativa de aquel gran establecimiento agrícola.

EDM. GUILLEMÍN.

## MONUMENTOS DE XOCHICALCO.

Este notable monumento cargado de esculturas, se considera en el país como un monumento militar. Al Sudeste de la ciudad de Cuernavaca (la antigua Quauhnahuac), en la pendiente Occidental de la Cordillera de Anáhuac, en esa hermosa región que los habitantes designan con el nombre de *tierra templada*, porque en ella reina una primavera eterna, se levanta una colina aislada, la que, conforme á las medidas barométricas del Sr. Alzate, tiene ciento diez y siete metros desde su base. Esta colina se encuentra al Oeste del camino que va de Cuernavaca al pueblo de Miaatlán. Los indios la llaman, en lengua mexicana ó azteca, *Xochicalco*, ó *la Casa de las Flores*. Veremos en el resto de esta noticia, que la etimología de este nombre es tan incierta como la época de la construcción del monumento, que se atribuye á los Toltecas. Esta nación es, para los anticuarios mexicanos, lo que fueron hace algún tiempo los colonos Pelasgos para los anticuarios de Italia. Todo lo que se pierde en la noche de los tiempos se considera como la obra de un pueblo en el cual se cree encontrar los primeros gérmenes de la civilización.

La colina de Xochicalco es una masa de rocas, á la que la mano del hombre ha dado una forma cónica bastante regular, y que se divide en cinco terraplenes ó terrazas, cubiertas todas de mampostería. Los terraplenes tienen aproximadamente vein-

sidiana labrada; pero recordando que en cierto lugar de Teotihuacán las hormigas tienen predilección por los fragmentos de aquel producto, registré los hormigueros y ví algunos pequeños trozos.

Si de lo alto de la montaña se echa una mirada sobre la llanura, se distinguen en todas direcciones, y principalmente hacia el S., muchas calzadas rectas partiendo de este punto. Estas calzadas están bien expresadas en el plano de Berghes, y si son exactas las indicaciones que pone de las ruinas diseminadas en los contornos y en la intersección de los caminos, debemos convenir en la existencia de una gran ciudad, formada por grupos dispersos de habitaciones en medio de cementeras de maíz, de maguay y de nopales. La montaña era el acrópolis y la sede administrativa de aquel gran establecimiento agrícola.

EDM. GUILLEMÍN.

## MONUMENTOS DE XOCHICALCO.

Este notable monumento cargado de esculturas, se considera en el país como un monumento militar. Al Sudeste de la ciudad de Cuernavaca (la antigua Quauhnahuac), en la pendiente Occidental de la Cordillera de Anáhuac, en esa hermosa región que los habitantes designan con el nombre de *tierra templada*, porque en ella reina una primavera eterna, se levanta una colina aislada, la que, conforme á las medidas barométricas del Sr. Alzate, tiene ciento diez y siete metros desde su base. Esta colina se encuentra al Oeste del camino que va de Cuernavaca al pueblo de Miacatlán. Los indios la llaman, en lengua mexicana ó azteca, *Xochicalco*, ó *la Casa de las Flores*. Veremos en el resto de esta noticia, que la etimología de este nombre es tan incierta como la época de la construcción del monumento, que se atribuye á los Toltecas. Esta nación es, para los anticuarios mexicanos, lo que fueron hace algún tiempo los colonos Pelasgos para los anticuarios de Italia. Todo lo que se pierde en la noche de los tiempos se considera como la obra de un pueblo en el cual se cree encontrar los primeros gérmenes de la civilización.

La colina de Xochicalco es una masa de rocas, á la que la mano del hombre ha dado una forma cónica bastante regular, y que se divide en cinco terraplenes ó terrazas, cubiertas todas de mampostería. Los terraplenes tienen aproximadamente vein-

te metros de elevación perpendicular. Se estrechan hacia la cima, como los teocallis ó pirámides aztecas, cuya cumbre estaba adornada con un altar. Todas las terrazas están inclinadas hacia el Sudoeste, acaso para facilitar la corriente del agua de las lluvias, muy abundantes en esta región. La colina está rodeada de un pozo bastante profundo y muy ancho, de modo que toda la excavación tiene aproximadamente cuatro mil metros de circunferencia. No debe admirarnos la magnitud de esas dimensiones: en las Cordilleras del Perú y á alturas que casi igualan á la del pico de Tenerife, hemos visto el Sr. Bonpland y yo monumentos aun más considerables.

Las llanuras del Canadá presentan líneas de defensa y excavaciones de una extraordinaria extensión. Todas esas obras americanas se asemejan á las que se descubren diariamente en la parte oriental del Asia, en las cuales pueblos de raza mongola, sobre todo los que están más avanzados en civilización, han construído murallas que separan provincias enteras.

La cumbre de la colina de Xochicalco presenta una plataforma oblonga que, de Norte á Sur, tiene setenta y dos metros, y de Este á Oeste, noventa y seis metros de longitud. Esta plataforma está rodeada de un muro de piedra tallada, cuya altura excede de dos metros, y que servía para la defensa de los combatientes. En el centro de esta plaza de armas espaciosa es donde se encuentran los restos de un monumento piramidal que tenía cinco cuerpos y cuya forma se parece á la de los teocallis que acabamos de describir más arriba. El primer cuerpo es el único que se ha conservado. Los propietarios de una azucarería vecina han sido bastante bárbaros para destruir la pirámide, arrancando piedras que han empleado en la construcción de sus hornos. Aseguran los indios de Tetlama que todavía en 1750 existían las cinco terrazas; y, conforme á las dimensiones de la primera grada, puede suponerse que todo el edificio tenía veinte metros de elevación. Sus faces están perfectamente orientadas á los cuatro puntos cardinales. La base del edificio tiene 20.4 m. de largo, por 17.4 m. de ancho. No se descubre, y esta circunstancia

es muy notable, ningún vestigio de escalera que conduzca á la cima de la pirámide, en la que se asegura se encontró en otros tiempos un asiento de piedra (*ximotlalli*), adornado con jeroglíficos.

Los viajeros que han examinado de cerca esta obra de los pueblos indígenas de América no pueden menos de admirar el pulimento y corte de las piedras, todas las cuales tienen forma de paralelepípedos; el cuidado con que han sido unidas unas con otras sin llenar con cemento las juntas, y la ejecución de los relieves, cuyas bases están ornamentadas: cada figura ocupa muchas piedras á la vez, y, no estando interrumpidos los contornos por las juntas de las piedras, puede suponerse que los relieves han sido esculpidos después de terminada la construcción del edificio. Entre los adornos jeroglíficos de la pirámide de Xochicalco se distinguen cabezas de cocodrilo que arrojan agua, y figuras de hombres sentados con las piernas cruzadas, á la manera de los pueblos del Asia. Considerando que el edificio se encuentra sobre una planicie elevada á más de mil trescientos metros sobre el nivel del mar y que los cocodrilos sólo habitan en los ríos próximos á las costas, queda uno admirado al ver que el arquitecto, en lugar de imitar plantas y animales conocidos en los pueblos montañosos, haya empleado en esos relieves, con particular estudio, las producciones gigantescas de la zona tórrida.

El foso de que está rodeada la colina, el revestimiento de las terrazas, el gran número de departamentos subterráneos, ahuecados en la roca del lado Norte, el muro que defiende la vecindad de la plataforma, todo concurre á dar al monumento de Xochicalco los caracteres de un monumento militar. Todavía hasta la fecha, los mismos naturales designan las ruinas con un nombre que equivale al de castillo, fuerte ó ciudadela. La gran analogía de forma que se observa entre esta pretendida ciudadela y las casas de los dioses aztecas (teocallis), me hace sospechar que la colina de Xochicalco no era más que un templo fortificado. La pirámide de Mexitli, ó el gran templo de Tenochtitlán,

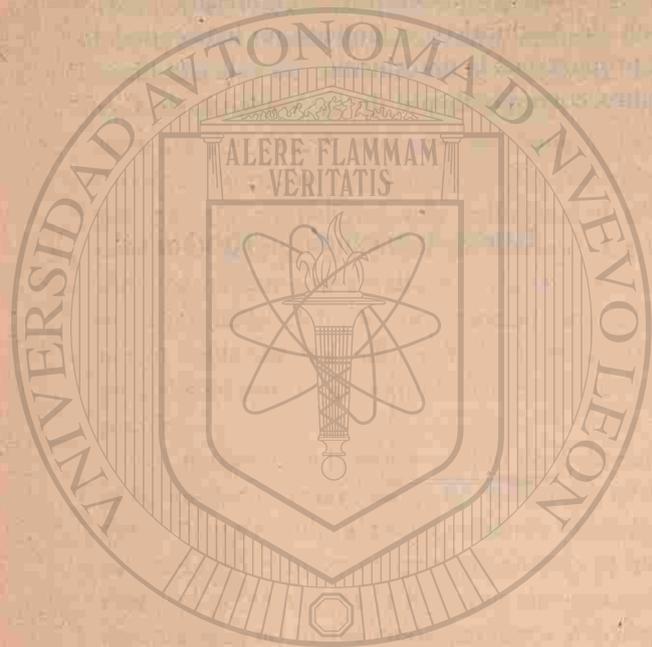
encerraba también un arsenal dentro de su recinto, y sirvió, durante el sitio, de plaza fuerte, unas veces á los mexicanos y otras á los españoles. Los libros santos de los Hebreos nos enseñan que en la más remota antigüedad, los templos de Asia, por ejemplo, el de Baal Berith, en Sichem, de Canaam, eran, á la vez que edificios consagrados al culto, recintos dentro de los cuales los habitantes de una ciudad se ponían á cubierto contra los ataques del enemigo. En efecto, nada es más natural en los hombres que fortificar los lugares en donde conservan á los dioses tutelares de su patria; nada más tranquilizador, cuando la casa pública está en peligro, que refugiarse al pie de sus altares y combatir, bajo su inmediata protección! En los pueblos cuyos templos habían conservado una de las formas más antiguas, la de la pirámide Belo, la construcción del edificio podía responder al doble uso del culto y de la defensa. En los templos griegos, el solo muro que formaba el peribolos ofrecía un asilo á los sitiados.

Los naturales del vecino pueblo de Tetlama poseen una carta geográfica construída antes de la llegada de los españoles á la que se han añadido algunos nombres después de conquista: en esa carta, en el lugar en que está situado el monumento de Xochicalco, se encuentra la figura de dos guerreros que combaten con mazas, uno de los cuales se llama Xochicatli, y el otro, Xicatetli. No seguiremos aquí á los anticuarios mexicanos en sus discusiones etimológicas, para saber si uno de los guerreros ha dado el nombre á la colina de Xochicalco, ó si la imagen de los dos combatientes designa sencillamente una batalla entre dos naciones vecinas, ó, en fin, si la denominación de casa de flores ha sido dada al monumento piramidal, porque los Toltecas, lo mismo que los Peruanos, no ofrecían á la divinidad sino frutos, flores é incienso. También cerca de Xochicalco fué donde se encontró hace treinta años, una piedra aislada en la que estaba representada en relieve un águila desgarrando á un cautivo, imagen que hacía alusión sin duda á una victoria ganada por los Aztecas sobre alguna nación limítrofe.

El dibujo del relieve de la primera terraza está copiado del grabado que de él se publicó en México en 1791. No tuve ocasión de visitar por mí mismo ese notable monumento. Cuando á mi llegada á Nueva España por el mar del Sur, pasé en el mes de Abril de 1803, de Acapulco á Cuernavaca, ignoraba la existencia de la colina de Xochicalco, y lamento no haber podido verificar por mis propios ojos la descripción <sup>1</sup> que de ella hizo el Sr. Alzate, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de París.

BARÓN ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

<sup>1</sup> Descripción de las antigüedades de Xochicalco por Don Joseph Antonio Alzate y Ramírez.—México.—1791.—Due antichi Monumenti di architettura messicana illustrati da Pietro Márquez.—Roma.—1804.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## LAS PIRÁMIDES DE SAN JUAN TEOTIHUACÁN.

---

Las Pirámides de San Juan Teotihuacán están colocadas al N. E. de la población de ese nombre, y á distancia de tres kilómetros; mas, en razón de encontrarse otros monumentos dignos de estudio á la parte Sur de las Pirámides, puede decirse que las ruinas del antiguo Teotihuacán se encuentran al E. y N. E. de la población moderna.

Tres son los monumentos más importantes que allí existen, que colocados en la dirección Norte Sur, guardan el orden siguiente: el del extremo Norte, es una pirámide conocida con el nombre de "La Luna," y por los indigenas por "Meztli Itzacual;" al Sur de ella, y á distancia de ochocientos metros, se encuentra otra pirámide de mayores dimensiones, conocida con el nombre de "El Sol," ó de "Tonatiuh Itzamal;" y por último, al Sur de la segunda, y á la distancia de mil ciento cincuenta metros, existe una construcción conocida por "La Ciudadela."

Las dos pirámides tienen la base cuadrangular, están truncadas, y son, propiamente hablando, dos trozos de pirámide. El tiempo, la intemperie y la mano del hombre, las han destrozado por todas partes; esto y la vegetación que sobre ellas crece, han ocasionado el derrumbe del material de que fueron hechas, han aplanado las aristas y han dado por resultado que perdiendo su forma primitiva, aparezcan á primera vista, más bien como unos

pequeños cerros naturales, que como monumentos levantados por la mano del hombre.

Además de los monumentos mencionados existen otros más pequeños, afectando la forma de cascos esféricos, y que forman pequeñas eminencias conocidas en el país bajo la denominación de "Tlalteles;" en la tierra adentro se les dice "Cocillos." Varias fueron las hipótesis que hice acerca del origen y de la construcción de estos monumentos: al principio creí que con las dos pirámides del Sol y de la Luna, y con los monumentos pequeños, se había querido representar un sistema planetario: otras veces suponía que todas esas construcciones, atendiendo á su forma, fueron casas abandonadas por los moradores con motivo de alguna gran catástrofe: pensé encontrar diversas épocas en la mano de obra, ya que encontraba cubiertos los edificios de piedra y lodo; ya con la intención de superponer otro edificio; ya con el objeto de ocultar ó defender lo antiguo; finalmente, juzgaba que las dos Pirámides eran templos ó sepulcros de algunos hombres ilustres. Todo lo que acabo de indicar no son más que simples conjeturas que no reconocen fundamento alguno, supuesto que no descansan, ni sobre las relaciones históricas que no he tenido tiempo de consultar, ni sobre conocimientos arqueológicos, á que no he tenido oportunidad de dedicarme. Mis hipótesis traen origen de lo que he oído relatar á los vecinos de la comarca. Me refirieron que, habiendo cavado completamente uno de los tlalteles, se halló adentro una cajita de piedra, conteniendo un cráneo, varias cuentas y objetos curiosos de berilo, serpentina, heliotropo, obsidiana, etc.; de estas cajas he visto varias.

Me aseguraron igualmente haber encontrado cantidades de arena ó polvos de oro, vasos labrados del mismo metal, y otras cosas valiosas.

De estas narraciones algo puede inferirse: para obtener datos verdaderos, sería preciso destruir con sumo cuidado algunos tlalteles para estudiar su conformación y contenido, atravesar de un lado al otro las pirámides, y formar los planos de las ca-

pas componentes y de los muros que marcan las habitaciones, tal como mucho tiempo hace lo han indicado hombres respetables é inteligentes.

La Pirámide de la Luna está colocada al N., su base es rectangular, el mayor de sus lados tiene ciento cincuenta y seis metros, y se dirige de E. á O., y el menor corre de N. á S., y mide ciento treinta metros; la superficie de la base inferior es de veinte mil doscientos ochenta metros cuadrados; se determinó su altura y resultó de cuarenta y dos metros; su volumen ó solidez es igual á trescientos ochenta y tres mil trescientos veinte metros cúbicos. Está formada de cuerpos ó escalones en forma de gradas; en su origen parece haber tenido tres, distantes cada uno diez metros; actualmente sólo se nota uno á distancia de veintiún metros de la base. Estos escalones, tanto en ésta como en las otras Pirámides, no se prolongan por la cara oriental, que presenta el aspecto de un plano inclinado sin ningún descenso ó quiebra, y para el ascenso á la parte superior se encuentra una escalera, ó mejor dicho, una rampa en forma de zig-zag, que partiendo del medio de la cara decrece proporcionalmente, terminando en el medio de la parte superior.

La construcción, según he podido observar en diversos lugares, consta, en general, de capas sobrepuestas; las dimensiones de estas piedras que las llenan, van decreciendo sucesivamente, formando, por decirlo así, un sistema de Mac-Adam. La primera capa se compone de piedra y lodo; las piedras no son muy grandes, tienen por lo general de dos á tres decímetros cúbicos de volumen; el espesor total llega á ocho decímetros. Sobre ésta se encuentra una segunda capa de toba volcánica—tepetate,—mezclada también con lodo; el volumen de estas piedras es como el puño de un hombre, y el espesor de la capa, es por lo general, de cuatro decímetros; sobre ésta se encuentra una tercera, compuesta de arena de basalto escorioso—tezontle—mezclada con lodo; el volumen de los granos de esta arena es del tamaño de un garbanzo, y la capa es de siete centímetros de espesor; finalmente, sobre ésta última se encuentra una muy delgada, de un

milímetro, hecha de una mezcla muy fina que parece sólo calbruñida perfectamente su cara superior. Vienen después las capas anteriores á sobreponerse, y así sucesivamente. Nuevas capas están colocadas en el mismo orden que las anteriores, y sólo cubren ó revisten las Pirámides, pues no son horizontales, sino que siguen la inclinación de las caras.

Aunque lo que llevo dicho se podría tener como regla general, el verdadero estudio acerca de la construcción interior debería hacerse en la excavación que se encuentra en la Pirámide de la Luna, adonde se altera el orden anterior, tanto en la superposición, como en el espesor de las capas, y que deja observar el sistema seguido por los primitivos arquitectos. La excavación á que me he referido, se encuentra en la cara austral, á la altura de veintiún metros, y corre en dirección N. S. Los detalles no presentan ninguna particularidad, consistiendo en horadaciones ejecutadas en diversos sentidos en busca de soñados tesoros; lo único digno de notar es un pozo cuadrangular cuyas paredes están formadas de sillares de toba volcánica, unidos con lodo, y cuyo espesor es de ocho centímetros; la figura del pozo es cuadrada, teniendo por lado 1 metro 6; las paredes son verticales, y sólo la austral presenta un tlattel sobrepuesto que debe fijar la atención de los inteligentes.

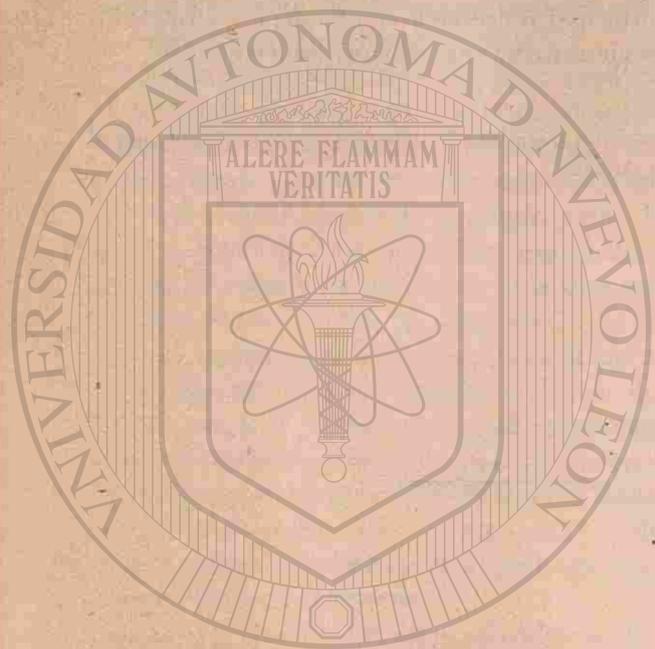
Manifesté desde el principio que además de los grandes monumentos, había otros pequeños, conocidos con el nombre de tlatteles, semejantes á pequeños cerros. Muchos de ellos están contruidos bajo un orden regular y simétrico en su colocación; otros, por el contrario, se hallan esparcidos indistintamente, sin guardar ninguna regularidad.

En estos tlatteles se han encontrado piedras labradas más ó menos grandes, y algunas en verdad primorosamente ejecutadas.

De los objetos de esta clase, lo que más llama la atención, es un monolito encontrado entre los escombros de un tlattel. Tirado en la tierra, cuando me lo enseñaron, y con la cara principal vuelta al suelo, fué necesario ponerlo primeramente en pie.

Es un paralelepípedo de 3 metros, 19 de altura y de 1 metro 65 por lado, en el cuadrado de la base: su volumen resulta de 8 metros 68; determinada su densidad, fué de 1.88, la que multiplicada por el volumen, da el peso, que es de 16,318 kilogramos, ó sean 1,418 arrobas. La cara principal representa un objeto; los otros lados tienen pequeña semejanza con una columna ninivita.

“Memoria de la Comisión Científica de Pachuca en 1864, dirigida por el Ingeniero D. Ramón Alcaraz.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## CASCADA DE REGLA.

---

Siguiendo el desarrollo de la Cordillera del Real y Pachuca, que se dirige al N. O., se presenta el Zumate, las Ventanas y multitud de rocas aisladas de caprichosa figura. Después, la Sierra de Zimapam, y otros colosos, que se pierden en el azul del horizonte, al unirse esta Cordillera con la Sierra Madre.

Al N. se ve un suelo distinto del que se admiró al Sur. Contémplase primero á la llanura del Grande, limitada al N. por la Barranca y al Sur por el río del Carmen, extenderse al N. O. hasta morir al pie de los montes del Zoquital. Después al hermoso valle de Huazcazaloya, donde serpentean caprichosamente los ríos que lo fecundan, y donde aparece la hacienda de San Miguel con sus elevadas chimeneas, y cercada por su poblado bosque; finalmente, la Sierra Alta que limita al horizonte por este rumbo. Al pie de la vertiente austral de esta enorme Sierra, se desarrolla la inmensa boca de la Barranca Grande, oscura y profunda, mostrando el terrible abismo que hace vacilar al que desee poner el pie sobre sus soberbias alturas.

Al Oriente está el espléndido valle de Tulancingo, donde relucen varias lagunas entre el hermoso verde de sus cultivados campos; en este valle aparecen multitud de pintorescas haciendas y las blancas torres de varios pueblos. Casi en el centro del Valle se agrupa la bella población de su nombre, iluminada por

el sol de México, que le da aquel tinte seductor de una ciudad oriental.

Cuando la vista se ha fatigado de admirar el horizonte, descendiendo al suelo encuentra un sorprendente fenómeno. Sobre los barrancos que hienden estas alturas, se levantan las peñas del Jacal y los Metlapiles, al N. de los Pelados; al N. E. las del Horcón y del Aguila, al Este los Peñascos de las Navajas, quedando al Sur y Oeste los referidos Pelados.

Todos estos grupos de rocas y cerros forman un anfiteatro colosal, cuyo diámetro puede estimarse en mil ó mil quinientos metros, y que muchos han considerado como el cráter de un volcán formidable.

La peña del *Jacal* aparece bajo la figura de una choza, distinguiéndose en su parte superior los dos planos inclinados reunidos por una arista, y que representan el techo. La base del Jacal es cuadrangular, y las paredes hacia el Norte y centro del anfiteatro, ostentan un grupo de columnas basálticas talladas en la roca, y cuya altura es de catorce á diez y seis metros.

Los *Metlapiles*, separados del Jacal por la cañada que da nacimiento al río de Izetla, se elevan verticalmente á una enorme altura; están cortados á pico hacia el Sur, en una longitud de cien á ciento cincuenta metros, y en toda ella presentan columnas basálticas de forma cilíndrica, las cuales tienen un diámetro menor en la parte superior é inferior, semejando al útil llamado *metlapile* que emplean las mujeres de nuestros indios para moler el maíz cocido. La altura de estas columnas puede calcularse en cuarenta ó cincuenta metros. Al Oriente de los Metlapiles se encuentran algunas rocas aisladas de varias formas; una de ellas está taladrada, ofreciendo una ventana ojival de cuatro á cinco metros de abertura.

El *Horcón* es una roca cuya altura no es menor de sesenta metros; su forma es cilíndrica; la mesa superior es de una grande anchura y está surcada por una rígola ó canal que le da la figura de la viga que nuestros hombres de campo llaman *horcón*. Esta roca ostenta también columnas basálticas de diversa forma y al-

tura. Algunos vecinos de Huazcaloyá que se han atrevido á subir á la mesa, aseguran que su extensión es mayor que la de la plaza de aquella población; esto es, que su diámetro puede llegar á cien ó ciento veinte metros.

La peña del *Aguila* se encuentra al N. E., en el espacio que separa á los Metlapiles del Horcón, y un poco atrás de estas dos alturas.

La peña del Aguila presenta un grupo de rocas terminadas en punta, y cuya elevación es mayor que las del Jacal, los Metlapiles y el Horcón. Lo inaccesible de estos picos ha dado origen á su nombre, pues á la verdad sólo la reina del viento puede posarse orgullosa sobre estas rocas, que desafían la fuerza, el valor y genio del hombre.

Las *Navajas* al S. E. del Horcón y separadas de él por varias barrancas, se levantan sobre la orilla izquierda del río de Huayápam. Las Navajas son un grupo enorme de acantilados que ofrecen hacia el centro del anfiteatro las columnas basálticas que caracterizan á las peñas mencionadas.

Los *Pelados*, al Sur y Oeste, son unos altos cerros de aspecto diferente. Estos se encuentran cubiertos por los renuevos de multitud de ocotes, y en toda su extensión se halla la obsidiana en grandes cantidades. Al pie de sus faldas y en el origen del río de Huayápam se encuentra la girolita oculta entre la tierra vegetal.

Por lo dicho, puede imaginarse cuánta es la extraordinaria hermosura y grandeza de este anfiteatro, que en la mayor parte de su desarrollo ostenta grandes grupos de columnas basálticas cilíndricas y cuadrangulares. ¿Qué mano omnipotente esculpíó en la dura roca estas columnas de colosales dimensiones? ¿O cómo fué que se formaron en el cataclismo que cambió el aspecto de aquel suelo? . . . . .

Debe notarse aún que siguiendo el Izatla río abajo, se hallan en ambos lados rocas aisladas de figuras caprichosas, y que á veces semejan estatuas gigantescas de veladas matronas, cuya forma, casi perfecta, parece haber salido del buril de un artista.

El *Bosque de San Miguel*, distante dos mil quinientos metros de Huazcalaloya, se encuentra al costado oriental de la hacienda del mismo nombre. Este bosque, propiedad de la casa Escandón, se halla hermozeado por la fecunda naturaleza y por la mano del hombre. Es grato extraviarse entre las numerosas callejuelas que lo atraviesan en todas direcciones. Ahí se camina bajo el verde techo formado por copados fresnos; se aspira el suave aroma de fragantes flores, y la vista, limitada por todas partes, no puede penetrar la misteriosa obscuridad producida por la espesura de la maleza, por mil elegantes arbolitos y por el robusto tronco de los sauces. Las armonías de las aves canoras; el susurro de las hojas; el murmurio de las cascadas artificiales; el imponente silencio del agua, que violentamente corre por hondos canales, y el vivo placer que origina la contemplación de las galas de la naturaleza, despiertan en el corazón del hombre un violento horror á la corrompida sociedad, y un sentimiento desconocido de libertad individual, egoísta y salvaje.

En este bosque existen los abundantes manantiales de agua pura que va á mover las ruedas hidráulicas de San Miguel. Varias personas han calculado la cantidad de agua brotante; Burkart la fija en seis mil galones por minuto, ó sean 1249,2 pies cúbicos mexicanos, ó 270.79 metros cúbicos en el mismo tiempo.

El agua brota por cuatro ó cinco puntos diferentes. En torno del que produce mayor cantidad se ha construído un extenso baño, conocido generalmente con el nombre de *Ojo de agua*. Este semeja á la alberca de Chapultepec; pero es más poético y de mayores dimensiones, aunque de menor profundidad; ésta es de dos á cinco metros; su longitud es de ciento cincuenta metros y su anchura de ochenta. El baño situado en el centro del bosque, está oculto por éste en toda su extensión. Dan sombra á sus orillas los sauces y los fresnos, y las adornan los delgados tules y otras plantas acuáticas.

En uno de los ángulos del Ojo de agua aparece un hermoso senador ó *kiosko*, que termina por una glorieta de baile, tapizada por el verde musgo, y cuyo techo lo forman las espesas ramas de

los álamos. En el ángulo opuesto se halla otro baño, donde entre las uniones de las canteras del pavimento, surgen manantiales purísimos. A diez metros al Oriente, interrumpe el silencio del bosque la ruidosa cascada artificial hecha por el Sr. D. Juan Orozco, á quien mucho debe la belleza de este lugar.

En el baño flota una ligera góndola ó barquilla, que no pocas veces altera su tranquila superficie impulsada por femeniles manos. Finalmente, el baño está iluminado por los rayos del sol, que en dorados hilos penetran á través de los árboles.

La Cascada de Regla, distante mil metros de San Miguel, se encuentra en el río de Huazcalaloya, aumentado con las aguas de Izatla, Ojo de Agua, San Gerónimo y San José. Antes de la Cascada las aguas corren por un hondo cauce en medio de la llanura. Aquí se encuentran ya las columnas basálticas que se han visto en las Navajas; guardan aquí diversas inclinaciones y son de menor diámetro y longitud. Repentinamente el río se ahonda y ensancha, formando un vasto y profundo anfiteatro que parece hecho á propósito para mirar ampliamente la cascada. El anfiteatro se halla cercado en toda su extensión por altísimas columnas que se elevan verticalmente desde el fondo del río hasta el nivel del llano.

Contemplando este imponente espectáculo desde el cauce del río, el alma se sublima buscando ansiosa al autor de semejante prodigio. El ruido atronador de las aguas despeñándose con furia; el torbellino de blanca espuma que forman al caer sobre la dura roca; las altas y pesadas columnas desafiando al rayo aterrador y á las convulsiones del suelo, y que amenazan precipitarse violentas sobre la cabeza del observador, producen en éste eléctricos estremecimientos de temor ó de placer. El anfiteatro tiene en su mayor longitud doscientos treinta y cuatro metros; su anchura cerca de la Cascada es de ciento diez y seis metros, y la mayor en el centro, de doscientos doce.

La altura de las columnas al Poniente es de 25 y de 34 metros y cerca de la Cascada de 24. Al Oriente, las columnas cerca del salto, se elevan hasta 30 metros, y después varían entre

25 y 35 metros. La altura de la Cascada es de 6 á 7 metros. La forma general de las columnas basálticas es cuadrangular.

Es muy punible que los ingleses que administran la hacienda de Regla, desmintiendo el carácter de sus compatriotas, ardientes admiradores de todo lo grande, hace tiempo que están derribando las columnas del Oriente para utilizarlas por la dureza del basalto, dividiéndolas después en grandes fragmentos para que éstos sirvan de piedras voladoras en los arrastres ó tahonas.

Repito que las aguas de Regla corren hasta su confluencia con la Barranca, sobre un cauce obstruido por columnas basálticas de la misma especie de las de las Navajas y la Cascada: debo agregar que iguales columnas se encuentran en el borde austral de la Barranca, pero de dimensiones verdaderamente colosales.

¡Cuán vasto campo de estudio ofrecen al geólogo la cordillera y sus dos vertientes! Allí están la girolita y la obsidiana de los Pelados, los basaltos de las Navajas, de la Cascada y de la Barranca; las minas de ópalo del río de Izatla, la tierra roja arcillosa del Grande y otros raros fenómenos que le descubrirán importantes secretos, con los que se enriquecerá la ciencia y se honrará nuestra Patria!

(Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca en el año de 1864, dirigida por el Ingeniero Ramón Alcaraz).

## PÁTZCUARO.

### SU LAGO.—RUINAS DE HIHUATZIO.

Pátzcuaro es una bella ciudad fundada por los españoles en los días de la conquista, habiendo sido antes un lugar de recreo para los reyes de Michoacán, en donde habitaban algunos sacerdotes y servidores de la casa real. Su nombre significa en el idioma tarasco "estar sobre un declive" y es esta en efecto la situación de la ciudad, disfrutándose desde algunos de sus paseos y de sus plazas la deliciosa vista de la laguna. Al O. se halla el encantador paseo conocido por los Balcones, desde donde los ojos pueden contemplar la grande y cristalina superficie del lago, los alegres caceríos de su contorno, las elevadas montañas que lo circundan, y las alegres islas que coronadas de casas, surgen del seno de las aguas. Enfrente del espectáculo se mira el pintoresco pueblo de Hihuatzio, ocultándose entre el verde ramaje de sus árboles frutales y reflejándose fantásticamente en la movible transparencia.

¿Queréis ir á ese jardín riberano? ¿Deseáis visitar sus majestuosas ruinas, escapadas como por milagro de la mano destructora del conquistador? Atravesad la ciudad, seguid por esa larga calzada que se extiende hacia el N., allí está el embarcadero. Tomad una de esas ligeras canoas que vuelan sobre las rizadas ondas del lago, tranquilo y apacible por la mañana. Es la hora á

propósito; el aire es perfumado y tibio, multitud de colibríes cruzan delante de vuestros ojos, como brillantes meteoros de aquel cielo azul y purísimo, las aves acuáticas abren camino á la embarcación, y vuestros remos van levantando una luminosa cascada de gotas diamantinas.

Seguid. A la derecha miráis ruinas de antiguos pueblos destruidos por la terrible peste que asoló al país en 1576 y que se ensañó tan crudamente contra los desgraciados indígenas. No hay en esa parte de la costa más que desolación y miseria, y los terrenos que antes se ostentaban ricamente cultivados, son hoy ciénagas.

Otro es por fortuna el espectáculo de la izquierda; en primer término veis levantarse de enmedio de las aguas una solitaria peña, que por haber sido objeto de veneración para los indios, fué el primer punto en que el sacerdote cristiano alzó una cruz, signo de redención para la humanidad, pero de servidumbre, y de tormentos para los naturales del país.

Más allá está el pueblo de Janicho, que tiene su caserío bañado por el agua, en la base de un pequeño cerro, que se desprende de ella; Jarácuaro sobre una llanura á flor de agua, con sus blancas casas como ánades y de sus cementerías de maíz; y á lo lejos, en la ribera opuesta, Eronaricácaro, que como lo indica su nombre es la Atalaya del lago, descubriéndose desde allí las dos grandes ensenadas que lo forman; *Guecorio* con su elevado templo y sus limpias habitaciones, y *Tsentzenguaró*, en cuyas aguas está sepultada una misteriosa campana de piedra que se levantará un día para despertar con su sonido en el corazón del indio el santo amor de la patria, y encender en las montañas el fuego de la libertad.

Allí están los dos Pareo, Ichápitiro, Tómaro, Nocutzepo, Uricho y Puácuaro; pero no tenemos tiempo de consagrarles dos palabras, porque hemos llegado á las calles de Nihuatzio: multitud de hombres y mujeres entran á las canoas conduciendo sobre lechos de flores los frutos de su pequeña industria para el mercado de Pátzcuaro. Las jóvenes, hermosas generalmente,

acompañan hasta el embarcadero á las madres, volviéndose en seguida á sus casas para mantener con la lumbre del hogar el fuego sagrado, que podría extinguirse entre la corrupción de la ciudad.

Desde la orilla de la población, en donde las casas están mojas por el lago, el terreno comienza á elevarse en un suave declive. Sobre un terraplén que parece haber servido antes de base á un gran templo ó palacio, se halla situada la iglesia del pueblo; en su fachada se ve un jeroglífico compuesto de la figura de un *Coyote*, un ramo de flores, que entre los indios era señal de mando, una barca con seis remeros y un pescado. Acaso sea esto la fecha de la fundación de aquella capilla, ó lo que es más probable, indique el dominio que los de Hihuatzio tenían en la navegación y pesca de la laguna.

De la pequeña plaza se continúa subiendo hacia el Norte; se traspasan las últimas habitaciones, y practicando un camino de media legua por una ancha y ya destruída calzada, se llega al sitio donde están las ruinas.

Figúrese el lector un inmenso paralelogramo formado por una muralla de seis pies de altura, escalonada por uno y otro lado con graderías que se conservan aún en regular estado, y sobre la cual cómodamente podría un carruaje rodar. En la cabecera occidental de este recinto, que mide 375 varas por lado, se levantan dos pirámides truncadas, á muy corta distancia una de la otra, perfectamente iguales, y cuya elevación es de treinta pies, sobre un amplio atrio que les sirve de base y que está curiosamente empedrado. Estos monumentos se hallan exactamente orientados, y ambos tienen una escalera espiral que daba acceso á la cúspide. Hoy está casi destruída, y los pies de los profanos han buscado otro camino más corto para subir. Desde su altura se domina un extenso paisaje, y es tal su posición, que los monumentos reciben diariamente el primero y último rayo del sol, que atraviesa por entre el puerto formado por dos pequeñas colinas situadas enfrente de aquellos. Declinando la vista hacia el Sureste se ofrecen en primer término, á doscientas varas fuera

de la muralla, otras tres pirámides, casi unidas, de igual forma, pero menos conservadas; y más lejos, como á trescientas varas, otra aislada, cuya cima es enteramente cónica. Están en la dirección de los puntos cardinales, y todas reposan en cimientos amplios y bien terraplenados, donde comienzan las escaleras espirales. Según los informes que he podido recoger, este último edificio estaba destinado para izar en él la bandera del rey de los tarascos, y los tres anteriores eran suntuosos mausoleos, tal vez los sepulcros de aquellos soberanos.

Pero llaman más la atención las dos pirámides encerradas en el recinto amurallado, por lo esbelto de su forma, por la pureza de su estilo, y porque desde luego puede notarse que era aquel el punto principal, el edificio más grandioso de la ciudad arruinada. Efectivamente, esos monumentos fueron sin duda los templos del Sol y de la Luna, los dos solos objetos á que daban culto los primitivos habitantes de Michoacán. Allí iban á tributar sus ofrendas á estas dos benéficas deidades, ó á ponerse bajo su amparo los guerreros que partían á la campaña, ó que volvían de ella cargados de despojos y cubiertos de gloria; y durante este acto solemne el pueblo ocupaba las graderías de la muralla. Los indígenas, que han perdido hasta los nombres de lo que se refiere á su historia, conservan aún el recuerdo de estas grandiosas solemnidades, y dan á aquel recinto el nombre de *Plaza de Armario*, agregando á dos palabras castellanas una terminación tarasca.

Era Hihuatzió antiguamente una populosa ciudad, y puede considerársele como una parte de la de Tzintrumun, de la que estaba separada por la cresta del cerro que lleva el nombre de la última, y con la cual, sin embargo, se comunicaba por una primorosa calzada cubierta de árboles y con grandes peñas á los lados, colocadas de trecho en trecho, por cuyo motivo la llamaban *Queréndaro*. Había además dos caminos subterráneos que unían los templos y palacios de ambas ciudades; pero éstos no han podido descubrirse, ó porque los indígenas ignoran su existencia, ó porque, lo que es más seguro, ocultan misteriosamente las en-

tradas que conocieron y de que hacen referencia los cronistas de Michoacán. Es muy sensible que estos frailes franciscanos de la provincia de San Pedro y San Pablo se hayan ocupado más de indagar las relaciones que en su concepto existían entre la religión de los indios y la antigua de los judíos, y en referir apariciones y milagros, que en consignar con sano criterio las tradiciones del pueblo, ó en descifrar los jeroglíficos que tanto abundaban en el país.

Todavía se refiere entre aquellos naturales que cuando uno de los antiguos reyes procedía á la fundación de Hihuatzió, apareció un coyote en una colina inmediata y permaneció allí largo rato, á pesar de la gritería de los trabajadores y no obstante habersele arrojado algunas piedras. Por tal motivo, el soberano dió al lugar el nombre de ese cuadrúpedo.—Hoy el pueblo está reducido á poco más de mil habitantes y las casas estrechadas á la orilla del lago; pero aun se ven en los contornos de las pirámides restos de anchas calzadas y muchos montículos de piedras labradas, indicio claro del esplendor de otros días. En donde el recinto cercado apenas podía contener legiones de guerreros brillantemente ataviados, el labrador solitario é indiferente rompe el terreno con su arado, molestándose de encontrar á cada paso grandes piedras, tal vez monumentales, que estorban su trabajo: las murallas que antes se veían coronadas de pueblo, sirven hoy de cerca para acotar miserables sementeras. ¡Cuánta gloria desvanecida! ¡cuánto recuerdo glorioso condenado al olvido!

Después de contemplar esos monumentos, que por fuerza hacen impresión en la mente, el guía regresa al pueblo, pero os da una nueva sorpresa, conduciéndoos por un camino cubierto entre dos larguísimas murallas, que son ellas mismas otras tantas vías de comunicación. Al través de las yerbas y de los arbustos que brotan entre sus hendeduras, se ven pulidas lajas que las tapizaban. Esas murallas terminan en una explanada en la costa de la laguna, en uno de esos sitios que tan pintorescos son en sus

alrededores. El delicioso paraje conserva su nombre anterior á la conquista: se llama *Erónsperacuaro* y significa *Mirador*.

Allí solía el rey ir después de pasar revista á sus tropas en la plaza de Armas que hemos descrito, y la tradición refiere que él practicaba el camino de la derecha á la vez que la reina seguía el de la izquierda, tapizándose previamente el suelo con finas esteras de Phatrimu: i en pos de los soberanos marchaban sacerdotes y funcionarios de la corte, y el pueblo y los guerreros iban á los lados en el camino cubierto y en la parte exterior de las murallas.

El aire que se desata por las tardes embravece las olas del lago. Es fuerza darse prisa á volver; seis robustos remeros os aguardan, y serios é impasibles emprenden la maniobra alejándose de la ribera. Si os oyen hablar de su historia, aventurar algunas conjeturas sobre sus antigüedades ó vacilar en alguna opinión respecto de sus costumbres, jamás tomarán parte en la conversación, aunque comprendan el idioma. Si narráis los hechos gloriosos de sus antepasados ó la triste época de su servidumbre, ni el orgullo ni la tristeza alterarán uno solo de los rasgos de su fisonomía. Jamás he podido comprender si esto es ignorancia, reserva ó fría indiferencia, y sin embargo, el indio es comunicativo con los de su raza y da muestra de oportunidad y de talento en su lenguaje, que es elocuente, expresivo y sonoro y que sabe manejar con elegancia y facilidad.

Si lo poseéis, habladle de todo y oídlo; pero no le preguntéis nada de su historia, porque os responderá con un helado "no sé."

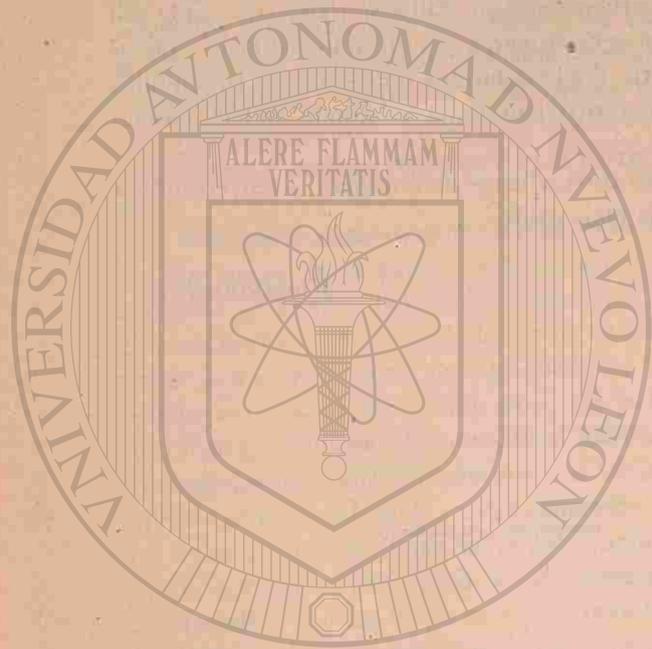
El sol trasmonta la elevada sierra bañando con sus últimos rayos la cresta de las olas; el crepúsculo despliega sus alas de gasa enfrente de vuestros ojos, dejando ver los pueblos de la orilla y los de las islas que desprenden blancas columnas de humo del techo de sus casas; cruzan por todos lados ligeras em-

i Una especie de tul.

barcaciones que regresan de la ciudad como parvadas de gavio-  
tas que surcan el transparente lecho; y si en la mañana un sol de  
fuego hacía cintilar las gotas de rocío que se desprendían de los  
remos, ahora la noche viene, y sus tinieblas extienden un triste  
manto sobre la superficie del lago. Allí está Pátzcuaro; cada gol-  
pe de remo os hace ver más cerca sus elevados edificios, que se  
destacan del sombrío fondo como los fantasmas de la conquista  
velando sobre aquel rico panoramá en donde se han enseñoreado.

Habéis venido curiosos y llenos de ansiedad, y volvéis en bra-  
zos de una lánguida melancolía.

EDUARDO RUIZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## URUAPAN.

VISTA GENERAL.—SU FUNDACION E HISTORIA.  
HABITANTES.—INDUSTRIA Y PRODUCTOS.—EL CUPATITZIO.  
LA TZARARACUA.

En la falda oriental del gigantesco pico de Tancítaro reposa la ciudad de Uruapan, en medio de dilatados bosques de árboles frutales y regada por cristalinas fuentes que la fertilizan con sus aguas y la arrullan con su murmurio.

Su situación no puede ser más ventajosa. Al Norte se extiende la grande sierra de Paracho, tan rica en madera como en férricos campos de maíz; al Sur los valles de la tierra caliente envían á la ciudad, como á un depósito mercantil, los valiosos frutos de la caña de azúcar y las abundantes cosechas del arroz y del añil.

Colocada la población en esa línea en que se confunden los dos climas, no es extraño ver en Uruapan el mango, el mamey y los papayos, creciendo al lado del cedro, del durazno y del cerezo, y cultivados en las mismas sementeras el café y la caña de azúcar juntamente con el trigo y la cebada.

\*

La población fué fundada en 1540 por el venerable Padre franciscano Fray Juan de San Miguel, el mismo á quien se debe el establecimiento del primitivo colegio de San Nicolás, fundado con el nombre de *San Miguel* en el pueblo de Guayangareo, hoy Morelia.

Fray Juan escogió el sitio para la nueva población, y la circunstancia de haberla edificado en un suave y accidentado declive de la sierra, le da un aspecto alegre y pintoresco. El mismo trazó sus calles que están tiradas á cordel, é hizo que vinieran á establecerse á ella los indígenas que vagaban por los bosques, huyendo de la cruel conducta de los conquistadores. Aclimató en las huertas los árboles frutales que produce la zona tórrida y los que crecen en la templada, aprovechando para su riego los numerosos manantiales que brotan en la parte alta del lugar.

Todavía se conserva grata la memoria del fundador entre los indígenas de Uruapan. Hay un retrato suyo en la sacristía de la Parroquia, y en el frontispicio de un pequeño templo llamado "El Santo Sepulcro," se ve una estatua erigida al recuerdo de este bienhechor. En una de las numerosas guerras de que ha sido teatro la ciudad, una bala rompió un brazo de la estatua, é inmediatamente los indígenas mandaron restaurarla.

Uruapan ha sufrido varios incendios; dos en la primera guerra de independencia, uno en la revolución de Ayutla y el último en la lucha que acaba de pasar. Estos desastres y los saqueos que fueron su consecuencia, no han entibiado el espíritu público de los habitantes que trabajan incesantemente por embellecer su ciudad. De tres años á esta parte han puesto lunetas y embanquetado la plaza llamada de *los Mártires*, por haber sido fusilados allí los CC. José María Arteaga, Carlos Salazar, Jesús Díaz, Trinidad Villagómez y Juan González, de orden del jefe imperialista D. Ramón Méndez.

La ciudad está dividida en ocho barrios y tiene una población de seis mil vecinos, de los cuales mil quinientos pertenecen á la raza primitiva. Es cabecera de un Distrito de cuarenta y dos mil habitantes y asiento de una prefectura, un juzgado de letras, una administración de rentas, otra de correos, un juzgado del Registro Civil, un Ayuntamiento y tres alcaldes. El gobierno mantiene dos escuelas para niños de ambos sexos, y hay otras dos particulares, servidas todas por profesores. Cada barrio tiene además una ó dos, á cargo de personas no tituladas. Ultimamente,

el prefecto C. Jesús Rodríguez ha fundado otra de adultos, á la que concurren ciento cincuenta artesanos, agricultores y arrieros. Está dirigida por el mismo funcionario y el preceptor D. Ramón Medina, y son notables los adelantos de los alumnos.

Los habitantes son dedicados al trabajo y al estudio, debiendo hacerse especial mención de los artesanos, y entre éstos de los plateros, cuyas obras, acabadas con exquisito gusto, son generalmente apreciadas y solicitadas en el país.

La industria que puede llamarse propia de Uruapan es la pintura de *jícaras* y *bateas*, tan conocida ya en todas partes y cuyo barniz es inmejorable. Esta sustancia es la grasa de un insecto que los naturales llaman *aje* y que ha sido descrito científicamente bajo el nombre de *Coccus axin*. En mi concepto, es el celebrado *barniz viejo* tan apreciado, y sólo puede compararse el que vemos en las cajas, costureros y otros utensilios chinos. El gobierno debía procurar el estudio y propagación del gusano que lo produce y que es cada día más escaso.

Algunos creen que esta industria fué transmitida á los indígenas por el Obispo D. Vasco de Quiroga que enseñó á los pueblos de su diócesis los oficios que hasta hoy ejercen exclusivamente en cada localidad, ligándolos así por las necesidades del comercio; pero tengo para mí que el ilustre Prelado no hizo más que substituir á los antiguos colores vegetales, que emplean todavía algunas veces, los minerales que hoy usan con mejor éxito. No es de creerse, además, que apenas llegado el Obispo á Michoacán en los primeros días de la conquista, descubriese las propiedades de aquel insecto.

Comienza á desarrollarse con buen resultado el ramo de la cría del gusano de seda. Hay para ello un pequeño establecimiento y se han hecho grandes plantíos de morera. Si como es de esperarse de la laboriosidad de aquellos vecinos, no desatenden esta industria, la seda será pronto para Uruapan otra fuente más de riqueza.

Los productos de la tierra son, como he indicado antes, de una variedad infinita. En prueba de ello, pongo en seguida una

lista de los que recuerdo en este momento, advirtiendo que todos ellos se dan con abundancia: mamey, ciruela, mango, papaya, anona, chirimoya, naranja, limón, lima, cidra, toronja, piña, zapotes negro y blanco, aguacate, guajiniquil, plátanos de diez diversas especies, perón, peras, manzanas, duraznos, albaricoques, almendras, cerezas, chayote, olivos, granadas corderinas y las llamadas de china, fresones, fresas, camotes, pepinos, patatas, jicamas y todas las legumbres conocidas en el país, caña de azúcar, trigo, cebada, alfalfa, linaza, frijol y maíz.

Pero hoy el ramo especial de la agricultura es el de las plantaciones de café, á cuyo cultivo se dedica con esmero y constancia una gran parte de los habitantes, cosechando su magnífico grano que es conocido en casi toda la República y que comienza á exportarse por el Manzanillo. Los bosques que circundan la población producen abundantes maderas de diversas clases, hallándose á muy poca distancia hacia el Sur, las finas, como zangalica, tampicera, caoba, rosa, etc., etc.

Riquísima es Uruapan en flores, tanto indígenas como las que aclimataron aquí los europeos. Entre aquellas hay una variada colección de parásitas que conservan aún sus poéticos nombres tarascos perfectamente adaptados, y otra no menos abundante de enredaderas, la mayor parte silvestres, que serían el ornato en los jardines de las grandes ciudades, si fueran conocidas de los que se consagran á la jardinería.

Habitan en las vecinas selvas el jilguero, el ceniztle, el cuilacoche, el tordo, el turpial, el vaquero de grande cola, la primavera que sólo canta, pero dulcísicamente, en la estación de su nombre; las tórtolas, el coa ó pabellón mexicano de bellísimos colores; el colibrí en todas sus especies, el pito real, el carpintero, el faisán y el madrugador; los pavos silvestres, las codornices y las demás aves que son comunes á todos los climas. En sus bosques se caza el güinduri, precioso cuadrúpedo cuya piel es manchada como la del tigre, pero con pintas negras y blancas.

Los ríos carecen de pesca, pero abundan en nutrias de dos distintas clases.

Multitud de manantiales brotan dentro y fuera de la ciudad; pero el más caudaloso es el simpático río de Cupatitzio, que nace, ó más bien dicho, que salta en un pintoresco sitio á orillas de Uruapan, hacia el Oeste. Su cauce es muy accidentado y corre en un declive harto pendiente, de manera que á pequeños intervalos forma vistosas y agradables cascadas. Corre entre márgenes cubiertas de flores; sus cristalinas aguas, chocando sin cesar en las rocas, forman copos de blanca ó nacarada espuma, y las gotas que de ella se desprenden son magníficos cambiantes; altos y frondosos árboles, entre los que descuellan las zirandas de obscura copa, le forman una sombría bóveda. De uno y otro lado se extienden verdi-negros cafetales que á veces se ostentan llenos de azahares y á veces muestran su abundante fruto carminado.

Al Sur de Uruapan, como á dos leguas de distancia pasando el camino por los dos bellos pueblos de Jicalán y Jucutacato, está la célebre catarata llamada Izaráracua, voz tarasca que significa cedazo.

Este hermoso prodigio de la naturaleza es visitado frecuentemente por los viajeros; y cada año, durante la época del invierno, las familias de la ciudad improvisan alegres caravanas y pasan deliciosos días de campo en aquel sitio, regresando en la tarde coronadas las jóvenes con guirnaldas de silvestres flores.

Forman esta cascada el río Cupatitzio, el de Santa Bárbara y el de los Conejos, juntamente con todos los arroyos que le son tributarios; y desde este punto el caudal toma el nombre de río del Marqués, que es el más rico confluente del grande Mescala ó las Balsas.

La Izaráracua tiene la forma de un inmenso anfiteatro, formado por elevadas y caprichosas rocas graníticas. La vegetación es exuberante. Alrededor se extienden bosques vírgenes, en donde se mezclan árboles de la zona templada con los bellos tropicales. Sus ramas están agobiadas por el peso del heno, y sus troncos cubiertos de los primorosos ramos de las parásitas. La tierra está tapizada de césped, destacándose los flexibles ta-

llos del lirio y de la púdica flor de las montañas, la tierna carne de doncella. Los delgados troncos de la flor del paraíso se miran estrechamente ligados por las lianas de apacibles flores y aromas delicados. Hacia el Norte está el salto principal, y al despeñarse el agua de una altura de cuarenta metros, levanta altísimas columnas de vapor. Es una nube de menudas perlas que se deshace en gotas diamantinas. Por las grietas de las encumbradas rocas y en todo el costado que se halla al frente del espectador, surgen mil y mil finísimos hilos de blanca argentería que bajan besando las algas á confundirse con el río, y que, heridos por el sol, ofrecen á la vista encantada el soberbio espectáculo del iris, cambiando á cada instante de situación y colores. En todo el recinto no se ve un espacio, por pequeño que sea, de agua cristalina; el salto principal se desprende blanquísimo como el alud de las montañas cubiertas de nieve, el pequeño lago que se ensancha á los pies de la catarata está hirviendo, espumoso, inquieto, y en constante lucha sus olas agitadas. El misterioso ruido que allí se escucha es como la voz del Dios del Apocalipsis, severa, imponente y majestuosa.

El golpe general de vista en la Izaráracua, es agradable y simpático. El corazón goza contemplándolo, y al separarse de él le queda un recuerdo invariable de grata melancolía.

Hay enfrente de la catarata una grande roca cuadrada, en donde al lado de nombres vulgares se leen los ilustres de Humboldt, Antomarchi, Ocampo, Degollado y otros de personajes que hoy figuran en puestos elevados. Tenemos que consignar, sin embargo, el hecho de que el nombre del célebre viajero está casi borrado por haber puesto, encima el suyo un arriero, de cuyo nombre no quiero acordarme.

En las sinuosidades de este terreno, y muy inmediata á la cascada, está oculta una amplia gruta, en donde es fama que habitó algunos días el inmortal Morelos en uno de los reveses de su fortuna.

EDUARDO RUIZ.

## CUERNAVACA.

¿Por qué has creado el infierno, Allab? ¿No habían creado ya Chamd?—exclaman los afghaneses. Yo, imitando á los indígenas de aquella abrasadora comarca, modifíco la frase y digo en buen cristiano:—¿Por qué has creado el infierno, Dios mío? ¿No habías creado Cuernavaca?

Bien sé que puede sudarse más en otras partes; bien sé que el inmenso desierto extendido, como un arco de círculo, entre las islas del Cabo Verde y la gran muralla de la China, el Este y el Norte del Sahara, el pie del Himalaya, el valle del Sagrado Ganges y las estepas sin fin del Atapanistán y la Bukaria, son los hornos de la tierra.

Sé también que sin salir de México podría sufrir la temperatura de Iguala y los chorros de plomo derretido que vierte el sol de Texas. Pero mi carne es flaca y yo no quiero enflaquecerla más. Para mis pecados pobretones y vulgares, con un infierno como Cuernavaca, basta.

No me arrepiento, sin embargo, de haber venido á este Sudatorium con honores de ciudad. Abro el balcón y admiro extasiado el horizonte incomparable de nuestra tierra caliente.

Cuando se baja á Cuernavaca por la rápida cuesta de Huitzilac, este cielo cuyas últimas líneas color de ópalo van á perderse en las montañas donde empieza la gran Sierra del Sur, produ-

ce en el ánimo una sensación parecida á la que causa la contemplación del mar en la hora del alba. Hay algo de Mediterráneo en ese azul fluído.

Es el mar como le soñamos antes de conocerlo, el mar de los dioses griegos, el mar de Anfitrite. En esas ondas se ocultan las sirenas que oyó Ulises. Si de súbito surgiera en esa quieta superficie una vela latina, sin duda nos parecería un hecho tan común y natural como la aparición de un ave ó de una nube.

La inmensidad es una como Dios. Ya la admiremos en el mar, ya en el desierto, ya en el cielo, produce siempre en nuestro espíritu el mismo sentimiento de dilatación. Por eso, desde el rústico hasta el sabio, todos comparan al desierto con un mar, y ven el cielo como un océano superior, surcado por la góndola de plata. Este sentimiento no lo determina el color, sino la extensión.

El horizonte que tengo ahora ante mis ojos, puede parecerse al mar que inventa la fantasía; al mar que canta en los versos de Homero; al mar que pintan con vago colorido los pintores transparentistas. Pero el mar verdadero no es así. El azul que le damos sólo puede encontrarse en ciertas aguas, y en la cinta donde confinan con el cielo. El mar es verde acá, negruzco allí, gris en aquellas vastas lontananzas, aceitoso, pesado y duro en todas partes. Es grave, adusto: es el Titán, insomne, agobiado por un inmenso remordimiento.

En las ondas de azul purísimo, de ópalo fluído y de ambar en fusión, que tengo ahora sobre mi cabeza, deben de navegar los ángeles en góndolas de pluma. Si no fuera un absurdo, diría que la mirada siente, al perderse en esas olas de luz, la sensación de bienestar que dan al cuerpo los baños orientales.

Cuernavaca es la reina de este infierno que se llama la tierra caliente: es Proserpina. Se ha detenido al borde del inmenso caldero como la joven que, encontrando hirviendo el agua de su baño, encoge la pierna que iba ya á sumergir en la ancha tina de alabastro. El vapor del agua en ebullición se cuaja en su rostro. Es la sultana á quien sumiso esclavo nubio, abanica con plumas

de faisán. El esclavo nubio que mueve el abanico de Cuernavaca es Huitzilac.

Allí está el monte obscuro coronado de pinos silvestres, pensativo y triste como el esclavo que ama sin esperanza á la mórbida reina del harem. Sus celos se llaman tempestades. Junta las nubes negras, las enreda en las torcidas ramas de sus árboles, las agrupa en terribles escuadrones, y con impulso formidable las arroja sobre el valle. Pero, á poco, su cólera se extingue. El pino enhiesto que pugnó en vano por desenraizarse y correr á la llanura, yace en tierra; los rabiosos alaridos del titán desahogaron su pecho: triste y dócil, sigue el nubio agitando su abanico, mientras duerme en silencio la sultana.

Un pino se alza en la cumbre  
De un monte del Norte helado,  
Sueña. La nieve y el hielo  
Lo envuelven con su sudario.  
Sueña con una palmera  
Que en el oriente lejano  
Se alza solitaria y triste  
Sobre un peñón abrasado.

Apartando la vista del frío norte, partamos "de cara al sol" como el Byron de Núñez de Arce. Antes de examinar la población, miremos á vuelo de pájaro los campos amenísimos que la rodean. Podéis subir á la torre de la vieja iglesia de franciscanos ó al mirador del antiguo palacio de Cortés. Desde la torre tended la vista hacia el Poniente. Bajo tupidos bosques de guayabos se oculta el caserío desparramado de San Antonio. No pueden verse las casitas. Diríase que están desnudas y que se ocultan pudorosas detrás de los árboles. Sólo la iglesia empina su torre por encima de los guayabos, como para mirar si el cazador que sorprendió en su blanca desnudez á las traviesas campesinas, se ha alejado.

Podéis poner la escena de un idilio en ese pintoresco puebleci-

llo. Lo habitarán, sin duda, sucias indias; mas no penséis en los senos colgantes de esas hijas enfermas, de una raza degradada; ni en el rapaz canijo que toma sol, revuelto con los cerdos, en la puerta de su casucha; poblad de labradores ideales ese lugar poético y tranquilo; allí puede bailar Rosaura al son de alegre tamboril; allí los novios se esconderán tras de la puerta claveada, mientras el cura pasa, camino de la choza miserable en donde está la viejecita enferma.

Cuando esos árboles estén en fruto, un aroma embriagador se esparcirá en la atmósfera. En ese lugarcillo es sin duda

Donde en lechos y arrietes opulentos,  
Que recuerdan las fábulas idalias,  
Asoman con rubor los pensamientos,  
Se esponjan de placer las tristes dalias.

Allí se exclama con Virgilio: *O fortunatus nimium sua si bona norint agricolae!*

El paisaje que se descubre desde el palacio de Cortés, exige en el artista que se proponga describirlo, el colorido, lleno de sol, de Eugenio Fomentín. Los campos de caña ostentan su verde claro, intenso, deslumbrante, en los últimos planos del paisaje. Parecen tersos, sin arrugas y sin pliegues, como si gigantes invisibles se entretuvieran en restirarlos durante la noche. En primer término, bosquecillos de plátanos mueven sus largas hojas. . . . . los ceñidores de la rubia Eva! Al Noroeste los cerros se aproximan a la ciudad, y al Sur la vista se pierde en la extensión de los campos sembrados, cuyo término apenas se columbra. Los severos bueyes, las grandes víctimas del Clytumno, no aparecen en la llanura. Ningún tropiezo encuentra la mirada en el cuadro tranquilo que recorre. Las cimas de las montañas remotas parecen de lapislázuli. Una cinta de singular y armónico colorido une la tierra y el cielo, por gradación casi insensible de colores.

Inconscientemente, ante el grandioso cuadro que ilumina una

luz fuerte, intensa como la que alumbra los paisajes de Claudio Lorena, se recuerdan las grandes perspectivas de la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apuela, la isla de Caprea y la costa de Pausilypo. El espíritu encuentra el parecido, sin poder precisar en dónde está. Un vapor violeta rodea las colinas distantes. El verde claro de aquellos grandes llanos, bebe la luz.

¡Cuán grandioso es el espectáculo de la puesta del sol en este sitio! Indecible sentimiento de inquietud se apodera del espíritu. En los montes boscosos, el crepúsculo es trágico. Los árboles cobran vida y voz humanas. Las montañas se calan sus capuchas colosales. El venado huye, y en las ondas del viento suenan las voces y las escobas de las brujas.

Aquí el crepúsculo es la muerte, sin dolores, de una niña cuya alma se va al cielo. La naturaleza no se ennegrece, se duerme. Dulce melancolía nos rodea con sus gasas, y pensando en la celeridad de la existencia, recordamos el *Carpe diem* de Horacio; el *Te spectem suprema rinicum venerit hora*, de Tibulo, y el admirable *Invalidasque tibi tendes, ken! non, tua, palmas*, de Virgilio.

La muerte en este sitio y a tal hora debe parecernos menos dura. Así murió Sócrates, contemplando la inmensidad del océano, en cuyas ondas los rayos del sol poniente iluminaban la popa dorada de la sheoria que regresaba de la isla de Delos, en tanto que bajaban los rebaños de las cimas del Traygetes y el Citerón nadaba en un mar de oro.

Cuántas veces pasaría pensativo Hernán Cortés por este mirador de paredes desnudas y anchos arcos! Sentado aquí, podía admirar en todo su esplendor la tierra prometida a su codicia. Y cuando fatigado de ambiciones se entregaba en los brazos del amor, ¡qué sitio más hermoso para desatar voluptuosamente las trenzas negras de la joven india, mientras el valle duerme, el sol se oculta y llena el aire de sonidos metálicos el coro de chicharras invisibles! La campana que da el toque de oraciones apenas suena.

Las ondas sonoras pasan muy arriba, y el sonido, enervado

por el calor y la fuerza, cae á plomo. La luna brota, y su claridad amarillenta se difunde en el aire. Blancas nubes simulan en las crestas de los montes diademas de nieve y en el cenit rebaños gigantescos. En una noche como esta, escribió acaso Heine estos versos henchidos de paz y de creencia :

De Jesucristo la imagen  
Aparece ante mi vista,  
De blanca túnica suelta  
Va con majestad vestida.  
Es grande como un gigante,  
Y silencioso camina  
Sobre la fecunda tierra  
Y sobre la mar tranquila.  
Toca su cabeza al cielo,  
Con las manos extendidas  
Bendice tierras y mares,  
Y cual corazón que brilla,  
Dentro de su pecho lleva  
El sol que el mundo ilumina :  
Y este corazón ardiente,  
Hogar de amor y de vida,  
Derrama de sus fulgores  
La luz brillante y purísima  
Sobre la fecunda tierra  
Y sobre la mar tranquila.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

## TOLUCA.

Toluca no es precisamente hermosa. No la abraza el mar enamorado, ni los bosques bajan ó ascienden para verla ; no la vigilan de cerca esos eunucos etíopes que se llaman montes, ni la abanicen, mientras duerme, las esclavas montañas ; ninguna gran sombra histórica la habita ; ninguna catedral yergue sus torres macizas, ó lanza, á guisa de flechas, sus agujas góticas, en el centro de la plaza. Sobre Cuautla planea, como águila, Morelos ; en Puebla, dominando la suntuosa basílica, á su vez dominadora de templos corpulentos, que componen su guardia palatina, álzase el Cerro de Guadalupe, porta-estandarte del glorioso pabellón, teñido en púrpura por el sol de Mayo y heraldo de la victoria el 2 de Abril ; Querétaro, la triste, la enlutada, semeja el féretro de Maximiliano, ajusticiado por la República ; en Cuernavaca, la naturaleza canta un himno ; la cascada de San Antonio entona su salmo, y el aire que viene despedido por los oscuros árboles del Huítzilac, y todavía caliente como la mejilla del siervo recién abofeteada por el amo, habla en voz baja de aventuras y empresas de Cortés, de los sueños románticos del pálido Archiduque, y de las tristezas agoreras, funestas agoreras de la altiva Carlota ; en las olas ocultas de Mazatlán surge la figura gallardísima de aquel aventurero que se llamó Raousset de Boulbón ; Tampico parece la amada de los peces, la del hermoso río,

por el calor y la fuerza, cae á plomo. La luna brota, y su claridad amarillenta se difunde en el aire. Blancas nubes simulan en las crestas de los montes diademas de nieve y en el cenit rebaños gigantescos. En una noche como esta, escribió acaso Heine estos versos henchidos de paz y de creencia :

De Jesucristo la imagen  
Aparece ante mi vista,  
De blanca túnica suelta  
Va con majestad vestida.  
Es grande como un gigante,  
Y silencioso camina  
Sobre la fecunda tierra  
Y sobre la mar tranquila.  
Toca su cabeza al cielo,  
Con las manos extendidas  
Bendice tierras y mares,  
Y cual corazón que brilla,  
Dentro de su pecho lleva  
El sol que el mundo ilumina :  
Y este corazón ardiente,  
Hogar de amor y de vida,  
Derrama de sus fulgores  
La luz brillante y purísima  
Sobre la fecunda tierra  
Y sobre la mar tranquila.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

## TOLUCA.

Toluca no es precisamente hermosa. No la abraza el mar enamorado, ni los bosques bajan ó ascienden para verla ; no la vigilan de cerca esos eunucos etíopes que se llaman montes, ni la abanicen, mientras duerme, las esclavas montañas ; ninguna gran sombra histórica la habita ; ninguna catedral yergue sus torres macizas, ó lanza, á guisa de flechas, sus agujas góticas, en el centro de la plaza. Sobre Cuautla planea, como águila, Morelos ; en Puebla, dominando la suntuosa basílica, á su vez dominadora de templos corpulentos, que componen su guardia palatina, álzase el Cerro de Guadalupe, porta-estandarte del glorioso pabellón, teñido en púrpura por el sol de Mayo y heraldo de la victoria el 2 de Abril ; Querétaro, la triste, la enlutada, semeja el féretro de Maximiliano, ajusticiado por la República ; en Cuernavaca, la naturaleza canta un himno ; la cascada de San Antonio entona su salmo, y el aire que viene despedido por los oscuros árboles del Huítzilac, y todavía caliente como la mejilla del siervo recién abofeteada por el amo, habla en voz baja de aventuras y empresas de Cortés, de los sueños románticos del pálido Archiduque, y de las tristezas agoreras, funestas agoreras de la altiva Carlota ; en las olas ocultas de Mazatlán surge la figura gallardísima de aquel aventurero que se llamó Raousset de Boulbón ; Tampico parece la amada de los peces, la del hermoso río,

la de las náyades desnudas. Guadalajara es andaluza, tiene ojos negros y mantilla blanca, y navaja en la liga para herir á los enemigos de la libertad; Mérida, la opulenta señora del henequén, la rica hembra, tiene su estruendoso, alegre carnaval, como Venecia, y sus grandes poetas como la antigua Florencia; Tlaxcala es una tumba; Guanajuato una mina, la caverna deslumbradora de Aladino; San Luis trabaja con buen humor y primorosamente viste los domingos; Chilpancingo es montaña, la cúspide inaccesible de Guerrero; Monterrey y San Cristóbal son vigías, centinelas avanzados; en Morelia palpita el corazón de la insurgencia; es Veracruz como la gran ventana abierta por donde asoma una linda mujer mirando á Europa, mientras cantan las mandolinas, hierve el Borgoña en las copas y se oye el ruido de los chorros de oro; Jalapa es jardín; Oaxaca, nido de condores; Toluca es simpática. ¡Y con qué irresistible simpatía coquetea la traviesa y ríe de sus enamorados! Su risa de muchacha cortejada por brillantes legiones de donceles, es la que vemos hecha espuma al pasar por el Monte de las Cruces, la que escuchamos cuando salta el agua en la selvosa cumbre, como nietezuela que retoza en las rodillas del abuelo. Tenemos que llegar á ella subiendo, primero, cual si trepando por el tronco y las ramas de frondoso cedro nos encaramamos hasta el balcón de la garrida castellana; y en llegando á la cima hay que bajar, así como se arrodilla el trovador ante la dama del alcázar escalado. El prólogo del viaje es tan hermoso como el prólogo de todos los amores. Figura incienso el humo de la locomotora; vestido de novia, cuajado de encajes, la espuma frufruante de las aguas; el cedro, candelabro gigantesco; y catedral, dispuesta para nuestras nupcias, la montaña. Vamos á Toluca aprisa, como se va, cuando mucho se ama, á la casa de la novia. Llegamos, y desde luego nos hechiza el aspecto de la ciudad. No es monumental, no es arcáica, es joven. Tiene la freseura, la sonriente mocedad de una muchacha que sabe ataviarse y vestirse con muselina, con percal, con listones vistosos, con claveles en el pelo. No se la ve rica, se

la ve muy bonita. Ningún convento la ensombrece; ninguna iglesia pesada la magulla; toda ella está flamante y nuevecita.

Otras ciudades recuerdan la dominación española, el virreinato: se ve en ellas la piedra; más gravadosa la torre, más torvo el muro, apenas alegrado á trechos por el azulejo: Toluca es alegre. No podemos llamarla rústica ó campesina. Ostenta flores, pero en el prendido, como doncella hermosa que va al teatro. Gusto europeo y moderno revelan sus construcciones, todas limpias, todas elegantes.

¡Parece imposible que en casas tan alegres vivan personas tan retraídas! ¡Parece imposible que esos zaguanes de labrado cedro, se abran sólo cuando llaman á misa en los templos! Esos balcones de cincelados barandales, están continuamente como tiesta sin flores.

Se compadece el carácter esquivo y huraño con los tristes carcerones de fábrica española. Por el zaguán casi negro y claveteado que rechina gruñendo, cuando la mohosa y larga llave gira en la cerradura; por el zaguán ancho y alto en el que suenan los golpes del aldabón, como los toques que daba el convidado de piedra á la puerta de D. Juan, puede salir la dueña quintañosa, el hidalgo embozado, el libro de misa forrado en pergamino, el manojo de llaves tomadas de orín, y la camándula. Pero de estas casas que traen á la memoria á algunas de las ciudades italianas; de éstas que no han oído la queda ni visto pasar la ronda, ha de salirse para el teatro, para el baile, con el vestido de raso y antifaz de terciopelo. Parece, al verlas tan cerradas, que cuelgan de sus barandales, no una escala, sino un escapulario.

En las poblaciones que podríamos llamar solariegas no resalta el contraste entre las fachadas de las casas y las costumbres de sus moradores tanto como en Toluca. Hay balcones que parecen hechos para estar cerrados y otros para estar abiertos. El corredor en Toluca, es como una terraza florentina. Hasta las macetas, que son por lo común de barro obscuro, allí se acicalan, se visten de fiesta y se pintan.

Hace frío, es verdad; pero esto da á Toluca nuevo encanto;

el placer voluptuoso de abrochar la capota de pieles á una bella adorada cuando sale del baile. Se piensa, al sentir ese frío, en las castañas que brincan, en la Noche Buena que viene, en el villancico y en la cama que espera como buena esposa. Y ese frío calienta las mejillas de las toluqueñas, á juzgar por el fresco, encendido color que las herмосea. ¿ Pero qué las impide salir á la calle á la hora en que los luceros asoman para verlas, y no cuando, con húmeda gasa de plata, viene el alba, y está tan fría la campana que llama á misa? ¿ Por qué el tápalo y el manto? ¿ Por qué tan lindos claveles en el tiesto y no en las negras cabelleras? ¿ Son celosos los maridos? ¿ Son los tutores como el de Rosina? ¿ Canta, Figaro! Entona la serenata; oh bizarro Almaviva!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

## JALAPA.

Me gusta llegar de noche á una ciudad desconocida para mí; tomar, luego que llego al paradero del ferrocarril, el tranvía ó el coche que han de llevarme hasta mi alojamiento; encerrarme en el cuarto; tenderme en la cama á buena hora, y descansar allí del viaje, libre de importunos, con la botella del viejo O'Porto en el buró, un buen libro junto á la botella y abierta la aromosa caja de tabacos. En las capitales, en los grandes centros de población, difícil, si no imposible, es tal sosiego: la calle nos llama, el bullicio nos provoca, cedemos á las tentaciones de la luz, y echamos á andar sin rumbo fijo, como revolotean algunas aves marinas en torno de los faros. En esas ciudades la vida nocturna es intensa, atrae, fascina, tiene hechizos irresistibles de mujer; no así en los pueblos pequeños que se recogen temprano y cuyos faroles de aceite cabecean, soñolientos, desde las ocho de la noche.

A Jalapa llegué bastante después del obscurecer; de modo que pude entregarme á la voluptuosidad de adivinarla y de sentirla antes de verla; á ese placer delicado que tanto se parece al de estar á oscuras cerca de una hermosa que duerme. Para los que buscan lo exquisito en el sentimiento, nada más atractivo que el misterio.

El placer aumenta en razón directa del trabajo que nos cuesta

disfrutarlo, y por lo mismo nos parece más bella la mujer que se recata, y más precioso favor el que nos concede, cuando permite que nuestra mano le alce el velo. La sombra de las capillas, las más espesas todavía de los viejos confesonarios, la celosía cerrada, el tenebroso pasadizo en donde suenan besos de meninas y de pajes; la tortuosa calleja iluminada por el candil de algún retablo, dan á los inimitables "Cuentos de España é Italia," narrados por Alfredo de Musset, secreto y prestigioso encanto.

Viajando, solemos sufrir grandes desengaños, sobre todo si hemos leído antes lo que otros escribieron acerca de los parajes que vamos á conocer. En esos libros aparecen el lugar, el campo, el paisaje, la marina, la ciudad, el pueblo, el villorrio, el monumento artístico, no tales como son, sino tal como los sintió el temperamento del viajero. Así, por ejemplo, el último libro de Paul Bourget, titulado con tanto acierto "Sensaciones de Italia," no es, propiamente, una descripción de las ciudades que recorre el viajador, sino la colección de hojas sueltas en que fué fijando algunos de los estados de su alma. No serán así los frescos de Perugino, los del Pintirruccio, no será así Volterra, ni Orvieto, ni la Umbría; no despertará en todos las mismas ideas, hermosamente tristes, que despertó en Bourget la contemplación de Asís; pero así vió el fresco, pinturas, catedrales y paisajes. La belleza que percibimos es un triángulo cuyas tres líneas componentes son: el objeto mismo, el que lo mira y el instante en que lo mira.

Antes de conocer á Jalapa tal como es, quise volver á verla como la había soñado, como la había visto descrita en prosa y en verso; y, arropada en la cama, trasegada en los desvanes de mi atestada memoria, ya gozoso con el hallazgo de un bonito verso, ya ufano si descubría entre montones de periódicos, atados con groseros balduques, algún artículo de Altamirano, ya tarareando alguna romanza ó villancico de Juan Peza, ó haciendo poderíos por reconstruir lindas estrofas de Roa Bárcena, tomádas por él con esplendentes hilos de damasco y descosidas en mi re-

cuerdo por el tiempo que manosea y desgarrá todo. Son de Roa estos versos?

De cuanto he visto no hay cosa  
Que así me halague y sonría,  
Como mi ciudad natía,  
Como Jalapa la hermosa.

Describió esta hermosa tierra en aquella adorable poesía; tan cándidos como vellón de cordero que sale del baño, titulada: La Primera Comunión? En los repliegues de la memoria, se me ocultan, riendo de mi torpeza, los traviesos recuerdos; y como no tengo libros á mano para hacer el recuerdo de los primeros que he leído, inspirados por Jalapa, me resigno á dejar que correteé la turba juguetona, sin preguntar á cada chicuelín cómo se llama ni quiénes son sus padres, ya que mis viejas entumecidas piernas no me permiten dar alcance á esos ágiles versos, siempre mozos. Recordando cree uno á veces estar á orillas de un lago: la onda llega retozona hasta tocar nuestros pies, y tal parece, por lo saltarina, aro de fino acero lanzado por la mano de una niña; mas al intentar pasarla con riesgo inesperado burla nuestro intento, y huye, reidora, de las rocas. Una garza alza el cuello, y se chapuza antes que nuestra escopeta haya disparado; los peces vestidos de seda y pedrerías, como príncipes de Oriente, hienden el agua, se aproximan airosos á la ribera, pero aunque lleguemos con júbilo á sentir el frescor de sus escamas, escurridizos se nos escapan de las manos.

En ocasiones, una palabra, un lugar, un color, un perfume, así como asusta el tiro de una arma de fuego á los pájaros que se hospedan en el árbol, hacen que bullan nuestras memorias y en bandadas se dispersen. No sabíamos que anidaban en la encina ó en el haya de que salieron; las teníamos olvidadas, y casi al punto que las vemos, desaparecen. Otras veces sucede que la memoria nos devuelve cuerpos de naufragos, ideas, sentimientos que creíamos perdidos para siempre en el obscuro piélago, y que de improviso reaparecen traídos por la marejada. No es posible

hacer el inventario de lo que guarda ese caserón de la memoria, lleno de escondrijos, pasadizos, puertas de escape, cómodas con cajones de cien tretas, baúles de doble fondo, bodegas subterráneas y tapanos polvosos velados por cortinajes de telarañas. Todos los días entran nuevos huéspedes á esa posada y no sabemos—¡tantos son!—los números de los cuartos que ocupan, ni si en ellos están ó si han salido; pero es de notarse que jamás se ocultan ó pierden para siempre, y cuando menos lo esperábamos, abren las puertas de sus cuartos, salen á encontrarnos, ó de súbito saltan como esos muñecos de goma elástica, que en tres dobleces, guardan algunas cajas de cartas.

Así, mientras reposaba, aparecían en mi memoria, como á modo de mamparas, que dando paso á la luz, se abren y cierran luego en el corredor de algún hotel, versos, retazos de oriental prosa, inspirados por Jalapa. Eran como caras de viejos conocidos, cuyos nombres recordaba con esfuerzo, si recordarlo podía. Algo de D. Pepe Esteva, algo de Roa, algo del maestro Prieto, una pincelada esplendente de Nacho Altamirano, una serenata de Bablot, una cavatina de Peza, y todo junto, la Jalapa de la poesía, la Jalapa que sintieron y me hicieron sentir artistas próceres. ¿Sería así, tan cuajada de flores, tan rica de color? ¿La envolvería la neblina como blanca mantilla de andaluza? Ella dormía con sosiego de madre joven, cuyos sanos y hermosos hijos ya están soñando con golosinas, besos y juguetes. La oía dormir y la esperaba. El alba iba á alumbrar su primera sonrisa.

Interín Jalapa despertaba, entregábame al placer de sentirme fuera de la ciudad gomosa, que con tenazas de pulpo nos aprieta. Esa sensación de alivio y descanso es la que experimentamos al salir de las estufas que chorrean sudor en el baño turco y recibir la ducha de agua tibia. Ya estoy lejos. . . . ¿Lejos de qué? ¡Tal vez de mí! Un muelle entorpecimiento de los sentidos, un sueño de todo el cuerpo, algo así como que se hace el muerto en el río de la vida, es lo que uno siente. Respiramos con libertad, el aire nos pesa menos, una desconocida que, por breves instantes, se parece á la dicha nos sonrío. ¡Ah! Mañana no repicará la

campanilla del portón; mañana dará el alba cuando yo haya descansado; mañana veré algo hermoso, lo no visto aún. . . . . que es lo único hermoso. Precisamente, mientras venía el sueño mentiroso á hablar conmigo, hojeaba uno de los últimos libros de Guy de Maupassant: "Sur l'eau." De los últimos. . . . . sí; tal vez no escriba otros. Y en ese libro hallaba el análisis de mi propio estado de alma. Ya hablaré en estas "notas" de ese libro que él escribió con todos sus nervios, y que yo ví como si todos mis poros fueran oídos. Dice Maupassant:

"Siento la calma, el tibio y blando sosiego de una mañana primaveral en el Mediodía, y hasta me imagino que semanas, meses, años, há dejé á las gentes que hablan y se agitan. Siento que me entra la embriaguez de estar solo; la embriaguez apacible del reposo que nada turbará, ni blanca esquela, ni mensaje azul, ni el timbre de mi puerta, ni el ladrido de mi perro. Ya no me llamarán, ya no me invitarán, ya no me arrastrarán oprimiéndome con sonrisas, acosándome con cortesías. Estoy solo, verdaderamente solo, verdaderamente libre. ¡Quince días sin hablar; qué alegría! ¡Oh pobre Maupassant, que estabas solo! Ya.

Tu alma es un castillo solitario  
Que habitan los fantasmas!

Pero ¡cómo palpita en esas breves líneas el *tedium vitae*, el anhelo de aislarse, emanciparse y vivir uno para sí y para los suyos!

En el libro de Bourget, citado antes, y que tenía también en mi buró, se ve asimismo la tristeza, pero menos agudamente nerviosa que la de Maupassant, y más rayana en la pía resignación de Ernesto Renán. Los dos grandes artistas iban, uno á Italia, el otro al mar, á vivir solos. Los dos huían.

Mató mi luz el sueño. ¿Cómo será Jalapa?

En Jalapa la luz es perezosa. Tarda mucho en salir de sus colchas de nubes, y sin duda para no despertarla, para que ningún ruido turbe su reposo, las campanas no dan el toque de alba. Ex-

traña este silencio de las torres, sobre todo cuando la víspera se ha amanecido en la tórrida Puebla. En Puebla no descansan las campanas. Parece que todas á la vez entonan la letanía, y ya una con penetrante retintín llama á misa, ya otra con grave entonación de abad convoca al coro; grita esta, canta aquella, gruñe la de más allá; y el aire se llena de rumores metálicos, que chocan como escudos de combatientes en la brega, que corren como carros de aurigas, que majan como los mazos en el yunque. En Jalapa los pájaros son los que reciben al nuevo día. Despierta uno porque el sueño se despide, no porque un campanazo lo haga huir espantado.

Apenas hubo luz, salí á la calle. ¿Luz? Sí, pero como luz de veladora vista al través de porcelana blanca y diáfana. La neblina, envolviendo la cara de la luz, semejábala á esas majas que, por coquetería provocativa, se tapan el rostro con la mantilla, dejando sólo ver los ojos. Salía del baile esa luz toda cubierta de encajes.

No puedo decir que hiciera frío. Hacía frescor. Sentí al salir lo que se siente en un baño tibio cuando el agua empieza á enfriarse: la sensación voluptuosa que produce el calor cuando se va poco á poco, ó la boca amada cuando se desprende lentamente de la nuestra.

La neblina de Londres ha de ser bruma, turbia, como de color de remolino. La que se alza del lago, mi buena y triste conocida, es casi azul y tan delgadita que parece convaleciente. Cuando la besa el sol se le enrojecen los pómulos, como á las tísicas.

Esta neblina de Jalapa es blanca, blanca, parece de veras, el velo con que va cubierta la sultana, cuando en palanquín vuelve del baño. Se adivina que detrás de ese velo hay un cuerpo hecho de rosas y húmedo todavía. Se sienten deseos de morder en gasa para llegar al brazo.

De cerca no la sentimos. No la vemos. ¡Es como la dicha! ¡Pero allí está, á pocos pasos, como la dicha también! En donde aparece más blanca y más hermosa es en el fondo de esas hondonadas que llaman calles de Jalapa; por ejemplo, en el camino

que va al Dique. Se espesa, se agrupa para subir hasta la iglesia cual numeroso coro de novicias. Entre la niebla, siente uno que las ropas se le mojan y en la cara, como si con pulverizadores la rociaran. ¿Pero llueve en realidad? Yo veía puntitas de aguja atravesar sesgadamente el aire; pero me fijaba en el agua quieta de la fuente y ninguna gota la hería, tan sutiles son así las briznas de agua que salpica esa llovizna. Parecíame que estaba dentro de una gran pompa de jabón. Y nada mejor que esa neblina me dió la imagen de las tristezas muy calladas. ¿No os ha ocurrido al hablar con un amigo, al leer algún libro, sentir os empapados en vapor de lágrimas? Y los ojos del amigo están pensativos, pero no lloran. El libro habla de flores, de poesía, tal vez de bailes. Pero no, no nos engañamos; se ha mojado en llanto nuestra alma, sale vapor de lágrimas de esa boca, de ese libro.

Mirando, en mañana de niebla, esa bajada al Dique, releí la "Sinfonía en blanco mayor" de Théophile Gautier. ¡Qué deslumbrante blancura la de ese trozo pentélico! Pero, en verdad, vi defraudado mi propósito. No se compadecía con la niebla esa blancura. La celebrada por el apolíneo Theo es la mate, la humana, la marmórea, la que puede palpase, y esta de la neblina es tenue, incorpórea, inmaterial. No la podía cantar el gran pagano, amador de la forma; el artista supremo de quien pasó, equivocadamente, por devoto fervientísimo. No, la poesía de Gautier es el paraíso de mis ojos, pero cuando cierro éstos para recordar, para soñar, para oír las voces de mi espíritu, busco á los poetas que han sufrido y han amado y á los que hablarme saben de esperanzas.

La poesía de la niebla, ó es lamartiniana ó es fantástica, á manera de la de Uhland. En esas gasas de vapor se envuelve la imaginación muy á su gusto. Y como esa inmensa red de encaje vuelva allá, con ella va la fantasía. ¿Véis cómo se confabulan esas nubes, de luengos trajes talares, en la cumbre del Cofre? Abajo trepa, azuleando, el humo de la fogata prendida por el leñador que hace carbón. Arriba, las viejas nubes hacen niebla. Vinieron ellas del Citlaltepec, que alza su pico de cisne olímpico

para coger una estrella; vinieron de la nieve, trayendo á cuestras grandes témpanos, y diligentes hilanderas tejen niebla. El que era trozo informe de hielo, ya es carrete de hilo muy delgado, que ellas van desenredando. Caen las hebras sutilísimas, levántalas el aire, enróscanse en espiras, únense en guedejas, flotan en el aire, espumean, se condensan, se enmarañan; y los husos de las nubes siguen girando con rapidez vertiginosa y la rueca no para, y se enreda la atmósfera en las mallas de esa impalpable, aérea, blanca, blanca.

¡Ah, viejos árboles de Pacho! No gustan de viejos verdes las honestas nubes. Ya os pusieron canas. Ya la niebla llegando como un soplo que apaga, pero que al apagar no hace lo negro, hace lo blanco. ¿Y vosotros, oh altos liquidámbaros? El invierno os desvistió y tendéis los rugosos brazos desnudos, pidiendo hojas. Ya van á envolveros en limpias sábanas de baño. La niebla, todavía dispersa, corretea en sueltas bandadas. Todavía está en el campamento, vivaqueando, antes de formarse en batallones para la batalla. En las copas de los árboles parece corte de palomas. Y cuando la vemos en la cuenca, en la hondonada, en la barranca, pensamos en las lavanderas cuyos brazos están cubiertos de lejía, ó en las que trepan ágiles y airosas por la loma, llevando en la cabeza los lebrillos que rebosan ropa blanca. Luego la nieve cae y vence y cierra. Sentimos la humedad y abrimos el paraguas; pero el vapor de agua se nos sube á las barbas. Para esta lluvia chicuelina y brincadora no hay puerta cerrada, no hay rendija estrecha, no hay abrigo, no hay defensa.

Esa humedad que nunca llega á ser visible, que no mancha ni descascara la pared, que no enferma, que no huele, está en todas partes. La dejamos en la calle y la encontramos en la alcoba. Nos vestimos, y queda adentro del vestido. Nos metemos en la cama, y está calentándose en las sábanas. ¿Para qué guarecernos en la casa? Quédese el gato apelonado en el sillón. Nosotros á la calle. A la calle, á sentir ese beso fresco de mujer que sale del baño.

La blancura impalpable nos rodea. Abrid los ojos para no ver más que un color. Sentíos dentro de un pomo de polvo de arroz. ¿Qué no véis nada? ¡Ah, entonces el arte no ha dicho aún, á vuestros ojos: Abríos! Coppee sí puede, puesto que ha dicho:

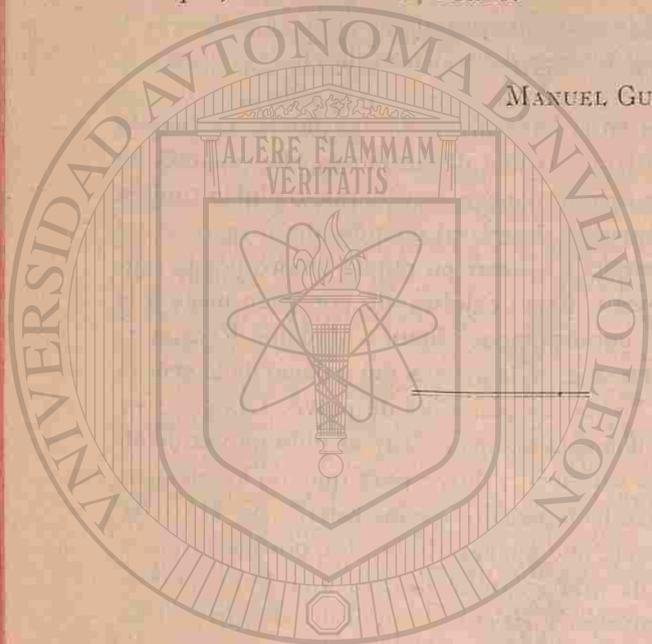
Et partout on voi neiger  
Des plumes de tourtourelles!

Estáis arrebujaos en la falda nívea de una novia. ¿Sabéis lo que flota en la atmósfera? Aroma de azahares. Hay nupcias en el aire. Arriba de los tejados danzan bayaderas, ondulan túnicas de gasa; brilla una zapatilla de cristal cuando algún rayo de sol llega furtivo, culebreando, á asomar su pupila de oro por la rejita más abierta del encaje. Están celebrando con gran fiesta á la Santa preferida de la inmortalmente blanca Madame Recamier; á Santa Muselina. Enfrente, en la azotea del palacio de la señora marquesa, un baile. Todas van peinadas de polvo. Las golos de los abates no tienen una sola mancha. Hay armiño en vez de alfombra. Y cuando el sol espía y huye para que no lo atrapen, brilla de oro en el tisú lentejuelado, de los caballeros. Más allá, bajando, en esa planicie que apenas divisamos porque la cubre una tela que parece de vaho, marcha la caravana de los árabes. El aire agita sus alquiceles. Y en el lado opuesto al Norte, alean los mares de la niebla pálida, los de ondas frías, los de indecisos horizontes, que han pintado con espíritus de colores, con reflejos de nieve, el admirable Pierre Loti. En medio está el templo con su toga blanca. Tal parece Araón en la montaña. Y, más cerca de nosotros..... ¿no miráis? ¿Quién es ese caballero enharinado que parece salir de los brazos de la hermosa panadera que tenía muchos escudos? Parecióme, al pronto, el Comendador, el convidado de piedra, pero al acercarme ví que no era. Un pantalón..... un frac..... una barba aguzada..... una nariz zorra..... un ojo de águila..... una calva de genio..... él mismo! ¡Lerdo!

La magia de la niebla hábame hecho olvidar, y despierto en el

parque de Jalapa. No os he contado aún cómo es la linda perfumista que ama y sueña, abanicada por los liquidámbaros. La neblina pasó ya por mi mano su jabón de coco para que escriba de Jalapa. Os hablaré de ella el jueves; y el domingo, desayuno en el Dique; almuerzo en el Molino.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

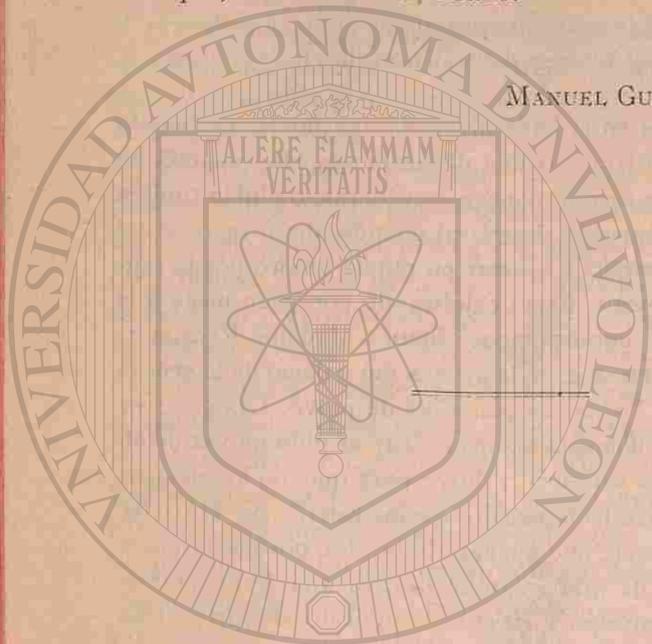
## PUEBLA.

También la Catedral está de buen humor, y en las torres loquean las campanas. Adentro yo no sé lo que dirán los señores canónigos en el salón de los hermanos gobelinos; pero afuera, el repique vocea la buena y grata nueva, esparciendo alegría. Ya es la mañana del trabajo ó del paseo urbano; la mañana de la vida social, no la fresca del campo humedecida por el alba ni la caliente y modorra de la alcoba. El alto funcionario llama á su barbero; el empleado de poco sueldo y poca ropa, luciendo su lustroso traje negro—desmanchado la vispera—corre á la barbería. Esa señora, que ya dejó lavados y desvestidos á los chicos, entra á misa. Esos muchachos que hoy no van á la escuela, se dispersan, como canicas de una caja volcada en el jardín. El cura se desayuna. El yankee almuerza. Estudiante, enciende el puro. Cantinero, prepara muchos sandwichs. Diputado á la Legislatura, ya es hora de que proteste gobernante nuevo.

En la Compañía —¡cosa rara!—hay pocos devotos. Como repican tanto las campanas grandes, no se oye la voz temblorosa de las campanitas que llaman al divino sacrificio. Desbórdase la gente por las calles que están ahora con primor engalanadas. Cerró el comercio sus tiendas porque así lo quiso y no porque ninguno lo ordenara. Perdió un día de ventas, pero ganó un buen gobernador. Hay cortinas, hay flámulas, banderas, en todos los balcones. Los colores de Francia, los de España, los de

parque de Jalapa. No os he contado aún cómo es la linda perfumista que ama y sueña, abanicada por los liquidámbaros. La neblina pasó ya por mi mano su jabón de coco para que escriba de Jalapa. Os hablaré de ella el jueves; y el domingo, desayuno en el Dique; almuerzo en el Molino.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PUEBLA.

También la Catedral está de buen humor, y en las torres loquean las campanas. Adentro yo no sé lo que dirán los señores canónigos en el salón de los hermanos gobelinos; pero afuera, el repique vocea la buena y grata nueva, esparciendo alegría. Ya es la mañana del trabajo ó del paseo urbano; la mañana de la vida social, no la fresca del campo humedecida por el alba ni la caliente y modorra de la alcoba. El alto funcionario llama á su barbero; el empleado de poco sueldo y poca ropa, luciendo su lustroso traje negro—desmanchado la vispera—corre á la barbería. Esa señora, que ya dejó lavados y desvestidos á los chicos, entra á misa. Esos muchachos que hoy no van á la escuela, se dispersan, como canicas de una caja volcada en el jardín. El cura se desayuna. El yankee almuerza. Estudiante, enciende el puro. Cantinero, prepara muchos sandwichs. Diputado á la Legislatura, ya es hora de que proteste gobernante nuevo.

En la Compañía —¡cosa rara!—hay pocos devotos. Como repican tanto las campanas grandes, no se oye la voz temblorosa de las campanitas que llaman al divino sacrificio. Desbórdase la gente por las calles que están ahora con primor engalanadas. Cerró el comercio sus tiendas porque así lo quiso y no porque ninguno lo ordenara. Perdió un día de ventas, pero ganó un buen gobernador. Hay cortinas, hay flámulas, banderas, en todos los balcones. Los colores de Francia, los de España, los de

Alemania, los de Italia, los de Suiza, los de Bélgica, forman un espléndido cinturón á la ciudad. Las calles de Mercaderes, tan limpias, tan alegres y elegantes, parece que se abren paso con dificultad entre dos hileras de barcos empavesados. En la plaza, colgando de los árboles, faroles venecianos forman arcos de triunfo para que pase por debajo de ellos, con altivez y brillo de victoria, la mirada; ¡oh Augusta! ¡Oh Hermosura!

Casi es imposible penetrar en el salón de la ley. Los soldados están donde es su sitio, abajo, de guardianes. Arriba aguardan los representantes del pueblo en sala abovedada que semeja galería de templo egipcio. Llega el gobernador: tipo de militar, de veterano, pero no de viejo; varonil, pero no duro; valiente, pero no fanfarrón ni petulante. Su mirada es inteligente y recta; pasa sobre las cabezas como acero de general que da, á caballo, una señal de mando. Y no por eso es soberbia ni despótica: baja también y se detiene con cariño en el soldado raso, en el herido. Revela al jefe y al afectuoso camarada. Manda á tiempo.

El Presidente de la Legislatura, joven y distinguido, lee un discurso bien pensado y bien escrito. El gobernador contesta en otro de alma honrada y de forma serena. Lo pronuncia con voz clara, vibrante; pero á veces se emociona y su voz tiembla, como la mano del sacerdote ferviente al ir á tocar el ara santa. Esa palabra tiene buen corazón.

Después, protestan los insaculados, y la comitiva oficial dirígese á Palacio, hendiendo la compacta multitud. No es Palacio ese que tiene el Ejecutivo de Puebla. Es una gran vivienda. En el salón, decorado sin lujo, reciben los nuevos felicitaciones y oyen lo que dicen las esperanzas balbucientes. Noto sinceridad en aquellas, y trasluzco en éstas mucha fe en el porvenir. No tienen miedo; confían en el hombre que escogieron.

Luego se va al banquete y éste es el Colegio del Estado, edificio que honra á América, y también á sus fundadores los jesuitas. En el aula mayor, de tallada y solemne sillería; frente á lienzos descoloridos por el tiempo, que representan á obispos y á próceres benefactores de la institución; vacante la presidencia

porque ya el teólogo amarillo y de corva nariz no está en la cátedra, tendieron sobre mesa muy larga los manteles blancos. ¡Cómo contrasta la "pieza montada" esbelta y modernísima, con la madera, adusta y venerable, de la viada sillería! ¿Qué dirán las almas de doctores y maestros si por acaso viven ocultas en los tallados y vetustos asientos al oír los disparos del Champagne? Eso sí: brindis no oyeron. Muy cuerdamente los desterraron, como á poetas, como á perniciosos, quienes con tino y buen gusto dispusieron el festín.

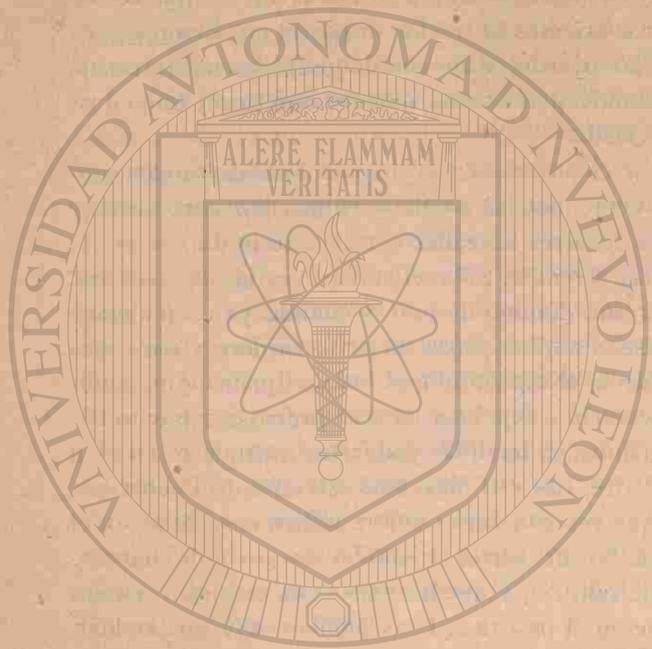
Termina éste, y ciento cincuenta invitados se derraman conversando alegremente, por las amplias crujías, por corredores y salones, ó salen á recorrer las calles vestidas de fiesta.

En la noche hay serenata. Sube el cohete vestido de máscara, con cerrado, estrecho dominó de luto, y cuando ya no podemos alcanzarle, quitase el antifaz, lanza un grito burlón, y para más mofarse de nosotros, el espléndido, el loco, el príncipe magnífico, sacude su escarcela y deja caer piedras preciosas, que no llegan á nuestras manos, ya tendidas y abiertas, porque se pierden juguetonas en el aire. Las estrellas, esas estrellas de Puebla que brillan tanto y que ven con tanto amor, miran enredarse en el cuello nubio de la Noche, sartas orientales de oro y de diamantes, de rubíes y de zafiros. ¡Y qué hermoso está el parque y cuán hermosas las que en él pasean! ¿Esas pupilas cayeron también de esas estrellas?

Poco á poco el silencio va cayendo y la sombra se va abandonando. Dijo bien el poeta: "Muy tristes, muy tristes son las músicas que se van." La Catedral se ha cubierto, de la cabeza á los pies, con su velo de Madre Superiora. Habla de cuando en cuando, mas con voz pausada, lenta, grave. Alza un *Oremus* ó gime el *Eheu fugaces*. Se ven luces dispersas: son las de las monjas vigilantes que rondan el silencioso dormitorio.

Volvamos al hotel. Allá espera la flama azul del ponche, que es la última que se apaga. Llevo un buen recuerdo más.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

---

## MORELIA.

---

No intento describir esta ciudad ni traer á cuento los innumerables recuerdos históricos que encierra. He titulado mi artículo "Morelia," porque pensando en ella, viendo con la imaginación sus fértiles campiñas, su paseo de San Pedro, su humbrosa y melancólica calzada, sus viejos templos de fábrica española, sus amenos jardines y sus ruinosos monasterios, he empezado á escribirlo. Me parece estar en la loma de Santa María, coronada por lo que llaman y llamó la piedad cristiana de nuestros padres, el Calvario; en ese pueblecito, todo lleno de flores que se me figura un Mixcoac subido en hombros de indios á la cúspide del cerro. Desde allí es encantador el aspecto de Morelia: habrá otras ciudades más bellas; pero no conozco ninguna más simpática. Verla por la primera vez desde ese punto ó desde la Loma del Zapote, y desear bajar para mirarla más de cerca, para refugiarse en sus nidos blancos, todo es uno. Se ve larga, como acostada y dormida en suave colina. Las torres de su Catedral son muy esbeltas y pocos metros menos altas que las torres de las nuestras. Muchas otras torrecillas y cúpulas de capillas, empuñanse como asomadas á las espaciosas azoteas de las casas. No hay ningún río caudaloso en que Morelia pueda verse, porque no es coqueta ni presumida, sino humilde. Está acostada cuan larga es, á semejanza de una segadora rendida por el can-



en cuenta que los árboles de nuestra Alameda de México, en la actualidad, no llegan á dos mil. El bosque de San Pedro es majestuoso, imponente, hermosamente triste. Más que paseo, se me figura aquel un enorme monasterio de árboles. Tienen éstos, en ese sitio de meditación y de quietud, no sé qué aspecto cenobítico. Cuando el viento agita sus hojas, se escucha como colosal murmullo de oración, como un salmo cantado á media voz por sinnúmero de monjes en algún coro gigantesco, cuya sillería nos imaginamos que es de ébano. ¡Qué felices son los morelianos, puesto que tienen la soledad tan cerca de ellos! Todo en ese bosque es intrincado, enmarañado; y todo en él está inculto. He pasado allí las últimas horas de la tarde, y llegué á creer que la noche no bajaba á aquel sitio agreste, sino que salía de él, como una hamadriada sale de la hendidá encina para ir á la ciudad. Algunas de sus grandes calles, de sus grandes bóvedas, parecen túneles de hojas: en el fondo se ve un pequeño arco azul. . . . . es la luz que se va, y antes de irse se asoma para ver quién queda adentro del bosque.

Aquí y allá se encuentra una que otra banca de piedra, no hechas para rozar la falda leve de una muchacha enamorada, sino la burda estameña de algún hábito monacal. Instintivamente se busca el convento que ha de estar no lejos, y se espera el encuentro con algún fraile pensativo que pasee, breviario en mano y camándula al cinto. Cae la noche y obsérvase entonces el efecto de luz que recordé al contemplar las torres iluminadas de la Catedral: incontables luciérnagas culebrean, mariposean ó se fijan y mueren en la yerba. Nada más bonito que éstos volantes *no me olvidés*. En algunos trechos, parece el campo alfombrado con hojas de violeta que se transparentan iluminadas por abajo. Se diría que muchos duendes retozones, por pasatiempo, se ocupan en encender átomos de aire y en apagarlos, apenas encendidos. Otras veces están las luciérnagas paradas momentáneamente en las oscuras hojas, y tal creemos que nos ven las hojas. ¡Y tiene algo de beso esa mirada que dura! Hay mucha sombra: no se ve nada; pero vemos luciérnagas, es decir, vemos el aire.

Así me figuro el limbo de que hablan los místicos: ¡una atmósfera hecha de luciérnagas!

Saliendo del bosque de San Pedro, se entra á lo que llaman la calzada. Más de quinientos metros tiene esta calzada, que es una larga calle, de fresnos. A ambos lados tiene hileras de bancos ó lunetas de piedras. Atrás de esas bancas y á poca distancia de ellas están las casas á donde van á veranear las familias acomodadas de Morelia.

Se respira con amplitud y fuerza en aquella frondosa nave. De cuando en cuando pasa el tranvía, y ese nos lleva, material y moralmente, á la ciudad. Menos nos habla de civilización y de cultura urbanas, la luz eléctrica con que alumbran la calzada, porque al cabo y al fin la luz eléctrica tiene mucho de fantástico. Los focos, suspendidos de los árboles, pueden hacernos creer que aquel lugar está alumbrado con las lunas viejas que envejecieron y fueron dadas de baja en el año.

En un extremo de la calzada está la plazuela de Villalongín: se llamaba antes "de las Animas," y lleva ahora el nombre dicho antes, en memoria de un hecho insigne. "Hubo un tiempo—dice el Sr. de la Torre—en que la iglesia de las Animas, después de cerrada al culto, se destinó á reclusión de señoras, y la esposa del insurgente Villalongín, perseguido por el gobierno español, fué encerrada en aquella, con la mira de obligar por este medio á su marido, á que depusiese las armas; el jefe Villalongín, lejos de desistir de sus patrióticos propósitos, acompañado de su asistente penetró un día á la ciudad, salvando los puestos militares, y extrajo de la reclusión á su esposa, con gran sorpresa de los guardias y de la población entera."

¡Cuántos otros serían capaces de ejecutar el propio acto de heroísmo, para dejar en reclusión á sus mujeres!

En esta plaza de Villalongín ó de las Animas, nos abocamos á la ciudad. Ya está allí la gran arteria de Morelia; se ven las luces de las tiendas, los escasos transeuntes; mas, sin medio de evitarlo, volvemos la vista atrás, buscando al monje que debe de acompañarnos. Allá, en el otro término de la calzada, está el

santuario de Guadalupe, y aunque cerca de él se ve el lindo jardín azteca, modernísimo, elegante, trazado y hecho durante el gobierno del Sr. Jiménez, no podemos sacudirnos la impresión monacal que llevamos encima. Por añadidura pasan al lado nuestro—voy con vd., lector—hombres envueltos en anchas capas y que, ó son sacerdotes, ó lo fueron, ó van á serlo.

Todo en Morelia, y á pesar de la estatura de Ocampo, es clerical. Y allí sin duda el clero fué muy rico y aún conserva restos de su opulencia. Lo dicen los treinta templos, entre templos propiamente dichos y capillas, que existen todavía, amén de los extinguidos; lo dicen las ruinas de esos conventos tan grandes como las del Carmen; y las suntuosas fábricas levantadas allí por jesuitas, ó por frailes. Lo que es ahora Escuela de Artes, y por cierto hermosísimo edificio, fué antaño colegio de jesuitas. Lo que es ahora Palacio de Gobierno, fué Seminario, y en él se educó Ocampo. Y para no intrincarnos ni hacer referencia á otros grandes conventos como el de San Francisco y muchos más, básteme citar las construcciones nuevas emprendidas recientemente por el clero: el soberbio Seminario y el Colegio de Guadalupe destinado á la enseñanza de las niñas.

Pero estas instituciones eclesiásticas, así como las civiles ú oficiales merecen capítulo aparte. El lector ha de estar cansado; y ¿cómo no, si yo, que me quiero más y me oigo más que él á mí, lo estoy también?

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

## EL MANZANILLO.

### I

Del Puerto del Manzanillo, y á la orilla del camino que va para Colima, se extiende en un espacio de diez leguas la laguna de Cuyutlán. El viajero que acaba de pasar los espléndidos bosques de cocoteros, de camichines y de chicos zapotes que bordan el camino, formando los palmares los más bellos mosaicos de sol y sombra, mientras los camichines gigantesos extienden una multitud de ramas verdes, y los chicos embriagan con el aroma de sus frutos; el viajero, decimos, que ha dejado atrás los preciosos pueblos de la costa, con sus casas de tejas, todas con sus portales y sus hamacas en ellos, en donde á la sombra duerme indolente el hombre de los países cálidos; y ha atravesado por fin el hermoso río de la Armería, que formando cascadas espumosas de plata va ya grueso y poderoso á perderse en el mar, y se atavía de sus más bellos colores, y de sus más bellos acentos para hundirse en el Océano, como la novia cubre su frente con el velo virginal y adorna sus encantos para arrojarse en los brazos de su prometido; ese viajero, siente después una tristeza invencible y profunda cuando llega al borde de la laguna, que se pasa en su parte más angosta, para tomar el otro lado del camino de que hemos hablado, y se extiende hasta el puerto entre el mar y la misma laguna. Antiguamente había un camino de tierra, á semejanza de los diques de nuestros lagos del Anáhuac, el cual servía para

santuario de Guadalupe, y aunque cerca de él se ve el lindo jardín azteca, modernísimo, elegante, trazado y hecho durante el gobierno del Sr. Jiménez, no podemos sacudirnos la impresión monacal que llevamos encima. Por añadidura pasan al lado nuestro—voy con vd., lector—hombres envueltos en anchas capas y que, ó son sacerdotes, ó lo fueron, ó van á serlo.

Todo en Morelia, y á pesar de la estatura de Ocampo, es clerical. Y allí sin duda el clero fué muy rico y aún conserva restos de su opulencia. Lo dicen los treinta templos, entre templos propiamente dichos y capillas, que existen todavía, amén de los extinguidos; lo dicen las ruinas de esos conventos tan grandes como las del Carmen; y las suntuosas fábricas levantadas allí por jesuitas, ó por frailes. Lo que es ahora Escuela de Artes, y por cierto hermosísimo edificio, fué antaño colegio de jesuitas. Lo que es ahora Palacio de Gobierno, fué Seminario, y en él se educó Ocampo. Y para no intrincarnos ni hacer referencia á otros grandes conventos como el de San Francisco y muchos más, básteme citar las construcciones nuevas emprendidas recientemente por el clero: el soberbio Seminario y el Colegio de Guadalupe destinado á la enseñanza de las niñas.

Pero estas instituciones eclesiásticas, así como las civiles ú oficiales merecen capítulo aparte. El lector ha de estar cansado; y ¿cómo no, si yo, que me quiero más y me oigo más que él á mí, lo estoy también?

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

## EL MANZANILLO.

### I

Del Puerto del Manzanillo, y á la orilla del camino que va para Colima, se extiende en un espacio de diez leguas la laguna de Cuyutlán. El viajero que acaba de pasar los espléndidos bosques de cocoteros, de camichines y de chicos zapotes que bordan el camino, formando los palmares los más bellos mosaicos de sol y sombra, mientras los camichines gigantesos extienden una multitud de ramas verdes, y los chicos embriagan con el aroma de sus frutos; el viajero, decimos, que ha dejado atrás los preciosos pueblos de la costa, con sus casas de tejas, todas con sus portales y sus hamacas en ellos, en donde á la sombra duerme indolente el hombre de los países cálidos; y ha atravesado por fin el hermoso río de la Armería, que formando cascadas espumosas de plata va ya grueso y poderoso á perderse en el mar, y se atavía de sus más bellos colores, y de sus más bellos acentos para hundirse en el Océano, como la novia cubre su frente con el velo virginal y adorna sus encantos para arrojarse en los brazos de su prometido; ese viajero, siente después una tristeza invencible y profunda cuando llega al borde de la laguna, que se pasa en su parte más angosta, para tomar el otro lado del camino de que hemos hablado, y se extiende hasta el puerto entre el mar y la misma laguna. Antiguamente había un camino de tierra, á semejanza de los diques de nuestros lagos del Anáhuac, el cual servía para

atravesar la laguna; pero las víboras lo horadaban con facilidad, y los caimanes y lagartos les ayudaban á destruirlo. Hoy, y á pocas varas de esa antigua calzada, hay un puente de madera sostenido por grandes estacas. El ruido que en él hacen las pisadas de las mulas que lo atraviesan, desconfiadas, con el ojo listo y las orejas paradas; la laguna que se extiende, por decirlo así, árida á nuestra vista; y el espectáculo raro, para quien por primera vez lo mira, de la multitud incontable de lagartos que se agrupa debajo del puente, como esperando algún deslíz de la mula para tragarse al jinete, multitud que parece un agrupamiento de troncos pardos de árboles; todo esto causa una extraña melancolía. Parece que se va á dejar atrás el mundo de la vida y de los ensueños, para ir á emprender no sabemos qué peregrinaje de tristeza por arenosas y desiertas playas.

## II

El camino costea la laguna y tiene un peligro como los caminos de los tiempos heroicos de la Grecia; pero no es una esfinge en espera de un Edipo que resuelva el enigma, ni una serpiente Pytón que recibirá las flechas del arco de plata de Apolo; es un enemigo que no se ve, que no se siente y que no se puede matar: la fiebre. Las diez leguas de la laguna, son diez leguas de putrefacción y de miasmas, que inoculan el mal al pasar.

En cambio tiene sus encantos. El tumbo inmenso del mar se escucha con solemnidad. El ruido del mar siempre encanta, porque el ruido del mar no es monótono. El mar canta una epopeya, sin repetir jamás la misma estrofa.

De trecho en trecho se encuentra también bellísimos trozos de vegetaciones; y es muy agradable en la noche pasar frente al pueblecito de Cuyutlán, donde se abrigan los trabajadores que sacan de la laguna la famosa sal de Colima; con las luces de las chozas, toma cierto aspecto fantástico de leyenda alemana. Allí va la gente trabajadora de Colima á sacar sal y enriquecerse, ó

morirse de fiebre. La gente rica y bien acomodada va á tomar los baños de mar. Es curioso ver una cadena formada por cien ó doscientas personas que se van á bañar, y se toman de las manos para poder resistir la poderosa ola que viene á azotarlos hasta la playa; y todo esto confundidos los hombres con las señoras. Allí no ha tenido aún que inventarse el pudor, porque existe todavía la virtud.

## III

Por fin, se llega al Manzanillo por una vereda en que casi van pisando las mulas el agua de la laguna. Esta presenta allí un diferente aspecto. En la mitad de su extensión tiene islas frondosas, pobladas de las aves más raras y hermosas que conoce la Historia Natural.

El Manzanillo está colocado entre las aguas del mar y unas pequeñas eminencias que forman la línea que lo divide de la laguna. Este puerto que produce tanto dinero en su aduana, se compone de unos cuantos jacales de madera esparcidos sin orden sobre la arena, y de dos pequeñas casas de madera también pertenecientes á dos compañías alemanas.

Para ir de un jacal á otro, se anda hundiéndose en la arena, fría y húmeda en la noche, y abrasadora en el día. No hay cosa más molesta que marchar hundiéndose en la arena de la playa de los mares. Va uno haciendo el más triste papel de cojo que puede imaginarse. Por eso nos ha dado tanta lástima el pobre turco de Carpio, á quien, sin duda para colmarle sus desdichas, pinte yendo á lo largo de la triste playa, arrastrando el alfanje por la arena.

Y sin embargo, en aquellos jacales se encierran capitalistas que no tienen una chaqueta; pero que tienen medio millón de pesos; y continuamente se ven llegar con las velas desplegadas y la proa blanca, hermosos y elegantes bergantines, arribados de Hamburgo con una navegación de doscientos días, y que después de haber atravesado el estrecho de Magallanes, casi dando

vuelta al mundo, llegan al puerto como los cisnes que en la tarde vuelven en manso vuelo á dormir á las rocas, arrullados por el gigantesco vaivén de las olas.

Los buenos hamburgueses tripulantes de esos buques, preguntan si para tales chozas traen tantos millones de pesos en mercancías; y cuando se les contesta que son para Colima, ciudad distante noventa millas de allí, se asombran más aún. Esos tranquilos marinos no comprenden un viaje de noventa millas sin ferrocarriles.

## IV

Es tan diferente de la nuestra la vida de aquellos hombres de la costa, que sin verla no podemos figurárnosla, nosotros, hombres de las ciudades. Aquí tenemos la vida monótona de un reloj bien arreglado. Sujetamos á marcha fija todos los pasos que damos en el día; y aun nos señalamos de antemano lo que debemos pensar. Los habitantes de la orilla del Pacífico, son más reyes de la creación que nosotros. El magnífico y voluptuoso calor no les exige la esclavitud de trajes y modas que á nosotros. El alimento está pendiente de los árboles. Los cocos mitigan su sed. En fin, á la sombra de dos datileros se columpian en su hamaca, teniendo por horizonte un mar sin límites, de espléndido manto azul que mueve sin cesar, como para distraer la vista del costero, que poética y melancólica vaga sobre la inmensa extensión de las aguas, ó se detiene en los colores caprichosos formados por el sol en los peñascos, ó en las lejanas velas blancas perdidas en el confín del horizonte como palomas que juguetean en el agua. Aquellos hombres trabajan con afán en la descarga de un buque. Se les ve todo un día trasportando los tercios á la playa; y hundiéndose en el agua cuando no pueden llegar las embarcaciones á la orilla, porque en el Manzanillo aun no hay un muelle; y después, cuando el buque ya descargado zarpa del puerto, se entregan al placer y á las fiestas hasta consumir su último centavo.

Las fiestas tienen allí una fisonomía particular, como la vida misma de aquellos hijos queridos del mar. Vamos á procurar pintar uno de esos días de fiesta, si es posible describir su originalidad.

## V

En la mañana, todos los hombres de á caballo, montan y se van al rancho del *tío* que ese día recibe la fiesta, para traer los toros que los más guapos muchachos han de capear y jinetear. Todos van en antiguas y negras sillas vaqueras, llevando la reata obligada. Los viejos envuelven sus cabezas con un *pañito paliakat* á cuadros, y los cubren con sombreros de fieltro negro que les caen patriarcalmente de ambos lados de la cara. Ese día los guapos se ponen las chaquetas de paño (hay algunas color de verde botella que podemos llamar clásicas) y van con sendas cañas ornadas de *mascadas* á acompañar á las señoras á recibir los toros. Estas forman una verdadera mascarada: unas van á la mexicana sobre la silla vaquera, puesto un ceñidor de la teja á la cabeza para colocar el pie izquierdo, y la pierna derecha doblada sobre el fuste; y la jinete con el rebozo terciado y el sombrero jarano sobre el peinado sencillo de trenzas. Otras en algún albardón viejo traído por una americana de San Francisco, enseñando sus pies con zapatones, y adornadas ya con un inmenso gorro, ya con algún sombrero de paja cubierto por una cascada de cintas verdes, amarillas, rojas, negras y azules; de manera que á alguna distancia se cree de buena fe que esas señoras llevan en la cabeza un papagayo. Todo lo que hay de más ridículo lo aceptan con la sencillez propia de sus buenos corazones.

Y en medio de los gritos y del alboroto consiguiente á tales fiestas, salen á recibir los toros hasta el otro lado de la bahía, en donde se extienden dilatadísimos bosques de cayacos, formando como un cerco de esmeraldas al zafiro azul de las aguas del puerto.

Por fin, llegan los toros en medio de descomunales vivas, de

incontables detonaciones de cohetes, y de la música del pueblo, música de viento en la cual predomina la tambora y el chinesco.

Jamás emperador, rey ni libertador alguno ha sido recibido con alegría más cordial y más sencilla.

Los toros son entre nosotros la sola diversión del pueblo. Luchar con fieras fué para los romanos la última señal de su degradación. El César, después de recibir á las legiones victoriosas, pensaba que esos hombres libres y valerosos podrían recordar las glorias de la República, y los mandaba á entretenerse con los sangrientos espectáculos del circo. El circo servía también para distraer el hambre del pueblo. Para sostener una corona se arrojaban hombres á ser despedazados por las fieras. Los emperadores alimentaban su poder con la sangre derramada por los ciudadanos en el campo de batalla, y continuaban haciéndola derramar en el Coliseo: habían visto que el remedio era bueno.

No hay duda de que con esto la civilización daba un paso atrás. De las fiestas olímpicas de los griegos al circo de los romanos, había la distancia del antropomorfismo, apoteosis del hombre, á su más grande degradación.

Las espartanas corriendo en la plaza pública para hermosear su cuerpo con el ejercicio; los más bellos atenienses, yendo, ya á las fiestas ístmicas, ya á Olimpia, ya á los campos donde se levantaba grandioso el templo de Delfos, á conquistar una corona de encina, formaban por lo menos su gloria en el desarrollo de la parte física del hombre. Los griegos perfeccionaban al hombre, mientras los romanos lo sacrificaban; los griegos iban aún más allá en sus fiestas, se reunían para fraternizar, y durante ellas suspendían las guerras: los romanos hacían luchar á los hombres con las fieras para ayudar las ambiciones de sus amos y aletargar al pueblo, continuando en el circo la matanza de los campos de batalla.

No puede disputarse que esto fué retroceder. Pero ¿ha sido lo mismo con las corridas de toros?

El hombre había bajado más y más. Estaba casi en el último escalón de la degradación humana. A la lucha del hombre con las fieras, había sucedido la lucha del hombre con el hombre. El torneo fué un paso más á la barbarie. Poco antes horrorizaba al poeta la vista de millares de romanos que olvidando sus gloriosos triunfos y la grandeza de la patria, se divertían tan sólo en ver cómo se manchaba la arena con las entrañas que á sus semejantes habían arrancado los tigres de la Libia; y después en un campo cerrado adornado de pendones y bellas banderolas, á cuyo derredor se levantan lujosas é improvisadas graderías, sobre tapices de Persia y en riquísimos escabeles, se sientan hermosas y altaneras damas, que van á sonreír mientras los plebeyos aplauden frenéticos, cuando dos caballeros, tomando campo, se precipitan lanza en ristre y visera calada, el uno contra el otro, y á tan tremendo choque ruedan ensangrentados en la palestra. El supremo goce lo forma la tremenda maza que como el rayo se desploma sobre la frente del adalid desarzonado, y rompiendo el casco de acero, le tritura el cerebro.

Pueblos que tenían tales goces, y que distraían sus ocios con los autos de fe, viendo quemar en las hogueras de la Inquisición á sus hermanos, daban un paso hacia el progreso volviendo á luchar con las fieras y suprimiendo la matanza de hombres entre sí.

Además, sus instintos valerosos y, si quiere decirse, sangrientos, necesitaban contentarse de alguna manera. Pero no fué el hombre arrojado á la fiera, no; fué el hombre luchando con ella y vencéndola, el hombre que satisfacía sus instintos de valor, el pueblo que educaba su corazón y lo fortalecía; mas ya con el menor sacrificio posible de humanidad.

Los toros han venido á ser un progreso en la historia.

¿Pero es ya tiempo de que se dé otro paso más en esa senda, y los suprimamos? Aquí entra una cuestión social, no ajena de este lugar: describimos costumbres, y debemos examinarlas.

## VII

Quando no se da á los pueblos una educación suficiente, quedan vivos en ellos algunos instintos naturales que sólo la ilustración domina. Se ha dicho que el hombre es el lobo del hombre. Por lo menos el hombre no educado, se entrega á las pasiones y acaba por matar al hombre. La ignorancia de las masas produce como resultado necesario el asesinato por costumbre.

Pues bien; cuando el pueblo no está instruído, y por lo mismo no tiene manera de entretener su inteligencia y sus instintos, los gobiernos deben hacerlo. La diversión pública llena ese vacío; pero para ser eficaz es indispensable que sea una diversión del agrado del pueblo. Bajo este aspecto son necesarios los toros. Suprimidlos, y el pueblo, sin un espectáculo donde desahogue sus instintos de matar, se irá á matar á sí mismo.

Instruídlo ó dejadlo divertir. Tenéis una humanidad y una filosofía curiosas. No queréis que se mate á un toro, y no os parece mal que los hermanos se maten entre sí. Mañana predicaréis el ayuno, porque no se sacrifiquen corderos ni terneras. Al pueblo se le gobierna, no con teorías, sino con filosofía práctica: la historia nos lo enseña.

Por eso el buen pueblo del Manzanillo, el cual como todos los pueblos, tiene mejor instinto que los gobernantes más sabios, recibió, según habíamos dicho, á los toros, con las mayores muestras de regocijo.

## VIII

Como es de suponerse, en el puerto de Manzanillo no hay plaza de toros; y no digamos una plaza de mampostería como la de Morelia, pero ni siquiera de tejamaniles podridos como la de nuestra Capital. Allí se improvisa un cuadrado de vigas en el lugar más ancho de la playa, formando una especie de huacal de la

altura de un hombre, en donde se encierran el toro y los aficionados, mientras el público se coloca buenamente del lado de afuera para contemplar la corrida. Por supuesto todos están al rayo del sol, y encuentran muy divertido ahogarse de calor, y recibir en los ojos las nubes de arena levantadas por el toro al rasar enfurecido el suelo.

Nada más un pequeño tablado se levanta cubierto de un trozo de vela que le da sombra, y sirve para la aristocracia del puerto. Y no se admiren nuestros lectores de que con tan pocos habitantes haya allí aristocracia; porque son tan bellos los instintos del hombre, que si se encuentran dos en un desierto, el uno querrá dominar al otro y constituir la aristocracia de aquella soledad.

A la llegada de las fieras, corren todos á ocupar sus puestos para ver el toro de once, el cual sirve, digamos así, de almuerzo á la corrida. El lado exterior del huacal descrito, se cubre de multitud de costeñas y pescadores, que Dios sabe si ven los toros, ó si se dedican á otras alegrías.

Es de ver la algazara y gritería de aquellos espectadores, ya sea que el toro haga rodar en el polvo al mejor capeador de los ranchos (el cual capea no con capa, sino con zarape), ya sea que lo jinetee el más querido de los boteros de la bahía, á quien no puede tirar el toro, y bien agarrado del pretal, antes se hace pedazos la cara contra el lomo del becerro, que caer. ¡Cuánta felicidad la de esos jinetes que con la cara inundada de sangre, se creen dichosos como un rey!

No hay que hablar de la algarabía de las mujeres cuando el toro se acerca á las vigas, contra las cuales están recargadas viéndose: corren inmediatamente dando gritos, á refugiarse al lado de los hombres.

Las mujeres son raras; huyen de un toro que no las pueden alcanzar, y se van á arrojar en los brazos de un hombre, más temible que el toro.

## IX

Todos conocemos las sensaciones terribles, producidas por una corrida de toros, así como las mil peripecias de ella: abandonaremos, pues, la plaza improvisada, é iremos á la casita del tío Pedro, que recibe ese día al pueblo. Debajo del portal se ha puesto la mesa, cubierta con limpiísimos manteles, porque la limpieza es característica en las gentes del mar. Como son hijos del agua, no le tienen miedo. No habiendo sillas suficientes para toda la concurrencia, ponen alrededor de la mesa cajas de vino para que sirvan de taburetes. Los costeños encuentran admirable el agua para bañarse en ella; pero ni la más dulce les parece buena para beber. Por eso tienen tantas cajas de vino vacías.

Sobre la mesa humea la gigantesca cazuela de morisqueta, que deja ver sobre su mar de arroz alones y piernas de pollo, y pedazos de carne asada. A los lados se levantan homéricos cántaros llenos de tuba. La tuba es el sabroso licor de la palma, y que tanto en su color como en su sabor es algo parecido á nuestro pulque.

Entre los manjares del país se colocan latas llegadas de California, y buenos vinos de Jerez y de Oporto. Solamente falta en esas mesas el pescado fresco, es decir, lo único que aquellas gentes tienen á la mano. No lo toman porque ellas mismas tienen que pescarlo; y por indolencia prefieren tomar el de San Francisco, aun cuando no sea fresco, tan sólo porque se los llevan.

## X

Rehusamos pintar la alegría franca de la comida; los brindis entusiastas de los marineros más ilustrados, que en sus viajes han aprendido tan elegantes costumbres; el comer con los dedos de la multitud; el mirarse y sonreír de los enamorados; el beber cognac de los hombres de experiencia; y la ansiedad de las viejas porque llegue la hora del juego.

Allí toda fiesta concluye con albures. Y todo el día y toda la noche se sigue jugando, mientras los jóvenes bailan en el portal la zamba cueca y la zamba chilena. Estos también van allí á jugar, aunque una moneda de más precio que se llama corazón.

Dejemos, pues, pasar el juego y los toros de la tarde, y vamos al baile.

## XI

El baile es también en el portal de la casita del tío Pedro: espléndido salón que tiene por paredes las colgaduras del firmamento, tachonadas de estrellas; por alumbrado un mal quinqué, y la luna que eleva encima del horizonte su fanal de plata; y por orquesta las arpas acompañadas por la gama armoniosa de las olas.

Para bailar se coloca un gran cajón vacío, el cual se procura que sea lo más alto posible. Alrededor se sientan en bancos los circunstantes, dejando el lugar de preferencia á los tocadores de arpas.

Todas las muchachas del puerto empiezan á llegar: se han puesto sus trajes de más lujo; llevan sus enaguas ligeras, verdaderamente aéreas, de gasa; unas botines, otras zapato bajo mexicano; camisas muy blancas de cambray, bordadas ó llenas de randas; y magníficos rebozos de seda importados de Jalisco, y aun algunos exquisitos de bolita comprados para regalo en el Valle de Santiago. No adornan sus cabezas con flores; pero llevan en su cara un par de ojazos negros que despiden rayos tropicales, capaces de hacer derretir la misma frente de hielo del volcán de Colima.

En cuanto á los hombres, van con descuido, y sólo dispuestos á lucirse en el zapateado, con el cual hacen retumbar el cajón en que bailan.

Allí se baila de una manera muy diferente de la nuestra. Se empieza á tocar el arpa, acompañando el *son* con redondillas cantadas, llenas de sal y de originalidad; é inmediatamente se le-

vantan la mujer y el hombre que quieren, y sin invitarse suben al cajón; y mientras la mujer hace los más difíciles tejidos de pies en un extremo, el hombre, con tremendos golpes y sacudiéndose con furia, recorre todo el cajón hasta romperlo. Si alguno se cansa, se baja sin ceremonia, y deja al compañero sólo, y sube otro hombre ú otra mujer á ocupar su puesto. A veces sucede que alguno de los concurrentes tiene impaciencia por bailar, y buenamente se sube al cajón delante de la persona que baila, la cual tiene entonces que bajarse.

Así pasan aquellas gentes seis y siete horas, sazizando el baile con copas de cognac.

Ya hemos dicho que el Manzanillo tiene veneno en el aire. Después de uno de estos bailes se ve pasar á las muchachas amarillentas y ojerudas; en la tarde se mueren; y en la noche sigue el baile, para que sigan los entierros al día siguiente.

La autoridad tiene muchas veces que intervenir para suspender esas fiestas mortales.

## XII

Como se ve, el Manzanillo no es por cierto un paraíso; y sin embargo, está llamado á ser de una grande importancia. Posee una bahía muy extensa, y tan bien guardada, que sus tranquilas aguas parecen más bien las ondas tranquilas de un lago. En la tarde, semeja el cristal rizado de una fuente. Las gaviotas lo rozan ligeramente; y las garzas blancas, paradas en la playa, agachan su pico, cuando llega la ola á bañar sus rojas piernas, para tomar el pececillo que las alimenta, y alzan su coronada cabeza mientras la ola se retira y vuelve. El agua en su apacibilidad forma círculos concéntricos, ya sea que la muevan los remos de un bote, ó algún pelicano al zambullirse. Esos pelicanos oscuros, que agobiados por su colosal pico se dejan llevar perezosamente por el movimiento de las ondas, nos han parecido siempre el pensamiento triste de los mares.

La bahía es profunda; hemos visto un vapor de guerra llegar

á tiro de fusil de la arena, y los buques de poco calado llegan casi á tierra. Muy poco costaría, por lo mismo, hacer un muelle.

Hace algunos años está tirado allí un faro, sin que se haya colocado en el peñón que sirve de vigía, y se levanta á la izquierda del puerto.

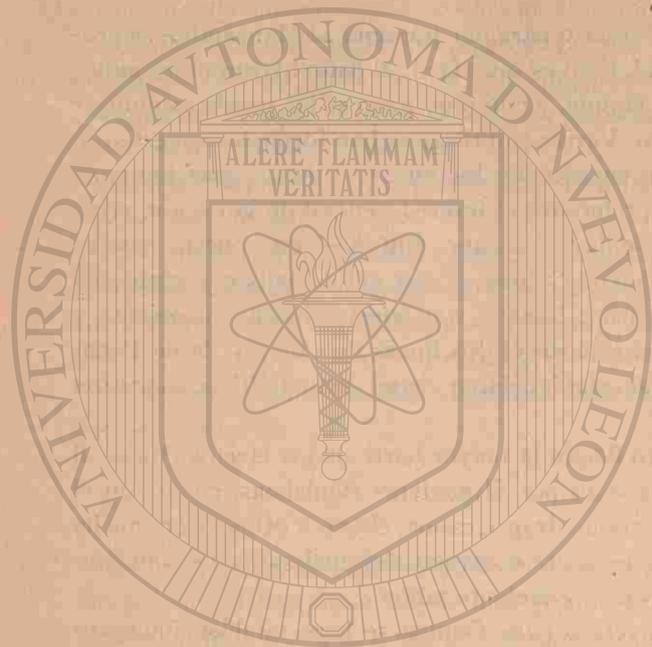
Pero lo más necesario para dar porvenir al Manzanillo, es procurarle salubridad. Esto es muy fácil; el daño lo causan las aguas estancadas en la laguna, y con muy poco se las puede comunicar con las del puerto. Varias empresas se han formado con este objeto, pero han tropezado con los intereses de los cosecheros de sal. Mas siendo preferente el interés general de la nación, creemos que pronto se llevará á cabo. Entonces este puerto, que ya surte á los Estados de Colima, el Sur del de Jalisco y gran parte del de Michoacán, llevaría sus efectos hasta Guanajuato y Querétaro. Hoy tocan en él dos líneas de vapores: la de Panamá y otra especial establecida en virtud de una última concesión del Gobierno.

Por este puerto llegan la mayor parte de los efectos chinos al país; y ya se exportan por él maderas riquísimas, como son el palo de tinte, sangre de drago, caoba, ébano y otras; y en mucha cantidad el coco de aceite ó cayaco, del cual sacan los americanos magnífico aceite y excelente jabón.

Un camino carretero para Colima se hace también indispensable. Hoy se recorre á caballo ó en mula, y no son muy afectos á caminar de ese modo los habitantes del Manzanillo. Esos hombres, acostumbrados á sostenerse en el lomo de ese gran caballo encabritado que se llama Océano, ven con desdén nuestra vanidad de jinetes.

Aquellas gentes viven en la libertad y en el placer; es preciso que vivan en la comodidad y en los goces tranquilos de la civilización. Aquel puerto está abierto á un porvenir grande; es preciso que lo realice en la paz y la abundancia.

ALFREDO CHAVERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

---

## LA SIERRA DE DURANGO.

---

### I

La antigua Guadiana, capital de la provincia de Nueva Vizcaya, y hoy del Estado de Durango, es una población simpática, colocada á las márgenes de un río y al pie del famoso cerro del Mercado. Por donde quiera que se llegue á ella, hay que atravesar el desierto, cuya soledad custodian los indios bárbaros. El cerro del Mercado, que se puede decir que es todo de fierro, es una de las riquezas que el porvenir reserva á nuestro país. Con sus piedras, ó más bien dicho, con su fierro, están formadas las calles de Durango. Se ha calculado que con el valor de ese solo cerro se podría formar al mundo una doble cintura de pesos mexicanos.

Muy someramente diremos que Durango es una de las poblaciones más adelantadas del Interior; sus habitantes son tal vez los más hospitalarios de la República; poseen muy finas maneras; y muy afectos á divertirse, pasan la vida en bailes y en conciertos. Allí, después de mucho tiempo, volvimos á ver el espantoso sombrero negro, que nuestra gente del pueblo ridiculiza tan bien con el nombre de sorbete. Los duranguenses hacen gala de vestirse lo mismo que si estuvieran en México.

Las casas de la ciudad son casi todas bajas, pero amplias y cómodas. Los edificios religiosos son hermosos. Nosotros tuvi-

mos el gusto de ver la iglesia de San Francisco, en compañía del bravo Patoni, de ese héroe de Leyenda, que atravesaba solo la Sierra con su rifle de 20 tiros á la espalda, y al cual sólo pudo matar el asesinato: allí los santos habían sido sustituidos por cañones rayados, y los altares por pilas de granadas; la ciudadela de los frailes se había convertido en el templo de la guerra.

Durango tiene un teatro, que es el segundo que se edificó en el país; una plaza de toros, un baño llamado las Canoas, y no sabemos cuántos edificios públicos más, porque apenas pasamos por la ciudad; y además, desde que llegamos nos encontramos flanqueados por agradables botellas de Champagne, y durante los ocho días que allí estuvimos, no nos abandonaron esas buenas amigas de nuestros amigos de Durango: pasamos la vida en almuerzos, comidas y bailes, y por eso es que nuestros recuerdos están como estaban nuestros ojos, algo turbios.

Pero sí recordamos un hecho original. Todos saben que Durango es la tierra de los alacranes, y que al año se matan millares de ellos: el Ayuntamiento paga á los muchachos un tanto por cada docena que entregan; los presentan vivos dentro de una botella. Cuando menos se piensa, los muchachos hacen una irrupción en las casas, armados de su botella y de su vela, y empiezan sin ceremonia ninguna á llenar la primera de alacranes. Para que el Ayuntamiento les pague las docenas de alacranes que presentan, deben llevarlos vivos dentro de su botella. Pocos días antes de que llegáramos, un muchacho, al llevarla á presentar, tropezó y cayó con ella; en el instante se esparcieron por su cuerpo los alacranes, y en el momento quedó muerto.

Los alacranes viven del lado del río donde están las casas de los ricos, y casi nunca, según nos contaron, se les encuentra del lado en que están esparcidas las chozas de los pobres. Los alacranes en Durango hacen la compensación que hay siempre en los goces y sufrimientos de todas las clases de la sociedad. Ningún joven enguantado, ninguna dama que, envuelta en las nubes del raso blanco de su traje de baile, vuelva en la noche á su casa, se atreverá á llamar con su mano á la puerta, de miedo

de encontrarse con la lanceta venenosa de un alacrán. Ningún viejo solterón se atreverá á acercar sus labios á la reja para besar la mano de su amada, de temor de encontrar en el frío hierro sus temidas antenas. Pero mientras á la luz de la vela la rica señorita ve entre sus almohadones de encaje, en los cuales no quiere que se aniden sino los dulces sueños, si se oculta el terrible arcnide, el pobre de la orilla del río duerme tranquilo mientras un rayo de la luna, que cuelga en el firmamento, se desliza á acariciar su frente á través del mal forjado techo de paja. Esto nos convenció de que decididamente el Dios de los cielos era un buen demócrata.

## II

No queremos dejar Durango para empezar á subir la famosa sierra, sin contar antes á nuestros lectores cuántas cosas pasaron en el estreno del cajón de ropa de Arregui. Este buen hijo de la Península Ibérica comprendía que era un grande acontecimiento abrir las puertas de su "Puerto de Mazatlán." Meditabundo estuvo por largos días, empleando todo el tiempo que pasó en arreglar las mercancías y disponer los armazones, en considerar de qué manera solemnizaría más tan fausto acontecimiento. Tal vez soñaba en su acalorada imaginación que debería hacer tanto ruido como el sitio de Troya ó la toma de Sebastopol. Por fin llegó el tan deseado día; su magín había trabajado más que el alambique de un alquimista; pero todo estaba dispuesto, todo arreglado desde la vispera. A las once de la mañana rompió el fuego sobre la multitud que ocupaba el frente de su tienda, y no creais, lectores, que os engaño; que el buen comerciante había conseguido á fuerza de ruegos, que el buen Patoni le prestara media batería de piezas de montaña para solemnizar ruidosamente tan grande suceso. Pero como el asturiano, que asturiano debe haber sido, era buen católico, no quiso que se regocijase sólo el poder civil representado por la artille-

ría, sino también el poder eclesiástico representado por las campanas. En efecto, las detonaciones de las piezas fueron acompañadas por el repique á vuelo de las campanas de la catedral. Aquello era á un tiempo gusto de artillería y gusto de sacristanes.

¡Feliz tú, Arregui, que en un tiempo en que la unión del clero y del gobierno era imposible, cuando el primero peleaba por los franceses y el segundo por la independencia, lograste ponerlos conformes aun cuando sólo fuera en el placer de ver abierto tu cajón. El mundo seguirá rodando en el espacio, los años pasarán, y no será remoto que algún futuro Juan Mateos ponga por título á uno de los capítulos de cualquier novela que pase en Durango, por los tiempos de tu gloria: "de cómo un español con fe y sin miedo, estuvo á punto de conciliar el matrimonio civil con el eclesiástico."

A las descargas y á los repiques abriéronse las puertas, y la multitud fué recibida con botellas de Champagne y con jura de pañuelos y géneros.

Nosotros recomendamos á los comerciantes de México, cuyos cajones se ven diariamente vacíos, este modo de realizar, pues por experiencia hemos visto en Durango que le agrada mucho á la gente.

Largo sería contar todas las peripecias de esa fiesta, y sólo narraremos lo que más llamó nuestra atención. En el momento que cesaron las salvas y los repiques, el siempre famoso Arregui apareció en la azotea, y con no poco asombro de los espectadores, empezó á arrojar á la calle su sombrero, su levita, sus pantalones, y en fin, todo lo que llevaba sobre el cuerpo, hasta quedar como Adán en el Paraíso. Después volvió á vestirse todo de nuevo, y se irguió mirando orgulloso á la muchedumbre como diciendo: cáten ustedes en mí á otro hombre.

## III

Muy grandes son los preparativos que hay que hacer para salir de Durango y atravesar la sierra: como en más de tres días no se encuentra una sola cabaña, es preciso abastecerse de carnes frías, conservas alimenticias, frutas secas y vinos. A nadie se le ocurre viajar aisladamente por aquellas soledades en que no daría un paso sin que fuera atacado por los apaches; el camino se hace en caravana, se esperan los viajeros hasta que forman un número respetable, y todos reunidos emprenden una verdadera marcha militar hasta llegar á los desfiladeros de la tierra caliente.

Nosotros buscamos, como es costumbre, una buena mula de paso que nos condujera por las estrechísimas y peligrosas veredas de la montaña, en donde cualquiera otra cabalgadura nos habría precipitado con facilidad á los profundos abismos por los cuales atraviesa el camino. A la hora fijada, estábamos ya caballeros en una hermosa mula tordilla, ensillada con la clásica vaquera, de cuya cabeza cuelgan dos grandes bolsas de cuero para las provisiones, que llaman cantinas. Reunida estaba toda la caravana, que se componía de más de doscientas personas, de las que unas eran viajeros que iban á Mazatlán á embarcarse para San Francisco, otras éramos peregrinos de la emigración, otras jefes y oficiales que marchaban al lugar en que les destinaba el Gobierno para pelear contra la intervención, y otras, en fin, comerciantes y arrieros que conducían sus recuas de mulas cargadas de mercancías que llevaban al puerto. Nos acompañaba una fuerte escolta de infantería que custodiaba una conducta de plata.

## IV

A menos de una hora empieza á desplegarse el camino por la falda de la magnífica Sierra Madre, que como una culebra se extiende por toda América desde los Andes hasta las Rocallosas. La senda es estrecha y peligrosa y de una pendiente rápida, de tal manera, que en menos de ocho leguas la vegetación de la tierra templada desaparece para hacer lugar á hermosos y pintorescos bosques de encinas y madroños. Saliendo de Durango á las once de la mañana con una temperatura algo cálida, al caer la tarde atravesaba la comitiva un río helado, de donde parte una estrechísima rampa que, semejando la forma de un caracol, conduce á una hermosa plataforma que se eleva cortada á pico sobre el mismo río á una altura de más de doscientos metros.

Habiendo llegado nosotros unos de los primeros al punto de descanso, sentimos una impresión desconocida y grandiosa al contemplar desde aquella altura la caravana que se retorció á nuestros pies, apareciendo y desapareciendo por entre las calles de encinas, desplegándose sobre la nieve del río, y volviendo á retorcerse por las quiebras de la subida de donde desembocaba, formando un extraño ruido de alegría los gritos de los viajeros y los relinchos de las mulas. El corazón nos palpitaba de un modo inusitado al vernos por primera vez en el verdadero desierto, en esa inmensa soledad tan poblada de grandes pensamientos, de sublimes soplos que fingen en su sonido palabras misteriosas que parece pertenecen al idioma que habla el Eterno; mirando desarrollarse las quebraduras de las montañas en extensísimas selvas que murmuran con un murmurio gigantesco, no sabemos qué conversación entre sus hojas y el viento; selvas que se extienden y semejan en las ondulaciones de las copas de sus árboles, un mar alborotado, del cual se desprenden como isletas algunos picos de cerros sin vegetación. Allí se comprende la

magnífica imagen de Víctor Hugo, allí se conoce que la naturaleza es una Biblia abierta.

Por el Oriente se levanta la sombra de la noche, como si fuese el fantasma negro de aquellas montañas; por el Occidente, el sol se había hundido, y caía todavía su último rayo regando de diamantes las rocas, el cristal del río y las armas de la escolta que se había esparcido sobre la plataforma.

## V

De Río Chico, que así se llama el punto en que descansamos el primer día, se sigue subiendo el monte y se rinde la jornada en un hermosísimo bosque llamado el Madroño. Es lo más curioso que pueda verse la parada de la comitiva. Los arrieros descargan sus mulas y forman su hato con los aparejos, haciendo una fortificación dentro de la cual se colocan para defenderse en caso de ser atacados por los bárbaros. Como ningún viajero atraviesa el desierto sin su fusil á la espalda, se ven sobre los muros de jarra de esa ligera trinchera relucir los cañones, mientras en el centro los arrieros encienden una hoguera para cocer su comida, y á su derredor se sientan, departiendo en alegre y franca plática mezclada de ruidosas carcajadas. La tropa estableció su campo militar con sus centinelas de avanzadas, y el resto de los viajeros levantó sus tiendas de campaña. A nosotros nos habían formado una entre dos gigantes árboles. Tanto por el excesivo frío que mantiene siempre el agua en congelación, cuanto para ahuyentar á los lobos que en esos parajes abundan, al lado de cada tienda y en medio de cada hato se levantaba la llama de una hoguera que chisporroteaba consumiendo algún tronco de encino. Como la noche era oscura y el campamento extenso, por donde quiera que se dirigía la vista se miraban las cabelleras de fuego de las hogueras, que se sacudían tiñendo con un color de sangre las copas de los árboles, las tiendas de campaña y los hombres que vagaban por el

campo, y que parecían no sabemos qué especie de visiones de leyenda alemana. Se escuchaba un ruido confuso formado por el alerta de los centinelas, el relincho de las mulas que pastaban libremente, el ladrido de los perros, y á lo lejos el aullido de los lobos, y más lejos aún ese magnífico rumor que en las grandes soledades se escucha en las altas horas de la noche, y que podríamos llamar el tumbo del mar de la inmensidad.

Este modo de formar los campamentos de una manera militar, es absolutamente indispensable para evitar los ataques nocturnos de los apaches, y aun así repetidas veces han sido asesinados los viajeros en el centro de sus hatos, y arrancadas sus cabelleras. Apenas si las mulas se separan un poco; pero aun ellas vuelven volando al menor silbido de sus amos. Estos animales están perfectamente enseñados: al rendir la jornada los arrieros les ponen su ración de maíz en pesebres portátiles formados de jarcia y sostenidos por tijeras de madera; al concluir su cena las mulas se van á pastar, y se mezclan las de unos arrieros con las de otros, y sin embargo, cuando al día siguiente silban sus dueños, no se confunden, y corren separadamente las de cada amo á colocarse en una perfecta línea recta delante de su pesebre, para tomar el pienso de la mañana.

## VI

Cada día tiene el viajero un espectáculo nuevo y original, y lo inesperado de las sensaciones que experimenta, forman el encanto del viaje. El desierto presenta una nueva emoción; por muchas leguas se contemplan, á ambos lados de la senda, cruces fijas en el suelo ó clavadas en los troncos de los árboles, y osamentas humanas esparcidas por todas partes. No puede menos de sentirse pavor al mirar esos despojos del hombre, amarillentos y descarnados, que le están diciendo al transeunte el peligro en que se encuentra. Allí los viajeros como que se agrupan: la senda es ya ancha, pues se ha llegado al lomo de la sierra;

hermosa llanura de 15 á 20 leguas de latitud, que forma el espinazo de ese gigante de la naturaleza: así es que la comitiva, que poco antes se componía de los anillos de una cadena, entonces se repliega, y como que forma una columna compacta de defensa. Y sin embargo de que todos los caminantes van ya juntos, las risas y las conversaciones cesan y un silencio sepulcral reina en aquella soledad; tan sólo se oyen los pasos de las mulas, que con el ojo inquieto y las orejas paradas, están atentas al peligro como los jinetes.

No podríamos definir con nuestra débil pluma el consuelo infinito que se experimenta, cuando á la vuelta del camino, se encuentran los ojos de repente con el ranchito de los Coyotes: sus cuatro paredes sucias, dentro de las cuales en vano se buscaría una cama para descansar, ó viandas para preparar un almuerzo, parece que encierran la alegría; desde que se llega á ellas vuelven á sentirse la tranquilidad y el bienestar. Sin duda es porque el hombre nacido para la sociedad y la civilización, se encuentra en el desierto en un campo extraño á su actividad y destino; pero tan luego como á lo lejos mira en las soledades el penacho de humo que se escapa de la chimenea de alguna habitación, se siente otra vez en su campo de acción, en su vida providencial. El humo es siempre la señal de la existencia, es la bandera que ondea sobre la ciudad y que muestra á lo lejos el lugar del descanso, el hogar de la familia, la grandeza de la patria.

## VII

De los Coyotes se pasa á las Naranjas, y de allí al Salto. Este es un rancho cómodo con sus chimeneas en las salas, y con su patio con torres y almenas como un castillo de las orillas del Rhin. Colocado en una bajada de la montaña en medio de un bosque tupido, se figura la imaginación ver en las salas á los amantes trovadores, y semeja la arboleda fantásticas comitivas de cazadores ó piadosos grupos de peregrinos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Qué contentos nos sentimos al calor de las chimeneas, á oír famosas hazañas de los compañeros de viaje que con apaches habían tenido encuentros! Ya uno nos relataba que se había hallado solo frente á tres bárbaros; pero que gracias á su prudencia se salvó, por no haber descargado su arma: los bárbaros jamás atacan al viajero que conserva cargado su rifle. Otro narraba los diversos medios de que usan los apaches para desviar la puntería é impedir que les toquen las balas, tales como deslumbrar con espejos ó con saltos continuos en todas direcciones. En fin, todos tenían algo que decir. Solamente nosotros estábamos callados oyendo el chasquido de las chispas, y pensando que los hombres gustan mucho de hablar del peligro cuando ya no se encuentran en él.

## VIII

Del Salto se vuelve otra vez al desierto, que allí, como siempre, cambia de fisonomía. En lugar de bosques de encinos ó pinos, está cubierto el suelo de titánicos ocotes. Los que nos hemos admirado con la vegetación del Monte de las Cruces y Río-frió, vemos después con desdén sus árboles, que parecen arbustos en comparación de los de la Sierra. En esos millares de ocotes hay un tesoro de trementina. Tenemos la idea de buscar las minas solamente en las entrañas de la tierra; pero en nuestro país donde quiera puede encontrar una mina el trabajo.

Los ocotes forman en la Sierra de Durango vistosísimas hileras de columnas, que parece sostienen su cielo de un azul pálido y triste. Sin duda esos árboles que la naturaleza coloca en una rigurosa línea recta, y que entre sus hileras forman como los espacios de las naves de un templo, fueron los que dieron idea á los hombres para construir sus catedrales: el corazón humano sintió cuánto se recoge el alma entre aquellas pilastras naturales, y levantó de piedra un bosque de columnas.

Si el catolicismo resiste todavía en la segunda mitad del siglo XIX, á los embates de la inteligencia y del progreso, es de-

bido tan sólo á que es una religión que alucina enteramente la imaginación. El incienso con sus nubes, las olas de armonía del órgano, la salmodia grave y misteriosa, la luz que se desliza entre las altísimas ojivas, los cirios del altar, y esto en el bosque de pilares cuajados de flores de piedra y bajo un cielo espléndido, que la mano de un Miguel Angel pinta en las vóbedas de granito; todo reunido subyuga el corazón, y más, mientras el corazón es más grande. Se necesita salir al aire libre, sacudir del cerebro la bruma de notas y de aromas que lo habían nublado, y volver á ver al rico en su carruaje y al pobre mendigando, para volverse á sentir en el mundo.

Todos habéis sentido esta magnífica emoción; pues bien, centuplicadla y sentiréis la de la catedral de la Sierra; pero allí las pilastras llegan hasta la vóveda del cielo, y éste no está pintado por Miguel Angel, sino por la mano misma de la naturaleza, y no se adorna con vírgenes y arcángeles, sino, de día, con un pabellón de oro que cuelga del disco del sol, y de noche, con un manto negro cuajado de estrellas, y sobre el cual extiende algunas veces un finísimo velo de plata la luna que se pierde entre las lejanas quiebras de la montaña.

En medio de este bosque de ocotes se levanta un caserío que llaman "La Ciudad." Acaso intentaron algunos montañeses subir hasta allí la civilización; pero no lo consiguieron; ésta no gusta de alejarse de las playas.

## IX

En "La Ciudad" el viento es intenso, el huracán tiende sus alas con libertad entera; se ha llegado á lo más alto de la Sierra; algunas pequeñas eminencias que se levantan en aquella llanura, no tienen ya vegetación; las aves no se atreven á llegar allí; el aire es tan delgado, que apenas se puede respirar; el frío es horrible; las botellas llenas de agua se revientan junto al fuego al congelarse ésta; los caminantes llevábamos cada

uno dos zarapes, é íbamos tiritando de frío; el sol está triste y amarillento, parece un sol con tisis.

De repente el viajero se detiene asombrado: el gigante de la sierra se corta á pico bajo sus pies, á una profundidad insondable; la vista no tiene ya obstáculo delante, las miradas del hombre atraviesan veinte leguas, y van á encontrar á esa inmensa distancia el puerto de Mazatlán y la costa del Pacífico, y como una franja negra cerrando el horizonte, el lomo redondo del Océano; entre el mar y esa altura se desarrolla á una gran profundidad, una serie de montes que parecen formados por una mano colosal que hubiera arrugado con sus dedos la costra de la tierra.

Nadie puede figurarse lo que siente el hombre cuando se ve colocado en ese pedestal que le levanta á la altura de los cielos, y que á una profundidad infinita ve desarrollarse bajo sus pies el mundo material con sus montañas, sus bosques, su ríos y sus ciudades, y también el mundo moral con sus pasiones y miserias, con sus ambiciones, sus venganzas, su fe ilusoria y sus esperanzas raquíticas. Allí veíamos rodar un grupo de nubes que descargaban su granizo y su electricidad á quinientas varas bajo de nosotros. Nos parecía que esas nubes nos separaban para siempre del mundo, y sentíamos un bienestar infinito lleno de melancolía: los momentos más felices de la existencia, así como los más grandiosos, llenan el alma de profunda tristeza. Solos, lejos de todo afecto, sin escuchar la voz del hombre ni el ladrido del perro, oyendo el trueno del rayo muy lejos debajo de nosotros, como el acento de vida de un mundo á que ya no pertenecíamos, era sentirse ya en la otra vida, haber dado vuelta á los goznes de las puertas de la tumba. El corazón entonces siente un aliento inmenso que llena todo aquello que se ve vacío; á este aliento lo llamaban los aztecas Teotl.

## X

Allí se puede decir que concluye la Sierra de Durango: un camino formado en esa profundísima pared de la montaña conduce al Durazno, primer pueblecito de la costa de Mazatlán. Todavía se camina desde allí por precipicios y barrancas; pero ya no es la Sierra, que se ha cortado á pico de repente formando una inmensa muralla.

La bajada está formada en zig-zag en la roca viva; no puede caminar más que una mula de frente por esa angostísima senda: por un lado se levanta el macizo del monte, y por el otro hay un voladero de más de mil pies de profundidad cuyo fin no puede contemplarse, pues la vista sólo alcanza á ver mucho muy abajo, una bruma negra que borra los objetos. La pared del voladero es tan perpendicular, que los árboles nacen casi horizontales en ella. Desgraciado el viajero cuya mula resbala, ó que atraído por el vértigo se siente lanzado al precipicio; botando de árbol en árbol y de peñasco en peñasco, va desgarrando su cuerpo entre las ramas y las puntas de las piedras, y se va á perder con sus dolores en un abismo de donde ni siquiera podrá llegar su voz á los humanos. Cuando tal desgracia sucede, como ya saben los caminantes que todo auxilio es inútil, no detienen su viaje, lo siguen con un compañero menos.

Nosotros empezamos á descender por ese caracol cuando el disco del sol se hundía á lo lejos detrás de la faja negra del Pacífico: al bajar llegamos al grupo de nubes que llovía sobre el Durazno; el viento las impelía con fuerza, y al pasar sentimos que azotaba nuestro rostro la ala fría de la nube.

A la mitad de la bajada nos sorprendió la noche, y entonces contemplamos una de aquellas pinturas que sólo se encuentran en los cantares del Norte; una comitiva de sombras negras se retorció sobre el precipicio ondulando en el caracol de la montaña; aquellos bultos se movían de una manera indecisa dejan-

do ver de cuando en cuando chispas de fuego que sacaban las herraduras de las mulas, ó visiones claras que formaban los que iban embozados en jorongos blancos; el aire sacudía con furia la copa de los árboles, que formaban raros acentos como de un concierto mortuorio; muy en el fondo se oían los ladridos de los perros, y se veían las luces del pueblecito aparecer y desaparecer como los fuegos fatuos de un cementerio: y, cosa rara, de aquella visión de muerte no salían los aullidos lúgubres del sepulcro, sino alegres conversaciones de los caminantes que veían cerca el lugar de descanso, y risotadas francas de los soldados.

Lo desfiladeros de la Sierra de Durango son sin duda más hermosos y más peligrosos que los de los Alpes: mucho se ha celebrado á Napoleón haber atravesado con artillería estos últimos, y sin embargo, nada más común entre nosotros que atravesar los de la Sierra con piezas de grueso calibre: hemos visto en Mazatlán una batería de á 24 llevada de Durango á la playa por aquellos desfiladeros.

Para que el lector pueda calcular su profundidad, nos bastará decir que aquel vertiginoso caracol está dividido en tres tramos que forman tres gigantescos escalones, que harían inventar la fábula de los Titanes si no estuviera ya inventada; y que el último que cubre el pueblecito del Durazno, y que es el único que desde él se ve, es tan alto, que en la noche las antorchas que llevaron unos guías que mandamos á alumbrar el camino á nuestros compañeros de viaje que se habían retardado, nos parecían estrellas que alumbraban en lo más alto del cielo.

La bajada es tan rápida, que al caer la tarde estábamos tiritando de frío en lo más alto de la Sierra; y tres horas después, nos hallábamos en plena tierra caliente en la primer cañada de la costa.

ALFREDO CHAVERO.

## SIERRA DE PACHUCA.

### ATOTONILCO EL CHICO.

¡Cuán agradable, risueño y pintoresco es el lugar en que se asienta el Mineral del Chico! La topografía del lugar y la vegetación primaveral que allí se manifiesta eternamente, ofrecen al naturalista un campo vasto para sus estudios.

Atotonilco el Chico se encuentra á tres leguas al Norte de Pachuca; y desde el momento en que el viajero sale de este punto con dirección al primero, empieza á experimentar las sensaciones más agradables. No existe entre ambos lugares una vía que merezca verdaderamente el nombre de camino, pues solamente un estrecho sendero cruza por entre precipicios y desfiladeros que á cada paso infunden temores y sobresaltos aun al viajero más animoso, y que sólo lo pintoresco del lugar puede inspirarle el valor necesario para proseguir en su anhelado viaje. Adelántase el sendero por la muy inclinada falda del cerro de la Magdalena; y si bien su ascenso es cada vez más peligroso, ofrece, en cambio, la oportunidad de poder admirar más libremente las gigantescas obras de la naturaleza.

El acompasado y lejano ruido de las máquinas de vapor, y el que produce el martilleo incesante de los morteros en las haciendas de beneficio; el sonido confuso causado por el choque de las cadenas destinadas á las obras de desagüe; el rechinar de los

do ver de cuando en cuando chispas de fuego que sacaban las herraduras de las mulas, ó visiones claras que formaban los que iban embozados en jorongos blancos; el aire sacudía con furia la copa de los árboles, que formaban raros acentos como de un concierto mortuorio; muy en el fondo se oían los ladridos de los perros, y se veían las luces del pueblecito aparecer y desaparecer como los fuegos fatuos de un cementerio: y, cosa rara, de aquella visión de muerte no salían los aullidos lúgubres del sepulcro, sino alegres conversaciones de los caminantes que veían cerca el lugar de descanso, y risotadas francas de los soldados.

Lo desfiladeros de la Sierra de Durango son sin duda más hermosos y más peligrosos que los de los Alpes: mucho se ha celebrado á Napoleón haber atravesado con artillería estos últimos, y sin embargo, nada más común entre nosotros que atravesar los de la Sierra con piezas de grueso calibre: hemos visto en Mazatlán una batería de á 24 llevada de Durango á la playa por aquellos desfiladeros.

Para que el lector pueda calcular su profundidad, nos bastará decir que aquel vertiginoso caracol está dividido en tres tramos que forman tres gigantescos escalones, que harían inventar la fábula de los Titanes si no estuviera ya inventada; y que el último que cubre el pueblecito del Durazno, y que es el único que desde él se ve, es tan alto, que en la noche las antorchas que llevaron unos guías que mandamos á alumbrar el camino á nuestros compañeros de viaje que se habían retardado, nos parecían estrellas que alumbraban en lo más alto del cielo.

La bajada es tan rápida, que al caer la tarde estábamos tiritando de frío en lo más alto de la Sierra; y tres horas después, nos hallábamos en plena tierra caliente en la primer cañada de la costa.

ALFREDO CHAVERO.

## SIERRA DE PACHUCA.

### ATOTONILCO EL CHICO.

¡Cuán agradable, risueño y pintoresco es el lugar en que se asienta el Mineral del Chico! La topografía del lugar y la vegetación primaveral que allí se manifiesta eternamente, ofrecen al naturalista un campo vasto para sus estudios.

Atotonilco el Chico se encuentra á tres leguas al Norte de Pachuca; y desde el momento en que el viajero sale de este punto con dirección al primero, empieza á experimentar las sensaciones más agradables. No existe entre ambos lugares una vía que merezca verdaderamente el nombre de camino, pues solamente un estrecho sendero cruza por entre precipicios y desfiladeros que á cada paso infunden temores y sobresaltos aun al viajero más animoso, y que sólo lo pintoresco del lugar puede inspirarle el valor necesario para proseguir en su anhelado viaje. Adelántase el sendero por la muy inclinada falda del cerro de la Magdalena; y si bien su ascenso es cada vez más peligroso, ofrece, en cambio, la oportunidad de poder admirar más libremente las gigantescas obras de la naturaleza.

El acompasado y lejano ruido de las máquinas de vapor, y el que produce el martilleo incesante de los morteros en las haciendas de beneficio; el sonido confuso causado por el choque de las cadenas destinadas á las obras de desagüe; el rechinar de los

malacates, el estrépito del agua empleada como fuerza motriz, y el retumbante estruendo de la pólvora en las concavidades de las minas, no producen, ciertamente, las bellas armonías de la música ni del canto de las aves: mas aquel conjunto de sonidos inarmónicos, aquellas disonancias, hieren, sin embargo, de una manera grata el oído del viajero, porque esos sonidos son la voz del trabajo, cuyos ecos, conducidos velozmente por el viento, pregonan por todas partes los triunfos de la industria.

Allí todo es movimiento: en los tenebrosos antros de la tierra, miles de trabajadores se afanan por arrancar á ésta los tesoros que guarda en sus entrañas, mientras que exteriormente las máquinas de vapor, con el movimiento uniforme de sus balancines, hieren con su varilla maestra la dura corteza de la tierra para extraer el agua que, brotando á torrentes por los vertideros, forma después arroyos cristalinos: véñese girar las poderosas ruedas hidráulicas con pausado movimiento, comunicándolo á los morteros y arrastras: grupos de acémilas en los patios de las haciendas de beneficio recorren en círculo las *tortas* minerales que cubren el suelo simétricamente: los pequeños carros que conducen el metal, deslizándose por una vía férrea, aparecen súbitamente por los socavones de las minas; y por último, la misma naturaleza parece que lucha contra la destrucción decretada por los consumidores de leña, porque allí mismo, donde se ven derribados, y muchas veces inútilmente, hermosos y corpulentos árboles, brotan los renuevos, como si la naturaleza tratase de enseñar al hombre un gran principio económico, que por negligencia abandona.

Poco más allá del cerro de la Magdalena, el ruido que nace en la industriosa población de Pachuca, llega al oído como un vago rumor que, debilitándose más y más, acaba por extinguirse completamente: entonces el silencio de las soledades, la quietud de las selvas, se enseñorean de esos amenos lugares; silencio y quietud que sólo son interrumpidos de vez en cuando por los golpes del hacha del leñador, por el soplo impetuoso de los vientos, ó por el fragor de las tempestades.

Desde el desfiladero de una gran eminencia, en el fondo de una barranca, y rodeado de reducidas tierras de labor, descúbrense el pintoresco pueblo de Cerezo, cuyo conjunto, por la distancia, aparece como un paisaje en miniatura.

En lo más fragoso de la sierra se encuentra un pequeño llano cubierto de césped y matizado de flores, como un rico tapiz que ha tendido allí la naturaleza. Ese llano de corta extensión y cercado de altas montañas, que se conoce con el nombre de *Sabanilla*, con su verde alfombra y sus límpidas corrientes, incita al viajero á descansar de sus fatigas y á mitigar su sed. A la derecha de este pequeño Edén, se levanta majestuosa la cresta de la sierra con una forma caprichosa: parece que la mano de un hábil artista ha colocado en la cumbre de la montaña las rocas que la coronan, con arreglo á las precisas reglas de la arquitectura. Una serie de huecos é intersticios, formados por el hacinamiento natural de las rocas, hace dudar, al pronto, de que aquello sea obra de la naturaleza, á no revelarlo la poca simetría, que es lo que constituye esencialmente lo sublime en las grandes obras de la naturaleza. Esta cumbre se conoce con el nombre de *Ventanas del Chico*.

Bellos, majestuosos, sublimes se presentan los variados paisajes que por todas partes se dibujan en el fondo de un cielo purísimo. Contéplase en primer lugar la sierra de Pachuca, con sus cumbres de formas caprichosas; el Zumate, el Jacal y los Pelados ó Navajas, la Peña del Aguila, las Peñas coloradas, las Brujas y el Ahuizote; las que circundan el Mineral del Monte; los Jaspes, la Peña Alta y otras de menor importancia; pero sobre todas descuella la aglomeración de peñas llamadas *las Monjas*, al S. O. del Chico, y que aparecen á lo lejos como un grupo de estatuas.

Al Noreste, terminando la sierra de Pachuca, se extienden las llanuras de Atoñilco el Grande, limitadas al Norte por la gran barranca de Metztlán, que es un prodigio de la naturaleza. Dibújase aquella barranca en el término de la llanura, sin que la vista pueda abarcar toda su longitud, y en vano se esforzaría la

imaginación por hallar la causa de aquella obra sorprendente. La sierra alta de Zacualtipán, más allá de la barranca, cierra el horizonte de tan bello paisaje.

Las feraces campiñas que se distinguen á lo lejos, que con sus cimas llegan hasta la región de las nubes; las vastas llanuras que se dilatan perdiéndose en el horizonte, todo desaparece ante el nuevo espectáculo que ofrecen las montañas de Actopan con sus gigantescos monolitos.

Hacia el Occidente, en medio de frondosas selvas, se extienden las campiñas de Actopan. Los cerros que por el S. E. circundan á esta población, cubiertos de árboles y plantas, sustentan en sus cimas aquellas rocas colosales de pórfido, aquellos monolitos, de los que algunos alcanzan á cien metros de elevación, y que aparecen como estatuas gigantescas ó como soberbios edificios, verdaderas maravillas del arte ó de la arquitectura.

El aspecto que tales obras naturales presentan, varía con el lugar de observación elegido: desde el camino de México al Interior, se distinguen como un grupo de estatuas representando monjes en oración, motivo por el cual se les da el nombre de *los Frailes*. Cerca de Actopan, se ven clara y distintamente los monolitos, irguiendo sus moles gigantescas y rasgando con sus picos elevados las nubes, que impelidas por los vientos llegan á chocar contra sus masas. Más grandioso, más sorprendente es el aspecto que presentan, observadas desde las llanuras y montañas de Pachuca: uno de aquellos monolitos, y de los más voluminosos, descuella dominando á los demás, y otros dos á los lados de éste, y en posición más avanzada y simétrica, figuran la cúpula y las dos torres de un templo cristiano. La ilusión es completa: el viajero llega á creer por un momento que viaja por Inglaterra, y que acercándose á Londres distingue ya próxima la famosa catedral de San Pablo.

Variado y de otro género es el paisaje que se extiende por el Sur: llanuras interrumpidas por algunas sierras cuyos accidentes y detalles se dibujan perfectamente; lagos que bañan con sus aguas una gran extensión de terreno, y los cuales, vistos desde

el declive de una montaña al descender á la llanura, producen la ilusión óptica de límpidos espejos verticales; montañas gigantescas que por partes rodean esas campiñas, y que á medida que más se alejan aparecen medio veladas por la bruma, asomando resplandecientes en el último término del paisaje las nevadas frentes del Popocatepetl y el Iztaccihuatl. Tal se ve el pintoresco Valle de México.

Prosiguiendo la excursión por la sierra de Pachuca, interrumpida por algunas horas, á causa de la contemplación de los otros lugares descritos y de que no se puede prescindir, el camino de Pachuca al Chico presenta sin interrupción objetos admirables: ya son los accidentes de aquel fragosísimo suelo; ya la selva umbría con sus aves canoras de esmaltados plumajes; ya las rocas caprichosas que coronan las cimas de los montes; ya el aspecto que ofrece el Mineral del Chico, que surge de pronto en el fondo de una deliciosa cañada.

Desde el momento en que se comienza á descender por el fuerte declive de la montaña, se descubre el caserío diseminado en un suelo frágoso, los huertos y jardines que rodean las habitaciones, y en posición dominante el templo de orden dórico, con su elevada cúpula. Un límpido arroyo que va á unirse al río de las *Adjuntas* pasa serpenteando por la población y poniendo en movimiento con el impulso de su corriente la maquinaria de la hacienda de San Cayetano. Las montañas que circundan completamente la población, se hallan, en su totalidad, vestidas de una vegetación lozana, dominando entre las plantas los oyameles, que, con sus graciosas copas de figura cónica, se destacan unas de otras con cuanta simetría puede haber en las obras de la naturaleza, y se escalonan desde la base á la cima de las montañas. Brotan de las eminencias raudales de agua, que en su caída chocan y saltan de peña en peña, produciendo un sonido armonioso, se abren paso al través de un rico cortinaje de plantas y de flores silvestres y fecundizan la cañada de San Diego, sitio de los más pintorescos, en donde la pródiga naturaleza ostenta eternamente su espléndido ropaje primaveral. Allí los árboles

corpulentos con sus nudosos troncos cubiertos de lama y plantas parásitas; el agua que juguetea multiplicando sus corrientes para encajonarse después en su cauce, acariciando con su espumosa linfa las exquisitas flores de un verde prado, y las variadas aves y mariposas que vuelan de rama en rama y de flor en flor, todo forma un bello conjunto, imagen fiel del paraíso perdido, que inmortalizó Milton con sus cantos.

Si por su buena suerte llega á presenciar el viajero alguna de aquellas escenas conmovedoras, tan frecuentes en aquellos lugares, que tan favorablemente predisponen el alma para recibir gratas sensaciones, nace la inspiración y se desea el genio del artista para trasladar al lienzo sus impresiones, ó el numen del poeta para cantar las maravillas de la naturaleza. La imaginación más atrevida apenas puede forjar un cuadro como el que tuve la dicha de presenciar, y del que me permitiré hacer un pálido bosquejo.

Era una noche de invierno, muy cerca ya la época del plenilunio. En un cielo diáfano y sereno la luna derramaba sus vívidos fulgores por toda aquella espléndida naturaleza: el curso y movimiento de las cascadas se hallaba interrumpido por la congelación del agua, la cual, herida por los resplandores del astro, suspendía sobre el abismo las yertas masas de sus cristales, ó serpeaba por los declives de las montañas como ricos filones de plata virgen. Iluminado el interior del templo, de sus ventanas se desprendían los rojizos rayos de la luz artificial, contrastando con la blanca y apacible luz de la luna. El repique de las campanas, cuyos ecos repetían las montañas, anunciaba un acto religioso. En efecto, los trabajadores de las minas y algunos niños y ancianos, con cirios encendidos y entonando cánticos de alabanza, salían del templo con el mayor recogimiento, precediendo á un sacerdote que conducía el sagrado Viático. Siguiendo la procesión por las asperezas del suelo, se detuvo pocos instantes en un lugar, cual si hubiera sido intencionalmente el elegido para presentar en toda su majestad aquel cuadro conmovedor.

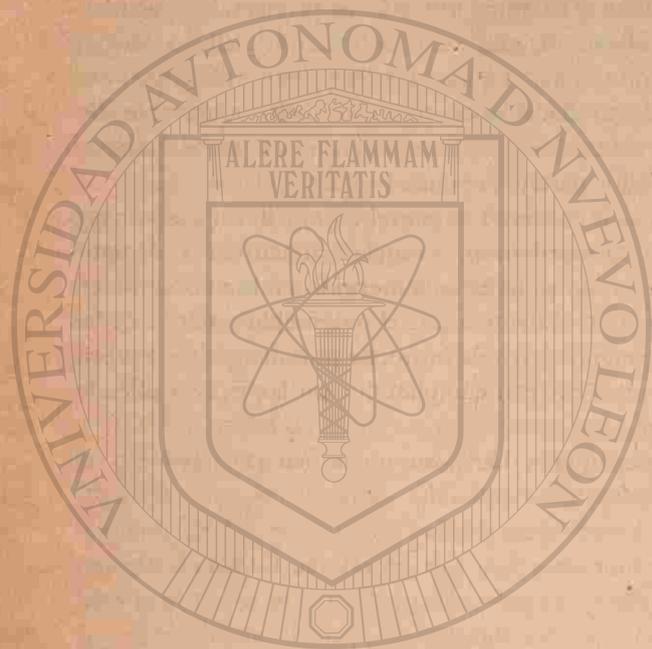
En ese momento la luna había llegado al punto más culminan-

te de su carrera, desprendiendo con mayor intensidad sus rayos luminosos. La tersa superficie de las hojas de los árboles, la linfa cristalizada de los ríos, los inclinados techos de las casas, las montañas y el suelo, todo reflejaba la argentada luz de aquel astro, y no se veían más sombras que las que proyectaban las plantas ó la que producía, de una manera indecisa, el humo del incienso y de las antorchas, el que, como las plegarias de los hombres, se eleva al estrellado firmamento. ¡Cuadro admirable, lleno de belleza y de unción; poético y pintoresco para el artista, sublime y arrobador para el creyente!

Aquella procesión continuó su marcha para llevar los consuelos de la religión al moribundo, y regresó al santuario. Algunos instantes después todo se hallaba sumergido en la más completa calma y silencio: sólo el tiempo, por el indefinible sendero de los siglos, y el esplendente astro de la noche por su camino sembrado de estrellas, prosiguieron cumpliendo con las irrevocables leyes de su destino.

El recuerdo de aquella hermosa noche vivirá eterno en mi alma.

ANTONIO GARCÍA CUBAS.

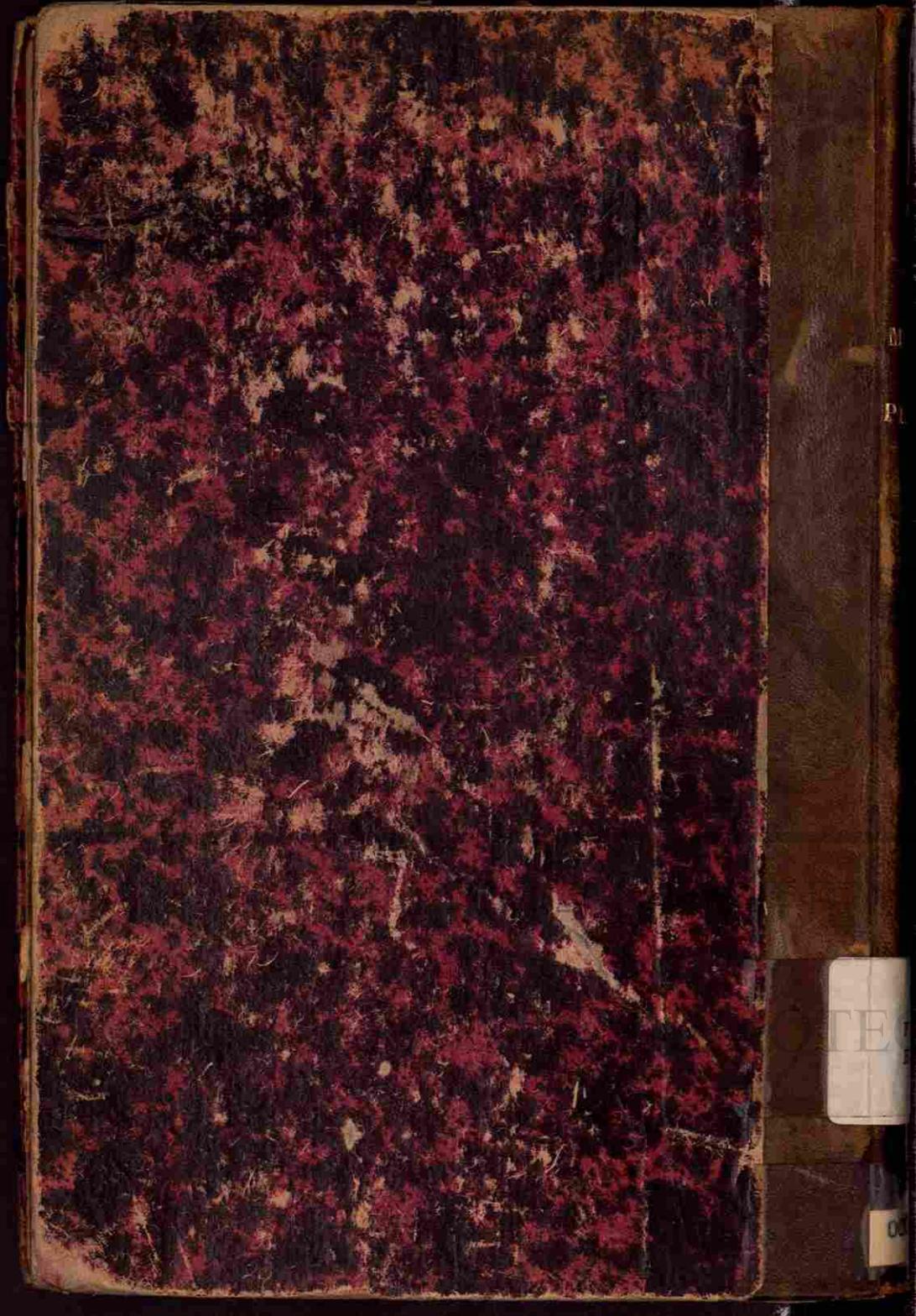


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE.

	Páginas
PRÓLOGO . . . . .	V
LAS ESTACIONES EN EL VALLE DE MÉXICO. Antonio García Cubas . . . . .	1
DISTRITO FEDERAL. Antonio García Cubas . . . . .	13
CONVENTO DE LA MERCED. Julio Laverriere . . . . .	43
PUERTA LATERAL DE SAN FRANCISCO. Manuel Orozco y Berra . . . . .	57
LA ESTATUA DE CARLOS IV. Luis González Obregón . . . . .	61
LA CALLE DEL PUENTE DE ALVARADO. Luis González Obregón . . . . .	69
LA CASCADA DE TIZAPÁN. Justo Sierra . . . . .	75
LA FIESTA DE LOS ANGELES. Ignacio M. Altamirano . . . . .	79
EL SEÑOR DEL SACROMONTE. Ignacio M. Altamirano . . . . .	91
EL VALLE DE ORIZABA. Joaquín Arroniz (hijo) . . . . .	105
ESTALAGMITA EN LA CAVERNA DE SAN CAYETANO-GUADALCÁZAR, José T. de Cuéllar . . . . .	111
SANTA MARÍA DEL RÍO, OJO CALIENTE Y GUANAJUATITO, José T. de Cuéllar . . . . .	115
LA ALHÓNDIGA DE GRANADITAS. GUANAJUATO. Manuel Orozco y Berra. . . . .	123
RUINAS DE TLALMANALCO. Manuel Orozco y Berra. . . . .	139
LAS RUINAS DE LA QUEMADA. Edm. Guillemín . . . . .	143
MONUMENTOS DE XOCHICALCO. Barón Alejandro de Humboldt . . . . .	157
LAS PIRÁMIDES DE SAN JUAN TEOTIHUACÁN. Memoria de la Comisión Científica de Pachuca en 1864, dirigida por el Ingeniero D. Ramón Alcaraz. . . . .	163
CASCADA DE REGLA. Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca en el año de 1864, dirigida por el Ingeniero Ramón Alcaraz. . . . .	169
PÁTZCUARO. Eduardo Ruiz . . . . .	175
URUAPAN. Eduardo Ruiz . . . . .	183
CUERNAVACA. Manuel Gutiérrez Nájera. . . . .	189
TOLUCA. Manuel Gutiérrez Nájera . . . . .	195
JALAPA. Manuel Gutiérrez Nájera . . . . .	199
PUEBLA. Manuel Gutiérrez Nájera . . . . .	209
MORELIA. Manuel Gutiérrez Nájera . . . . .	213
EL MANZANILLO. Alfredo Chavero . . . . .	219
LA SIERRA DE DURANGO. Alfredo Chavero . . . . .	233
SIERRA DE PACHUCA. Antonio García Cubas . . . . .	247



M  
P

TE

00